

SAN FRANCISCO JAVIER
Jose María Recondo, S.J.

I. EL ITINERARIO DE LA FE

La fe del hogar navarro, el castillo -«que parece que está heredada por sucesión en aquella casa la virtud»-, templada luego en la fragua de Ignacio y en la romanidad, surca los mares y mueve las montañas. Es pregonada, cantada y coreada en naciones y razas ignotas, para derramarse en fuentes bautismales y editar el soberbio, rítmico, Credo de Xavier, trenzando en milagro y profecía el itinerario de la fe.

Javier

No se escribe la vida de un ángel. Se trata de la vida de un gran héroe, tan grande como un santo y tan apasionante como para tener todavía algunos defectos, los nuestros. Su vida esbozada en la oscuridad del cromosoma pudo caer al otro lado del Pirineo o en una borda tibia del Baztán.

Nacer en aquel entonces era quedar prendido de alguna manera en los comportamientos rezagados de padres y abuelos, pertenecer a primitivos sistemas políticos y brincar por las guerras, fiestas y bodas del Renacimiento. Por nacer en Navarra se haría producto arraigado y pegadizo, telúrico contrafuerte de una tierra austera, bella y displicente, a merced de los climas más agresivos, los vientos delgados de la nortada en las crestas frías, los cierzos repelentes y el oreo de las brisas aromáticas de espliegos, tomillos, ontinas y cantuesos.

Desde entonces, el diptongo románico Javier, antes Xavierre, Chaverri y Echeverría, la casa nueva en vascuence, es el onomástico autóctono de mayor extensión mundial.

Navarra tenía forma de corazón, y a su costado latía Javier. Son los Pirineos, en su vertiente meridional, una escalinata, y en el descanso y cuenca que moldean las cordilleras del Ferrandillo y Castellar, el río Del Arco y algunos modestos acuíferos humedecen un valle tendido de oriente a poniente, trabajado y compuesto para el asentamiento de un castillo astuto y precavido. De norte a sur, el río Aragón, llamado también río Arga y río Grande, se ceñía bruscamente al Peñón, movía las ruedas del Molinaz y corría bajo el peso de largas almadías flotantes. Paralelamente al río, la Cañada Real de la antigua trashumancia cruzaba el territorio, rozaba los Fornacos, antiguos hornos de cocer cal, la población romana del Cuadrón, va deaba el Paso, se recogía en las Crucetas y, remontando los ásperos repechos de Malpaso y el Adoratorio, alejándose del Castellar, jadeaba entre llecos y faitíos por los términos contenciosos de Valdarto, Valullada y Ugasti, para entrar en Sangüesa, terminando un tramo oscuro de la peregrinación jacobea.

El castillo se asentaba muy movido, sobre el Peñascal, teniendo a sus espaldas un desplome caído sobre las aguas del Del Arco, muy pronunciado, llamado familiarmente el Zarrastiero. Un primer fondo extendido por la sierra de Ferrandillo se adelantaba, situándose muy por debajo de los farallones de la sierra de Leyre, más propiamente llamada Errando.

A poniente, la Higa de Monreal y las capuchas de Izaga cerraban el horizonte y abrían la puerta a los vientos airados, eólicamente arrebatados, el feroz «matacabras», y los tres cierzos: el cierzo blanco, el cierzo rojo y el cierzo negro, según las coloraciones arrancadas a la paleta de un cielo augural. Cuando paraba el aire, el invierno se cubría de «boiras» y el suelo lucía su platería de «rosadas» y escarchas frías. La nieve cuajaba en copos blandos, «las moscas blancas», y a mayor frío arrojaba gránulos compactos, «bolislas». Por los tejados y almenas, el aire removía torbellinos blancos giratorios, llamados «usines».

Removían el aire seco y delgado los vuelos de águilas, garzas, abejarucos, oropéndolas, becadas y otras plumas. Las aves migratorias, anserones, grullas y ocas, abrían las estaciones en formaciones pitagóricas, adelantándose al equinoccio. Ataca el ruiseñor y canta la perdiz. Y desde su navegación, los bandos de palomas descubrían manchas de bosques con encinas y robles, trigales, viñas y linares o los juncos húmedos de la Padul, la bellota y el agua, en suma, para repostar antes de asaltar el Pirineo. Vagaban en la espesura los jabalíes y merodeaban a sus tiempos los lobos.

A este lugarón despiadado, con honores de villa, traída y llevada, empeñada a veces entre príncipes arruinados, pasada de Navarra a Aragón y, definitivamente, devuelta a Navarra, dirigían sus pasos un día de 1236 los Aznárez de Sada, que venían de Estella, con una carta fundacional del rey Teobaldo, para no salir más, entregando al tálamo el juego de sucesiones brillantes y oscuras durante varios siglos. El castillo los recibió con su gran arquitectura original. Tres torres, como los tres palos de un barco encallado en el Peñascal. El palo mayor de la torre del homenaje era el antiquísimo vigía levantado frente a la primera línea musulmana, tenía sus basamentos armados con grandes tizones y quedaba envuelto en una «camisa», cuyo tejido interior, tramado de hiladas en espiga, «opus spicatum», delataba ya el siglo XI. Se llamaba la torraza y también la torre de San Miguel. Dos torres menores batían los flancos, la de Undués y la del Santo Cristo. Las tres torres quedaban comunicadas por dos recintos delantero y posterior, con grandes crujías por dentro. La sala feudal, al mediodía, era calentada por el fuego del hogar. Un foso exterior rodeado de muralla y puertas de entrada con puente levadizo hacían inexpugnable el aparato poliorcético del castillo defensivo, que debía vigilar la raya de Aragón.

Importantes caballeros y oscuros infanzones, incubados entre penumbras, hicieron un linaje noble, bien parecido en justas y torneos. Sobresalió don Rodrigo Aznárez, que fue camarlengo y gobernador general de Navarra. Un sucesor suyo, del mismo nombre, murió luchando en las costas de Cherburgo. Con tales pronósticos y un discreto movimiento sucesorio llegó el siglo XV, tiempo que inició las calamidades finales del reino.

Entonces la línea masculina quebró, y el cabecilla Alonso de Artieda entró por la fuerza y se casó en Javier. No fue una, sino muchas las guerras embutidas que sacudieron el reino en la contienda sostenida entre Juan II y su hijo Carlos, el príncipe de Viana. Agramonteses y beamonteses se dividieron para matarse ferozmente por una centuria. El castillo siguió la parcialidad de Carlos, quedando reducido a escombros en gran parte tras el asedio que dirigió personalmente Pierres de Peralta.

Por los escombros humeantes pasó inadvertida la sombra de un hombre trabajador y preponderante, oidor de los comptos reales, Arnal Périz de Jassu, inventariando las ruinas, quien, sin pensarlo mucho, dio en tasar aquellos muñones calcinados poniéndolo todo en sus escrituras, de una vez, como lugar «irrecuperable».

Una mujer, Juana Aznárez, o Juana Alfonso, aventando pavesas y reparando ruinas, atrajo las miradas del alcaide del castillo de Monreal Martín de Azpilcueta, naciendo de esta boda María y Violante. Los Azpilcueta eran valientes, con tenencias de castillos, eminentemente belicosos; aportaron la afición a las armas. Pero el esposo destinado para la niña María de Azpilcueta sería un hombre de leyes, doctor por Bolonia y consejero de los últimos reyes de Navarra, don Juan y doña Catalina. Muy pronto, desmintiendo con hechos el pesimismo de su padre, don Arnal, demostraría que Javier era un lugar recuperable, muy recuperable. El joven doctor Juan de Jaso ganaba pleito tras pleito todas las pechas, tierras y

señoríos, que desde Sangüesa hasta Pamplona le tendían una alfombra a sus pies. El señorío de Idocin, las pechas de Izco, Sangáriz, Santa Constanza y San Costamiano, junto con otros lugares desolados que se rendían dócilmente.

-«Nos quiere destruir»- le gritaban ante los tribunales los indómitos súbditos insurrectos de Idocin. Devora nuestros pastos con los rebaños de su hermano Pedro de Jaso, justicia de Pamplona. Acusaciones vanas que luego deshacía con sentarse en el tribunal de la Corte Mayor, de la que era presidente.

Amontonó privilegios reales, pagas y recompensas, consolidando su fortuna. Mal visto por ello y envidiado, despedía a veces el mal olor de la duda. Pero en 1494, radiante de poder, en la ceremonia de la coronación de los reyes, recibió en sus manos el juramento de fidelidad de los tres Estados. Vencía a sus enemigos y hacía amigos a los reyes vecinos. Cabalgó a Medina del Campo, cuyo tratado de ese nombre con los reyes Isabel y Fernando siempre sería considerado como fundamental en el futuro. Era embajador y se movía diplomáticamente en Pau y Blois, pactando con el francés y moderando sus pretensiones inauditas.

Cuando llegaron los hijos, tuvo para todos un destino personal: Magdalena que sería dama de Isabel la Católica; Ana, palaciana de Beire; Miguel y Juan, capitanes, y aún obtuvo una cédula de paje en la corte de Castilla para uno de sus hijos que no tuvo lugar. Una doncella huérfana venida de la montaña y un sobrino, Esteban de Zuasti, fueron acogidos con caridad. Contrató oficiales y maestros de obra y remozó el castillo, y en su fachada soleada, sobre la puerta, plantó los escudos familiares entreverados con los de su mujer, centrados por dos ángeles tenantes.

Pero la dueña absoluta era María de Azpilcueta, que dirigía sus cuidados al hogar, y muy particularmente a una vida de piedad intensa, restablecida en toda su pureza en la fundación de una abadía, arrimada a la pequeña iglesia abandonada. Ganar el cielo mientras su esposo ganaba la tierra parecía su divisa.

El esfuerzo espiritual, impresionante, alzado en aquellas azuladas soledades, dominaba la vida. Lejos de la vista de los hombres y más cerca de Dios, tres hombres de Iglesia dedicados al culto entonaban el oficio divino acompañados de un mozo escolar. Una campana de bronce rezaba la siguiente inscripción: Vox Domini sonat. En efecto, en pocos sitios hubiera resonado mejor la voz del Señor que en el desierto casto y retirado de la abadía y sus contornos. El murmullo de campanas, el «toque a nube», las avemarías y la Salve, Regina, regulaban los horarios lentos del hogar y partían el silencio del valle.

Rigurosamente expulsada la peligrosa fauna de sacristía, nada de mujeres o personas equívocas, el abad era Miguel de Azpilcueta, su primo, y regía la ejemplar casa. Largas horas de silencio, silencio físico, de cristal, precedían a la comida, acompañada de lectura de la vida de Cristo o de los santos. Estaba expresamente prohibido el juego de naipes, y por toda recreación se recomendaba el estudio, el cultivo de la huerta y el ejercicio de la pesca en el río. Nuestra Señora de Xavier presidía las devociones. A sus pies se abrían las sepulturas con luminarias encendidas, las sepulturas adonde un día, siempre lejano, bajarían los devotos fundadores. Este ambiente prodigiosamente irreal estaba allí cerca, a dos pasos del castillo, sin casas de vecinos en medio. Sin cambiarse, con echarse un manto, María y Violante ganaban las gradas del altar.

Criada así, entre castillo y abadía, la hija mayor, Magdalena, muy querida de la reina Isabel por su discreción y hermosura, hacía algún tiempo que, abandonando la corte y a su enamorado pretendiente el duque de Gandía, había cortado sus cabellos en Santa Clara de Gandía, del reino de Valencia, vistiendo la estameña parda. Esta joven, de temple muy superior a su edad, de «genio tétrico» y

perfeccionista, padecía ya los combates espirituales propios de la purificación preliminar a las grandes subidas del espíritu.

De la profundidad de la abadía o de la gravedad de la corte de Castilla había pasado al marco mediterráneo de una comunidad de risueñas, divertidas y eutrapélicas doncellas, casi niñas, distando un abismo de temperamentos y gracias. Todo y cualquier mohín le daba en rostro. La fantasía de su intransigencia agrandaba las faltas insignificantes. Cercada de dudas y mordida de escrúpulos, su alma debió de volverse más de una vez para soñar con los muros de la abadía donde su madre y la tía Violante metían en un puño todos los escándalos del siglo, apagando las risas locas de la vida.

Una noche, tentada y con el ánimo propicio a la deserción, cayendo de rodillas en el suelo enladrillado del coro, a un lado del facistol, fue visitada súbitamente, viéndose sumergida en la niebla de una visión. Monte arriba, en cuya cima florecía un jardín, unas y otras, las monjas subían portando cruces, resbalaban, caían y se levantaban, adelantando siempre. La hermosura del jardín, los juegos de las túnicas de brocado carmesí y estolas blancas, suspendían su ánimo. La interpretación dictada a su oído fue terminante. Esta alegoría pintaba la realidad mística de Santa Clara de Gandía y resumía la enseñanza moral más atinada. «Cayéndose y levantándose se va al cielo».

Magdalena se despreocupó, para transcurrir el resto de su vida alternando los oficios de lavandera, tornera y abadesa, dejándose embestir por nuevas avenidas espirituales. Al igual que su abuelo, don Arnal, no paraba de mover sus labios invocando a la Santísima Trinidad, silabeando, aun en sueños, el Gloria Patri. Violante anduvo siempre más cerca de la abadía, viviendo como «beata», sobre todo cuando se vino definitivamente de Monreal, en cuyo castillo murió su padre, don Martín de Azpilcueta, después de haberse casado en terceras nupcias con Isabel de Echauz. Era «beata», es decir ermitaña, y tenía su sepultura adjudicada al lado del evangelio. También el doctor, más templado, abogaba por el aire ascético de la fundación, en la que comprometía su ciencia canónica. ¿Sería exagerado afirmar que el mérito de estas obras obtendría del cielo dos bendiciones abundantes, en forma de un gran santo y de una gran cruz?

Nacimiento (1506)

Doña María, que debía de pasar de los cuarenta años, anunciaba en la palidez del rostro y en el paso gestante la forma iniciada del niño. Había sido concebido en Azpilcueta, según la rumorología, convertida luego en tradición.

Era el 7 de abril de 1506, martes santo, fiesta de San Vicente Ferrer, cuando tuvo el feliz alumbramiento en la habitación del ala occidental del castillo, llamado el palacio nuevo. Era el único hijo que había nacido en Javier, decían.

Probablemente fue bautizado inmediatamente en la pila bautismal, octogonál, por el abad don Miguel. Junto al tazón de más de trescientos años, pendían las ropas de cristianar de los niños. Removiendo las tuniquillas ajadas de sus hermanos, colgaron para muchos años la de Francisco. Luego también ellos habían nacido en Javier.

El recuerdo de San Francisco de Asís, que había pasado de romero haciendo el camino de Santiago y fundado en Sangüesa una casa en la que plantó un moral, según la leyenda, debió de mover a sus padres para escoger su nombre.

Probablemente la conmemoración de la pasión de Cristo asoció a sus mentes las llagas del santo de Asís. Sin más huellas de franciscanismo que la presencia espiritual de Magdalena y las primas clarisas de Santa Engracia, la familia eligió ese nombre, que luego abrevió, como en el resto de la parentela y en Navarra, quedando así convertido en Francés.

Siguiendo la costumbre de la época, se entregó el niño a una nodriza del país que, en su día, recordaría bajo juramento la prestación de su oficio. La tradición, por su parte, acomodaría a esta mujer, situándola allí en un resalte de roca tallada, frente a la imagen del Cristo, dando el pecho al compás de sus plegarias.

Ahora sí, todas las figuras inertes, las advocaciones muertas, las devociones calladas, hasta los susurros y rincones se reanimaban, parecían adquirir sentido por especial designio para siempre y embellecían la vida.

El Cristo antañón, de más de trescientos años, hierático, sonriente y muerto, de extraña placidez y labios en treabiertos, adentraba en su gesto la realidad y la vida entera. Centraba y recogía forzosamente el hogar. Colocado justamente a la entrada y salida de casa, con su benditera para trazar con agua la señal de la cruz, antes o después de recorrer los once escalones de piedra en forma de herradura. Se imponía físicamente, alumbrado débilmente por la luz de dos saeteras.

Los paños de la capilla, con las pinturas murales de la danza de la muerte, derribaban con exactitud por el suelo los atributos humanos de la belleza, la riqueza y el poder. Sobre un tablado bailan los esqueletos amarillos, sosteniendo en sus dedos marfileños filacterias con inscripciones y sentencias latinas. Debajo, el cuerpo yacente de una bella, llamativa ayer por su hermosura, representa la fatal inversión de los valores de este mundo. Por singular mimetismo, los danzantes fosforescían también con una mueca que parecía una sonrisa. Reían. Ante las ultimidades del hombre, los balbuceos del niño, el atropellado bracear de las mujeres, su madre, la nodriza y la tía Violante, caldeaban la escena con exageraciones y rezos. El fuego, las ollas y el agua. No hay agua de manantío. Se saca del pozo y está fría. La hielan las estrellas todas las noches subiendo muy altas por encima del brocal.

Infancia

El sonido es tal vez la primera sensación que llega transmitiendo mensajes hasta la naciente inteligencia del niño. Se sucedieron las voces vascónicas, dulces y rudas. Se abrieron los oídos con campanas, canciones, ladridos y el gran silencio del ambiente insonorizado y sordo. De rodilla en rodilla, de regazo en regazo, cosido a las haldas de las pías dueñas, mecido, acunado y hasta estrujado en brazos, el benjamín acortaba con sus gracias inesperadas los largos días alejados del mundo. Le miraban una y otra vez, y le sacaban el parecido físico a su padre, a su madre.

Llegaba la edad psicológica de los porqués, interrogantes amontonados, asombrosamente dirigidos, intencionadamente inocentes, escalonados, no siempre respondidos ni acertadamente interpretados. Cascadas de preguntas. El cuestionario, tomado del ambiente, formó naturalmente la primera pedagogía.

-¿Por qué apareció el Cristo?

-Porque un día, hace mucho tiempo, después de muchas guerras, andaba un cazador entre las ruinas del castillo persiguiendo una paloma y vio que salía de entre las piedras una gran luz. Siguió la luz. ¿Cómo podía haber allí una luz tan viva? Como el cazador no llegaba a donde brillaba la luz, arrojó una escalera. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que veían sus ojos? Allí, en un hueco, halló la imagen del Cristo, desclavada de la cruz y con una cadena que le rodeaba los brazos, atados a la espalda. La luz no se consumía. Por eso ahora arde siempre, en recuerdo, una lámpara de aceite. Era un milagro.

-¿Y qué es un milagro? ¿Y por qué está San Miguel en la otra capilla, más adentro?

-San Miguel venció al demonio en el cielo y lo arrojó al infierno.

-«¡Oh San Miguel!, defiéndenos del demonio en la hora de la muerte».

Todos decían que esta invocación brevísima se la enseñaba su madre en un momento.

-«San Miguel es nuestro amigo verdadero». Por eso la torre más alta se llama de San Miguel.

Para el día de San Miguel habían bajado del Pirineo los grandes rebaños pasando a la Bardena, resonantes con cañones, metales, trucos, truquizos, cimbales, realeras y toda la rica variedad sinfónica de las esquilas de cobre. Se habían cobrado los trigos y se hacía una gran fiesta. Al día siguiente, 30 de septiembre, se volvía a guardar fiesta en el castillo y en la abadía.

-¿Por qué San Jerónimo también?

-Porque vuestro padre, el señor don Juan, estuvo estudiando en Bolonia, de Italia, y allí rezó mucho ante San Jerónimo para que le ayudara, sobre todo en el terrible y «tremendo examen» que tuvo que hacer. Le acompañaron en aquel acto el infante don Pedro, muchos amigos y un hombre muy bueno llamado Pedro de Arbués, a quien mataron los judíos en la seo de Zaragoza.

Las preguntas atropelladas descifraban el universo y tropezaban siempre con el horizonte. Firme horizonte de montañas que limitaban un más allá de lejanías y curiosidades incitantes. La pregunta de la niñez: ¿Qué habrá más allá de las montañas?

Las conversaciones con pastores y criados le iban abriendo rudamente, poco a poco, los ojos. Las primeras letras y caligrafía las aprendió probablemente de su madre. Firmaban igual, sujetando el nombre entre dos trazos verticales a cada lado, que parecían al vivo una empalizada. Más al vivo todavía, parecía la rúbrica el cordón umbilical. Sin embargo, su abuela, Guillerma de Atondo, la mujer de don Arnal, nunca aprendió a escribir, ni siquiera para echar la firma, y no sería el único caso en la familia.

Cuando ya pudo más, siempre muy pronto, comenzó a frecuentar la abadía, donde pudo arremeter con el latín, bajo la dirección de don Miguel de Azpilcueta. Sus estudios, ¿dónde hizo los estudios? Siempre esta cuestión avivaría la disputa de las localidades vecinas.

Más tarde estudiaría en Sangüesa, en el Real Estudio, habitando en la célebre Casa París.

No estudiaría en Sangüesa, todo se torcería y el mal cariz que tomaba aquella ciudad contra el castillo, con pleitos muy largos, amargaba las relaciones de ambas partes, luchando por los pastos contenciosos del Escampadero y límites, junto al Adoratorio de Malpaso.

Estudiaría en Pamplona, en la rúa de la Zapatería, donde la familia tenía su casa y habitación cumplida, en señándose la cámara y hasta un tablero de madera suspendido de la ventana donde el escolar colocaba los libros y sostenía la cabeza. Tampoco estudiaría en Pamplona, de donde no se podía esperar nada bueno, porque la casa de su tío, el justicia Pedro de Jaso, era objeto de grave escándalo público por culpa del hijo mayor, su primo carnal Juan de Jaso, que vivía amancebado con una joven de perversa belleza, la desgraciada María Périz de Erice. Todo Pamplona, una población que apenas alcanzaba los diez mil habitantes, espiaba los menores movimientos de esta vida irregular.

-No imitéis a los hijos del justicia-, decía a cada paso María de Azpilcueta.

Estudiaría en Tafalla, en la casa del relator don Martín de Azpilcueta, hermano del Doctor Navarro. O estudiaría más lejos aún, en Estella, en casa de los Eguía, que luego se llamaría la casa del santo.

No estudiaría en Tafalla ni en Estella; podía estudiar cómodamente en el monasterio de Leyre, residiendo, como su hermano Miguel, por algún tiempo,

acogiéndose a la honda amistad que los monjes dispensaban a la casa, porque su padre, el doctor, les había resuelto el pleito del monte de Canes.

Pero, sobre cualquier juego de suposiciones tardías, convenía retener la niñez del benjamín y aun prolongarla, sin prisas. Nada tenía prisa, y una monotonía estática cargaba de tedio el aburrido ambiente. Si las criadas cardaban el lino o tejían, la faz de su padre, el doctor, se iluminaba o se contraía a la luz o a la oscuridad, redactando con pluma de ganso su famosa crónica o anotando en su diario, ambos escritos muy escuetos, por pura diversión. Las teas de «coral», abrasadas en el fuego bajo de la chimenea, movían temblorosas sombras y luces animando la escena de una velada interminable para la escritura de sus datos y cuentas. Un aburrimiento delicioso y feliz invadía los espíritus en cuanto transcurrían unos cuantos días de estancia en casa tras los grandes viajes y la permanencia en la corte despachando en el Real Consejo de Navarra.

Se consideró inolvidable, casi emocionante, el paseo que un domingo hizo el doctor con su mujer e hijos y un par de oficiales que trabajaban en casa, y, llevándoles por la Cañada Real, les subió a Malpaso; les iba enseñando las mugas del lugar y los límites del señorío. Aquí el Escampadero; en el hondón, Valdarto y la Valullada. El abuelo, don Martín de Azpilcueta, conocía bien estos términos y los había amojonado en su tiempo. La familia le escuchaba con respeto y regresaba feliz con la lección bien aprendida y el goce de una recreación bien honesta. Y así, una calma cuajada y compuesta de paces y tranquilidades triviales absorbía los días retardados, sin espacio a la distracción, cebando la dulce enfermedad del siglo, la melancolía, hasta que llegó la guerra.

Cisma y guerra (1512-1525)

Se casaba su hermana Ana con Diego de Ezpeleta, señor del palacio de Beire, congregando por última vez a la familia entera en la alegría de la fiesta. A poco, niño todavía, seis años, en la semioscuridad de la noticia, le sorprendió la guerra de 1512 rompiendo bruscamente la infancia. ¿Dónde estaba su padre en esa hora? ¿Por qué no venía a casa? Nunca estaba en casa.

Luis XII y Fernando se batían en Italia, y la factura del conflicto internacional la pagaba Navarra. Juan de Albret y Catalina de Foix, los reyes navarros, amigos de Fernando, pero enfeudados en Francia, se inclinaban por el doble juego.

Fernando, agotada la política matrimonial para ganar a Navarra, pidió paso a Francia por la llave de los Pirineos, exigiendo la entrega de la fortaleza de Maya entre otras. En su cabeceo diplomático, Navarra le aseguraba su amistad, pero le negaba el paso. En ese momento, el doctor Juan de Jaso y el mariscal de Navarra montaron a caballo para llegar a Burgos. Fernando les recibió; apreciaba al doctor; el recuerdo de Magdalena y el deseo de recibir a uno de sus hijos en la corte lo confirmaban. El movimiento de espías era muy intenso, y Fernando, que no desconocía las negociaciones simultáneas que Navarra llevaba en Francia, intentando una neutralidad honrosa, no se tranquilizó con las garantías dadas por el señor de Xavier. La hoja de parra de la diplomacia cayó y surgió la guerra.

En pocos días, el duque de Alba se apoderó del reino. Los reyes don Juan y doña Catalina se retiraron a Lumbier, y el doctor, junto con su hermano Pedro, el justicia, les acompañaron entre otros caballeros en la despedida. Todo se hizo de prisa, al amparo de una bula pontificia pregonada a cañonazos, por la que los reyes navarros quedaban excomulgados, al igual que sus secuaces. El doctor, con su ciencia canónica, debió de invalidar mentalmente el rigor de Julio II. En tiempo del papa Alejandro VI había sabido aprovisionarse de un privilegio pontificio, para beneficiarse en días de entredicho, obteniendo múltiples dispensas: la celebración de la misa a puerta cerrada y antes del alba, sin repique de campanas; la absolución de pecados reservados y el uso de altar portátil, entre otras gracias.

Las tropas del arzobispo de Zaragoza entraron por Xavier, hicieron una hoguera en el castillo y quemaron las escrituras de los parientes de Olloqui. El picor del humo irritaba los ojos. Todos los castillos quedaban amenazados, presintiéndose su declinación feudal, pues una orden de Fernando decretaba sin piedad la demolición, alcanzando, entre los enumerados por Zurita, al de Xavier. De momento se salvó.

Don Juan de Jaso permaneció entre Pamplona y Xavier, percibiendo la nómina habitual, y, en un último esfuerzo diplomático, montando a caballo, hizo su última embajada al Rey Católico. Fue a Medina del Campo, enviado por los reyes desterrados, para negociar una alianza inequívoca. Una Navarra unida a Castilla en pie de igualdad, regida por los reyes destronados.

El doctor se hundió en el fracaso de la negociación, y un ejército francés, acompañado de lansquenets y albaneses a sueldo, entró en Navarra y sitió Pamplona, pero, derrotado más tarde en las alturas de Velate, se volvió a las Galias. Tres años más tarde, el desvío de Fernando parecía agudizarse enfriando la antigua amistad, porque la inmensa llanura del Real, a la que alegaba el doctor sus derechos de vecindad y pasturaje, fue dividida por una sentencia arbitral en dos partes, Sos y Sangüesa, excluyendo del reparto a Xavier. En los casales del Real se hizo la subasta; el castillo de Xavier hizo su reclamación inútil. Protestaron su hermano, el justicia, y el hijo mayor, Miguel de Xavier, porque el doctor se hallaba enfermo. El 16 de mayo de 1515, un notario de Sos se apeaba a la puerta del castillo trayéndole una carta de Fernando. Dos hombres, uno armado con una lanza y el otro con espada, le recibieron. Salió Pedro de Jaso y recibió copia de la carta, alegando que su hermano estaba muy malo en el lecho y que nadie le podía hablar. Despidió al notario asegurando que los rebaños de Xavier no entrarían en terrenos del Real de Sos. Se agravó, y el 16 de octubre del mismo año, en plena vendimia, cuando la uva encendía avispa de oro y el grano pisado en los lagares perfumaba sótanos y bodegas, murió.

Francisco, francés para los de casa, contaba nueve años y medio; y bebió en su imaginación los ritos inolvidables, funerales, del dolor. A las colmenas las taparon con paños negros notificándoles la defunción del señor, solidarizando a los insectos más inteligentes y estimulándoles con las clásicas palabras vascónicas a permanecer encerradas y trabajar y labrar más libras de cera destinadas a arder en la sepultura del señor. El zumbido del abeja le decía que también él tendría que aumentar su rendimiento en adelante. Más cera y más luz.

La escena política se llenó de más lutos. Murieron en poco tiempo Luis XII, Juan de Albret y Fernando. Les sucedieron Francisco I, Enrique de Albret y Carlos. Esta rápida mutación puso a los hombres en pie de guerra. La conspiración no desaprovechó esta ocasión hacía tiempo esperada. La facción agramontesa, apoyada por tropas francesas, hizo aparición en las quebradas pirenaicas. La casa de Xavier, perdida la medida del doctor y en manos jóvenes, se sumó a la insurrección. Miguel era el cabecilla, reconocido en la región, que en un golpe de mano había apresado al alcaide de Sangüesa encerrándolo en el calabozo del castillo. Ocho roncaleses bajaron a defender el castillo y se tuvieron reuniones conspiratorias para «revoltar» el reino. Pero un fuerte temporal de nieve en los puertos impidió el avance liberador, quedando copado y siendo derrotado por el coronel Villalba. Cayeron prisioneros los primos Valentín de Jaso y el capitán Olloqui, siendo trasladados a Castilla y encerrados en la torre de los Infantes del castillo de Atienza.

El movimiento quedó aplastado, y las órdenes del enérgico y ascético cardenal Cisneros, ejecutadas fielmente por el duque de Nájera, virrey de Navarra, alcanzaron de lleno a Xavier. Del 11 al 22 de mayo de 1516, una cuadrilla de

peones se ocupó en descuartizar el viejo monumento. Latorre de San Miguel perdió el equilibrio y se vino abajo. Pétalos duros, las almenas y cresterías, cayeron secamente. Deshicieron la muralla exterior, la primera puerta, el puente levadizo y dos torres laterales. Rellenaron el foso con los escombros de la destrucción. Rompían el jardín; ¿por qué el jardín? Y no perdonaron «la morada de los conejos». La ira demoledora iba dirigida a la totalidad de la construcción, pero, a ruegos de María de Azpilcueta, se derrocó sólo «lo fuerte» de la casa. Más tarde, María de Azpilcueta decía que ella estaba pacíficamente a la obediencia de Castilla, pero el virrey alegaría ante los tribunales que la demolición se llevó a cabo porque allí dentro se juntaban «los deservidores de Su Majestad». Y así, durante años, María, luchando gallardamente por la indemnización, que no llegaría nunca, inventaría motivos de fidelidad. A la demolición se siguieron otros dolores. Se pusieron guardas dentro de la casa vigilando a la familia y sus menores actos. La torre de Azpilcueta y la borda pegante fueron derruidas y quemadas. La casa de Pamplona fue también allanada y sus vigas aprovechadas en la construcción de la nueva fortaleza. El efecto de estas acciones en el alma de Francisco, diez años, debió de ser grande y aleccionador.

La depresión alcanzó otros aspectos. Las almadías se burlaban, deslizándose sin pagar el tributo de un tronco por almadía. Los rebaños de la trashumancia incumplían sus obligaciones. Un día no pudo ser de otra forma. El criado Miguel de Larequi, con Miguel, Juan y Francisco, cabalgaron en persecución de los rebaños, alanceándolos y arrastrándolos a la abadía, pasándolos por sus puertas estrechas para hacerles el «quinteo», cada cinco ovejas tomaban una. Esta hazaña obtuvo cierta resonancia triunfal. Doña María aprobó y concedió a sus hijos la recompensa de un cordero para comerlo en el Molinaz.

Las gentes de Sangüesa, segur en mano, entraban en el territorio y hacían leña en los grandes encinares. La ira de doña María, sin límites, les volcaba las carretas y resistía todos los desmanes. Las revanchas interminables de los viejos enemigos llenaron varios años acumulando pleitos. No se sabía qué apreciar en la nueva situación, o admirar más, si la fuerza de la contradicción o el temperamento de la resistencia. La «triste» María de Azpilcueta, como se firmaba siempre, según fórmula usual de viudedad, no se rindió jamás.

El fondo de una vida gris se animó con el primer temblor de la pubertad y la indefinida sensación de la inocencia. Siempre creyó que los muchachos de «los catorce años para abajo» viven en «estado de inocencia». Era ya quinceañero cuando nuevamente estalló la guerra. El rey Carlos, ausente en Alemania, se coronaba emperador. Con los comuneros de Castilla sublevados se entendía Navarra. Enrique de Albret pasó las gargantas protegido por Francisco I. La insurrección agramontesa, patriótica, se hizo rápidamente con varios golpes de mano.

En vísperas de la Pascua de Pentecostés de 1521, todos los ojos en Navarra se volvían a Xavier. El 17 de mayo, Miguel de Xavier y sus hermanos bajaron a Sangüesa. Era el atardecer e «iban no de muy buenas maneras, con rodela y espadas». Cuando llegó la noche, la oscuridad se llenó de sombras y comenzaron a golpear las puertas. Caían ruidosamente las aldabas, se oían palabras sueltas, y algunos bultos humanos corrían vagando por la rúa Mayor. Sacaron de la cama a buen número de vecinos. Les acompañaba un fraile dominico haciendo esta leva nocturna. A los que se resistían les amenazaban con quemarles la casa. Así juntaron hasta cincuenta hombres.

Amanecía y cantaban los gallos cuando los hijos de Xavier, capitaneando a los voluntarios, llegaron a las cercanías del castillo, donde se les juntó el hijo del mariscal Pedro de Navarra. Todos juntos, deslizándose por las orillas del Molinaz y

del río Aragón, se pusieron en celada en las inmediaciones del puente de Tor esperando a una compañía de Calahorra que de Lumbier se dirigía al Roncal, con banderas desplegadas y roncós golpes de tambor. Cayeron súbitamente sobre ellos y los atrajeron al puente, donde a tiros de ballesta y al arma blanca los precipitaron en las pozas de Tor, muriendo algunos ahogados. El resto, prisioneros en trailla, fueron conducidos al castillo. Los vencedores se refrescaron en las bodegas, mientras se producía un tumulto de espadas en el zaguán por apoderarse del botín y del capuz de un prisionero. Después los sacaron monte arriba por la altura de Malpaso y los soltaron, dirigiendo a los heridos al hospital de Sos.

Los capitanes Miguel y Juan entraron por la rúa Mayor victoriosos llamando la atención por llevar a rastras las banderas capturadas, «cabeza abajo», caídas por el suelo las flechas, «el yugo y las coyundas» de Fernando e Isabel. No vivía el doctor ni a todos complacía el rumbo de la guerra.

-«Quiera Dios enviarnos el ángel de la paz»-, escribía el pariente Miguel de Añués. La Pascua de Pentecostés sirvió para reclutar en la solemnidad religiosa nuevas fuerzas y dirigirse a la villa de Lumbier, de raigambre beamontesa, plaza fuerte que convenía rendir. Parlamentaron en el puente, pero la villa no cedió a las razones ni a las noticias optimistas de la invasión francesa. Se retiraron discretamente los hijos de Xavier con sus huestes a la localidad vecina de San Vicente, donde tomaron la colación y pasaron la noche. Al día siguiente se lanzaron sobre Olite y, a grandes cabalgadas, se acercaron a Pamplona, abandonada y sitiada por el generalísimo francés Asparros.

La fortaleza resistió sólo seis horas y se rindió cuando el caballero guipuzcoano Iñigo de Loyola cayó con las piernas rotas por la pelota de un cañón. Entraron en furia derribando las puertas los franceses y navarros agramonteses, evitándose milagrosamente el horror de una matanza. El caballero guipuzcoano fue retirado y atendido en su gravedad, hasta que, días después, el capitán Esteban de Zuasti, el primo huérfano educado años atrás en Xavier, lo trasladó fantásticamente a su palacio de Zuasti y, encaminando luego su litera por el valle de Larraun, lo condujo a Loyola. De su sangre brotaría una milicia santa, tras la herida muy calculada, que, de ser más grave, hubiera resultado mortal; y de ser más leve, no hubiera agrandado la convalecencia que produjo la meditación más poderosa de la Edad Moderna.

La acción salvadora del primo Esteban pudo adelantar los acontecimientos estrechando los vínculos inimaginables entre Loyola y Xavier. La guerra de Navarra, que fue para Maquiavelo una guerra de casa, o una guerra santa emprendida contra unos reyes cismáticos, acabó congregando en Pamplona combatientes inesperados y contrapuestos, llamados a poblar el cielo en la brillante constelación del santoral. Habían empuñado las armas Juan de Dios, el padre de Teresa de Avila, Iñigo de Loyola y los hermanos de Xavier.

La victoria imperial en la batalla de Noaín, con la prisión de Asparros, dispersó a los vencidos empujándolos a Francia, quedando muchos en la merindad de Ultrapuertos; Miguel de Xavier y Juan de Azpilcueta no depusieron las armas y amagaban en la montaña.

El 15 de diciembre de 1523, el Emperador concedió con excepciones un perdón general a los combatientes navarros. No fueron perdonados Miguel y Juan, que excepcionalmente encabezaron la lista de los condenados a la última pena: «Miguel de Xavier, cuyo dice fue Xavier, y Juan de Azpilcueta, hermano del dicho Miguel». Por orden imperial se confiscaron los bienes de Xavier y Olloqui. Tras rigurosas tasaciones, los bienes de Xavier fueron destinados a la reconstrucción del monasterio de Santa Eulalia, en Pamplona. El crimen de alta traición, las

penas de muerte y los «confisques» hicieron doblar el gesto de la triste María de Azpilcueta, que desde su abatimiento buscaba para su benjamín un destino lejos de las armas y más en consonancia con los fervores religiosos de la abadía. Miguel y Juan operaban en el valle del Baztán, esperando siempre el día de la gran invasión francesa; capturaban prisioneros que luego los hacían soltar y limpiaban de espías la frontera. Mezclados en las caravanas de botanas de vino, circulaban los espías imperiales minando la acción navarra. Había envidias, la guerra era la guerra, y no todos los jefes pecaban de idealistas. Miguel se quejaba amargamente en sus cartas y se proclamaba «el más abatido gentilhomme del mundo». Pero, cuando el conde de Miranda, virrey de Navarra, se lanzó a la conquista de la fortaleza de Maya, el valor apretó filas y los jefes, abandonando rencillas, se sintieron héroes.

El gran número de piezas de artillería y carretas tiradas por bueyes se hizo sentir en la trepidación del valle. En el interior de la fortaleza se encerraron, con el capitán Jaime Vélaz de Medrano, los hermanos Miguel y Juan de Xavier. La resistencia endiablada aguantó el bombardeo y las minas de pólvora ante la admiración desesperada del virrey.

-«Recordad, señor, que son navarros»-, le aclaró el conde de Lerín.

Salieron de entre las ruinas, rindiéndose al fin, al sentirse traicionados por la tardanza del ejército francés. Cayeron prisioneros, y a los pocos días, desde las cumbres cercanas, se divisaba en las aguas azules del Cantábrico un navío que la gente comenzó a decir iba cargado de oro para rescatar a los hijos de Xavier. Un criado de Miguel fue capturado cuando, ignorante de la situación, venía de Francia a Maya en busca de noticias. Después de largo interrogatorio, le dieron una tanda de azotes, le hicieron cabalgar montado en un asno por el real de los imperiales y le condenaron a galeras para el resto de sus días. Toda la guerra de Navarra, que había comenzado por la fortaleza de Maya, terminaba por allí desmoronándose, arriando los últimos signos de independencia.

La fortaleza de Pamplona recibió a los prisioneros con los más negros presentimientos. Miguel de Xavier ocupaba una celda junto a la capilla la noche en que los guardas le amenazaron con las espadas por haber desaparecido una candela en el momento en que iban a echar los cepos a los presos antes de acostarse. Se rumoreaba la ejecución de los Vélaz de Medrano, y Miguel de Xavier, aprovechando una distracción del carcelero y vistiéndose con las ropas de la criada que le traía la comida, se escapó disfrazado de mujer. Otra versión afirmaba que salió sin inmutarse, con un golpe de naturalidad, genial, en medio de los guardas, corriendo a refugiarse en la montaña. Las oraciones de María de Azpilcueta desgranadas ante el Cristo salvaron a su hijo, según Dávalos de la Piscina, de una muerte segura.

Nuevamente la guerra pasó a Fuenterrabía. Esta plaza, en poder de los franceses -Miguel ya estaba allí-, fue sitiada por las tropas imperiales y ablandada por largas negociaciones. Sólo una persona de inmensa autoridad, su tío, Martín de Azpilcueta, el Doctor Navarro, pudo rendir el genio de Miguel de Xavier mucho más que los sacres y ribadoquines de la artillería imperial. La lucha no conducía a ninguna parte, las guerras religiosas que arruinarían a Francia y el voto favorable al Emperador eran razones de su dictamen. «Que redundaría en honor de Dios, en provecho de Navarra y de sus mismos parientes y adheridos, y en beneficio del rey don Juan, hombre pacífico por naturaleza, a quien servían de gran carga, que volvieran a su patria en la primera ocasión justa que se presentase y sin ofender al monarca francés a cuyo servicio se hallaba el mariscal». Se siguió este consejo cronológicamente anterior y se salvó la pureza política.

Las capitulaciones de Fuenterrabía devolvieron a los capitanes de Xavier las honras y preeminencias, el asiento en cortes y el reconocimiento de los antiguos derechos sobre las almadías del río Aragón y los blancos rebaños del Roncal. Después de una lectura atenta, Miguel de Xavier no pudo ser más explícito, y declaró que la capitulación se hacía «por el bien público de toda España y de todo este reyno» de Navarra.

Volvieron a casa. Todas las cosas se hallaban en su puesto fijo, descubriéndose en todo la mano de una buena administración. Era Francisco, que había gobernado los negocios familiares en los días difíciles sin resentirse el curso de sus estudios. La inteligencia, jovialidad y un encanto irresistible eran cualidades que en este tiempo le reconocía generosamente el Doctor Navarro. La presencia de sus hermanos le descargaba, y volaba a metas más ambiciosas. Su último acto administrativo fue despachado, tal vez de prisa, antes del viaje acariciado, porque arrendó en Burguete los medios molinos que tenía el castillo de Xavier. Días después picó espuelas y, acompañado de un criado, pasó los puertos, internándose en Francia, camino de París.

El viaje brioso del jinete, menos cargado de dinero y más provisto de ilusión, dejaba atrás para siempre la mediocridad ambiental, a la que renunciaba sin dificultad. Muy pronto, casi por los mismos días, en Olloqui y en Beire cundían los disgustos y porfías, con riñas de espadas, hasta dar en las cárceles reales. Su primo, Francés de Olloqui, era el peor, pues un día golpeó a su madre con un hierro tirándola al suelo.

Cada legua le acercaba al horizonte soñado, mientras se borraban las últimas huellas de su original procedencia. A estas horas, ¿era navarro?; ¿era español?; ¿era cántabro? Se disolvían los horizontes, caían las distancias, y estas preguntas que el futuro formularía carecían de sentido. Probablemente era sólo de su madre, a la que adoraba y perdía para no volverla a ver.

La Universidad (1525)

Burdeos, Poitiers, Tours, Orleans quedaron tras los cascos incendiados del caballo de Francisco. Siempre a caballo. Los días cortos de septiembre y el día de San Miguel le aproximaron, al trasponer la colina de Santa Genoveva, a la ciudad del Sena.

En rápido contraste con los parajes solitarios y los años ordenados, le recibía el barrio latino para retenerle durante once años. Edificios, monasterios, hospitales, colegios, tabernas y cuevas entre callejuelas húmedas que más parecían alcantarillas. Humedad, oscuridad, suciedad y falta de limpieza. Nada me llevé de París, gruñía Erasmo, sólo el cuerpo contaminado de enfermedades y abundante provisión de parásitos. Allí hervía la juventud de Europa, tres mil o cuatro mil estudiantes. Una juventud hormonal y apasionada, destinada a enfermar y amarillear, venérea hasta los tuétanos y ávida de gloria, inscribía sus nombres en la famosa universidad el día de San Remigio, 1 de octubre.

Francés de Xavier, clérigo de la diócesis de Pamplona; así se apuntó el nuevo alumno en el colegio de Santa Bárbara. Su fachada, que caía sobre tres calles que la separaban de otros tantos colegios, le permitía asomarse al más sombrío e inhumano de todos, el de Monteagudo, cuyos alumnos, cebados a fuerza de ayunos y frecuentemente apaleados, despedían de sus capas y axilas el inconfundible olor a sudor y legumbre, a vajillas mal lavadas y letrinas peor fregadas. Apestaban.

Monteagudo y Santa Bárbara rivalizaban sobre todo en las luchas callejeras. Los de Santa Bárbara siempre se sintieron superiores, y él era «camarista porcionista», con rango externo de hidalgo, pobre, pero soberbio, servido además por un «martinet» traidorizo, de baja condición y mala vida, el tristemente famoso

Miguel Navarro. Ambos, en sus apellidos, decían abiertamente su origen navarro, aumentando el caos babélico de lenguas y nacionalidades: italianos, españoles, portugueses, sirios, egipcios, armenios y persas.

Primeramente tuvo que dejar su vestido de gentilhomme para ponerse un largo hábito negro ceñido a la cintura por una correa, y comenzó su vida universitaria. A primera vista, aquella casa no era ningún establecimiento de vida mundana.

Levantarse a las cuatro de la mañana, cuando un estudiante, campana en mano, recorría los dormitorios introduciendo sus narices materialmente en las sábanas hasta cerciorarse de que todo el mundo se hallaba despierto, y encendía el candil.

A las cinco, la primera lección, reuniéndose en un aula con cierta tibieza de establo, sentándose como ovejas sobre el enlosado cubierto de paja para calentarse, en invierno, y de heno fresco en verano. Esta postura, muy apta «para fomentar la humildad» del discípulo, y más edificante que convincente, no vencía del todo la mala impresión, gregaria, de un rebaño de rumiantes bien estabulado. A continuación, la misa y el desayuno de un panecillo. Entre ocho y diez, la clase principal del día, seguida de una hora de «ejercicios». A las once, profesores y discípulos comían en el mismo refectorio despachando las magras raciones con la lectura en voz alta de la Biblia o de las vidas de los santos. Cierto esparcimiento y, de tres a cinco, la clase vespertina. La cena a las seis, seguida de un resumen de los estudios del día, las oraciones de la noche y, a las nueve, se tocaba a silencio, aunque era posible obtener permiso para estudiar hasta las once. Luego el sueño, oficialmente el sueño, descabezado sobre jergones de paja.

Los martes y jueves eran días de recreo, practicándose juegos y ejercicios atléticos en las praderas de la isla del Sena. En seguida sobresalió por los saltos y la agilidad de sus piernas. Brincando sin compasión sobre su propia sombra consiguió los primeros trofeos.

En conjunto, el esfuerzo del estudio y aun el entusiasmo de maestros y discípulos levantaba un prestigioso monumento a la ciencia de su tiempo. Gravitaba la arquitectura del sistema trazado por el Aquinate, pero con el tiempo sus grandes líneas aparecían trituradas por el decadente juego de una escolástica sin alma, entretenida en la composición de argumentos y cuestiones pintorescas, más aptas para ejercitar sutilezas dialécticas que para afrontar los grandes problemas filosóficos. El gusto por el bien decir y la moda omnipotente renacentista, con el culto a los clásicos grecorromanos, arrumbaron las últimas muestras de la escolástica. La reacción era universal, y estos modos latinos le ocuparon el primer año, apasionándose como el resto de la juventud. Dos o tres frases cogidas al azar en sus cartas resultarían correctas y aun elegantes, sin omitir la facilidad de los días difíciles «con ser el latín tan fácil...».

El curso escolar 1525-26 terminó con un examen que puso fin a sus estudios literarios, dejándole para el primero de octubre a las puertas de la filosofía.

Probablemente el marco se amplió. No se cabía en las clases; en tal caso se arrastraba la cátedra al aire libre; los profesores ahuecaban más las voces y dictaban sus lecciones.

Una carrera larga le aguardaba. Para alcanzar el grado de doctor necesitaría cinco años. En la cuaresma de 1529, puesto que se orientaba a la cátedra, llegaría a dar un examen preparándose para cumplir este oficio. Estos jóvenes maestros o doctores quedaban a veces estancados en la enseñanza, de la que vivirían para siempre. Otros darían sus lecciones para poder costearse nuevos estudios. La mínima diferencia de edad que separaba a discípulos y maestros les hacía camaradas y aun cómplices. Exteriormente, el orden y la disciplina del reglamento no lo hubieran consentido, pero por debajo de las apariencias fluía la vida clandestina ofreciendo las aventuras más atrevidas.

El portero de Santa Bárbara, un cíclope, bautizado por los estudiantes con el nombre de Polifemo, era muy sensible al brillo de unas monedas. Lo demás se dejaba fácilmente adivinar. En términos velados y caritativos, su compañero de habitación, Pedro Fabro, en quien apenas había reparado, hablaba vagamente de cierta agitación de conciencia causada por la vista de los defectos ajenos e imperfecciones.

Eufemismos aparte, maestros y discípulos ahondaban con gusto en el conocimiento propio de sus defectos e imperfecciones. Con su imperfección auestas, un maestro, en particular, solía conducir por la noche grupos de estudiantes a casas de mala fama entre callejas perdidas, y Francisco iba entre ellos.

En las noches de París, el aire de complicidad y fornicio, las más de las horas agarradas a las estrellas como los tactos humanos y los besos de la ciudad, embriagaba a la masa juvenil de pensionistas, camaristas y todos los rangos del humano saber mezclados, retozando en las sombras. Las primeras lecciones, los nuevos, los tímidos y las impuras ramerías. Al filo de la media noche, la vuelta. Los tapias escalados de sombras apagan los comentarios de cada experiencia. Se baja la voz y se paladean las emociones gozadas, glosando la mísera felicidad. Ponderaciones, gustos y reticencias roban el seso y alargan la ilusión en dulce perspectiva, para despertar luego en un triste amanecer.

Por una de esas raras confidencias pronunciadas con la intención de ganarse al interlocutor, aun exagerando los propios defectos, confesó más tarde haber sido maravillosamente preservado del mal. «Sin haber experimentado corrupción de la carne». Aunque, «acerca de la vida de los estudiantes, decía que ellos y los maestros eran muy inmorales y que, con frecuencia, salían del colegio por la noche con uno de los profesores y le llevaban a él».

La historia ha callado el nombre de este culto profesor que lucía en el tablero de su frente las marcas del vicio, las «bubas» contraídas en el tráfico venéreo de sus clases nocturnas. También Francisco calló discretamente y se apresuró a resistir tan mala influencia. A los veinte años, su cuerpo cargado de rosas, con un paso más sin detenerse en el preciso instante en que se jugaba el futuro y tras resbalar en el abismo, jamás hubiera existido ya el gran apóstol de los tiempos modernos. Ese momento inseguro no fue superado por un pensamiento elevado ni por un sentimiento de su propia dignidad; sencillamente tuvo miedo. Las «bubas» repugnantes de su profesor sifilítico siempre estaban allí, y el miedo al contagio le retuvo, según confesión propia, «por uno o dos años», hasta que este maestro tan ameno murió víctima de sus propios excesos, siendo sustituido en 1528 por el maestro Peña, casto y virtuoso, cuyo ejemplo le salvó.

La explicación humana del miedo al contagio no lo aclara todo. ¿Se puede resistir sólo por miedo durante dos años? Por debajo de ese temor se escondía el carisma secreto que vino a descubrir en la confesión sacramental que hizo de su juventud, juzgándole su confesor: «puro, virgen y casto desde el vientre de su madre».

Al regreso de una noche de éstas, apáticamente, victoriosamente disputadas al vicio, debió de fijarse por fin en el porte de su compañero de habitación, un saboyano arrancado a su oficio de pastor en las montañas azules de los Alpes, de inocente semblante, en contraste con su arrogancia de hidalgo navarro.

El angelical Pedro Fabro, a la edad de doce años, en el silencio del campo hincado de rodillas, había pedido a Dios le mostrara lo que debía hacer para agradarle. El voto de castidad, le pareció que le respondía una voz interior. Allí mismo consagró su cuerpo y se consideró desde entonces destinado a la santidad. De su interior brotaba cierto resplandor, y la luz de su límpida pupila, propia de un alma pura. Con el tiempo se le conoció por su trato insinuante y amoroso, y a su atractivo se

le confiaban las personas en gran amistad. De extremada sensibilidad en su vagar por las cortes de Europa, una vibración levísima le descubría con avisos telepáticos las influencias de cualquier localización pecaminosa, el humilde barrio de las prostitutas. Ahora sólo el remoto acto de su castidad campestre, otorgada sin consejo, le dolía y purificaba con escrúpulos cíclicos e inseguridades internas. Por allí, por las ortigas de su espíritu puritano, tuvo que pasar bien juzgado y examinado su compañero, atravesando el duro tamiz. Se guardó su impresión, para más adelante escribirla claramente.

«Déme la divina Bondad una memoria agradecida para reconocer los divinos beneficios que en estos tres años y medio me concedió por varios medios, dándome tal maestro y tal compañía, como la que encontré en mi habitación. Me refiero principalmente al maestro Francisco Javier».

Ambos amigos habían puesto bridas al instinto carnal, y la castidad, caballo de batalla en la juventud, abría nuevas vistas a un mañana misterioso e imprevisto. El año 1529 eran ya bachilleres en artes, y un año más tarde recibían el título de maestros, lo cual les permitiría enseñar como regentes a los estudiantes más jóvenes, mientras continuaban sus estudios teológicos. Al grado de «maestro», que en adelante realzaría su nombre llamándose maestro Francisco, se presentaron la mitad de sus compañeros, saliendo victorioso un número muy reducido. Caían en el ruedo al filo de argumentaciones en cadena, construidas con silogismos cortantes como aceros. A su vez, tenían que saber atacar con iguales armas. Estos exámenes, verdaderos torneos, finalizaban para los vencedores con el «bonete» de lana, que recogía en la nuca los mechones abundantes de una cabeza sabia.

Tras las felicitaciones, los parabienes y los banquetes, la muchedumbre se dispersó, quedándose a solas con sus deudas, tachado de «gastos exagerados». Pedía dinero a casa, pues por encima de todo quería mantener las apariencias y ser notado de los que eran sus iguales en nacimiento; de aquí su innecesaria extravagancia, al decir de Turselino.

Cuando volvió a pedir más dinero, sus hermanos le dijeron que no. Probablemente la negativa se agudizó con la noticia más dolorosa todavía de la muerte de su madre, acaecida con implacable naturalidad un día incierto de 1529. La última remesa de dinero, hecha de mala gana, debió de avivar el propósito de terminar con la causa de tantos gastos: retirarle de los estudios. Capitanes derrotados y arruinados, sus hermanos decidieron atajar cuerdamente.

-«No hagáis tal -se opuso proféticamente Magdalena-, porque tengo entendido que ha de ser un gran siervo de Dios y columna de la Iglesia». La predicción de la hermana vidente detuvo desde su retiro de Gandía el golpe mortal.

Loyola–Xavier (1528-1534)

Durante la primavera de 1528, Francisco debió de cruzarse a menudo, en la pestilente rue du Chien, entre Santa Bárbara y Monteagudo, con un estudiante ya maduro, cuyo paso ondulante anunciaba, en el contrapunto de su cojera, la trayectoria de una vida singular; caballero vascongado, «soldado desgarrado y vano», combatiente herido en Pamplona, convertido y penitente en una cueva de Manresa, peregrino en Tierra Santa, estudiante en Barcelona, Alcalá y Salamanca, y hasta prisionero de la Inquisición.

Si no excéntrico, por lo menos interesante, este discípulo atrasado fue confiado a maestro Francisco, quien muy desinteresadamente lo cedió a maestro Fabro, después que una circunstancia inesperada había unido a los tres en una misma habitación. El hielo comenzaría a fundirse cuando Ignacio distrajo de sus recaudaciones las monedas con que socorría a estudiantes pobres que luego encaminaba a las clases de Javier, aumentando su alumnado e, indirectamente,

los ingresos que le negaba su familia. Maestro Francisco los recibiría con agrado en su cátedra del colegio Dormans-Beauvais, sin entender del todo la sutil maniobra de su difícil compañero de habitación.

Ya en casa, los antecedentes y el recuerdo velado de las hostilidades pasadas, animadas por la alusión al primo Esteban de Zuasti, cuya intervención famosa le había salvado, aliviaban la pesadez de largas horas tirantes, transcurridas, tal vez, sin mirarse ni dirigirse una palabra.

Ignacio iba muy despacio y aprovechaba los momentos más favorables. Mañana, el porvenir; proyectos, sueños y fantasías pintados con vivos colores alegraban otras jornadas. En el hueco de una pausa, la voz de Ignacio introducía con calma la palabra eterna. ¿De qué le sirve al hombre, maestro Francisco, ganar todo el mundo si pierde su alma? Por toda respuesta, una carcajada, o una burla muy fina, guasona. ¿Nada más?, como quería el diálogo tardío y convencional de Auger. Ni el ataque de Ignacio era frontal, ni Francisco era el pecador que había que convertir, arrancándole de las llamas del infierno. Su conversión era gradual, más matizada y especializada, orientada a la santidad. Por debajo de las palabras y la aparente oposición corría otro lenguaje de amistad captado en un gesto o en una mirada de Ignacio que venía a decir: resistes, pero ignoras todavía que me buscas, cuando ya eres mío, hijo del alma.

Una carrera de honores le esperaba de esta manera. Un día de su juventud, en Navarra, tonsurado con tijeras de plata, se había consagrado oficialmente a la Iglesia. Una vida virtuosa y honrada, como la de su primo el Doctor Navarro, en el fondo le gustaba; la gloria de la ciencia, la fama de la cátedra; por ello le escribía asiduamente a Salamanca. Su amigo Francés de Navarra había sido nombrado a la edad de veinte años prior de Roncesvalles, dignidad opulenta y ostentosa, con aspiraciones a una mitra. Otro familiar, el doctor Ramiro de Goñi, ocupaba en la catedral de Pamplona el puesto más lucrativo y elevado después de obispo, como administrador del cabildo. Estos modelos familiares, tentadores, le empujaban; probaría una canonjía en Pamplona, buscando en el doctorado de París el cimiento del futuro. Y como para acceder a un beneficio eclesiástico le convenía promover su título nobiliario, desde allí mismo, acompañado de dos estudiantes navarros del colegio de Santa Bárbara, requirió a un escribano para presentar en el Consejo Real y la Corte Mayor de Navarra su proceso de hidalguía. Escribió también una carta a su hermano Miguel, rogándole que por mediación de su tío el doctor Remiro de Goñi le procurase la canonjía.

Así, teniendo en cuenta que la conversión de un justo a la santidad heroica es obra de la gracia, tan difícil como la conversión del pecador, se clavaban siempre como garfios las interrogaciones espaciadas de Ignacio. ¿De qué te sirve, Javier, ganar todo el mundo con detrimento del alma?

A esta confrontación interior vino a sumarse, como una ráfaga de luz, la noticia de la muerte de su santa hermana Magdalena el 20 de marzo de 1533, siendo abadesa de las Clarisas Pobres de Gandía. Si a ella le debía su permanencia en París y su posición como regente del colegio Beauvais, no es extraño que su pensamiento se detuviese a meditar sobre esta pena familiar. No la había conocido en el castillo. Dama de Isabel la Católica, la azucena de Javier había purificado su vida desde los comienzos. Había colgado de la Virgen de Gracia sus alhajas, vivía alegre en la vida religiosa, pero sus tentaciones y sus visiones le habían asegurado un puesto relevante en el claustro de Gandía, núcleo cierto de subido misticismo.

Magdalena, baja de estatura y complexión débil, se esforzó siempre por ayudar a sus hermanas, empleando en su favor el tiempo que le dejaba libre el coro.

Siendo tornera, lo mismo que abadesa, cuidaba voluntariamente de la ropa de las más viejas o enfermas, lavando a veces seis o siete hábitos de lana cada día. Amaba sobre todo la oración. Con todas, se levantaba al coro a media noche, pero luego se quedaba sola en la iglesia hasta maitines, permaneciendo seis horas seguidas. Su unión con Dios se mantenía durante el trabajo con la repetición de rápidas jaculatorias, el Gloria Patri y el Sit nomen Domini benedictum. La continuidad de esta costumbre le llenó la boca de día y de noche con esta práctica, pues se despertaba con frecuencia murmurando la alabanza trinitaria. Meditaba a diario toda la vida de Cristo, y por los diversos rincones y pasillos de la casa había situado mentalmente las estaciones del viacrucis, recorriéndolas sin cesar. Era fama que su oración había sido escuchada milagrosamente muchas veces. Entre otros favores importantes, la comunidad atribuía a sus plegarias la liberación de una molesta plaga de chinches y pulgas.

Al fin de su vida, Dios le reveló que le aguardaba un tránsito fácil y tranquilo, mientras que sor Salvador moriría presa de acerbos dolores; pero con sus ruegos alcanzó del Señor que se cambiaran los papeles, hasta tal punto que su súbdita expiró dulcemente, padeciendo Magdalena una agonía espantosa. Después de su muerte se vio su lengua mordida y como pulverizada, por el esfuerzo que hizo en sufrir y ocultar sus dolores a las circunstancias.

A mayor abundamiento, tuvo sor Ursula una visión en la que se le apareció la difunta abadesa y le hizo saber que se iba ya al cielo, novedad que comunicó sin tardanza al confesor fray Damián Visquet. Por hechos tan singulares, sus restos mortales, a diferencia de las demás monjas y abadesas, enterradas siempre en una tumba común, fueron inhumados en sepultura aparte, a los pies de la imagen de Nuestra Señora de Gracia, con honores de santa.

Tal era el admirable fin de su santa hermana, a quien debía la prosecución de su carrera. ¿No pediría ahora en el cielo por su querido hermano?

Pedro Fabro, su compañero de cuarto, se había entregado con docilidad, dejándose ganar hacía dos años por la unción insinuante de Ignacio. Sin espasmos ni violencias, Javier, en la primavera de este año, era también presa capturada por el trato, el ejemplo y la paciencia de Ignacio. Su conversión, por decirlo así, la resolución de unírsele como discípulo en la práctica de los consejos evangélicos, era cosa hecha.

En junio, Fabro se ausentó viajando a su tierra para visitar a su padre y poner en orden los asuntos de familia. Cuando se despidió de Javier consta que ya estaba totalmente ganado. Su ardor era visible y estaba decidido a suspender sus clases. Tuvieron que reducirle a que las siguiera impartiendo. El cambio de costumbres, una vida más retirada y el trato con Ignacio alarmaron de repente a su fiel criado Miguel de Landívar, temiéndose lo peor, el fin de sus ganancias a su servicio. Sin pensarlo mucho, era muy voluble, desenvainó la espada y fue por Ignacio. Subía por la escalera al cuarto alto de la torre de Santa Bárbara en busca de su víctima, cuando una voz amenazadora le detuvo.

-«Infeliz de ti, ¿qué quieres hacer?»

Aterrorizado, allí mismo se arrojó a los pies de Ignacio, y entre lágrimas le confesó su culpa.

La fuerza de la conversión y la sagacidad de Ignacio le inmunizaron por estos días contra las extrañas inquietudes de humanistas y herejes en que hervía París. Muy cerca merodeaba Calvino. Las primeras prácticas que Ignacio inculcaba, alentando un proceso de interiorización espiritual, eran la confesión general y el examen diario de conciencia, marchando los domingos a la Cartuja, confesándose allí semanalmente y comulgando. Pronto se les juntó un estudiante portugués llamado Simón Rodríguez.

Cuando Fabro regresó de su patria, a principios de 1534, se dispuso a hacer los ejercicios espirituales, colección de meditaciones escalonadas sobre las verdades eternas y la vida de Cristo, combinadas con experiencias, exámenes, reglas y modos de orar aprendidos en los días luminosos de Manresa. Durante treinta días, en el arrabal silencioso de Saint Jacques, apartado de la gente, recibía la visita diaria de Ignacio, proponiéndole escuetamente, geoméricamente, las ideas de las meditaciones. Después, a solas con Dios, su alma se desgajaba paulatinamente del entorno, de su cuerpo y aun de sí mismo. Hacía mucho frío. El Sena estuvo totalmente helado durante ocho días, cruzándolo las carretas. Insensible a todo, Fabro se arrodillaba en un patio a la intemperie meditando sobre la nieve. Un montón de troncos que le trajeron para encender la chimenea le servía de cama tendiéndose en camisa. Al frío unió el ayuno, pasando seis días seguidos sin probar bocado ni beber, a excepción de un poco de vino que después de la comunión se distribuía a los fieles en la iglesia de los cartujos. La perspicacia de Ignacio adivinó y cortó el rigor indiscreto ordenándole encender el fuego y comer algo.

De transformación en transformación, purificado y consolidado, en los meses siguientes recibió las órdenes sagradas, celebrando la primera misa el 22 de julio, fiesta de Santa Magdalena. Asistían, con Ignacio, Javier y Simón Rodríguez, y otros tres españoles, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Nicolás Bobadilla. Laínez, natural de Almazán, en Soria, era un águila. Había descollado en la Universidad de Alcalá, obteniendo el tercer puesto en su examen de maestro cuando merecía realmente el primero, de no ser por el claro servilismo del tribunal examinador, que quiso premiar al hijo del tesorero imperial y regalar el segundo en parecidas condiciones de parcialidad. Era candoroso y puro. Siendo muy joven, oyó decir aquellas palabras de Cristo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Entonces se puso a pensar y a preguntarse cuál sería su verdadera y mayor cruz, pareciéndole que no podía haber otra peor que la de casarse y cargar con una mujer. De aquí pasó a dudar si estaría obligado a casarse y llevar a cuestas su cruz. Más tarde se reía estrepitosamente de sus dudas.

Como en Alcalá había oído hablar de Ignacio en términos contradictorios, que despertaron su curiosidad, decidió que lo mejor sería trasladarse a París con su amigo Salmerón, a continuar sus estudios y conocerle personalmente.

Afortunadamente, cuando llegaron, nada más apearse, se encontraron con él; parecía que les esperaba «en la misma hostería» del barrio latino. Ignacio los recibió amorosamente, los llevó al colegio de Santa Bárbara, tendió los hilos, los primeros consejos y ofrecimientos; el resto lo harían los paseos cada domingo a la iglesia de los cartujos. Siempre «poco a poco», según Ribadeneira, tejiendo la red, apretando las mallas, los condujo dulcemente al retiro de los ejercicios algo después de haberlos terminado Fabro.

Estos ejercicios, dirigidos por su autor, en un boca a boca emocionante, tenían siempre el carácter de la novedad profunda y del encuentro irrepetible. Laínez se entregó. Estuvo tres días sin comer y pasó otros quince a pan y agua. Traía un cilicio y se disciplinaba con gran deseo de hallar a Dios, suplicándole con fervorosas oraciones y lágrimas que le diese luz y fuerzas para agradarle y tomar aquel estado en que más le había de servir. Salió del retiro muy cambiado, decidido como Fabro y Javier a seguir a Cristo en la pobreza de la cruz, abrazando el proyecto de una peregrinación a Tierra Santa. Ocho días después, participando de iguales sentimientos, se determinó Salmerón.

De esta captación que Ignacio hacía, sólo Javier, excepcionalmente, se había decidido sin necesidad de recibir el golpe infalible de los ejercicios. No le urgía ni

el curso académico le permitía interrumpir la docencia. El mismo año, Nicolás de Bobadilla recibió los primeros socorros de Ignacio y, gracias a sus favores, obtenía la cátedra de filosofía en el colegio de Calvi, junto a la Sorbona. Siempre de la mano de Ignacio, una mano muy generosa, fue llevado a los estudios de teología, más sólidos y seguros, ubicados en los conventos de los dominicos y franciscanos. Naturalmente acabó practicando los ejercicios con el éxito acostumbrado.

Simón Rodríguez, más delicado de salud, no abandonó por todo el tiempo el colegio de Santa Bárbara ni ayunó como sus compañeros. Se recluyó por algunos días en una casa apartada. Estando allí entregado a la contemplación, en lo mejor del ejercicio, entró repentinamente en medio de la pieza una mala mujer solicitándole; aventura que ponía de manifiesto una vez más la dramática ambientación y cercanía del pecado.

Conforme iban entrando, uno a uno, en el mes de ejercicios, iban saliendo transformados, quedando Javier para el final. Así de caldeados, se comprende el curso veloz de los acontecimientos emprendido por los jóvenes universitarios, hacía poco desorientados, entusiasmados y ávidos, al hilo de la vida. El verano de 1534 lo ocuparon en mutuas consultas y deliberaciones, determinando sus planes para el futuro. Con el calendario en la mano concretaron la peregrinación a Tierra Santa, pero esta ida no sería solamente una devoción complementaria a su estado de ánimo, sino el arranque de un itinerario espiritual de seguimiento a Cristo, para dedicarse a su santificación y al servicio de las almas, renunciando de una vez a todos los bienes y dignidades. Calculando fechas y poniendo plazos para terminar sus estudios, cancelando otros compromisos, fijaron con notable antelación el 25 de enero de 1537, la Conversión de San Pablo, como el día de su salida definitiva de París.

Después ya verían lo que hacer en Tierra Santa; unos eran partidarios de regresar a Europa; pero Ignacio, Fabro y Javier preferían abiertamente no volver y «entrar entre los infieles» a predicar la fe de Cristo. Allí se encomendarían una vez más a Dios y con las luces de la oración decidirían por mayoría el regreso o la residencia en tierra de infieles. Este rumbo misionero, insoslayable para Javier, fue el enfoque original del grupo.

Montmartre (1534-1536)

Todo el proyecto debería quedar consolidado por los votos de pobreza, castidad y obediencia. El 15 de agosto, la Asunción de Nuestra Señora, partían de mañana a la colina de Montmartre, algo empinada, coronada por un monasterio y cercada de viñas. Se dirigieron al monasterio y pidieron la llave de la capilla de los Mártires, levantada más abajo, en honor de San Dionisio mártir, primer obispo de París.

Fabro era el único sacerdote, y celebró la misa. Antes de la comunión, volviéndose a sus compañeros, mientras sostenía en la patena la sagrada forma, fueron uno tras otro pronunciando sus votos; les dio la sagrada comunión y, al final, vuelto al altar, hizo sus votos y, comulgando, sumió el cáliz.

Subieron al monasterio a devolver la llave y se dirigieron rápidos a la fuente de San Dionisio, que brotaba en medio de un bosque. Comieron felices y pasaron el día en íntima conversación, llena de buenos deseos y desahogos espirituales. Sólo el hecho de haberse reunido en tan singular celebración les convencía de haber realizado una hazaña. «Al caer el sol», anotaría Simón Rodríguez con un dejo melancólico, se levantaron e iniciaron el regreso a la ciudad envueltos en un ocaso de ensueño, en el que la imaginación y la afectividad cobraron huella imperecedera. Para Rodríguez y Bobadilla, esta jornada, inocente en apariencia, resultó tan peligrosa como para considerarse el día del nacimiento de la Compañía de Jesús.

Maestro Francisco Javier había sido el único participante de Montmartre que carecía de la experiencia de los ejercicios, lo que daba sin duda la medida de su elevado espíritu y el grado de confianza que inspiraba a maestro Ignacio para no haber precipitado este acontecimiento. Pero ahora, en septiembre, libre, después de haber terminado sus clases en el curso de filosofía de tres años y medio en el colegio de Beauvais, el último de todos, se recogió en una casa solitaria, a solas con Dios. Mano a mano, el mejor director y el mejor ejercitante de todos los tiempos se encontraban. La diaria ilustración de las grandes verdades de la revelación en la palabra concisa de Ignacio. Desapareciendo el director, quedaba Javier, en soledad absoluta, entregado a la acción del Espíritu. La rica mecánica de adiciones, anotaciones y coloquios le impresionaba. Asimiló muy bien los modos de orar, tan sencillos y eficaces, repitiendo y respirando pausadamente las oraciones vocales, paladeando sus palabras con una técnica muy oriental, que implantaría más tarde entre sus oyentes y penitentes.

El temperamento no le abandonó en esta ocasión, y con ardor inmoderado pasó cuatro días sin comer ni beber. Le repugnaba el recuerdo de sus vanidades y glorias deportivas, reputado como uno de los mejores en las competiciones de salto en la isla del Sena, y se castigó atándose brazos, muslos y pies con finos cordeles, haciendo las meditaciones totalmente cosido y atado. Los cordeles apretados penetraron y pasaron los tejidos, desapareciendo al exterior, sin poder arrancarlos fácilmente ni poderle socorrer sus compañeros, avisados con prisa. Se temió que habría que amputarle uno de los brazos cuando, inesperadamente, después de dos días, apareció curado, decían que milagrosamente.

Salió echando fuego; al fin de los treinta días, siendo él, era otro. El librito de los Ejercicios sería el texto más citado en su vida. Un amor apasionado a Cristo y un delicado afecto a maestro Ignacio, verdadero «padre de su alma», y «padre in visceribus Christi», pues por su medio Dios le había comunicado una vida más abundante.

Tras la definitiva conquista de Javier, podía Ignacio retirarse a España, a cuidar su salud, reparar los escándalos de su juventud en Azpeitia y visitar a los familiares de sus primeros compañeros. Javier despachó una carta que la entregaría personalmente a su hermano el capitán Juan de Azpilcueta, residente en Obanos. Todavía le seguía pidiendo dinero, ahora «por la mucha pobreza», y no como antes. Que acogiera a maestro Ignacio como a su misma persona. Todo el movimiento de herejías y revoluciones que ardían en París hallarían cumplida explicación con su visita. Y también las calumnias que habían corrido hasta Navarra sobre su conversación y estilo de vida con Ignacio; pero aquí el temperamento le traicionaba prometiéndole el pago merecido a los difamadores. Siendo así que «acá todos se me hacen amigos», ¿quiénes pueden ser esos «malos hombres de ruin porte» que hablan mal de mí?

Un suceso tomado de la crónica política de aquel año de 1535 debió de hacer vibrar la fibra temperamental del apóstol en ciernes. El acercamiento escandaloso de Francisco I y su alianza con el turco sublevó al Occidente cristiano, pero la aparición de la representación exótica de los embajadores turcos con turbantes y caftanes animó vistosamente las calles de París, ahogando escrúpulos de conciencia. En esta ocasión, tal vez por una asociación de los restos diurnos, el sueño premonitorio de Javier combinó una preciosa fantasía. Soñó que robaba en la calle un niño turco y que lo bautizaba, porque sentía gran celo por la conversión de los infieles. Y durante el día, cuando iba por la calle y veía algún muchacho judío, solía preguntar a sus compañeros: «¿Cómo podríamos nosotros salvar estas almas?»

Los estudios de teología les absorbieron por completo, cursando dos años, necesarios para ordenarse sacerdotes. Pedro Fabro, el más antiguo, velaba por todos y ampliaba el grupo con nuevas adhesiones: Jayo, Broet y Coduri. Corrían los días, y, siguiendo las instrucciones de Ignacio, cada año, el 15 de agosto, volvían a Montmartre y renovaban los votos. Se reunían periódicamente en el colegio de Santa Bárbara, en ágape fraternal, que abría y facilitaba la comunicación de sentimientos. El examen diario de conciencia, la santa misa, la confesión y la comunión mensual aseguraban su perseverancia, sin cargar de más ocupaciones la vida atareada de estudiantes.

Se mantenía sin discusión la fecha del 25 de enero de 1537 para emprender la salida de París, camino de Tierra Santa, pero la guerra de Francisco I con el emperador Carlos, complicando la situación, hizo adelantar el día al 15 de noviembre de 1536. Retiraron sus diplomas y títulos académicos. Entre ellos, Salmerón y Bobadilla, según acta que se conserva, obtuvieron el grado de maestro bajo la dirección de maestro Francisco Javier.

Se precipitaba la marcha intentando una salida por terreno neutral entre los ejércitos contendientes. Por la Lorena les dirigían con seguridad. A la hora de los últimos preparativos llegó un correo inesperado para Javier trayéndole del cabildo de Pamplona el ofrecimiento de la canonjía, con la indicación de presentarse cuanto antes. Era ya tarde. Escribió una carta de agradecimiento al doctor Remiro de Goñi y al cabildo, y simplemente renunció. Desde hacía tres años, otro ideal más alto se había apoderado de su alma. «El camino de la pobreza y la cruz de Cristo».

En la increíble caminata (1536-1537)

Salieron con mal tiempo, días lluviosos, divididos en dos grupos. Iban vestidos con su traje talar de París y el ceñidor a la cintura, sombrero de ala ancha, colgado el rosario al cuello, cruzado en bandolera un bolsín de cuero con la biblia, el breviario y sus apuntes personales, y el alto bordón de peregrinos.

Al terminar su primera jornada, en la puerta de una taberna, la curiosidad de los aldeanos y soldados los desnudaron a preguntas.

-«Hola. Pero ¿quiénes sois, de dónde venís y adónde vais?»

-«Somos estudiantes de París».

Pero un soldado insistía:

-«Y ¿qué clase de gente sois? ¿Sois de los carmelitas, monjes o clérigos? Si no, ¿qué sois? Acercaos, porque tenemos que saber con quiénes nos las habernos».

Antes de que la situación se hiciera más crítica, se adelantó una vieja dirigiéndose a los soldados. «Dejadlos ir, dejadlos, porque van a reformar alguna tierra». Se rieron de la ocurrencia y les dejaron seguir adelante.

En Meaux, a 45 kilómetros de París, tuvo lugar la reunión de los grupos, pudiendo concretar algo más el plan del viaje. Marcharían siempre juntos para ayudarse en las nieves del invierno y a su paso por tierra de herejes. A todos les responderían con ingenua astucia que iban en peregrinación a Saint Nicolas du Port, santuario de Lorena. Desde este momento, Javier, confundido en el grupo, era uno más, sin actuaciones personales.

Caminando bajo la lluvia se dirigieron por el valle del Marne, siempre hacia el este. A los tres días de marcha les alcanzaron dos jinetes. Uno de ellos era Sebastián Rodríguez, hermano de Simón, que venía por él; aquello no le gustaba. No pudo convencerle y tuvieron que regresar cabizbajos. Cuando alcanzaron la frontera, en el valle del Aisne, la emoción por abandonar suelo francés les embargaba, y antes de dar su último adiós a la tierra hospitalaria de su juventud, se confesaron y comulgaron. Después de la comida se les acercó un oficial francés

al frente de numerosos soldados y comenzó a acalorarse contra la fe católica. Le respondieron y se defendieron tan bien, que tuvo que dejarles pasar.

A medida que avanzaban, la situación era más apurada. Se cruzaban con más tropas que volvían de los Países Bajos, eufóricas y cargadas de botín. Los naturales loreneses, encerrados en sus pueblos, se admiraban de verlos pasar hieráticos, orantes, con peligro de sus vidas, a través de la soldadesca.

A pesar de todos los temores llegaron de noche a Verdún, coincidiendo al día siguiente en Metz con el grueso del ejército enemigo. La ciudad estaba cerrada por miedo a los soldados. Tras largo parlamento, presentándose astutamente como peregrinos de Saint Nicolas du Port, les abrieron las puertas dejándoles entrar junto con un grupo de campesinos que huían de los robos y matanzas de la gente de guerra. Se quedaron en Metz tres días, hasta que la tropa acampada ante la ciudad se alejó del contorno.

Remontando el valle del Mosela llegaron al santuario de San Nicolás, ante el pasmo de los habitantes por recibir vivos a nueve peregrinos, como caídos del cielo, sin haber extraviado el camino entre campos de guerra. Eran tan intrépidos como Juana de Arco, que había peregrinado a San Nicolás antes de lanzarse a su patriótica misión.

Abandonaron el santuario y en tres días cubrieron la distancia de 150 kilómetros para llegar a Estrasburgo, la ciudad imperial que había apostatado de la fe romana. Tendrían que inventar un nuevo santuario para encubrir sus intenciones. El Municipio les hizo comparecer a su presencia. Por hallarse ya en la Alsacia alemana, los compañeros franceses no abandonaron la posada, y se presentaron los demás, pudiendo así decir con toda verdad que eran españoles y, por lo tanto, aliados, y añadieron que venían de París, y con nueva invención piadosa agregaron que iban de peregrinación a Nuestra Señora de Loreto, en Italia. Las autoridades se dieron por satisfechas y un magistrado les acompañó extramuros de la ciudad, arguyéndoles en latín contra la peregrinación a Loreto. Le respondieron como se merecía y prosiguieron su camino. De París a Estrasburgo habían caminado 520 kilómetros durante quince días con una media aproximada de 50 kilómetros, y aún no habían hecho más que comenzar, metiéndose en la boca del invierno alemán con los caminos borrados por la nieve, los viñedos helados y siempre en el cuerpo el susto de los herejes.

«Vinimos sobre la nieve por todo el camino de Alemania», anotaba Laínez, pero a los tres días, caminando 150 kilómetros, llegaron agotados a Basilea. El tráfago de la guerra, con el paso creciente de los lansquenets imperiales de vuelta de una incursión en la Provenza, con veinte mil bajas, se hacía sentir en la ciudad. El dominio espiritual de Zuinglio y la universidad abiertamente protestante tenían a la población maleada; el culto católico había sido suprimido; no se enterraba en sagrado, sino en el campo, a las afueras, «como podría hacerse con un perro», decía Simón Rodríguez. La catedral, profanada al igual que el resto de las iglesias, una vez saqueados sus altares, había sido transformada en vasta cordelería, donde giraban varias ruedas o tornos trenzando las cuerdas. Y en este lugar deprimente, en medio del coro, para mayor grandeza trágica, se hallaba la tumba de Erasmo.

Los nueve caminantes salieron hacia Constanza, distante 160 kilómetros. Su ignorancia del alemán y el desconocimiento del terreno, cubierto de nieve, les llevaron a la deriva saliéndose del camino. Se perdieron varias veces, subiendo algunas cumbres, bajando a los valles, hundiéndose más arriba de las rodillas. Una noche, perdidos del todo, llegaron a una gran aldea. La posada, llena de luz y de música, les recibió bulliciosamente. Festejaba el pueblo la boda de su párroco con bailes y cantos que se prolongaron durante toda la noche. En el centro del

banquete, el novio presidía religiosamente la fiesta, ceñido con una espada que ostentaba jactanciosamente.

La última noche antes de llegar a Constanza arribaron molidos al lugar de Weinfeld. Aquí descansarían; en su mesón no se celebraría otra boda igual, sencillamente porque el párroco apóstata se había adelantado a los acontecimientos hacía algunos años cargándose de hijos.

Aparte de su afición a las bellas letras, nada le retenía en casa, y marchó al mesón acompañado de seis o siete hombres principales con la intención de saludar, «disputar», a los recién venidos. Después de varias horas de controversia, con una cita de Virgilio levemente adaptada: «Ya cae de los cielos la húmeda noche, y las estrellas que declinan nos invitan a la cena», en lugar del sueño, se hizo servir la mesa.

-«Luego seguiremos y vendréis a mi casa; os enseñaré mis libros y mis hijos». «Libros et liberos», dijo en latín, probando el chiste.

Los peregrinos, literalmente advertidos por el consejo de San Pablo sobre el trato con herejes, rehusaron la invitación.

-«No hemos de comer con vosotros a una mesa, que sois herejes excomulgados». Cenaron aparte y luego volvieron a la disputa. Laínez embestía con dialéctica contundente al párroco, que terminó confesando:

-«Ciertamente, estoy acabado».

Uno de los peregrinos aprovechó este momento y le urgió.

-«Pues, ¿por qué sigues una secta que no puedes defender?»

El párroco se levantó furioso y replicó amenazante.

-«Mañana haré que os encierren en la cárcel. Entonces os haré ver si puedo defender o no mi secta». Y lanzando una maldición en alemán, que no entendieron, abandonó la posada.

Al amanecer se les ofreció un guía de gran estatura que les acompañó durante dos horas hasta sacarlos al camino real, bien marcado por las huellas. Otras dos horas más de marcha y llegaron a Constanza, ciudad apóstata, con idénticas señales de profanación en iglesias y capillas. Arreciaba el frío y, bordeando el lago, después de dos días de marcha, se acercaron a Lindau, parando en el hospital de los leprosos. Una anciana, al reconocerlos como católicos, con grandes demostraciones de júbilo y dando gracias a Dios en alemán les besaba los rosarios colgados al cuello. Expresándose por señas les pidió que se detuvieran, y a poco volvió trayendo su delantal lleno de rosarios, manos, pies y cabezas de santos. Arrodillados sobre la nieve veneraron aquellos restos. Luego la anciana les acompañó a la puerta de la ciudad, y encarándose con los vecinos, les reñía.

-«Mirad, malvados, embusteros; mirad nada más. No sois más que un montón de mentiras; mirad, éstos son los verdaderos cristianos. ¿No me habíais dicho, embusteros, que todo el mundo se había apuntado a las falsedades pestíferas de los herejes? Mentís, mentís descaradamente, condenados. Eso es falso y habéis querido engañarme. No conseguiréis nada; ya os conozco ahora por dentro y por fuera».

Algunos de los presentes que sabían latín les tradujeron sus palabras y les dieron a entender que aquella vieja testaruda estaba loca, si es que su locura consistía en no abrazar la herejía, y que por eso había sido expulsada al hospital de los leprosos.

En Lindau discutieron hasta aburrirse. Y sucedía que cuando, biblia en mano, refutaban sus errores, corrían sus contrarios a confrontar los versículos aducidos en su biblia de Lutero, y casi siempre aparecían mal traducidos o totalmente suprimidos. Fue ésta la última localidad protestante que atravesaron en su

peregrinación a Loreto. Un día después llegaban a la población católica de Feldkirch.

Atravesaron los Alpes del Tirol en plena Nochebuena, celebrando sus navidades blancas y cantando villancicos entre grandes nieves y peligros de aludes. Se descolgaron por los desfiladeros hasta llegar al famoso puerto del Brennero. Este tramo de Feldkirch hasta Venecia, pasando por Trento, de 500 kilómetros, les ocupó tres semanas, las más duras, «en la fuerza del invierno», llegando el 8 de enero a Venecia, «fuertes y alegres de espíritu».

Venecia (1537)

En la ciudad de los canales, deslumbrante y bella, hallaron a Ignacio hospedado en casa de su anfitrión Andrea Lipomani. El encuentro felicísimo e inesperado, pues Ignacio ignoraba todavía la verdadera fecha anticipada de la salida de París, les llenó de gozo. Les presentó un nuevo compañero, tan feo como de buen corazón, el bachiller Hoces. En la misma casa encontró Javier a sus primos de Estella, Esteban y Diego de Eguía, que regresaban de Tierra Santa y volvían a su tierra para ordenar sus asuntos domésticos y juntarse luego definitivamente con Ignacio.

Hasta el mes de junio y julio no partirían las naves a Tierra Santa. Quedaban seis meses de espera, que dedicarían al cuidado de los enfermos, proyectando para Pascua una peregrinación a Roma, donde solicitarían del Santo Padre el permiso de la peregrinación y las órdenes sagradas. Ignacio los distribuyó por los hospitales. Fabro, Javier y Laínez fueron destinados al hospital de los Incurables, fundado para hombres y mujeres que padecían enfermedades venéreas, recibéndose más tarde huérfanos y mujeres arrepentidas.

En una de sus primeras actuaciones notaron algo raro en la cocina. Una empleada les lanzaba miradas feroces y decía a sus compañeras:

-«No sabéis qué clase de gente son éstos. Son grandes hombres, dotados de ciencia extraordinaria. Me esforcé cuanto pude por que no llegasen aquí, pero nada logré al fin».

En otro momento quiso lanzarse al fuego, pero sus compañeras la retuvieron. Entonces uno de nuestros peregrinos, tomando de la mano a la posesa, decía a las mujeres:

-«¡Ea!, dejadla, dejadla ya».

Pero la energúmena, que tenía el fogón a la espalda, gritaba más:

-«Si no me dejas, me arrojo a ese fuego». Y doblándose hacia atrás, en forma de arco, casi tocaba el fuego con su cabeza.

En medio del paroxismo fue arrastrada a la iglesia, donde el capellán hizo los conjuros lanzando el mal espíritu. Cuando la mujer recitaba a intervalos el credo, al llegar a las palabras «desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos», salió el demonio con un grito horrendo.

-«¡Ay de mí!, ¿y qué he de hacer yo en aquel día tremendo?», cayendo al suelo y quedando como muerta.

La sífilis, el mal francés para los italianos, el mal español para los franceses, el mal italiano para los españoles, según la devoción nacional adjudicante, con sus bocas y hedores más agudos, consumía a los enfermos, reputados entonces como incurables. Las úlceras, picores y fiebres; el pus, el cáncer y el desmoronamiento de ojos, labios y encías los asemejaba a leprosos contagiosos. Un enfermo cubierto de pústulas llamó a maestro Francisco y le pidió que le rascase la espalda. Mientras le aliviaba, Javier sintió asco y miedo al contagio. El miedo antiguo que sintió en París a la vista de su vicioso profesor. No dudó el temperamental enfermero y, venciendo su repugnancia, se metió los dedos en la boca, chupándolos y lamiendo la podre.

A la mañana siguiente, riéndose, contaba que había soñado tener en la garganta la lepra del enfermo, y que tosía y escupía para librarse. Una vez más, los restos diurnos acumulados en las capas del subconsciente profundo arrojaban a la playa de los sueños los materiales de una existencia sensitiva.

Este programa de autovencimiento era firme entre ellos. Ignacio había hecho otro tanto en París asistiendo a un apestado, y Simón Rodríguez, en el hospital de San Juan y San Pablo de Venecia, compartió su cama con un «leproso» ingresado a altas horas de la noche, pero al día siguiente el enfermo no aparecía y, en cambio, se sentía contagiado del todo. Entre aprensiones fantásticas y náuseas reprimidas desarrollaban una voluntad gigante.

Se acercaba la semana santa, y, antes de partir para Roma, el criado de Javier, el inconstante Miguel de Landívar, hizo su aparición uniéndose al grupo, solicitando su admisión a las órdenes sagradas.

Roma (1537)

La peregrinación a Loreto, ingeniosamente invocada meses atrás, se realizaría camino de Roma. Esta marcha se caracterizaría por el gran estilo de pobreza voluntariamente asumida, sin monedas, mendigando por amor de Dios.

Emprendieron el camino en oración, entonando letanías y salmos. Hasta que los accidentes del terreno impedían su recogimiento. Llovía fuerte y se hallaban inundadas las llanuras del Po. Los ríos, desbordados, y los barqueros se negaban a pasarlos gratuitamente. Tuvieron que empezar a desprenderse de sus pobres pertenencias. A uno le pagaron con las escribanías y tinteros, recibiendo otro barquero en compensación de su servicio una camisa de lino.

Las posadas les recibían con dificultad o les alojaban en los pajares, sobre el heno. En algún sitio, la enérgica posadera, con gran celo higiénico, hacía desnudarse a los clientes antes de acostarse y examinarles los piojos. Viendo la modestia de los peregrinos en cueros, cubriéndose honestamente con las manos, adivinó su virtud y lo proclamaba en alta voz. Camas hediondas y parásitos al acecho les aguardaban al fin de una larga jornada.

Al atravesar los Alpes llevaban dinero para pagar la posada, pero este viaje, sin blanca, conforme al propósito inicial, parecía a veces más duro. El domingo de Pasión celebraron misa los sacerdotes. El bachiller Hoces, que celebró el último, se animó a pedir limosna en la misa, «contra la costumbre», recibiendo dos cuatrines. A la salida, sus compañeros se lo recriminaron.

-«Tomad vuestros cuatrines, porque sepáis que Dios no tiene necesidad de los cuatrines que pedisteis en misa».

Seguía lloviendo después de varios días cuando salieron de Magnaroca. Al llegar a Primaro, un nuevo brazo de río que atravesar y todo cuanto alcanzaba la vista plenamente inundado. El barquero, después de muchos ruegos, accedió a dejarlos en una pequeña isla que emergía del agua, indicándoles luego la dirección. Con el agua hasta la cintura y pecho le vadearon, alcanzando un pinar, donde se repusieron comiendo piñones por todo sustento. Sin secarse y rendidos entraron aquella noche en Ravena cantando salmos. Como en el resto del viaje, sobresalía por su alegría y buen humor el navarro maestro Francisco Javier.

Las últimas etapas aceleraban las prisas y las dificultades a medida que se acercaban a las rutas comerciales. De Ravena a Ancona viajaron a bordo de dos barcos distintos sin dinero. En uno de ellos, al fin de la travesía, al descubrirse su precaria situación, el patrón no les dejó desembarcar. Luego accedió a que uno de ellos bajara a mendigar. El señalado para hacerlo volvió al rato con la cantidad obtenida empeñando su breviario en una librería. Reunidos todos en el hospital decidieron salir a mendigar, pues llevaban veinticuatro horas sin probar bocado. Cuando Simón Rodríguez llegó a la plaza del Mercado, vio a uno de sus

compañeros descalzo y con la sotana arremangada hasta las rodillas, que iba de vendedora en vendedora pidiendo cualquier cosilla. Una le obsequiaba con un nabo, otra le daba una manzana, y a todas les daba las gracias. Era Javier, y al considerar sus cualidades y su brillante porvenir renunciado, confiesa Rodríguez que se sintió emocionado pensando que no era digno de andar con tan santos compañeros.

El éxito comercial de la gira por el mercado calmó las hambres atrasadas en la lonja del hospital y se pudo rescatar el breviario empeñado. El mismo día salieron para Loreto, alcanzando su cima después de cinco horas de camino; y ya era hora de cumplir la promesa.

Les quedaban cinco días de marcha, avanzando como grandes orantes, sumergidos en Dios, andando y contemplando, recitando salmos y letanías. Al pasar entre la gente oían que decían: «De seguro que tomaron parte en el saco de Roma y ahora hacen penitencia y van a pedir la absolución al Papa».

Al anochecer del domingo de Ramos, 25 de marzo de 1537, entraban en Roma. En ese momento, Laínez se descalzó en reverencia al suelo regado con la sangre de los mártires. Insaciables en su devoción, se lanzaron a visitar las siete iglesias y todos los santos lugares.

El papa Paulo III les recibió en el castillo de Sant'Angelo, preparándoles una disputa teológica mientras comía, pasatiempo que le agradaba situar junto a su mesa, amenizando el día. Una expectativa y una ocasión que les brindaba a los maestros de París para lucir su talento ante los teólogos romanos. Entusiasmados al Pontífice y a la selecta concurrencia. El Papa estaba muy alegre.

«Su Santidad, el primer día que entramos y disputamos a su tabla, mostró especial alegría», escribió Laínez.

Javier estuvo mejor que ninguno, y el Papa le alabó más que a nadie por la viveza de sus intervenciones, agudeza de entendimiento, junto con el atractivo de su rostro y expresión de manos y ojos. Les dio a besar el pie. Luego les abrió los brazos felicitándoles en elegante latín. «Gran placer, gran alegría siento en mi alma cuando veo esta erudición en las letras unidas a tanta humanidad en el corazón. Si de lo que a mí toca necesitáis algo, os lo concederé con gusto».

Le pidieron el permiso de la peregrinación a Jerusalén y la admisión a las órdenes sagradas. Recibieron la bendición y obtuvieron los permisos. Al despedirse, el Pontífice les alargó sesenta ducados de limosna, gesto que imitaron los cardenales y curiales presentes.

Las emociones y sugerencias de la primavera romana volvieron a batir su ilusionado corazón. Con los papeles en regla volverían a Venecia, pero una noche, hallándose todavía en el Hospital Español de Roma, su compañero Simón Rodríguez le oía gritar en sueño: «Más, más, más». Insistentemente le pidió muchas veces le contase en qué soñaba y por qué gritaba. Javier eludía siempre la respuesta.

Durante el viaje, la vuelta a pie, caminatas, limosnas y malas posadas, Javier dormía con Laínez en los hospitales, como anteriormente en los Incurables.

Muchas veces, al despertarse, le decía:

-«Jesús, qué molido estoy. ¿Sabéis qué soñaba? Que llevaba a costas un indio, y que pesaba tanto que no lo podía llevar».

Las pesadillas cíclicas eran reflejos claros que devolvían a la superficie los mismos temas dando lo mejor de su alma. Con parecido retorno al misterio íntimo humano recaía también su infeliz criado Miguel de Landívar, que había desertado en Roma y no volvía a Venecia, seducido por la franqueza de un amigo turbio, el maestro Arias.

Sacerdocio eterno (1537-1538)

Otra vez en Venecia, la perla del Adriático, emporio del comercio. Ni una sola concesión al buen gusto, a la belleza de sus palacios o la alusión a las gráciles góndolas. Nunca se ha viajado tantas leguas, ni se viajará, con mayor silencio, en medio de la hermosura de este mundo. Sólo interesan Dios y las almas. Ni una descripción inocente de un paisaje. Ahora, en vísperas de su ordenación sacerdotal, procedía con mayor descuido sobre goces de estética.

El obispo Vincenzo Nigusanti les confirió las órdenes sagradas. El 24 de junio, fiesta de San Juan Bautista, era ordenado sacerdote. El buen obispo, al concluir las prolijas ceremonias, estaba encantado, manifestando «que en su vida no había hecho una ordenación tal, con tanta satisfacción suya», y en cuanto recuperaba el hilo de la conversación, volvía siempre a lo mismo, que «muchas veces había ordenado a muchos, pero nunca se halló tan consolado ni con tanta devoción». Naturalmente, los neosacerdotes se hallaban también muy alegres. Faltaba uno. Hasta última hora le esperaron. Su nombre aparecía en las letras dimisorias junto con los demás, el navarro Miguel de Landívar. Algunos días más tarde se presentó a Ignacio arrepentido de su inconstancia, prometiendo que volvería, o escribiría, pero se fue alejando sin dar más noticias. Su conducta sirvió de aviso para tener con él mayores precauciones en el futuro.

Toda la idea de Javier y sus compañeros era navegar a Tierra Santa y ofrendar allí las primicias de su sacerdocio y la perspectiva de una primera misa, pero el anuncio de una gran campaña del Turco paralizó los mares imposibilitando el viaje. Decidieron aguardar devolviendo religiosamente a Roma los 210 ducados concedidos, remitiéndolos para mejor ocasión. El trabajo en los hospitales no les concedía reposo, y para prepararse mejor al acontecimiento de la primera misa resolvieron apartarse a algún lugar solitario, para dedicarse por espacio de tres meses a la oración y meditación. Echaron a suertes, y a Javier le tocó, con Salmerón, el retiro de Monselice, no lejos de Padua, en la capilla de un antiguo castillo, una ermita colgada a media ladera sobre la muralla. Después de cuarenta días de vida eremítica, dedicados totalmente a la oración, comenzaron los ermitaños a predicar en la calle, más por vencimiento propio, articulando sus alocuciones en una jerga medio española medio italiana, con reminiscencias francesas y latinas. A las tres semanas de predicar por las calles y plazas fueron llamados por Ignacio a Vicenza. Definitivamente, la peregrinación a Tierra Santa se perdía, porque la República veneciana se había aliado con el Emperador y el Papa en una cruzada contra el Turco. Tuvieron que acomodarse en un edificio ruinoso, el monasterio de San Pietro Vivarolo, totalmente abandonado.

Al llegar se enteró Javier de boca de Ignacio de una nueva circunstancia. Miguel de Landívar andaba nuevamente por Venecia. Le había escrito una carta embrollada disculpándose y echando la culpa de sus ausencias a la mala compañía del maestro Arias, el otro desertor. Este le había engañado separándole del grupo con ciertas pretensiones de codicia. Su conducta oscura y equívoca le producía malestar. Una vieja le había referido que le espiaba en su cámara a través de la cerradura y había visto que se acostaba con un joven muy hermoso pecando con él. Con esta historia sucia parecía que él se redimía y se lavaba. Añadía más pormenores de su compañero. Se hallaba compungido y bastante desesperado, parecía que prometía volver y recogerse, pero afirmaba que saldría de Venecia a «buscar ventura». Se encomendaba a las oraciones de Ignacio.

Algunas semanas después, el 30 de septiembre, fiesta de San Jerónimo, jugando con las fechas de una devoción familiar que databa de su padre, celebró su primera misa con gran devoción y lágrimas. A los pocos días tuvo que interrumpir la celebración de las misas diarias vencido por la fiebre, juntándose la recaída de Simón Rodríguez. Hubo que retirarlos al hospital de los Incurables, donde por

obligación fundacional había siempre tres camas reservadas para peregrinos pobres. Dos de ellas se hallaban ya ocupadas, y ambos enfermos fueron acostados en la tercera cama, bastante estrecha e incómoda. Cuando uno por el ardor de la calentura se destapaba retirando las mantas, su compañero tiritaba de frío, y cuando se arropaba con esca lofríos, abrasaba a su buen vecino. En ese tira y afloja febricitante, una noche se le apareció San Jerónimo y le consoló con estas palabras:

«Tú pasarás el invierno en Bolonia, y te sacudirán muchas borrascas de penalidades. Cuanto a los otros compañeros, unos irán a Roma, otros a Padua, a Ferrara y a Siena».

Seguramente le agradó pensar en Bolonia, la ilustre ciudad en la que había cursado sus estudios y se había doctorado su padre.

Mientras, ignorándolo ambos pacientes, Ignacio reunía el resto del grupo y acordaba repartirlos por diversas universidades de Italia, a fin de ganar nuevos prosélitos y ayudar a las almas con su trato, predicación y ejercicios. Javier y Bobadilla fueron destinados a Bolonia, cumpliéndose la predicción de San Jerónimo.

A fines de octubre llegaron a esta ciudad, recogiendo, como de costumbre, en el hospital. A la mañana siguiente, Javier celebró junto al sepulcro de Santo Domingo, por ser «muy devoto suyo». A dos damas, terciarias dominicas, que oyeron aquella misa, les llamó la atención la extraordinaria piedad del joven sacerdote. A la salida se acercaron a saludarle identificándose. Margarita, distinguida señora española, que había venido expresamente a Italia con el fin de acabar sus días junto a la tumba de Santo Domingo, e Isabel Casalino. Esta conversación fue altamente expresiva hasta el punto de que la Casalino convenció a Javier para que visitase a su tío el párroco de Santa Lucía y le exhortara al mejor cumplimiento de su oficio pastoral. Accedió a sus ruegos, y el párroco don Girolamo se entusiasmó con su visitante y le rogó se viniera a casa con Bobadilla. Aceptaron, pero con la condición de poder mendigar diariamente su alimento de puerta en puerta.

Tan fogoso Javier, muy pronto se hizo sentir su presencia en la ciudad. Salía a la plaza colocándose junto a los prestidigitadores y buhoneros, se subía a un banco, agitaba el sombrero y, en su vocabulario hispanoitalofrancés, predicaba al auditorio callejero. Al terminar, un oyente le ofreció dinero con intención de probarle, pero Javier rehusó, y entonces se oyó: «Magnífico, padre: eres un verdadero predicador de la fe evangélica».

Pulverizaba las ideas nuevas y daba brillo a las verdades olvidadas. AL confesonario de Santa Lucía le salía una cola creciente de penitentes, la concurrencia de damas y caballeros del barrio noble de la ciudad, habitado por ilustres familias. La gracia femenina de las mujeres devotas influyentes Romea Caprara y Violante Gozadina; las viudas, las damas opulentas y las jóvenes madonas enloquecidas ponían de moda en los palacios la figura de Javier; todas salían trastornadas y cambiadas con la amabilidad espiritual de su trato. Nacía su fuerza y convicción de la hondura de su unión con Dios permanente, «oraba de día y de noche». Solamente su misa carismática conmovía más que todos los sermones, sobre todo cuando relacionaron su fervor con la celebración de la misa de la sagrada pasión. Un viernes, diciendo la misa de la santa cruz, tuvo «en el memento un éxtasis y permaneció en él más de una hora. El clérigo que le ayudaba le tiró repetidas veces de las vestiduras, pero el Padre nada advirtió». Las viudas, las damas opulentas y las jóvenes madonas salieron corriendo a contarle por toda la ciudad.

En la crema de su clientela cayó al azar un joven sacerdote valenciano, Juan Jerónimo Doménech, de gran renombre en el futuro. Por su conversación íntima se pudo saber que ya aquí Javier hablaba con frecuencia de las Indias y de la conversión de los gentiles, «mostrando grande hervor y deseo de ir allá». Pero tenía que permanecer en Bolonia hasta gastarse y quedarse solo cuando su compañero Bobadilla fue enviado a Padua a cubrir la baja del bachiller Hoces. Su muerte, la primera del grupo, acaecida en circunstancias poco corrientes, adquirió un halo edificante. Comenzando a predicar en Padua fue encarcelado, y lo llevó con tal sentido del humor, que no paró de reír en toda la noche. A la mañana siguiente fue puesto en libertad y comenzó a ejercitar su ministerio. La última vez que predicó en la plaza del Mercado se acaloró precisamente declamando aquella sentencia: «Vigilad y orad, porque no sabéis a qué hora vendrá el Señor». Sudó bastante, enfermó y murió en cosa de horas. La muerte le maquilló con suavidad embelleciendo sus facciones, pues siendo «negro y feo de rostro», quedó «hermoso como un ángel». Su compañero Codure «no se hartaba de besarle». Quedando solo para toda la ciudad, sintió pronto el rigor de las predicciones de San Jerónimo, que se cumplían al pie de la letra. Cayó destrozado con fiebres cuartanas, resintiéndose su naturaleza, volviéndose amarillo y cadavérico, temiéndose que «ya nunca serviría para nada». Estando así, en la mitad de la cuaresma de 1538 fue llamado por Ignacio a Roma. Diez años más tarde, Laínez visitaría Bolonia y hallaría tras el surco de Javier, «sacerdote para siempre», su recuerdo intacto, y a la granada clientela bolonesa, floreciente y viva.

Un fiel secretario (1538-1540)

De cuanto ganaba Javier por su celebridad y estimación algo se rebajaba y perdía con la habitual conducta de su antiguo y pegajoso criado, Miguel de Landívar. En Roma Ignacio volvió a recibirlo en casa. Quería volver, pero fue prudentemente rechazado como inepto para la vida de la Compañía. Miguel de Landívar se vengó vulgarmente concitando la más horrenda persecución de la naciente familia, a juicio de muchos, condenada a morir en la hoguera o a servir en galeras. Flamantes curiales y el cardenal decano les perseguían sañudamente. El cardenal quería que les echara de casa el piadoso bienhechor que les había recogido. Ponderando la gravedad del momento, Ignacio acudió al gobernador presentándole la famosa carta de Landívar escrita en Vicenza, la embrolladora carta en que también mezclaba grandes alabanzas a su persona. Y exigió que se abriese proceso y se citase a los acusadores. La carta se volvió contra ellos, y Miguel de Landívar, citado algunas veces en presencia de sus antiguos compañeros calumniados, fue convicto de mentira, y a pesar de la intervención de Ignacio, desterrado como calumniador para siempre de Roma. Entre las muchas necedades que había andado diciendo, la menor era: «Pues yo le he oído decir al maestro Ignacio que él esperaba que el Señor le fuera a dar una gloria tan grande o mayor que a San Pablo».

¿Y qué no diría de su antiguo amo, el maestro Francisco? Pasada la tormenta, salieron todos a predicar, pero Javier quedaba guardando la casa, necesitado de reposo y cuidado. Alejado Miguel de Landívar, rebrotó la persecución y nuevamente se les comenzó a tachar de herejes. Ignacio siguió tercamente la defensa emprendida, sin cejar. A su requerimiento llovieron cartas testimoniales de todas partes de Italia. El vicario general de Bolonia Agostino Zaneti expidió su certificado con una atestación en la que hacía resaltar la predicación evangélica de Javier, precisamente extirpando la herejía y confirmando con su santa vida la bondad de su doctrina.

Las gestiones iban lentas, e Ignacio apeló al Papa en dos entrevistas, reasumiéndose por fin el proceso. Entretanto se mudaron de casa al palacio

Frangipani, un inmueble generosamente concedido por su dueño. De tanta generosidad pudieron dudar al enterarse de que la casa siempre estaba desalquilada, pues no era un secreto para los romanos que estaba embrujada, habitada por duendes y demonios. Por tratarse de un producto parapsicológico, se burlaron del miedo general que inspiraba el edificio y se acomodaron sin acordarse más de los espíritus, cuando de noche un jaleo infernal de ollas, platos y cántaros entrecuchados los despertaba, sonando golpes en las puertas y ruidos raros.

Enfermó gravemente Simón Rodríguez, y en sus delirios oía los pasos de un fantasma que merodeaba la puerta de su dormitorio y que hasta se le antojaba que le miraba por la cerradura. Javier, sin más aprensiones, más restablecido, dormía junto a él en una estera en el suelo para levantarse a media noche a suministrarle una medicina. Rodríguez, insomne, le contemplaba y estaba pensando en la santidad de su hermano cuando, de repente, Javier se incorpora «haciendo grande fuerza con los brazos, como quien aparta de sí alguna persona», gritando y protestando de su buena voluntad, y echando al mismo tiempo gran cantidad de sangre por narices y boca.

-«¿Qué quiere decir esto?», le preguntó el enfermo.

-«Nada», respondió Javier.

-«Véole echar tantas bocanadas de sangre, y ¿dice que no es nada?»

También a las preguntas de los demás dio Javier una respuesta evasiva y se decían en aquel ambiente de fantasmas y duendes: «Le agarró el demonio del cuello y quería ahogarlo». Se guardó para más adelante la explicación de esta pesadilla nocturna y la mala pasada del subconsciente, esta vez con hemorragia. Un mes más tarde de venirse a la casa endiablada se publicó triunfalmente la sentencia del proceso: Javier no era ningún hereje.

Que seguía delicado era evidente; probablemente, cuando cada quince días acudían sus compañeros a disputar en la mesa del Papa, él fallaba; el silencio le envolvía y, ante los grandes acontecimientos que la nueva Compañía vivía, parecía eclipsarse y residir en casa, tal vez valetudinario, tal vez temiéndose que no serviría para nada, y, desplazado de la vida activa, venía a ocupar un puesto sedentario al costado de Ignacio.

Pero también salía algunas veces con cierta desenvoltura apostólica. Un día llegó bien de noche y en casa no había nada para cenar. Ignacio le dijo que saliese a la puerta y mirase si había llegado algo para la comunidad. Fue y halló una cena abundante enviada por algún bienhechor anónimo. Se vivía así del aire y de la Providencia.

Ya comenzaba a combinar sus ocupaciones con un apostolado selecto. Ignacio, muy precavido, les recomendaba se abstuvieran del trato con mujeres, haciendo algunas excepciones cuando se trataba de ciertas damas principales, cuya petición de dirección espiritual privada no podía rehusarse. Todas las cautelas eran pocas, pues las mujeres romanas, aun las más virtuosas, ofrecían más de una vez inquietantes sorpresas. Javier fue llamado a escuchar la confesión de una dama descollante y después la visitó también algunas veces para hablar con ella de cosas espirituales. Más tarde se la halló embarazada. Afortunadamente, con el tiempo, se descubrió al culpable evitándose el gran escándalo.

Contratiempo parecido le acaeció a Codure. Una hija espiritual, muy adicta, fue sorprendida en trato ilícito con un hombre. De aquí nació la disposición de Ignacio ordenando que nadie en adelante fuese sin compañero a confesar mujeres en su propia habitación.

Por estas y otras escaramuzas se veía que comenzaba a moverse con libertad, pero sin llegar a la actividad de Bolonia. Enseñaba la doctrina cristiana en San

Lorenzo in Dámaso y tenía el confesonario en San Luis de los Franceses. Se confesaba con él su penitente de Bolonia Jerónimo Doménech. Tenía mucha amistad con el cardenal Cervini. En sus andanzas por los hospitales conoció y obtuvo una gran familiaridad con el santo joven florentino Felipe de Neri. Volviendo siempre a las damas de honestidad reconocida, madona Faustina de Jancolini mereció la visita y las atenciones de Javier, merced al dolor que la muerte de sus hijos y familiares le causó, acosándola tenazmente, vaciando su palacio de la plaza Colonna y llenando de sepulturas la iglesia parroquial vecina. Su último hijo, capitán de infantería, el adorable Vincenzo, en la flor de la vida, parecía vulgarmente asesinado en un choque con los soldados de los Alpes. Su muerte vengada y su cuerpo transportado a Roma a peso de oro no calmaron el dolor de su alma. Sólo Javier supo consolarla, consiguiendo que perdonara a los asesinos de su hijo y se confesara y recibiera la eucaristía. Agradecida a sus auxilios, hizo donación en su testamento de su casa a favor de los «sacerdotes pobres de Jesucristo», llamados también «sacerdotes reformados», Ignacio y sus compañeros, con una condición muy oportuna: «que jamás entre en la casa mujer alguna de cualquier clase, sea joven o vieja, pobre o rica, monja o seglar, so pena de perder dicha casa».

Con el correr de los días se acumulaban las cartas exigiendo su despacho puntual, que fue encomendado a Javier en calidad de secretario. Consistía su oficio en escribir noticias de unos y otros teniendo a todos comunicados. Su letra regular, algo caligráfica, y cierta predisposición heredada de su padre le inclinaban al registro, a las actas, al informe y al reglamento, iniciando con fuerza su larga carrera epistolar. Cuando uno de los primeros corresponsales, Francisco Estrada, echó en falta alguna respuesta de Javier, que había «tomado el asunto de escribir por todos», le excusó con benignidad e ironía culpando la pereza a las manos frías por el gélido invierno, rogándole se las calentara al fuego para tomar la pluma «sin temblar». Todos le pedían que escribiera cartas, que no se conservan, y lo hacía regularmente cada semana, como ellos a él. Un mazo de cartas primorosas de Fabro, Laínez, Bobadilla y Araoz, que gracias a él se conservan. Los hilos de la gran comunicación de Ignacio con sus discípulos dispersos por Italia se movían a través de Javier.

En el diario quehacer de asuntos y peticiones conoció Javier la negociación del embajador de Portugal Pedro de Mascareñas, que traía del rey Juan III la petición de llevarse algunos de los afamados nuevos sacerdotes, los «maestros de París», con el fin de enviarlos a las Indias orientales. El embajador sondeó a los interesados y al propio Pontífice. Recibieron su propuesta con gran alegría. AL general entusiasmo que despertaban las Indias, cada cual añadía su motivación personal; Javier, la suya, onírica, elaborada en dulces sueños y pesadillas. El embajador se confesaba con Ignacio y le pedía ya los nombres. Tenía pocos para contentarle. Enviados a diversas ciudades de Italia y España, a París e Irlanda, Ignacio no disponía más que de dos de sus compañeros de primera hora. Una nueva promoción de jóvenes apiñada en torno suyo no entraba en sus cálculos.

Ducho en el arte de regatear con el Papa y los cardenales, el embajador le pedía hasta seis.

--«Jesús, señor embajador, y ¿qué me deja Vuestra Señoría para el resto del mundo?»

Paulo III se alegraba del éxito del embajador y dio la orden para que fuesen a la India en calidad de nuncios suyos dos jesuitas, dejando la elección en manos de Ignacio.

Fueron elegidos Rodríguez y Bobadilla, a quienes el embajador había deseado expresamente; a Rodríguez por ser el único portugués, y a Bobadilla, por haberle escuchado sus lecciones sacras sobre la epístola a los Romanos.

A Javier le tocó de oficio enviar un correo ligero a Bobadilla, en Nápoles, reclamando su presencia. Simón Rodríguez recibió la misión con especial alegría; siempre la había deseado íntimamente, y aunque estaba con fiebre, el embajador decidió enviarlo cuanto antes por mar a Portugal con su servidumbre y equipaje superfluo, ordenándole reponerse en su finca de Palma hasta que lo llamara el rey. Le acompañaría un sacerdote italiano recién admitido, Paulo Camerino, sencillo y pío, que al principio se asustó al verse elegido para la misión de las Indias, alegando su falta de talento para aprender idiomas. Luego reaccionó y le dijo a Ignacio:

-«Si aquellos infieles hacen lo que yo les diga, van de seguro al paraíso».

Era el 4 de marzo de 1540, y la inminente separación aconsejó a los seis «maestros de París» que se hallaban presentes firmar un documento en latín tocante a la composición de las futuras constituciones y otros asuntos, confiados a la mayoría de votos de cuantos, residiendo en Roma o en Italia, pudiesen ser convocados representando a toda la Compañía. Javier se firmó así: Franciscus. A la aprobación oral ya conseguida seguiría la bula pontificia con la confirmación oficial de la Compañía, previéndose ya la elección del futuro general de la naciente orden. Rodríguez entregó a Javier su voto sellado el 5 de marzo, y partió ese mismo día para el puerto de Civitavecchia.

El embajador concluyó sus gestiones ante el Papa y, tras una última audiencia, anunció al rey su decisión de marchar el día 15 de marzo, describiéndole a los dos misioneros y prometiendo informarle verbalmente sobre Bobadilla. A éste le aguardaba día tras día con impaciencia, mientras ultimaba los preparativos del viaje. El día 14, la víspera, llegó Bobadilla, pero muy enfermo, en un estado lamentable. Tanto el médico como Ignacio y sus compañeros reconocieron la imposibilidad del viaje. Había que sustituirle, pues Mascareñas no debía esperar más y declaraba que no podía emprender el camino sin el segundo de los padres prometidos. Sólo uno de los «maestros de París» quedaba libre, el secretario Javier.

También Ignacio, siguiendo la corriente general, se hallaba en cama, y llamó a Javier:

-«Maestro Francisco, ya sabéis cómo por orden de Su Santidad han de ir dos de nosotros a la India, y que habíamos elegido por uno a maestro Bobadilla, el cual, por su enfermedad, no puede ir, ni el embajador aguardar que sane; ésta es vuestra empresa».

-«Pues, ¡sus!, heme aquí», respondió Javier en igual estilo castizo.

Todos se dieron prisa. Mascareñas reclamó los breves para los dos nuncios pontificios. Javier, feliz, remendó rápidamente unos calzones viejos y la sotana; luego fue al Vaticano a pedir la bendición al Papa, se despidió de sus amigos y de madona Faustina, que le prometió frecuentar los sacramentos. El mismo día de la partida firmó una triple declaración. Aprobaba todas las constituciones que hicieran en adelante sus hermanos, daba su voto a favor de Ignacio para la futura elección de general, proponiendo en segundo lugar para después de su muerte a Pedro Fabro, y, finalmente, para aquel día, prometía pobreza, castidad y obediencia al superior general elegido.

Con gracia impecable de secretario cerró, selló el documento y escribió en la envoltura: «Esta es la carta de Francisco para los de la Compañía». Fue el último acto de su oficio, que cambiaba definitivamente; el sedentario iniciaba su vida de nómada, y el burócrata se convertía en apóstol.

La separación apartó a Ignacio de su mejor amigo. Una carta para los señores de Loyola y una instrucción que enviaría a Bolonia, pues no había tiempo para nada. Al abrazarse, Ignacio, maternalmente, le desabrochó la sotana y, palpándole, halló que llevaba sólo la camisa a flor de piel. «¿Así, Francisco, así?», fueron sus últimas palabras, y ordenó que le dieran la ropa necesaria. Salió con su breviario y unos pocos escritos dirigiéndose a la casa de Mascareñas. Después, montando a caballo, partió con todos.

Portugal: viaje sin vuelta (1540)

En la comitiva de Mascareñas viajaron con Javier el secretario Anes Lucas, el noble español Felipe de Aguilar, el capellán, el caballero y algunos criados. Iba cada cual con sus pensamientos a vueltas, que se manifestaban en la conversación. Javier pensaba y hablaba de los trabajos que le esperaban en la India, donde podría sacrificarse y aun dar la vida por amor a su Señor crucificado. Desde el primer momento se convirtió en el criado servicial de todos. Era claro que en las posadas se adelantaba al caballero cuidando de las bestias. La conversación mantenida con interés cautivaba a todos, y el capellán del embajador, plenamente convencido, quería ir con él a las Indias.

Al español Felipe Aguilar le dedicó más atenciones desde el primer momento, por verle insatisfecho después de una juventud vivida con intensidad de placer. Cabalgando a su lado, hablando de materias indiferentes y de rrochando cordialidad y humor, se ganó pronto su amistad. En el momento oportuno, el momento de Dios, que sabía descubrir, le dirigió la palabra insinuante que le invitaba a una confesión general. Se apearon y entraron en una iglesia del camino, y tras el alivio del sacramento, con los buenos consejos, vino a reconocer que hasta entonces nunca había llegado a entender lo que significaba ser cristiano. Un nuevo amigo ganado para cuando llegaron después de seis días al santuario de Loreto, de feliz recordación. Allí confesó al embajador y, por su ejemplo, a los de su casa y servicio.

Del 27 de marzo al 1 de abril descansaron en Bolonia los días de Pascua. El domingo de Resurrección volvía el embajador a confesarse y comulgar de manos de Javier, acompañado de otras personas de su séquito. El mismo día llegó un correo al embajador trayendo un paquete de cartas, entre ellas las de Ignacio para Javier, que por falta de salud y tiempo no le pudo entregar en Roma. Además de una instrucción para el viaje, Ignacio le encargaba visitase al cardenal Ivrea para que activara con su influencia la rápida aprobación de la Orden. Le visitó con agrado, desarrollando un ceremonial afectuoso y algo untuoso. «El buen viejo, cuando me despedía de él, comencéme a abrazar; yo a besarle las manos, y en la mitad del razonamiento que le hice, me puse de rodillas y, en nombre de toda la Compañía, le besé las manos; a lo que él me respondió, y yo creo, él está muy contento con nuestro modo de proceder».

Sin poder olvidar que Bolonia fue su ciudad favorita, en seguida consiguió encender a sus buenos amigos. Se hospedó en casa de don Girolamo, párroco de Santa Lucía, como la otra vez. Violante Gozadina y las madonas refulgentes cercaron el confesonario. El más contagiado parecía el propio embajador, cuya experiencia humana le descubría cada día a su santo compañero de viaje. Javier personificaba «el calor» espiritual que buscaba su alma, y escribía a Ignacio: «Yo lo tengo por un santo varón. Nuestro Señor lo conserve en su santo servicio». Un contratiempo estuvo a punto de dar al traste con el viaje apenas iniciado y, consecuentemente, con la trayectoria misionera de Javier. Un correo retrasado de Juan III remitido de Roma aplazaba el permiso del regreso, ordenando permanecer hasta nuevo aviso en la Ciudad Eterna. El embajador, fluctuando, pensaba volverse, pero al fin, considerando otras razones, decidió proseguir la

marcha el 1 de abril. Ese día, dos horas antes del alba, a las puertas de Santa Lucía, esperando que abrieran, la multitud devota aguardaba a Javier. Entraron en tromba a confesarse, a pedir los últimos consejos y oír la última misa, alargando la despedida. Tras la acción de gracias, cuando les dijo que, según creía, ya no se verían más en esta vida, se le echaron al cuello y le besaron las manos, reproduciéndose la célebre despedida de San Pablo a los cristianos de Mileto. Algunos le acompañaron por espacio de varias millas, arrancándose y escapándoseles del alma.

Cuando llegaron a Módena, todavía estaba el embajador dando vueltas a la orden de quedarse en Roma, y se apresuró a despachar un correo al rey explicándole los motivos de su decisión, pero siempre disponiéndose a retornar a la primera indicación.

El día 3 de abril llegaron a Parma, donde esperaba reunirse con Fabro, su primer compañero de Santa Bárbara, y darle el último adiós; pero la víspera había partido a Brescia, reclamado por un moribundo, y Javier sólo pudo abrazar a Laínez y Doménech, pero quedándose frío y poniéndose a deliberar «si andaría tras él para verle o no», recuperando la jornada perdida. Laínez, Doménech y el embajador le disuadían en beneficio propio, pidiéndole este sacrificio. También Fabro lo sintió mucho cuando se enteró algunos días más tarde. A Laínez y Doménech les cogió de sorpresa la venida de Javier y su destino a las Indias; nada sabían, y a Laínez le entró de seguro buena envidia. Al día siguiente de su llegada se despidieron y la cabalgata abandonó Parma.

El grupo polvoriento de jinetes, criados y espoliques, la casa galopante del embajador, conforme avanzaba la expedición, experimentaba la influencia del hombre de Dios, y más parecía «casa de religión» montada a caballo, turnándose todos para confesarse, rodando de posada en posada sin comodidad ni espacio. «Era menester desviarnos del camino y, apeándonos, solía confesar», parando en los desvíos, con las bridas caídas, arrojándose entre las ancas de los animales. Una peripecia, justamente cuando atravesaban el Taro, vino a profundizar más los sentimientos. Contra el parecer de todos, el caballero se metió por las aguas de una «ribera muy grande», siendo arrastrado con su caballo por la corriente cerca de unos ochocientos metros, toda la distancia que hay, explicaba Javier, en el trayecto del palacio Frangipani a San Luis de los Franceses. Las invocaciones y las oraciones de todos recurriendo a Dios le salvaron «milagrosamente».

El temerario jinete, en el desesperado trance, sintió intensamente la infidelidad a su vocación religiosa, pues había pretendido ingresar en un monasterio de Roma, pero se había vuelto a sus caballos. Hundido bajo el agua se acordaba del convento, veía su vida baldía, la muerte y las penas del infierno. Al salir a la orilla, espantado, parecía que venía del otro mundo, y comentaba con eficacia su aventura acuática «diciendo que quien en vida no se dispone a morir, a la hora de la muerte no tiene ánimo para acordarse de Dios». La experiencia del caballero produjo profunda impresión. El propio Javier parecía innecesariamente más compungido. «Mucha compasión tengo a muchos de nuestros amigos y conocidos, temiéndome que tanto difieran sus buenos pensamientos y deseos de servir a Dios Nuestro Señor, que, cuando lo quieran poner en ejecución, no tengan tiempo ni sazón».

Los bosques, los torrentes y los aludes del monte Cenis anunciaban golosamente la proximidad de alguna nueva aventura tras la piadosa monotonía de jornadas cansinas. En una posada de montaña, el secretario Anes Lucas protagonizó un escándalo desatándose contra el posadero con palabras gruesas y cruzándose furiosas maldiciones. Javier le reprendió:

-«¿Qué es esto, señor? Vos habéis de dar buen ejemplo a esta gente y ¿maldecís de esa manera?»

El secretario le respondió en términos muy descompuestos, y Javier calló. Tal vez por el enfado, Anes Lucas partió adelantándose a todos. A Javier no le gustó nada esta salida cuando se enteró a las tres horas de su marcha, y contra su costumbre ensilló la mejor caballería y, picando espuelas, corrió en su busca. Lo alcanzó y lo halló más sumiso, arrepentido de su conducta. Javier se quedó rezagado para ir solo rezando, cabalgando al paso. Un rato más tarde, en un paso peligroso del monte Cenis, el caballo del secretario Anes Lucas tropezó en la peña y cayó pendiente abajo clavándose en un «montón de nieve», sin que el jinete pudiera desprenderse de los estribos. Cuando llegó Javier y lo descubrió colgado sobre el abismo, se descolgó con precaución y, exponiéndose mucho, logró librar al caballo y al caballero. El secretario, que pasó en el mismo día por tan diversos estados de ánimo, le quedó muy «aficionado» para toda la vida.

El itinerario de Mascareñas anunciado al rey «por la vía de Lyon y de allí a Fuenterrabía», pasaba tangencialmente junto a Navarra. Todo quedaba cerca, a una de caballo. El verde Baztán y Azpilcueta, así como Roncesvalles y, más lejos, su viejo castillo. Una digresión le colocaría junto a sus hermanos y parientes. El coro de voces amigas le llamaba, sólo para verle, sólo para decirle adiós, pero le llamaba. Tal vez se acercó demasiado, seguramente se apartó del séquito y voló como una centella hasta la eminencia del Adoratorio en la ruta de Malpaso, llegando a divisar en la hondonada el castillo. Paró la carrera del animal, se le anudó la garganta, tal vez vaciló, contrarió el deseo amigo y, venciéndose, dibujó en el aire un gran adiós. Volviendo grupas, huyó. Desde entonces, resis tiendo críticas y dudas, el roquedal del Adoratorio recibe el nombre de las Peñas del Adiós.

El grupo entró por Guipúzcoa y se dirigió a Loyola. La visita de Javier fue inimaginable y apasionada; todo le hablaba de su «padre en Cristo» y no daba crédito a sus ojos. Aquí había convalidado de su herida, salvado y transportado por su primo hermano, el recríó de Javier, Esteban de Zuasti, pero aquí, en su conversión, había brotado una vida nueva que devolvía su favor hasta Javier. Entregó la carta a Beltrán de Loyola escrita por Ignacio. Con Javier era como si Ignacio volviera otra vez; tan identificados estaban. «Os hablará de todo en mi nombre, como si yo mismo fuese en persona». Y más reiterativo aún: «y así en todo se dará a maestro Francisco el mismo crédito de mi parte que a mí mismo se daría». Una cortina cubrió la estancia de Javier en la torre de Loyola, callando una información, adivinada más en la contemplación del peregrino que en la relación de un diario de viajes.

Vergara, Vitoria, Burgos, Valladolid, Salamanca, Ciudad Rodrigo y, por fin, Lisboa, después de tres meses de viaje. «El día que llegué, en Lisboa», apuntó lacónicamente Javier, hallé a Simón Rodríguez en cama. Su asombro al conocer la sustitución de Bobadilla fue enorme y se transformó en intensa alegría, que le ayudó a remontar la enfermedad. A los pocos días el rey mandaba alquilar una casa cerca de palacio y amueblarla; los confió a su médico y a su camarero mayor, participándoles que un criado les visitaría dos veces al día para informarles de la comida y cena que tocaba encargarse a la cocina real. Simón Rodríguez consiguió con dificultad evitar esta finura gastronómica logrando el permiso para mendigar de puerta en puerta el sustento diario.

Entraron en palacio. «Después que pasaron tres o cuatro días que llegamos en esta ciudad, el rey nos mandó llamar y nos recibió muy benignamente», decía Javier. «Estaba él solo con la reina en una cámara donde estuvimos más de una hora con ellos». Juan III de Portugal, dulcemente majestuoso y algo lento, era un

hombre muy amable. La reina doña Catalina, hermana de Carlos V, tenía una expresión de energía; era alta, fuerte y muy religiosa.

Cerraron la puerta, y la conversación huyó del protocolo buscando las curiosidades, «particularidades», haciéndose intimista y conduciendo el fino cotilleo hacia codiciados detalles. Nos demandaban acerca «del modo que nos conocimos y juntamos y cuáles fueron nuestros primeros deseos». Todo el encanto de un mundo de preciosas narraciones y delicias autobiográficas, inéditas, brilló en la cámara regia.

Querían saber acerca de la persecución de Roma. Y Javier podía informar en calidad de antiguo secretario aduciendo datos de primera mano y su impresión personal acerca del atizador, su familiar, el resentido maquinador Miguel de Landívar. Tal vez una pausa; se sonríe, se respira, se controlan las reacciones, todo parece explicado. El rey va más allá. «Desea mucho Su Alteza ver la sentencia que se dio en nuestro favor».

Los reyes quedaron encantados y llamaron a sus hijos, la infanta María, de trece años, y el príncipe Juan, niño de tres años. Su presencia despertó el recuerdo de sus otros infortunados hijos, siete príncipes muertos en la infancia, todos de parecida enfermedad. El rey, piadoso, había hecho una constitución para los jóvenes de la corte urgiéndoles la recepción de los sacramentos, por lo que encomendó a los padres les confesaran todos los viernes. Pensaba el rey que, reformada la corte y la nobleza, todo el cuerpo social quedaría reformado siguiendo el buen ejemplo.

Javier, que se movía con elegante naturalidad, heredada de su padre, embajador de las cortes castellana y francesa, acabó ilusionado por la bondad del rey y el éxito de la audiencia.

Mascareñas habló luego con el monarca, que en el colmo de su felicidad le aseguraba que muy a gusto suyo trasladaría toda la Compañía a Lisboa, aunque le costase gran parte de su hacienda. Y otra vez que don Juan estaba a la ventana con el marqués de Villa Real, vio pasar a los padres y le preguntó:

-«¿Qué os parece de esta gente?»

Y al opinar favorablemente, añadió el rey:

-«Pues yo os digo que a mí me parece que son verdaderos varones apostólicos».

En adelante les llamaba cariñosamente con el apelativo de «los apóstoles», haciendo notar que la Compañía de Jesús había sido fundada por doce sacerdotes que, al modo de los discípulos del Señor, hacían vida apostólica.

El revuelo de la corte acompañaba las expresiones del rey, y la fantasía popular, muy lusitana, ponía de boca en boca, siempre en aumento, mayores maravillas. Decían que los padres habían venido andando a pie enjuto sobre las aguas del Tajo. Afirmaban otros que les habían visto navegar desde Tancos a Lisboa apoyados en sus bastones y flotando en los manteos desplegados sobre las linfas. Muertos de risa, los apóstoles mendigaban públicamente y se volcaban sobre los pajes, que, además de sus ejercicios de equitación, danza y esgrima, cultivaban el latín y las bellas letras. Por su trato y dirección quedaron varios jóvenes comprometidos para un mañana esperanzador, alistándose en las filas de la nueva Compañía: Seixas, Cardoso y Godinho. Este último, favorito del rey, comenzando a gustar la dulzura de las cosas espirituales, afirmaba que su mayor placer consistía en detenerse cada atardecer a hablar con los padres.

Javier tenía «clase», y el creciente revuelo de la corte, brillante y numerosa, más de cuatro mil cortesanos, levantaba moderadas campañas y presiones en el ánimo real, añadiéndose las recomendaciones del confesor y del predicador del monarca. Habría que retenerlos con habilidad sin dejarles partir a las Indias. Pero Javier esquivaba estos proyectos atractivos y hablaba con antiguos residentes de las

Indias, que le prometían mayores perspectivas de apostolado. «No dudan sino que en pocos años convertiremos dos o tres reinos».

Amigos, muchos amigos por todas partes, dulces, afectuosos y melancólicos, heridos de «saudades», como casi todos los portugueses, les hacían gracia y donaire: Pedro Carvalho, «gran amigo», influyente; el banquero florentino Giraldi, que mantenía una flota de barcos arando los mares del Brasil y las Indias, y el platero Castro. Los ejercicios espirituales, eficacísimos, les ganaban amigos en todas direcciones.

Un público insaciable pedía más. El rey, piísimo, que intentaba y acometía la verdadera reforma por propia iniciativa, habló al obispo y a su confesor para que les invitasen a predicar sin limitarse a los ejercicios. Javier rehuía de momento la acción masiva, buscando un estilo de comunicación más sencillo y personal. Su Alteza no paró hasta llamarles a palacio y pedirles personalmente que aceptaran el encargo de predicar los domingos. La estimación popular subió de punto. Les besaban la ropa creyendo que besaban «reliquias de santos».

Ante tales demostraciones, Javier parecía a veces entristecerse y hasta se quejaba por carecer de persecuciones, pero luego se consolaba pensando desquitarse en la India, porque decía: «vivir mucho tiempo sin ellas parece ser no luchar fielmente».

Haciendo cábalas se preocupaba; porque una persona se fue al rey para decirle «que nos hiciese obispos». Javier obispo, ni soñado, tal como en los sueños de su loca juventud. Menos mal que «respondió el rey que nosotros no lo queríamos». Por su parte, los dos obispos que se hallaban en la corte, ganados y entusiasmados, no querían que partiesen a las Indias y se lo pedían abiertamente al rey. Lo peor era que los reyes tampoco lo veían claro y preferían se desvaneciera la misión de la India ante la conveniencia de retenerlos en la metrópoli.

¿Llegaría a hacer mella en Javier la peligrosa alternativa? Parecía que se rendía y en cierto párrafo suyo se confundía: «Si quedáremos, haremos algunas casas los que fuéremos...; y si fuéremos, haremos algunas casas entre indios y negros». Y mucho más incierto y dudoso: «Así, si quedáremos acá como si fuéramos a la India...» ¿Iremos? ¿No iremos? Hasta el último instante, suspendido y pendiente el divino designio. Y, por fin, hasta el verano, un verano tórrido, parecía aludir y ahuyentar indirectamente el calor de las Indias. «Maestro Francisco está espantado de los calores de esta tierra».

Entre tanto, el infante don Enrique, hermano del rey, inquisidor mayor, tampoco se apresuraba por el viaje y, creando una distracción, preparaba un solemne e histórico auto de fe, la primera vez en Lisboa, encargándoles visitaran a los presos y les atendieran hasta el último momento. Hijos de su tiempo, veían con la óptica de la época, en la piadosa institución civil, el instrumento ideal al servicio de la fe y, en consecuencia, de la seguridad y unidad nacional. Todos los días bajaba Javier a las cárceles de la Inquisición. Aquellos desgraciados le escucharon una plática diaria sobre los ejercicios y marcharon al suplicio arrepentidos y confiados en la salvación de sus almas.

Simón Rodríguez vistió el sambenito a una docena de sentenciados, y, en medio de gran pompa y aparato escénico, se desarrolló el ceremonial. De los veinticinco sentenciados, dos fueron quemados en la hoguera. «Nos mandó el infante inquisidor mayor que fuésemos, y fuimos hasta la muerte». Eran Diego de Montenegro y un clérigo francés los condenados. Simón Rodríguez se ocupó de Montenegro, y Javier, por razón del idioma, se dedicó al clérigo francés.

El espectáculo de la hoguera, contemplado sin pestañear, constituyó un éxito sin precedentes. Momentos antes, entre otras delicadezas, al infortunado Diego se le acercó un negro y le vació un ojo.

Las obligaciones áulicas le llevaron a Javier a los palacios de invierno de Almeirim acompañando a los reyes en la estancia paradisíaca. Recortando la opulencia, el brillo y el clima mundano, reformaba la corte y se escapaba a Santarem a predicarles el catecismo a los niños. En cierta manera, todo le sucedía mal, porque cuanto más trabajaba era menor la esperanza de las Indias, pues era víctima de sus cualidades y simpatía. «Acercas de las Indias, maestro Francisco y yo andamos algo solícitos para no nos ser impedida la ida», había escrito Simón Rodríguez a Ignacio. «Mandadnos vuestro juicio acerca de este negocio», le pidió de una vez por todas.

Solícito Javier con su extensa captación de jóvenes, no se rendía y juntaba varios candidatos para el día de la partida. Además, contraatacando, importunaba a Roma reclamando las facultades y los breves de la India.

De la amorosa tirantez tuvo que ocuparse personalmente Ignacio acudiendo a Paulo III, ya que él los había destinado a las Indias. El Papa se desentendió un poco, dejándolo todo al rey de Portugal, alegando que él era quien le había pedido aquellos padres. Pero, si el rey deseaba conocer su opinión, añadía Ignacio con claridad, ésta era la siguiente: que Javier partiese a las Indias y Simón Rodríguez quedase en Portugal, alentando con la fundación de un colegio en Coimbra el auge de la Orden para proveer a las Indias. El rey, sin más, asintió.

Pero mentar a Coimbra y su famosa Universidad era volver a tirar del nudo. Allí se encontraba, en la cumbre de su fama, el doctor Navarro, Martín de Azpilcueta, su primo, deseoso más que nadie de atraerle, y a una abundante correspondencia epistolar sucedía ahora el ansia de verle «estando tan cerca». El doctor había escrito al rey quejándose mucho de que no iba a visitarle, y hasta le pedía que le enviase a su «amicísimo primo», para que se quedase con él y le gobernase la casa. En contrapartida se ofrecía a tener otras dos clases extraordinarias, prometiendo que, alcanzando la jubilación, irían los dos juntos a las Indias.

Javier, que sólo hacía unos meses había rozado su tierra natal sin despedirse de los suyos, eliminó pronto esta dificultad escribiéndole que le veía viejo y débil para los trabajos que tenía concebidos en las Indias y consolándole con la esperanza de verse un día en el cielo.

El 7 de abril de 1541

Allanadas todas las dificultades, Javier subiría a bordo, y en la Casa de las Indias, henchida de preparativos y prisas para la anual expedición de la flota real, entre otras inscripciones, se recibía una carta del rey al conde Castañeira anunciándole a maestro Francisco y su casi olvidado compañero Paulo Camerte. Ordenaba se les diera embarcación y alojamiento, así como para su escudero Pedro Maldonado, «que los acompaña para cuidar de ellos, y para dos mozos que llevan para su servicio». El equipamiento amplísimo era un mandato. «Y a los dos padres mandaréis dar dos vestidos a cada uno, uno para el mar y otro para tierra cuando lleguen a las Indias, y de los libros que pidieren, les daréis los que os parezca que les son necesarios, y proveedlos también de medicinas y de otras cosas para su mantenimiento, que no pueden faltarles en el viaje. Porque todo lo que se haga por vuestra orden e indicación lo tendré por bien. Y os encargo que cumpláis esto exactamente, como en virtud de órdenes mías».

Cuando los funcionarios reales de la Casa de las Indias, en cumplimiento de las órdenes precisadas, le ofrecieron sus servicios, pidiéndole la lista de las cosas que necesitaba para el viaje, Javier les agradeció la deferencia, explicándoles que nada necesitaba, bastándole con que le encomendasen a Dios en sus oraciones.

Al conde de Castañeira, veedor de Hacienda, le tocó comunicarle el trámite de otra forma, ampliándole que el rey había designado a uno de sus gentileshombres de cámara, el escudero Pedro Maldonado, para que le procurase todo lo necesario. Javier le rogó por amor de Dios no diese nada a su camarero, porque no necesitaba de nada ni de nadie.

Insistía el conde para que al menos admitiese un criado, porque sería en perjuicio de su autoridad que le vieran lavando la ropa y cocinando como el resto de la tripulación.

-«Señor conde, el adquirir crédito y autoridad por ese medio que V. S. dice, ha traído a la Iglesia de Dios al estado en que ahora está y a sus prelados; y el medio por donde se ha de adquirir es lavando de rodillas y guisando la olla, sin tener necesidad de nadie, y con todo eso procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos».

El conde se quedó de piedra y aún le costó que aceptasen un vestido de paño ordinario previniéndose para los fríos del cabo de Buena Esperanza. También les procuró el rey cerca de «cien cruzados de libros». En aquel ambiente de contratación y pasaje, lleno de especulaciones financieras y proyectos comerciales, la negativa insólita cayó como un rayo. Castañeira solía repetir más tarde que había tenido más trabajo con Javier para que aceptara algo que en contentar a otros religiosos.

El rey determinó que los padres viajaran en el barco del gobernador, encareciéndole que cuidase de ellos. El virrey Martín Alfonso de Sousa les previno que durante el viaje tendrían que comer a su mesa, reservándose el cuidado de procurarles todo lo necesario para la travesía hasta la India.

Se acercaba el día señalado. El rey mandó llamar a Javier, y en una audiencia íntima de despedida le entregó los cuatro breves pontificios llegados de Roma, nombrándole nuncio apostólico con una serie de facultades amplísimas para el desempeño de su cargo, así como recomendándole con credenciales ante el rey David de Etiopía, el famoso Preste Juan, y a todos los príncipes de Oriente. Luego le rogó que le escribiese largo, y prometió que aquel verano daría comienzo a un colegio en Coimbra orientado a la India y una casa en Evora.

A última hora se les juntó un joven portugués, Francisco Mansillas, bondadoso, pero de pocas luces, que había estudiado en París sin llegar a dominar los rudimentos latinos. Con decir que para la India valía cualquiera, les encajaron este mozo un tanto simple.

Se entrevistó con el virrey, y en su conversación conoció que en Ceilán había buena disposición para convertir aquel reino con su rey Bhuvaneka Bahu a la cabeza. El virrey le había tratado y le había visitado, siendo obsequiado espléndidamente. Cuando faltó una semana para embarcarse, escribió a Ignacio una carta alegre y confiada, mirando a las Indias «donde esperamos en Dios Nuestro Señor que habemos de hacer mucho fruto». Pedía a sus compañeros «por aquella nuestra íntima amistad en Cristo» que le escribiesen. Con algunas alusiones joviales a la melancolía de Bobadilla y al estómago delicado de Ignacio y saludos a los amigos, se despedía animándoles a enviar misioneros a las Indias. En un clima de exaltación religiosa, caldeado por un breve de Paulo III, que tras las recientes acciones del Turco, el sitio de Diu y la conquista de Adén, bendecía a la flota portuguesa, las cinco naves empavesadas y la cruz pintada de rojo de las cruzadas en las velas cabeceaban majestuosas en Belem. La animación cundía, los fieles asediaban los confesonarios, recibían los sacramentos, hacían celebrar misas pro navigantibus y los viajeros hacían testamento antes de partir. En el convento de los Jerónimos se cantó una misa solemne y se tuvo el sermón de circunstancias a la multitud. Los frailes jerónimos arrastrarían luego un púlpito

portátil al exterior, y Javier predicaría despidiéndose de todos. Luego, en ligera chalupa, llegó a la nao capitana acompañado de Simón Rodríguez. Antes de separarse para siempre, Javier le descubrió sonriente un terrible secreto. Le recordó la noche en el palacio Frangipani cuando, durmiendo en el suelo para levantarse y atenderle a media noche, fue sorprendido en una convulsión arrojando sangre por la boca y las narices. Todas las veces que le había preguntado había eludido la respuesta.

-«Habéis de saber, hermano maestro Simón, que Dios me ha hecho la gran merced de conservarme la virginidad. Aquella noche soñaba yo y me figuraba que en una posada vino hacia mí una mujer moza y quiso tocarme el pecho metiéndome su mano por la ropa. Yo, por rechazarla, la empujé de mí con tal fuerza de brazos, que debió de reventármeme alguna vena, y de ahí vino aquella sangre, y desperté».

Otro sueño de su genial repertorio le comunicó todavía en esta hora de despedida.

-«¿Os acordáis aún de la noche aquella del hospital de Roma, en que os desperté gritando fuerte: Más, más, más?

¡Cuántas veces me habéis pedido que os dijera lo que aquello significaba, y yo os decía siempre que no era nada!

Pero ahora conviene que lo sepáis. Veía yo entonces, si en sueños o despierto no lo sé, Dios lo sabe, los grandísimos trabajos, fatigas y aflicciones que por hambre, sed, fríos, viajes, naufragios, traiciones, persecuciones y peligros se me ofrecían por amor del Señor, y que el mismo Señor me concedía entonces la gracia de que nada de esto me bastara, y yo pedía más y más con aquellas palabras que vos oísteis.

Pues yo espero ahora en la divina Bondad que en este viaje se me va a conceder ciertamente lo que allí se me ofreció, y también el deseo que se me daba».

Y con estas confidencias tardías, arrancadas al aire marinero de cubierta, Simón Rodríguez volvió a tierra. Cuando comenzó a soplar el viento, disparó la capitana un cañonazo, se hincharon las velas, y las cinco naos se deslizaron aguas abajo entrando en el mar.

Era el 7 de abril de 1541. Hacía treinta y cinco años que Javier, en ese mismo día, había venido al mundo en el castillo de Javier.

Por el señorío de los peces (1541-1542)

Las cinco naos, «carracas», pesadas construcciones y cortas, de difícil maniobra, capitaneadas por la Santiago, sufrieron la embestida de un mar embravecido nada más salir de Lisboa. En la San Pedro iba don Alvaro de Ataíde, hijo de Vasco de Gama. Las otras eran la Espíritu Santo, la Flor de la Mar y la Santa Cruz. De cada diez naves se perdía una.

Comenzaron los pasajeros a sentir fuertes mareos. Los más robustos, después de algunos días, lograban mantenerse en pie. Javier pasó dos meses de intenso mareo. Al llegar a las costas de Guinea, las grandes calmas presentaron a las quillas portuguesas un mar de plomo. Quedaron las naos clavadas sin un soplo de aire en las velas. El mes de junio resultó intolerable. Era el infierno de Guinea. El escorbuto y la fiebre hicieron acto de presencia. En la cubierta intermedia, semioscura, yacía el pasaje inmovilizado, alentando en una atmósfera irrespirable. Con los días, la Santiago se convertía en un hospital flotante. Javier, mareado, bajó hasta ellos pasando los días desde las primeras horas de la mañana hasta la noche. Les cuidaba lavándoles, cortándoles las uñas, cambiando las vendas, ofreciendo los irrigadores, vaciando los vasos inmundos y limpiando las ropas. Rehusando la mesa del gobernador, se fue a mendigar la comida entre el pasaje, garbanzos, almendras, bizcocho, galletas, algún trozo de gallina y frutas secas. Con su recaudación pasaba a la cocina. Entre los criados, los esclavos, los

grumetes y los pinches, se abría paso y guisaba la olla. No probó el vino, sólo un poco muy aguado, porque decía que la bebida hace al hombre hablador en exceso, pudiendo traicionar secretos confidenciales. Siguiendo el consejo del médico, el doctor Saraiva, cocía para los enfermos caldos y sopas, tortas de harina y papillas más digeribles. En su camarote del castillo de popa recogió a los más graves. Buscaba en la farmacia del barco los alivios más corrientes. Sobre todo le pedían agua, agua, agua; muchas veces agua, que era un tesoro. Paulo y Mansillas le ayudaban en el cuidado corporal de los enfermos, pero él se ocupaba preferentemente de las almas. Confesaba sin parar marineros, soldados e hidalgos, absolviendo pecados en aquella cloaca errante. Todas las tardes hacía una exhortación en la cubierta principal y predicaba los domingos y días de fiesta durante la «misa seca» que el capellán del barco rezaba a bordo. Al doctor Saraiva le conmovía la alegría con que se desenvolvía en medio de su actividad. Comenzaron a llamarle el Santo Padre. Tras cuarenta días de calma transcurridos bajo el capcioso mareo, sopló el aire, que volvió a inflar las velas empujando las naves hacia las costas del Brasil.

Llegó el trance impresionante al doblar el cabo de las Tormentas, cuando arreció el frío y se desencadenó una horrible tormenta que duró cuarenta y ocho horas. Javier tenía que animar al pasaje, orar con la gente, conjurar y rociar con agua bendita el mar y sumergir reliquias de santos en las olas. Dos robustos marineros le sujetaban nventras realizaba estas operaciones, so pena de verse arrastrado al mar. «Los trabajos eran de tanta calidad, decía, que yo no me atreviera solo un día por todo el mundo».

A fines de agosto anclaron en Mozambique. Desembarcaron y se acomodaron en el hospital, y Javier, con ellos, en una casita al lado. Les aguardaba una estancia de seis meses de internada por causa del monzón. Esta perspectiva venía a confirmar la macabra denominación de la isla, conocida como el cementerio de los portugueses. Javier se desvivió día y noche. Nadie debía escapar a sus cuidados. Sucedió que murió un joven que había hecho la travesía en la Santiago. Javier no le reconoció y preguntó si tenía alguna instrucción religiosa. Le respondieron que no. Quedó desolado.

-«Pero vos no lo sabíais», le decía Sousa.

-«Es lo que me apena. Si lo hubiera sabido le hubiera instruido».

No sabía consolarse, sin poder concebir que un hombre que viajaba en el mismo barco hubiese sucumbido escapando a su conocimiento.

La mortandad fue enorme. Enfermaban y morían irremisiblemente. «Murieron algunos ochenta hombres», calculaba Javier, pero el doctor Saraiva hacía sus cálculos y afirmaba que el número de defunciones era francamente muy inferior al de otras expediciones, normalmente 200, o 755 muertos, según Mocquet, por una estancia de cinco meses, diferencia que atribuía a la extraordinaria diligencia y a los cuidados sanitarios de Javier y sus compañeros.

Era inútil recomendarle un poco de moderación, sobre todo con el aliento de los enfermos que pegaban el contagio. Por carecer de esta precaución, en opinión del vicario, cayó enfermo en peligro de muerte. El maestre Juan le visitó recomendándole que cesase en su trabajo sin exponerse a la muerte, consolándole que volvería a su actividad una vez restaurado. Javier le respondió que aquella noche hasta el día siguiente tenía que permanecer junto a cierto hermano. Era un marinero gravemente enfermo de cuerpo y alma con varios días delirando. Después descansaría. A la mañana siguiente, después de visitar a los enfermos del hospital, fue a la casilla que habitaba el Santo Padre. Halló al marinero tendido en el lecho de Javier, un camastro armado de cordeles de coco, cubierto con un paño roto, una almohada y nada más. Cerca yacía Javier sobre el

armón de una bombardera, sin nada debajo, y estaba hablando con el marinero. Había recobrado el juicio después de haberle acostado en su cama, se había confesado y comulgado. Aquella tarde murió, y el Santo Padre se puso muy contento, apareciendo muy alegre a pesar de su gravedad.

Consintió en ser trasladado al hospital entre los demás enfermos. Viéndole mezclado entre todos y advirtiéndole su gravedad, el doctor Saraiva le trasladó a su casa y le abrió la vena sangrándole hasta nueve veces. Cayó en un estado de «frenesí» o delirio febril que le duró tres días. Saraiva, que no le quitaba ojo, pudo observar que su paciente discurría perfectamente sobre materias divinas y espirituales, pero que desvariaba cuando hablaban de su salud corporal. Este dato le impresionó.

Recuperado casi del todo, volvió a sus ocupaciones. Le tentaba el pasar a las costas del continente africano, pero tendría que resignarse. Predicaba todos los domingos con mucho auditorio, «por estar el señor gobernador presente». ¿Y qué pensar a estas alturas de don Martín Alfonso de Sousa? ¿Era un cínico, como querían algunos? Su nombramiento, publicado en un mundo de intrigas habilísimas, le restaba credibilidad, aunque Javier siempre hablaba bien de él y le tenía por gran bienhechor. Pero, en Goa, el gobernador interino Esteban de Gama, otro hijo del esclarecido Vasco de Gama, conocía el nombramiento tras rumores filtrados por las vías de Venecia y Ormuz, y deseando apercibirse envió a la nave Coulam, con su capitán Méndez de Vasconcellos, en busca de informaciones. En la misma nave le llegaron a Sousa algunas cartas mal intencionadas con denuncias sobre supuestas malversaciones de Gama. Sousa quiso adelantarse y sorprender a su predecesor antes de que borrara las huellas de sus faltas. Puras calumnias que digirió de prisa, mandando poco después arrestar al capitán Vasconcellos y al hermano de Gama, Alvaro de Ataíde, por haber querido comunicar secretamente a Goa las últimas noticias. Luego, aunque minado por la enfermedad, resolvió partir cuanto antes.

A fines de febrero de 1542 embarcó el gobernador en la Cólum llevándose a Javier, pues hallándose enfermo quería tener a mano un confesor en caso de necesidad. Paulo y Mansillas quedaron en tierra para cuidar a los enfermos. Escoltaban el galeón dos ligeras embarcaciones, una fusta y un catur, pilotadas por dos filibusteros a quienes Sousa perdonaba sus crímenes a cambio de sus revelaciones sobre Gama.

Llegaron a Melinde. Contemplaron uno de los seis «padraos», columnas de piedra ornadas con el escudo nacional, hitos colocados por Vasco de Gama; era el «padrao» de San Rafael. El remate de la cruz «dorada y muy hermosa» le conmovió. «En verla, Dios Nuestro Señor sabe cuánta consolación recibimos, conociendo cuán grande es la virtud de la cruz, viéndola así sola y con tanta victoria entre tanta morería». Unos días de avituallamiento que aprovechó para trabar contacto con los hijos del Profeta. Tuvieron un muerto, y bajó a enterrarlo. A todos les gustó el rito cristiano de «soterrar a los finados», lo que dio pie a diversas cuestiones.

Uno de los moros más cualificados le preguntó si en Europa las iglesias eran frecuentadas y si los cristianos eran fervorosos en la oración. Por su parte confesaba que en Melinde la «devoción se perdía». Con haber diecisiete mezquitas, la gente no iba más que a tres. ¿De dónde procedía semejante decadencia? Seguramente de algún gran pecado. Discutieron y no llegaron a ningún acuerdo. Javier sostenía que, siendo Dios fidelísimo en todas sus cosas, «no descansaba con infieles, y menos con sus oraciones; y que ésta era la causa porque Dios quería que la oración entre ellos se perdiese, pues de ella no era servido». No parecían fanáticos en general y se les veía decepcionados. Un

sacerdote musulmán le manifestó que, si Mahoma no venía a visitarlos antes de dos años, dejaría de creer en él y en su secta. Se trataba de Madhi, el esperado como la duodécima generación del profeta viviente que prolongaba su existencia invisible. Es propio de infieles y pecadores vivir desconfiados, concluyó Javier; es un favor que Dios les hace para que despierten.

Después de aprovisionarse de agua, aves y frutas, el galeón se hizo a la mar. Fondearon en Socotora, isla desamparada y pobre con vestigios de arcaico cristianismo caldeo. Leche, dátiles y carne en abundancia. Bajó dos veces a la isla. Descubrió «iglesias, cruces y lámparas», con sacerdotes analfabetos recitando oraciones de memoria sin entender nada, en lengua caldea, durante cuatro veces al día. Repetían con frecuencia el alleluia. Como ignoraban el bautismo, se fue a varios lugares a bautizar a los niños. Sus padres le quedaban muy agradecidos y le regalaban dátiles. Le pedían que se quedara con ellos, y él también accedía. Se fue a Sousa a pedirle permiso, pero, naturalmente, se lo negó.

Siguió fijándose un poco más en aquellos sacerdotes acudiendo a unas vísperas que duraron una hora incensando en todo momento el altar. Estaban casados y eran «grandes ayunadores», ayunando dos cuaresmas, pero habían perdido la noción del bautismo. Se dedicó, por lo tanto, a bautizar con mayor intensidad, convenciéndoles con expresivos gestos de la necesidad del sacramento.

Conformes en todo, sólo querían excluir del bautismo a sus enemigos encarnizados, los moros. Así se vio cuando fue tras dos niños bronceados para bautizarlos, como en el sueño de París, y los pequeños huyeron corriendo a su madre. La mora le vino llorando, porque no quería ser cristiana ni sus hijos tampoco. Los cristianos le decían que no los bautizara aunque la madre lo quisiera. Nunca se olvidaría de Socotora.

Goa dorada (1542)

El 6 de mayo llegaron a Goa, la bellísima ciudad, la Goa dorada, trece meses después de la salida de Lisboa. La entrada de un virrey no debía coincidir precisamente con la salida de su predecesor, operación que se realizaba con puntualidad matemática anunciándose a cañonazos la presencia del nuevo gobernador. Tras ascender por las orillas del Mandovi, entre palmeras y cocoteros, las torres de la catedral, «muy honrada», los franciscanos y hasta catorce iglesias hicieron su blanca aparición. Un mundo abigarrado y glorioso, florido y perfumado, embriagador y desnudo, le recibía.

Su primera visita fue al obispo, fray Juan de Alburquerque, que además era español. Se arrodilló y le presentó el breve pontificio acreditándose como nuncio, para asegurarle a continuación que no ejercería sus poderes más que con su aprobación. Gratamente impresionado, le respondió que podía hacer libre uso de sus facultades. La verdad es que no podía ser de otra manera, pero con una introducción tan tranquilizadora brotó una amistad llena de mutua confianza. Luego se fue derecho buscando alojamiento en el Hospital Real para comenzar su ministerio habitual entre los enfermos. A todo esto, la sotana, gastada por la navegación y con manchas de alquitrán, se le caía de puro vieja. El hospital contaba con un vestuario bien surtido, y se dirigió al mayordomo Luis de Ataíde pidiéndole, por amor de Cristo, que le hiciera una «loba», ligera bata sin mangas, al estilo de los sacerdotes del país. Se le hizo confeccionar la prenda, y don Luis se la entregó para que se la probara, haciéndole notar que era como la de los sacerdotes de la India. Al ver que era de seda, Javier la rechazó enérgicamente. «Déjela vuestra merced para alguno de los sacerdotes pobres, pero para mí mande hacer una de algodón». Se le atendió, y desde entonces la «loba» de algodón ligero, sin mangas, teñida de negro, algo desabrochada, sin ceñidor, ni abrigo, fue el modelo habitual de su traje. Don Luis quiso también cambiarle el

calzado, pero no consiguió retirarle los zapatos viejos, remendados. Todavía sirven, todavía sirven, repetía el Santo Padre.

Pronto se impuso la fama de la navegación pasada, que le abrió el paso hasta a los enfermos más rebeldes. Pronto pudieron juzgar por sí mismos. Desplegando una estera, se acostaba en el suelo junto a los más graves. La aurora le hallaba levantado confesando y administrando la comunión. Una vez celebrada su misa, de la que tuvo que abstenerse durante la larga travesía, se hallaba a disposición de todos. Con estar muy decaída la práctica de los sacramentos, pronto quedó sitiado en su confesonario. «Eran tantos los que venían a confesarse que, si estuviera en diez partes partido, en todas ellas tuviera que confesar». Muy pronto el hospital no le bastó y se fue a las cárceles, las tres cárceles famosas, infectas, vivos pudrideros. Iba después del mediodía, a la hora climáticamente más dura y pesada, preparándolos para la confesión general.

Salía los domingos fuera de la ciudad a visitar a los leprosos. Después de atenderles espiritualmente, salía pidiendo limosna para ellos de puerta en puerta. «Hagamos limosna, decía a los ricos, en remisión de nuestros pecados». Esta indirecta exhortación a la penitencia servía para preparar la vuelta de los pecadores. Con estas atenciones, los leprosos «quedaron muy amigos y devotos míos». Muy amigos los leprosos, muy amigos, como todos.

Pronto comprendió que el gran mal de Goa era la ignorancia religiosa, y tras las obras de caridad se echó a la calle buscando público y se pasó a una ermita de Nuestra Señora, cerca del Hospital Real, como punto de reunión. Con una sobrepelliz y agitando una campanilla plateada de latón, salía por las calles y encrucijadas gritando en voz alta. «Fieles cristianos, amigos de Jesucristo, enviad vuestros hijos, hijas, esclavos, hombres y mujeres a la doctrina cristiana, por amor de Dios». A campanillazos y bocinazos atraía y formaba grandes filas subiendo a la capilla de Nuestra Señora. Allí primeramente extendía su mímica religiosa y ensayaba actitudes. «Elevaba los ojos al cielo». Luego la señal de la cruz lenta y ceremoniosa. Luego la voz, «voz alta». Tras la voz venía la canción, «el himno», resumiendo la doctrina y grabándola en la memoria. A continuación, con «los brazos extendidos o levantados al cielo, entonaba una especie de letanías, cuyos versos condensaban brevemente un pensamiento, una enseñanza de la Iglesia». Al final, todos cantaban con su voz característica gangosa y nasal, clavando en sus gargantas un acto de fe.

Descomponiendo artículo por artículo la profesión de fe, voceando las palabras rítmicamente, subrayándolas con la postura corporal, «la cabeza desnuda» y los brazos levantados al cielo, cantando y haciendo un poco de teatro religioso, como debe ser, el auditorio, con más de trescientos oyentes, iba poniéndose en trance e introduciéndose en un ambiente de oración. Cada verso, cada mandamiento, cada acto de fe golpeado con un padrenuestro y un avemaría pidiendo gracia, pidiendo fuerza, pidiendo fe. La originalidad de su catequesis popular consistía en esta transformación de la enseñanza seca en una plegaria jugosa, convencido como estaba de que la fe es un don de Dios. Al obispo le gusto mucho esta actuación y mandó que en las «otras iglesias se hiciese lo mismo».

Quedaban los pecadores, los pecadores sin más. Para ellos, su simpatía y una amabilidad a toda prueba. Después de sus instrucciones hablaba con los esclavos y les preguntaba el nombre de sus señores y el número de sus concubinas.

Averiguaba disimuladamente sus costumbres y aventuras. Sabía mantener una conversación interesante, porque con los marineros hablaba del mar y del curso de las estrellas; con los soldados se interesaba por las armas, y con los mercaderes trataba de precios y temas comerciales. Llamaba a esta habilidad suya «entrar por la puerta de los otros para hacerles salir por la suya». De sus

informaciones deducía con exactitud las direcciones y ocupaciones de sus amos, haciéndose invitar, o simplemente les salía al encuentro.

-«¿Consentiríais en hospedar hoy a un pobre sacerdote, sin ceremonia, en familia?»

Entraba y en seguida percibía la irregularidad y el escándalo. Hacía como que no veía y se sentaba a la mesa. Hablaban mucho, y al despedirse se marchaba sin hacer la menor observación. Animado por este silencio, su anfitrión volvería días después a invitarle por su propia iniciativa. Javier aceptaba y, sin dar que sospechar, sólo con una mirada o una palabra inocente, le decía:

-«¿Cómo están todas vuestras hermanas?»

Poco tiempo después, esta alusión entraba en su alma como un aguijón. ¿Por qué me diría todas las hermanas, todas? Se ponía incómodo, las comidas le parecían malas y las bebidas nunca estaban frescas. Hasta que Javier, con palabras firmes, tranquilizaba a su víctima decidiéndola a depurar su familia.

Con otro recurso, muy suyo y natural, otras veces a petición propia, le traían los niños. Si había tiempo, les daba una pequeña lección o sencillamente con una caricia los bendecía.

-«¿Dónde está su madre?», preguntaba con audacia, solicitando verla.

Entraba en la habitación una mujer algo pálida. Le oía hablar de su país nativo y de su vida.

-«¿Es cristiana?» Luego felicitaba a su anfitrión por su atractivo y gracia alabando sus encantos.

-«Se diría que es portuguesa. Sus hijos serán dignos de vos».

De pronto, inesperadamente, sin mucha malicia, como la hoja de un puñal.

-«¿Qué impide vuestro matrimonio? ¿Dónde encontraríais una mujer mejor?»

Le hablaba del honor de la madre, que convenía salvar, y de la reputación de los hijos. A menudo estas santas audacias las bendecía Dios y tenía la alegría de conducir el asunto a buen término. A veces se arreglaba todo acto seguido.

Al terminar el día agotador, quedaba la noche para el reposo. Un testigo del hospital veía que no concedía al sueño más tiempo que el que la debilidad de la naturaleza le arrebatava. Se recostaba en la estera y dormía en cualquier sitio. En punzante duermevela, al menor suspiro corría a atender a un enfermo.

Habiéndole observado con frecuencia, se veía que gran parte de la noche la gastaba en orar, hasta el momento en que caía derrumbado por el sueño.

A las pocas semanas, la pobre «loba» de algodón, de tanto rozar y sudar entre presos y leprosos, ofrecía un color indefinido y estaba hecha unos zorros.

Ofuscaba entre tantas sedas de túnicas y «saris» en banquetes y recepciones. Un amigo e hijo espiritual, el compañero de navegación Francisco de Paiva, decidió cambiarle el traje. Javier opuso resistencia, y le gastaron una broma. Mientras dormía le cambiaron la «loba». A la mañana siguiente se vistió sin notar la diferencia.

Aquella noche Paiva le invitó a cenar y, de acuerdo con sus amigos, comenzó a bromear.

-«¿Os habéis puesto tan elegante con un traje nuevo en nuestro honor?»

Mirándose la ropa quedó sorprendido, y dándose cuenta de la jugarreta, les respondió que no era extraño que prenda tan rica, buscando dueño en la oscuridad, fuera a dar con el que más la merecía.

Pasaban los meses, y la flota de Mozambique sin venir. Paulo y Mansillas no llegaban. El ecónomo real Cosme Anes le oía decir a este propósito: «¡Oh aquella nave!» Y mezclaba otras palabras misteriosas que no entendía. Al tiempo llegó la noticia de que la nao Santiago había naufragado en la costa de Bazain, perdiéndose su cargamento.

Murieron solamente dos personas. Y al Santo Padre, decían, no se le dio «ni poco ni mucho».

La exótica Goa, sin sentirlo, iba cambiando de piel y de alma. El buen obispo Alburquerque, bastante anciano, cuya elección había causado estupor en Roma, seguía vivo, sin acordarse de que un cardenal había apoyado cínicamente su elección diciendo que a un religioso que había renunciado a todo nunca le parecería tan duro ser enterrado en la India. Junto a Javier revivía y se sentía importante. Había mandado implantar en todas las iglesias el método y sistema catequético nuevo y revolucionario para una diócesis en que los fieles pasaban años enteros sin oír la palabra de Dios. Su orden no fue letra muerta. Los niños, dos veces cada día; las mujeres, los sábados, y los hombres, los domingos, pasaban dos horas en la iglesia en piadosos ejercicios recitando las oraciones, la profesión de fe, los mandamientos, el método de la confesión general y otras plegarias, aumentando siempre el floreciente catecumenado.

Algún tiempo después, en Goa y sus alrededores, en las escuelas, caminos, encrucijadas, campos y embarcaciones, habían desaparecido las canciones frívolas y, en su lugar, se cantaban los principios de la doctrina cristiana. Apenas empiezan los niños a balbucear, decía un contemporáneo, aprenden los cantos. No hay rastro de la idolatría y errores antiguos; por la gracia de Dios, que se ha servido de maestro Francisco como de su instrumento.

Careciendo de imprenta, Javier mandó hacer copias manuscritas de un manual de oraciones y prácticas de su puño y letra y repartirlo en las iglesias.

Junto al obispo, el vicario general Miguel Vaz y su predicador Diego de Borba, entusiastas varones, le daban alas. De la confiscación de las rentas y bienes de las antiguas pagodas se había amasado el capital de una fundación algo anterior a su venida. El colegio de San Pablo era una esperanza abierta entre dificultades, un seminario indígena platheado para la implantación de la fe en la India. Diego de Borba, su fundador, le hablaba y le presionaba para que aceptara el colegio en espera de más misioneros venidos de Lisboa a continuar la obra.

En el mes de septiembre había ya sesenta alumnos, y antes de cinco años esperaba que hubiese trescientos. Estaban levantando los muros de una iglesia «muy hermosa». La cubrían. Una iglesia capaz, dos veces mayor que la iglesia del colegio de Sorbona, le recordaba Javier a Ignacio.

El mayor apoyo era del gobernador Sousa, que después de haber investigado en la administración de su predecesor Esteban de Gama, lo halló inocente, piadoso y digno hijo de su padre. Ahora escribía al rey para que pidiera refuerzos al Papa destinados al santo colegio. «Aquí algunos lo llaman la Conversión de San Pablo, y otros Santa Fe. Este último nombre me parece más conforme, según ha de ser predicada y plantada». El victorioso gobernador, acostumbrado a vencer reyes indios, convertido en piadoso sacristán, decía que el colegio era «la cosa más pía y santa de toda la India», esperando reportar de sus edificios las mayores victorias sobre infieles. Pedía indulgencias especiales a Roma para los nuevos altares. Y luego era tan buen amigo, «por ser él tan mío», y rogaba a Ignacio que le encomendase en sus oraciones para gobernar bien esta India tan grande. Javier le pedía a Ignacio «un par de rosarios de cuentas», para obsequiarle junto con su mujer. Y estando así, en estas efusiones de amistad, saltó la orden. «Ahora me manda el gobernador para una tierra donde todos dicen que tengo de hacer muchos cristianos».

El cabo de Comorín (1542-1543)

Tocaba a su fin el mes de septiembre, y la flota real no acababa de llegar trayendo a Paulo y Mansillas. Ya no podía esperar más. Cosme Anes se ofreció para equiparle debidamente por su cargo de administrador del colegio, pero Javier

rehusó diciendo que ya llevaba sus zapatos y «cuero» para protegerse «del ardor del sol». Pensaban que el cuero, como producto derivado de los animales sagrados, estaba intervenido y convenía aprovisionarse, tanto para remendar el calzado, ya que no se podía caminar descalzo por la arena hirviente, como para protegerse haciendo sombrillas y quitasoles.

De Goa a Tuticorín, un millar de kilómetros serán el trayecto favorito, comienzo o fin de etapa, que le tocará repasar en el futuro hasta doce veces. Le acompañaban los diáconos Gaspar y Manuel y un minorista. La naturalidad y el humor a cubierta en estos viajes de cabotaje se traslucían, a la vez que escondían sus problemas y la tensión de su fuerza interior.

El capitán de Diu Diego de Norohna, que había oído hablar de él, pero no le conocía, preguntó a un amigo: «¿Dónde está ese gran Javier?» Y le mostraron muy entretenido jugando a los dados con un soldado conocido por su inmoralidad; jugaba con el diablo. Decepcionado, exclamó: «¿Y eso es un santo? Esto es un cura como los otros». Poco después, cuando desembarcaron, envió a un hombre para que le siguiese y espíase sus pasos. Pronto volvió llamando a su amo. En un bosque de palmeras estaba arrodillado ¡evitando sobre el suelo, el rostro encendido, los ojos en el cielo, inmóvil.

Contorneando el promontorio del cabo Comorín, donde se juntan los dos mares, y lamiendo su costa oriental, arribaron a un punto ignoto. Ahora comenzaba la verdadera visión de la paganía y el terror de lo desconocido. Sólo con los tres jóvenes intérpretes, los dos diáconos y el minorista. Remontando las playas de arenas infinitas, vio salir a los indígenas de piel más oscura y tostada, desnudos, ceñidos con un paño, siempre asomados al océano en frágiles embarcaciones. Eran los paravas, pescadores de perlas, inmersos en la noche gentílica de las capillas oscuras, los ídolos ahumados y cubiertos de aceite, las estatuas indecentes, las imágenes de Ganesh, vientre abultado y cabeza de elefante; una religión de pavor, una oscuridad alumbrada por el brillo siniestro de los ritos secretos, la tiniebla nocturna poblada de demonios, todo el ejército de Siva y la seducción de la diosa Kali, sedienta de sacrificios humanos. Todas las invenciones y aberraciones demoníacas elevadas al culto, sacralizadas en una versión popular e ignorante, con degradaciones de una religión originariamente más pura, formaban el lúbrico retablo del hinduismo.

Su oficio era peligroso por la presencia de los tiburones. Se sumergían en el fondo del mar con un cuchillo entre los dientes y el lastre de una piedra en los brazos. Buceaban arrancando las ostras y extraían en la superficie las codiciadas perlas. Al verlos desaparecer bajo las aguas, Javier pensó que él bucearía también a gran profundidad buscando sus almas, más preciosas que todas las perlas.

Su inmersión sería difícil. «Luego que llegué a esta costa procuré saber el conocimiento que de Cristo nuestro Señor tenían». Después de interrogarlos y examinarlos, no sabían responder nada, «sino que eran cristianos». Llegó a una aldea. Estaba en una cabaña muriendo una mujer con dolores de parto desde hacía tres días. Junto a su lecho multiplicábanse las supersticiones y se recitaban los «mantram» mágicos. Entró Javier y, «comenzando por el credo, y el padre, mi compañero, declarando en lengua de ellos, vino ella, por la misericordia de Dios, a creer en los artículos de la fe. Demandéle si quería ser cristiana. Respondióme que de muy entera voluntad quería serlo. Recé entonces los evangelios en aquella casa, los cuales creo que en aquella casa nunca fueron dichos, y después la bauticé. ¿Qué más? Después del bautismo, de repente, dio a luz una vez que confiadamente esperó y creyó en Jesucristo. Después bauticé a su marido, hijos e hijas y al niño recién nacido con todos los de la casa. Sonóse por el lugar lo que Dios nuestro Señor en esta casa obró».

Apoyándose en esta curación singular, acudió a los principales del lugar a requerirles en nombre de Dios que creyesen en Jesucristo. Le respondieron que no se atrevían sin permiso de su señor. Con su consejo y permiso se bautizaron todos los del lugar.

La lengua, el tamil, comenzaba a martirizarle los tímpanos con la fonación y la impaciencia de la incomunicación. Los diáconos Gaspar y Manuel que le acompañaban habían olvidado en gran parte su lengua materna. A traducir. «Y como ellos no me entendiesen, ni yo a ellos, por ser su lengua natural malabar y la mía vizcaína, junté los que entre ellos eran más sabedores y busqué personas que entendiesen nuestra lengua y suya de ellos». Con qué lejanía en la babélica empresa aflora el vascuence, su lengua nativa. ¿Qué hace este recuerdo extemporáneo y testimonial en las arenas del Malabar sino agrandar la emoción y la intensidad de la dificultad? Después de «muchos días, con grande trabajo», pudieron sacar las oraciones y la doctrina cristiana. Era ya octubre y se hallaban en Tuticorín, la patria de Gaspar y Manuel, y tras una estancia de cuatro meses, con su traducción ultimada, entró en acción de aldea en aldea, unas treinta poblaciones situadas en la costa. Predicaba, bautizaba niños, bendecía enfermos y enterraba a los muertos. Rápidamente fue peinando la región costera hasta el promontorio.

«Con una campana en la mano» y las oraciones aprendidas de memoria, juntaba a los hombres y a los muchachos dos veces al día. Luego salían los muchachos enseñando a sus padres y madres. Se apelmazaban los auditorios de los domingos con la dulce monotonía de las repeticiones melódicas, gangosamente cantadas, nasalmente salmodiadas, un poco desafinadas, entreveradas de preguntas y respuestas «con grandes voces». La expresión corporal, la adecuada, «puestos los brazos sobre los pechos unos sobre otros en modo de cruz».

«Y así les hago decir más veces el credo que otra oración ninguna, pues por sólo creer en los XII artículos el hombre se llama cristiano». Así, remando pacientemente, de verdad en verdad, de murmullo en murmullo, de gesto en gesto, después de cada artículo de la fe, la oración simétrica, «decimos XII padrenuestros y doce avemarías».

Luego los mandamientos bíblicos, uno a uno, enseñando que «un cristiano se dice bueno si los guarda como Dios manda, y, por el contrario, el que no los guarda es mal cristiano». Después de cada mandamiento, simétricamente, un padrenuestro y un avemaría, «a la honra de los diez mandamientos».

Escalonando y desmontando el credo y los mandamientos, intercalando la oración vocal, al tiempo que pedagógicamente memorizaban, entraban en un clima de oración. Tras cada enunciado, la invocación a Jesús y María. «Jesucristo, Hijo de Dios, dadnos gracia para firmemente creer sin dubitación alguna el primer artículo de la fe». Después decimos todos juntos: «Santa María, Madre de Jesucristo, alcanzadnos gracia de vuestro Hijo Jesucristo para firmemente y sin dubitación alguna creer el primer artículo de la fe».

Conforme avanzaba la sesión pasaba el soplo de Dios. Luego el murmullo recorría los diez mandamientos. «Jesucristo, Hijo de Dios, dadnos gracia para amarnos sobre todas las cosas. Santa María, Madre de Jesucristo, alcanzadnos gracia de vuestro Hijo para que podamos guardar el primer mandamiento». Eran los coloquios y modos de orar aprendidos en los ejercicios. Seguía la confesión general, especialmente urgida a los que iba a bautizar. Haciendo un nuevo interrogatorio «sobre cada artículo si creen firmemente, y respondiéndome que sí, y diciéndoles la ley de Jesucristo que han de guardar para salvarse, los bautizo». Al terminar el rito, corriéndose mentalmente a las devociones de la infancia, cada

atardecer en la abadía, la «Salve Regina decimos cuando queremos acabar nuestras oraciones».

Los bautizos inacabables le llenaban de alegría. Niños que no distinguían entre la mano derecha y la izquierda, niños traviesos que no le dejaban rezar, ni comer ni dormir, pidiéndole las oraciones. Se le cansaban y le dolían los brazos de tanto bautizar y le faltaba la voz. Como aplicación de la nueva fe, la muchachada, dispuesta a todo, salía por los campos a destrozar los ídolos, que son «caballos de barro y bueyes de barro, y hombres de piedra y figuras de cobras de piedra, pavos, grajos; y también adoran montes de piedra, barro y arena que echan por los caminos». Mostraban los chicos mucho ardor, hasta llegar a pelear con los gentiles, y cuando se cometían algunas idolatrías, venían a contárselo. «Y cuando me dan aviso de algunas idolatrías que se hacen fuera de los lugares, junto todos los muchachos del lugar y voy con ellos adonde hicieron los ídolos; y son más las deshonras que el diablo recibe de los muchachos que llevo que las honras que sus padres y parientes les dan al tiempo que los hacen y adoran. Porque toman los niños los ídolos y los hacen tan menudos como la ceniza, y después escupen sobre ellos, y con los pies los pisan; y después otras cosas que, aunque no parece bien nombrarlas por sus nombres, es honra de los muchachos hacerlas a quien tiene tanto atrevimiento de hacerse adorar de sus padres». Ni pudo aludir con términos más higiénicos, dejando adivinar veladamente la micción infantil exterminadora. En el mes de febrero seguía barriendo con su campaña los pueblos costeros, y en el mes de marzo se abría la pesca anual de perlas, ausentándose los hombres a la faena. Quedaban los niños y las mujeres, quedando siem pre los enfermos para los que el cielo había reservado aquella hora.

Imposible seguir al apóstol, trashumante como el viento del desierto, en sus marchas y contramarchas, con múltiples localizaciones. La lista de residencias abiertas por sus sucesores en años posteriores se calcaba sobre sus pasos y huellas. Partiendo del sur estaban Perumanel, Talle, Manapar, Alendale, Virandapatanam, Trichendur, Combuture, Punicale, Tricalur, Palaya Kayal, Tuticorín, Vaipar y Bembar.

Un itinerario regado de recuerdos y leyendas mitificadoras. Un pozo de agua rebosante al conjuro de su voz. Una iglesia construida por él, o una capilla levantada para conmemorar un prodigio. En Manapar, el promontorio rocoso cortado a pico, con una gruta a ras del agua, tal vez antiguo santuario idolátrico, fue cedido por su guardián, un penitente de Siva, para retirarse a orar. O la gran iglesia de Santa Cruz, en el emplazamiento de la modesta casa que habitó. Sólo generalidades sin detalle, piezas testimoniales, carentes de identificación geográfica, persiguen sus huellas en la arena. Su andadura rápida, en hábito de pobre, la «loba», y una capucha de tela negra en la cabeza. Siempre a pie por las arenas hirvientes que a través del calzado quemaban los pies como tizones. La atmósfera inflamada, el sol cegador, el calor que cae del cielo y luego se duplica con el que rebota del suelo. Si el aire sopla de la costa, besa en las gravas calcinadas como la boca de un horno; si desciende de las montañas, levanta torbellinos de polvo que penetra aun en los cofres más cerrados. Si se busca la sombra del bosque, los pies se desgarran por las espinas. Saliendo de madrugada se pueden evitar los rayos solares, pero el cuerpo se empapa en un rocío malsano.

En el tiempo de las grandes lluvias, los calores se hacen más tolerables, pero las llanuras se transforman en estanques de barro y los charcos en torrentes. Precisamente el parava Luis Fernández recordaba lo que le había sucedido a su padre Francisco Fernández, «canacapola», o catequista, en la estación de las lluvias. Vino Javier a Vaipar a predicar, y queriendo salir, «subió a la embarcación

en el río que en ese tiempo es profundo, se inunda y entra en el mar con un curso muy rápido. Mi padre Francisco Fernández quiso acompañarle y subió con él. Javier le mandó bajar y permanecer en tierra. Después, con la mirada y el pensamiento recogido en Dios, enfiló recta la barca; pero Francisco Fernández no saltó a tierra como le había mandado, temiendo la vehemente velocidad del río. Al llegar al medio de la corriente, cuando ya el río entraba en el mar dejando atrás la desembocadura, volviendo Javier la cabeza le vio y le dijo:

-«¿Por qué no has bajado de la barca?»

-«Porque he tenido miedo de ser arrastrado por la velocidad de la corriente».

.-«No temas», le respondió Javier, y bendiciéndole con la señal de la cruz le mandó nuevamente bajar a tierra.

Obedeciendo la orden, saltó al río, y al instante, sin saber cómo, se vio transportado a la orilla. Francisco Fernández, estupefacto, lo tuvo siempre por un milagro.

A los viajes de día y aun de noche, aprovechando la claridad de la luna seguía su horario matinal. Después de la oración y santa misa salía a la aldea. Le precedía un niño llevando una cruz. A golpe de campanilla reunía el auditorio, y después de terminar la doctrina visitaba a los enfermos, recitándoles un evangelio. Si había difuntos, les rezaba los responsos y rezaba el oficio de difuntos. «Hasta las diez o las once de la mañana andaba el padre en estos trabajos». Se recogía en su cabaña de paja a la hora del mediodía, incandescente, cuando nadie, ni los perros, transitaba por las calles. Rezaba y descansaba un poco mientras le preparaban la comida, contando generalmente con un cocinero.

La curiosidad por verle comer consiguió conocer «el pobre yantar». Tomaba el agua del estanque público, donde tal vez se lavan los hombres y las bestias. Hervida servía para cocer el arroz. Hacía sólo una comida al día. Ningún vino «ni pan, aunque lo hubiese». En resumidas cuentas, su comida era ésta: «arroz mal condimentado y pescado mucho peor preparado, leche agria, a veces, con arroz, y en las fiestas, un pastel de arroz». En los viajes, la cantidad era menor. Decía Quadros que, en ocasiones, en veinticuatro horas sólo comía dos cuatrines de pan.

Relamiéndose de su banquete, solía decir a los que le rodeaban que «comiesen tanto cuanto habían de servir a Dios; que no comiesen para sí, sino para sustentar el cuerpo». La sobremesa era ya un acto social, y «acabando de comer concedía audiencia a los cristianos que tenían pleitos, poniéndolos en paz y concordia», una penitencia digna de tener en cuenta, porque el indio jamás tenía prisa ignorando el precio del tiempo, y se alargaba en preámbulos sin fin, con un flujo de palabras interminable.

Por las tardes, y aun a veces de noche, salía por las plazas y las afueras adonde hubiera mayor concurrencia y les predicaba «lo que Dios le daba a entender». Caía la noche. Su cama «no tenía colchón ni lienzos; una almohada muy dura». Don Martín Alfonso de Sousa, imaginando sus necesidades, le envió una colcha, dos barriles de vino y un sayo de Portugal muy fino. Todo lo dio a los pobres. Seguía sin dormir mucho, probablemente dos o tres horas. Era la oración el fondo esencial de su vida, que no le abandonaba en el sueño. Tomás Fernández, que le albergó en su casa de Manapar, le sorprendió una noche dormido flotando sobre el suelo y rodeado de una luz espiritual.

En la noche, abrasados los pies por las ardientes arenas, la boca seca y sin saliva de tanto predicar, cansados los brazos de tantos bautizos, se refugiaba en sí mismo, donde encontraba a Dios, a la Virgen, a los ángeles y a los santos. Aullaban los chacales, pero no los oía. Los murciélagos rozaban su frente con el extremo de sus grandes alas, pero no las sentía. Miríadas de moscas de fuego

paseaban sus pequeñas antorchas de esmeralda en las tinieblas, pero tampoco las veía, porque sus ojos se abrían a una luz superior, en cuya comparación ni las luciérnagas ni el esplendor del sol podían dar una idea.

Los pescadores de perlas, bautizados en masa; pueblos enteros le acogieron, pero la penetración en una casta superior, los brahmanes, sería el intento de Javier. De repente los vio.

Hay en estas partes, entre los gentiles, una generación que se llaman los brahmanes: éstos sustentan toda la gentilidad. Tienen cargo de las casas donde están los ídolos, es la gente más perversa del mundo. De éstos se entiende el salmo que dice: De la gente no santa, del hombre inicuo y fraudulento líbrame. Es gente que nunca dice verdad, y siempre piensan cómo han de sutilmente mentir y engañar a los pobres, sencillos y ignorantes, diciendo que los ídolos demandan que les lleven a ofrecer ciertas cosas, y éstas no son otras sino las que los brahmanes fingen y quieren, para mantener sus mujeres, hijos y casas. Hacen creer a los sencillos que comen los ídolos, y hay muchos que antes que coman ni cenar ofrecen cierta moneda para el ídolo. Dos veces al día, con grande fiesta de atabales, comen, dando a entender a los pobres que comen los ídolos. Antes que les falte lo necesario a los brahmanes, dicen al pueblo que los ídolos están muy enojados contra ellos porque no les mandan las cosas que por ellos les mandan pedir, y que, si no proveen, que se guarden de ellos, que los han de matar, o darles enfermedades, o que han de mandar los demonios a sus casas; y los tristes sencillos, creyendo que será así, de miedo que los ídolos no les hagan mal, hacen lo que los brahmanes quieren.

En esta descripción oscura pintaba Javier el reverso de sí mismo, oponiendo a la limpieza de su vida la explotación en beneficio propio del sentimiento religioso. A cada momento, el indígena acudía al brahmán por una enfermedad, un sueño, un negocio. Sin dudar, el sacerdote inventaba historias, tejía invenciones, no tenía precio para mentir, mejor dicho, para imaginar, porque en la India nunca se miente, sólo se imagina; pero su cliente, después de escucharle agradecido, debía pagar la consulta.

«Son estos brahmanes hombres de pocas letras». Esta afirmación, pronunciada a cierta distancia de Madura y de su docta universidad brahmánica, tenía visos de seriedad crítica. «Y lo que les falta en virtud tienen de iniquidad y maldad en grande aumento. A los brahmanes de esta costa donde ando pésales mucho de que yo nunca hago otra cosa sino descubrir sus maldades». O sea que Javier los desenmascaraba ante los pescadores de perlas y no se limitaba tan sólo a sus inocentes enseñanzas a toque de campanilla.

«Ellos me confiesan la verdad cuando estamos a solas, de cómo engañan al pueblo; confiésanme en secreto que no tienen otro patrimonio sino aquellos ídolos de piedra, de los cuales viven fingiendo mentiras». La adhesión incondicional a ciertas ideologías bien remuneradas fue en todos los tiempos más bien conveniencia de estómagos agradecidos que exigencia intelectual de mentes convencidas. Eso lo sabía Javier. «Tienen esos brahmanes para sí que sé yo más que todos ellos juntos». Y tenía razón.

«Mándanme visitar, y pésales mucho porque no quiero tomar los presentes que me mandan». ¿Pero no eran tan deficientes y de corto ingenio, y dominaban ya el arte de tapar la boca de la denuncia profética? «Todo esto hacen porque no descubra sus secretos, diciendo que ellos bien saben que no hay sino un Dios y que ellos rogarán por mí». Esta profesión monoteísta, arrancada al panteón indio en todo su maravilloso y barroco despliegue, decía mucho en favor de la pureza

teológica y del nivel de su doctrina. « En pago de esto dígoles de mí a ellos lo que me parece».

La dificultad de la captación era enorme. «Sólo un brahmán, después que estoy en estas partes, hice cristiano; es mancebo muy buen hombre. Tomó por oficio enseñar a los muchachos la doctrina cristiana».

Cuando llegó a Trichendur, visitó la pagoda «donde había más de 200 brahmanes y viniéronme a ver». Disputaron en aquel areópago, y Javier marchó directo al grano antes de caer en la trampa y verse enredado en teorías panteístas y místicas inacabables.

Demandéles una cuestión, y era que me dijese qué les mandaban sus dioses y ídolos, en los cuales adoraban, que hiciesen para ir a la gloria. Fue grande contienda entre ellos sobre quién me respondería: dijeron a uno de los más antiguos que respondiese; y el viejo, que era de más de ochenta años, me dijo que le dijese yo primero lo que mandaba el Dios de los cristianos que hiciesen. Yo, entendiendo su ruindad, no quise decir cosa alguna hasta que él dijese; entonces fuele forzado manifestar sus ignorancias. Respondióme que dos cosas les mandaban hacer sus dioses para ir donde ellos están: la primera es no matar vacas, en las cuales ellos adoran; y la segunda es hacer limosnas, y éstas a los brahmanes que sirven en las pagodas. Oída esta respuesta, pesándome de los demonios señorear nuestros prójimos en tanta manera, que en lugar de Dios se hacen adorar de ellos, levantéme, diciendo a los brahmanes que estuviesen asentados, y a grandes voces dije el credo y mandamientos de la ley en su lengua de ellos, haciendo alguna detención en cada mandamiento; y acabados los mandamientos, híceles una amonestación en su lengua de ellos, declarándoles qué cosa es paraíso y qué cosa es infierno, y diciéndoles los que van a una parte y cuáles a otra. Después de acabada esta plática, levantáronse todos los brahmanes y me dieron grandes abrazos, diciéndome que verdaderamente el Dios de los cristianos es verdadero Dios, pues sus mandamientos son tan conformes a toda razón natural.

Después de este triunfo vinieron más preguntas, acerca de la inmortalidad del alma y otras cuestiones de psicología, con algo de infantilismo en todo.

«Demandáronme cuando un hombre moría, por dónde le salía el ánima; y cuando un hombre dormía, que soñaba estar en una tierra con sus amigos y conocidos (lo que a mí muchas veces acaesce, estar con vosotros, carísimos), si es que su ánima va allá dejando de informar el cuerpo». El tejido de sus sueños, sueños de Javier, trenzados de afectividad, alfombra mágica que le trasladaba al abrazo de sus hermanos más que al de los brahmanes.

Más preguntas. ¿Dios es blanco o es negro? Con vulgar antropomorfismo deducían de «la diversidad de los colores que ven en los hombres; y como todos los de esta tierra son negros, paresciéndoles bien su color, dicen que es negro, y así los más de los ídolos son negros; úntanlos muchas veces con aceite; hieden tanto que es cosa de espanto; son tan feos, que en verlos espantan».

Llegaba el momento solemne y augusto hasta el borde del fracaso, atizado con la palabra de la imprudencia. El gran patio de columnas con enormes vampiros colgados cabeza abajo sobre las esculturas, y los brahmanes graves, dignos y entregados, envueltos en flotantes túnicas de muselina blanca, no conocerían ocasión más comprometida. «A todas las preguntas que me hicieron, les satisfice al parecer de ellos; y cuando con ellos venía a conclusión para que se hiciesen cristianos, pues conocían la verdad, respondían lo que muchos entre nosotros suelen responder: '¿Qué dirá el mundo de nosotros si esta mudanza de estado hacemos en nuestro modo de vivir?'; y otras tentaciones en pensar que les ha de faltar lo necesario».

Solamente un brahmán más sabio vino a verle en secreto, cual otro Nicodemus, haciendo profesión de sus conocimientos adquiridos siendo iniciado en unos estudios renombrados. Se hizo su amigo y le reveló la verdadera doctrina esotérica, monoteísta. Uno de los secretos era éste: Que nunca dijese que hay un solo Dios, creador del cielo y de la tierra, el cual está en los cielos; y que él adorase este Dios y no los ídolos, que son demonios». Se habló del sánscrito, que era como «el latín entre nosotros». Dijo muy bien los mandamientos «con una declaración: guardan los domingos». Por fin, el mantra místico le fue confiado, el famoso «Om». «No dicen otra oración a los domingos sino ésta, y muchas veces: 'Om ciri naraina noma', que quiere decir: 'Adórote Dios, con tu gracia y ayuda para siempre'; y esta oración dicen muy paso y bajo, por guardar el juramento que hacen».

La monogamia, los «encantamientos» y otros de sus altos estudios le fueron confiados en esta hora. El brahmán le pidió instrucción religiosa prometiéndole gran secreto. Todo lo contrario, le dijo Javier, te enseñaré la doctrina cristiana a condición de publicarla. Así quedaron, y el brahmán le tomó un gran áfecto y hasta de noche soñó con Javier. En esto se parecían. «Díjome que una noche soñó con mucho placer y alegría que había de ser cristiano, y que había de ser mi compañero y andar conmigo».

El brahmán quería hacerse cristiano, pero en secreto y «con ciertas condiciones, las cuales, por no ser honestas y lícitas, dejé de hacer. Espero en Dios que ha de ser sin ninguna de ellas. Dígole que enseñe a los sencillos que adoren un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, el cual está en los cielos; él por el juramento que hizo, temiéndose del demonio que no lo mate, no lo quiere hacer».

La indomable casta, divina emanación de Brahma, orgullosa, resistió a la gracia, y, sin embargo, lo tuvo todo a su favor en la predicación del apóstol, sin faltarle nada, ni siquiera el milagro. ¿También el milagro?

Su imagen de taumaturgo, rica e imprecisa, colocada entre la naturalidad y el prodigio, quedó siempre velada por el implacable silencio de sus labios. Fue Javier el mayor enemigo de sus milagros, y por eso mismo fueron más verdaderos. Al enfriarlos y quitarles importancia en sus obligadas confidencias, no negaba la verdad de los mismos, sino que, cambiando de dirección, atribuía a la fe de sus cristianos lo que ellos endosaban clamorosamente a la virtud de sus méritos. Tras la curación de la parturienta moribunda que condujo todo un pueblo a la fe, sobrevino la avalancha de enfermos. «Eran tantos los que venían a buscarme para que fuese a sus casas a rezar algunas oraciones sobre los enfermos y otros, que con sus enfermedades me venían a buscar..., y por cuanto la cosa iba en tanto crecimiento que con todos no podía cumplir, mandaba a los muchachos que sabían las oraciones que fuesen a las casas de los enfermos y que juntasen todos los de casa y vecinos, y que dijese todos el credo muchas veces, diciéndole al enfermo que creyese y que sanaría...; y así a los enfermos, por la fe de los de casa, vecinos y suya propia, Dios nuestro Señor les hacía muchas mercedes, dándoles salud espiritual y corporal. Usaba Dios de mucha misericordia con los que adolecían, pues por las enfermedades los llamaba y cuasi por fuerza los atraía a la fe».

Tan equilibrada rendición de cuentas, un poco rebajada, si no se refiere a verdaderas curaciones milagrosas, desprovistas de examen clínico, hacen de la página más testimonial de sus cartas un lío ininteligible.

Quadros había encuestado a numerosas personas que habían convivido en el cabo Comorín. «Aseguraban que rara vez recitó una oración sobre un enfermo sin curarlo». Con rasgos hinchados por la fácil credulidad oriental, las curaciones, de boca en boca, fueron adquiriendo con el tiempo proporciones exageradas, pero la

realidad no necesitaba de pinzas ni de exageraciones. La bandada de muchachos que iban de cama en cama llevando el rosario del Santo Padre y recitando las oraciones formaba la estampa más singular y menos falsificada florecida en la India.

En Manapar «hizo Dios este milagro por este su siervo», decía un testigo ocular. Le vinieron a decir que había un hombre rico endemoniado. Envió a un discípulo con los niños de su doctrina y la cruz a rezarles el evangelio. «Acabado de rezar el evangelio, sin tardanza quedó sano».

En Punicale, todos los enfermos le llamaron para que les recitase el evangelio. «Todos generalmente recibieron con esto salud». El rosario al cuello había emigrado. «Y con unas cuentas que el padre traía al pescuezo, nunca las traía en su poder; porque venían a pedir las para tocar con ellas a los enfermos y, por lo consiguiente, recibían salud». El rosario, un lazo, collar al cuello, como en los días de los Alpes, ahorcándole el alma en el cabo Comorín.

«Y en este lugar de Punicale vi a un discípulo del padre resucitar por la misericordia de Dios y por los merecimientos del padre a un niño y a una mujer». Yo lo vi con mis propios ojos, decía su compañero.

En Vembar se oyó decir que el padre Francisco había resucitado un muerto. Su compañero le preguntó, «pero no le quiso decir, porque no acostumbraba vanagloriarse en las obras divinas, sino que las atribuía a gloria de Dios». El silencio irreprochable de quien, callando, otorgaba, y no desmentía como fuera justo, era más elocuente que toda la trompetería vocinglera de las masas fanatizadas.

Un hecho más relumbrante, difícil de ocultar, vino a galvanizar a los contemporáneos, presentando mayor número de pruebas y testigos. En Combuture, un niño pereció ahogado al caerse en un pozo. Su madre, enloquecida, tomándolo en brazos, mandó llamarle. Se presentó en casa y vio al niño muerto. Después de arrodillarse y orar le dio la bendición y le ordenó incorporarse en nombre de Jesucristo. El niño resucitó y comenzó a andar. Los presentes gritaban: «milagro, milagro». El Santo Padre les rogó que a nadie lo revelaran. Este suceso se propagó por todo el país y llegó a Goa, ocasionándole algunas complicaciones, poniéndole en apuros.

La buena racha seguía. El parava Gaspar de Miranda, encontrándose un día con Agustín Pina, criado y compañero del santo padre, le vio lavando «muchas pústulas de un mendigo llagado que le hacían sufrir mucho, y luego bebió el agua restante de las úlceras por mortificarse; y luego, poniéndose de rodillas, rogó a Dios fervorosamente pidiendo la salud del pobre ulceroso, y al instante se vio librado de todas sus llagas».

También en el cabo Comorín se contaba otro hecho prodigioso. Navegando desde Coromandel el soldado Mendoza, con algunos mercaderes, fueron robados por los piratas. Después de haber naufragado, se acercó Mendoza «medigando al padre Javier una limosna, y habiendo metido la mano en el bolsillo para sacar algunas monedas, no sacó nada, pero conmovido por la miseria del soldado, se apartó un poco, y a su vista imploró de Dios con oración intensa, y terminada su plegaria, volvió al mendigo y de nuevo metió la mano en el bolsillo vacío y la sacó llena de cincuenta monedas finísimas de oro y plata y las entregó al soldado náufrago». Según Gaspar de Miranda, Javier le dijo al darle las monedas: «Recibe lo que la divina Providencia te ha procurado».

El indígena parava Tomás Vaz recordaba que Javier, hallándose en Punicale, se había recogido en casa de su padre por carecer de habitación propia. «Tenía de su mujer tres hijas, y deseando para su consuelo un hijo varón, le pidieron que intercediera ante Dios. Javier les respondió:

-'Tened gran confianza en Dios, y os prometo que El os concederá el hijo deseado'.

-'Verdaderamente confiamos, ¡oh padre!, pero queremos pedirte un papel escrito de tu mano con algunas palabras del santo evangelio que favorezcan nuestros deseos', repuso el matrimonio.

El padre Francisco Javier les concedió el escrito, y tuvieron tres hijos. He visto y he tenido muchas veces en mis manos esta escritura entre otras de mi padre, el cual me solía advertir para que no lo perdiera.

-'Después que le pedí a aquel gran siervo de Dios, el padre Francisco Javier, por sus méritos e intercesión, naciste tú y tus otros dos hermanos mayores, que es lo que con tu madre le pedimos al padre Javier'».

Es la India el paraíso de las serpientes, con más de doscientas especies distintas, y treinta y tres cuya mordedura es mortal. La cobra «capello» mata en menos de un cuarto de hora y se desliza por todas partes. Ocurrió en Talle. Antonio de Miranda era un discípulo que acompañaba al santo padre enseñando la doctrina, y vio que un compañero suyo «cayó a tierra de repente moribundo, luchando con la muerte y, lanzando mucha espuma por la boca, rindió su alma. Viéndole Javier, levantando los ojos al cielo y arrodillándose, rogó a Dios por su vida, y ungiendo con saliva de su boca el pie del muchacho, herido por la mordedura de la serpiente venenosa, y a continuación le devolvió a la vida sano como antes».

Otro día, el propio Antonio de Miranda fue el «miraculado». Era su acólito, y marchando un día a Talle para un asunto, le mordió una serpiente venenosa mientras dormía en un tugurio con otro compañero. «Murió, porque casi todas las serpientes de la costa de la Pesquería son tan venenosas, que se tiene por milagro cuando algún herido escapa de la muerte. Avisado Javier, después de orar de rodillas y untarle con saliva el pie, se levantó incólume y recobró el habla. Antonio de Miranda había oído siempre de muchos que se hallaron presentes a su curación este suceso operado en su persona».

Acostarse en la cabaña de paja y amanecer junto a un compañero mordido por la cobra es lo que le sucedió también a otro discípulo, Agustín de Payva. Al despertarse y no obtener respuesta de su amigo, se le acercó y le halló muerto, al tiempo que veía cómo huía la serpiente. Corrió al padre a anunciarle la desgracia. Sonriente me dijo:

-'Agustín, esto no es nada', y dirigiéndose al muerto, le tomó de la mano, y el muchacho se levantó sano, como si no hubiera sucedido nada.

Ciertamente que Javier había sido favorecido con los signos que Jesús entregó a sus discípulos. «En mi nombre lanzarán demonios, hablarán lenguas nuevas, tomarán en las manos las serpientes y, si bebieren una ponzoña, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos y recibirán la salud».

Todos estos hechos, que venían a estrellarse contra su mutismo, corrían por las bocas de los paravas con la velocidad oriental que el movimiento de los labios imprime a las noticias sensacionales, que viajan con esa increíble rapidez que rivaliza con la telegrafía sin hilos. En Goa sobre todo, «algunos que vinieron de Comorín refirieron al maestro Diego de Borba que, yendo una multitud de hombres a enterrar a un muchacho bastante conocido y noble, con gran clamor, se detuvieron ante el padre Francisco, y él, con la mano, lo levantó resucitado». Llevaba más de un año trabajando en la Pesquería, siempre solo con sus tres compañeros. Aunque Sousa le había prometido enviarle a Mansillas y Paulo en cuanto llegasen a Goa, pasaban los meses y no aparecían por ningún lado. Sin embargo, para asegurar la perseverancia de sus cristianos, había esbozado una organización religiosa. «Dejando en este lugar quien lleve lo comenzado adelante, voy visitando los otros lugares, haciendo lo mismo... Por los lugares donde voy

dejo las oraciones por escrito, y a los que saben escribir mando que las escriban y sepan de coro, y las digan cada día, dando orden cómo los domingos se junten todos a decirlas. Para esto dejo en los lugares quien tenga cargo de lo hacer». Así nacieron los «canacapolas», red de maestros catequistas extendida por las aldeas cristianas. Pero era insuficiente; necesitaba sacerdotes, y decidió regresar a Goa en busca de auxilios, llevándose algunos jóvenes paravas que destinaba al sacerdocio. En diciembre de 1543 se hallaba en Goa.

Le recibió Diego de Borba y le instaló junto con sus compañeros en el colegio de San Pablo. Allí estaban Paulo y Mansillas, tal vez esperando la orden de ir a la Pesquería. Paulo figuraba como confesor y profesor de los estudiantes indígenas, algunos de los cuales estudiaban latín aspirando a una pronta ordenación sacerdotal.

A los primeros saludos se notaba que no le trataban con naturalidad y que le miraban de otra manera, con mayor distancia. Diego de Borba le decía a Cosme de Anes que debían abordarle de una vez por todas, los dos juntamente, sobre la resurrección del muchacho de Comorín. Anes le dijo que no se atrevía, que le preguntara él. En esto quedaron. A los pocos días, Borba le dijo: Ya le he preguntado a maestro Francisco sobre el muchacho resucitado, tal como me lo contaron, diciéndole:

-«Padre maestro Francisco, para gloria de Dios y alabanza suya, decidme: ¿Qué hay de ese niño que resucitasteis en el cabo Comorín?

-Buen Dios, padre maestro Diego, pecador de mí, ¿que yo resucité un muerto?, respondió poniéndose colorado y abrazándole muy alegre-. Traían unos hombres aquel niño, pero venía vivo, y hablándole en nombre de Dios, le mandé que se levantara, se levantó, y el pueblo se maravilló».

Palabras muy humildes, pero desmentidas por la sangre que afluía a sus mejillas. Como resultado de su averiguación, Borba le decía a Anes: «No dudéis de que el padre maestro Francisco resucitó al niño que llevaban muerto».

Estas piadosas indiscreciones le ponían más en guardia y reticente, recluyéndose en el mayor silencio, que sus contemporáneos atribuían a cálculo de humildad. La fama correría inevitablemente hasta Roma. «Se referían del padre Francisco numerosos milagros, pero él los disimulaba».

Con un pie en el colegio y otro en la Pesquería, preparaba el porvenir. «Este colegio es muy grande, donde pueden estar más de quinientos estudiantes, y tiene rentas que los puede mantener. Son muchas las limosnas que a este colegio se hacen, y el gobernador, que lo favorece largamente. Es cosa para todos los cristianos dar gracias a Dios nuestro Señor de la santa fundación de esta casa, la cual se llama colegio de Santa Fe. Antes de muchos años espero, en la misericordia de Dios nuestro Señor, que el número de los cristianos se multiplicará grandemente, y los límites de la Iglesia se ampliarán por los que en este santo colegio estudian».

Javier, que había venido a reclutar refuerzos, tuvo que ceder al colegio, dejando allí a Paulo y retirar a Mansillas, cuya capacidad intelectual hacía inútil su permanencia. Ganó a un sacerdote español, Juan de Lizano, a quien haría su confesor, para que las declaraciones posteriores acerca de la virginidad de su penitente realzasen la fama de santidad. Se les juntó otro sacerdote innominado, ¿Francisco Coelho?, y un viejo soldado, Juan de Artiaga, para unos vizcaíno, para otros portugués, que hallando la vida misionera más dura que ninguna campaña, pronto habría de desertar.

Acudió a su amigo Sousa pidiendo ayuda con una idea original. Anualmente se pagaba a la reina un curioso tributo de 400 pardaos de oro «para los chapines de la reina». Javier se encargó de proponer a la piadosa reina la renuncia de esta

cantidad a favor de sus queridos «canacapolas», prometiendo que los niños cristianos de la Pesquería serían los mejores y más seguros chapines para llegar al cielo.

Su corta estancia en Goa se vio inundada por la alegría de una carta de Ignacio, la primera que recibía, escrita dos años antes. «La consolación que recibí, Dios nuestro Señor sabe». Entonces supo que su padre del alma había sido elegido general de la Compañía, pero debía de ignorar que, en el escrutinio, el voto de Fabro le elegía a él en segundo lugar en defecto de Ignacio. Ahora sabía también que sus compañeros habían pronunciado sus votos solemnes en Roma. Para no ser menos, se dirigió al obispo Alburquerque, hizo sus últimos votos en su presencia y envió el original de la profesión a Roma, y con estas emociones cosió un saquito chiquitín a manera de relicario, donde guardó la firma recortada de Ignacio y la fórmula de los votos. Se lo guardó en el seno, junto a su corazón, hasta su muerte.

El Gran Rey (1543-1544)

Resbalando por la costa a fines de diciembre de 1543 navegaba Javier con Mansillas y el secretario del gobernador, Antonio Cardoso. Volvían las mismas curiosidades en las conversaciones. El goano Antonio Díaz vio cómo el secretario Cardoso le seguía preguntando acerca del niño resucitado en Comorín.

«Es verdad que le dije un evangelio, pero no estaba muerto, estaba vivo», respondió Javier.

Pero Antonio Díaz no se daba por vencido, y oía a otros que verdaderamente estaba muerto. Desembarcaron en Cochín el 3 de enero de 1544. La flota real zarpaba ese mes para Europa; era el momento de enviar el correo. Escribió a la reina a favor de sus «canacapolas», y al rey interesándose por los cristianos de Socotora, que nunca pudo olvidar. Sin gasto especial podía la flota visitar aquellos parajes y tener a raya al tirano musulmán que oprimía a los cristianos. Ambas cartas se perdieron, pero no así la tercera, dirigida a sus hermanos en Roma, narrándoles sus quehaceres de la Pesquería, para interrumpirse de repente preocupado por el inmenso trabajo que le aguardaba y el pequeño número de operarios. Escribía con la precipitación del torrente y era su carta lava derretida. Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona, a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandará de ellas y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales para conocer y sentir dentro de sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afecciones, diciendo. «Señor, aquí estoy, ¿qué quieres que yo haga?» Envíame adonde quieras; y, si conviene, aun a los indios.

Su inspiración, rozando las cimas de la elocuencia, le trasladaba al auditorio de los jóvenes estudiantes, hablándoles su encendido profesor del colegio Beauvais.

¡Cuánto más consolados vivirían, y con gran esperanza de la misericordia divina a la hora de la muerte, cuando entrarían en el particular juicio del cual ninguno puede escapar, alegando para sí: «Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí cinco más que he ganado con ellos!» Témoste que muchos de los que estudian en universidades, estudian más para con las letras alcanzar dignidades, beneficios, obispados, que con deseo de conformarse con la necesidad que las dignidades y estados eclesiásticos requieren. Está en costumbre decir los que estudian: «Deseo

saber letras para alcanzar algún beneficio o dignidad eclesiástica con ellas, y después con la tal dignidad servir a Dios». De manera que, según sus desordenadas afecciones, hacen sus elecciones temiéndose que Dios no quiera lo que ellos quieren, no consintiendo las desordenadas afecciones dejar en la voluntad de Dios nuestro Señor esta elección.

Tras los estudiantes, una llamada a los profesores. «Estuve cuasi movido de escribir ala Universidad de París, a lo menos a nuestro maestro de Cornibus y al doctor Picardo, cuántos mil millares de gentiles se harían cristianos si hubiese operarios, para que fuesen solícitos de buscar y favorecer las personas que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo».

Cómo revivían los recuerdos de Santa Bárbara, las ambiciones de la loca juventud, y cómo anhelaba maldecir la despreciable vanidad mundana, mirando aquellos «miles de millares», millones de almas muriendo lejos de la fe de Cristo. «Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra donde ando, que muchas veces me acaesce tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el credo y mandamientos en la lengua de ellos».

Remontando la curva del cansancio, contaba Javier con sus horas altas, envidiables, coexistiendo la felicidad y el sacrificio en su alma. «De esta parte no sé más que escribiros, sino que son tantas las consolaciones que Dios nuestro Señor comunica a los que andan entre estos gentiles, convirtiéndolos a la fe de Cristo, que, si contentamiento hay en esta vida, éste se puede decir. Muchas veces me acaesce oír decir a una persona que anda entre estos cristianos: '¡Oh Señor!, no me deis muchas consolaciones en esta vida; o ya que las dais por vuestra bondad infinita y misericordia, llevadme a vuestra santa gloria, pues es tanta pena vivir sin veros después que tanto os comunicáis interiormente a las criaturas'».

Su cara y la «boca llena de risa» evacuaban la feliz ternura del alma, cuando le oían decir: «Señor, no más, no más». En la escala de los goces puros, las alegrías intelectuales contaban poco en comparación de su felicidad emanada del sacrificio como de su legítima fuente. «¡Oh si los que estudian letras, tantos trabajos pusiesen en ayudarse para gustar de ellas cuantos trabajosos días y noches llevan para saberlas! ¡Oh, si aquellos contentamientos que un estudiante busca en entender lo que estudia, lo buscarse en dar a sentir a los prójimos lo que les es necesario para conocer y servir a Dios, cuánto más consolados y aparejados se hallarían para dar cuenta, cuando Cristo les demandase: 'Dame cuenta de tu administración'!»

El goce humano de la amistad pura, sorbida y ensoñada, salvando la distancia en el espacio y regresando al pasado en el tiempo, alimentaba y esponjaba su espíritu. Javier, efectivamente, se desdoblaba ausentándose para viajar hacia sus seres queridos. «Las recreaciones que en estas partes tengo son en recordarme muchas veces de vosotros, carísimos hermanos míos, y del tiempo que por la mucha misericordia de Dios nuestro Señor os conocí y conversé, conociendo en mí, y sintiendo dentro en mi ánima cuánto por mi culpa perdí del tiempo que os conversé, en no haberme aprovechado de los muchos conocimientos que Dios nuestro Señor de sí os tiene comunicado». De estas evocaciones diurnas nacían los sueños de noche, volando en su alfombra onírica al abrazo de sus hermanos, como se lo sugerían en sus cuestiones los brahmanes.

Esta carta incendiaria llegaría a Europa, y su lectura en las cortes y universidades, sacándose copias que se repartían entre amigos y bienhechores. Juan III de Portugal la remitió a la corte española. Se leía en los púlpitos, y los oyentes, «viendo en el misionero tanto ardor apostólico, enrojecían de vergüenza por su

vida tibia o culpable». Su amigo Araoz escribía a Roma que Javier con sus cartas no hacía menos bien en España y Portugal que en las Indias. Francisco de Borja, duque de Gandía, comunicaba a Diego Mirón su admiración por tantas maravillas. Fabro entendía que la Compañía de Jesús era conocida y apreciada en la Península. Una sonada conquista de la célebre epístola fue la del mallorquín Jerónimo Nadal, hebraísta y predicador imperial, antiguo condiscípulo de París; había resistido victorioso a Ignacio, Laínez y Fabro sucesivamente, con escenas incomparables de orgullo y pertinacia. Después de doce años de crisis y hastío, recibió con su lectura el golpe de gracia. Ingresó en la Compañía y fue durante años el brazo derecho del fundador en la organización de la Orden.

En París, la carta fue traducida al francés e impresa con todos los honores. Como detalle interesante figuraba el «imprimatur» concedido por Diego Gouvea, el rector de Santa Bárbara que había asistido al nacimiento de la Compañía y por cuya iniciativa se hallaba Javier en la India. Pero en las aulas de la vieja Europa no se produjo ninguna tempestad o una sacudida colectiva a favor de la evangelización de los infieles. Al igual que los brahmanes de Trichendur, sabían cubrirse ante los apóstrofes de maestro Francisco. Sin caer tampoco en el cesto de los papeles, fue la carta pasando de mano en mano ganando adhesiones, suscitando misioneros sueltos y formando ambiente.

A comienzos de febrero se hallaba de nuevo en la Pesquería, en el Gran Rey. Reemprendía la tarea, pero con una gran diferencia: la de poder extender su acción con los nuevos refuerzos. A cada uno le asignó su puesto entregándole un reglamento de vida interior y apostólica. La comunicación con sus colaboradores hacía de él, como de Ignacio, el «gran escultor de hombres», y aseguraba la continuidad de la obra.

Mansillas, lleno de buena voluntad mientras quedara bajo la dirección paternal de Javier, trabajaría bien. De momento no era sacerdote, ni su corto talento parecía favorecerle aun en un país menos exigente. Bautizaba, enseñaba las oraciones y enterraba a los muertos. Perder el ánimo, impacientarse y tirarlo todo por la borda era la tendencia innata. Los paravas, indolentes, tornadizos, prontos a volver a las supersticiones, pues «nuestros padres lo han hecho así, nosotros lo haremos también».

« Recordad aquellas cosas que os di por escrito, y rogad a Dios que os dé mucha paciencia para tratar con esa gente y haced cuenta que estáis en purgatorio purgando vuestros pecados». Veinte días más tarde: «Ruégoos mucho que con esa gente os hayáis como se ha un buen padre con malos hijos. No os canséis por muchos males que veáis, porque Dios, a quien tantas ofensas hacen, no los mata, pudiéndolos matar; no los deja desamparados de todo lo necesario para su mantenimiento, pudiendo quitarles las cosas con que se mantienen». Seis días después, a Mansillas, algo más animado: «Mucha consolación fue para mí el que escribierais cuán consolado vivís. Y pues Dios tanto se acuerda de vos, acordaos también vos de él, no cansán doos de hacer y perseverar en lo que comenzasteis. Dad siempre gracias a Dios porque os escogió para un oficio tan grande como ese que tenéis. Acordaos de mí, pues yo nunca os olvido». Siempre le recomendaba el amor paciente. «Ruégoos mucho que con esa gente, digo con los principales, y después con todo el pueblo, os hayáis con mucho amor; porque, si el pueblo os ama y están bien con vos, mucho servicio haréis a Dios. Sabed aliviar sus flaquezas con mucha paciencia, pensando que, si ahora no son buenos, que algún tiempo lo serán».

«Hacerse amar» era la fórmula infalible que usaba siempre. « Tratad siempre con mucho amor con esta gente y haced obra en que de ellos seáis amados».

Mansillas respondería bien al tratamiento nada fácil. «Ruégoo mucho que no os irritéis por ninguna cosa con esa gente tan trabajosa, y cuando os viereis con muchas ocupaciones y que no podéis satisfacer a todas, consolaos haciendo lo que podéis... Con esta gente haced siempre cuanto pudiereis por llevarla con mucha paciencia; y cuando por bien no lo quisieren, usad de la obra de misericordia que dice: castigarás a quien ha menester castigo».

No admitía más que santidad de sus compañeros de trabajo, indulgente e intransigente a la vez, proponiéndose con sencillez a sí mismo como modelo: «Como yo lo hacía» o «como habéis visto que yo lo he hecho». Tampoco valía instalarse, no había que permanecer por mucho tiempo en la «ramada» que servía de albergue e iglesia. «Mirad que os encomiendo que en ningún lugar estéis de asiento, sino que andéis siempre discurriendo por todos, como yo lo hacía cuando estaba allá y ahora hago acá por donde ando».

El torbellino nunca paraba y en su dinamismo producía imágenes motrices. «En los lugares por donde fuereis, haréis juntar a los hombres en una parte un día, y a las mujeres otro día, en otra parte, y haréis que digan las oraciones por todas las casas, bautizando a los que no están bautizados, así niños como grandes, haciendo esta cuenta: que si el agua no fuere al molino, que vaya el molinero donde hay esta agua». Llevaba agazapados y metidos en el alma todos los molinos de su infancia, el viejo Molinaz y los molinos de Roncesvalles. Se hizo molinero de almas y se echó al agua.

Los otros colaboradores son menos conocidos. Del sacerdote español Juan de Lizano sólo se sabe que en 1546 seguía firme en su puesto. Francisco Coelho era un hombre práctico que retuvo junto a sí y a quien recurría con frecuencia. Los sacerdotes malabares que completaban el equipo no estaban a la altura. Mansillas debería castigarlos si fuera menester, por su encargo. Otro colaborador, el rico parava Manuel Santa Cruz, se ofreció para todo, le prestaba dinero, construía una iglesia y socorría a los pobres cristianos de Combuture. Antonio Fernández, que pilotaba un catur y sabía cómo había que tratar a la gente, era un hombre de bien y celoso de la gloria de Dios.

Tendría peor suerte con el soldado Juan de Artiaga, antiguo mozo de estribo de la reina y escudero de la casa real. Parecía interesado, era versátil, y antes del año hubo de despedirlo; iba «lleno de tentaciones», y cursó una orden para que no se le recibiera, por no ser para esta tierra. El bravo soldado podía afirmar de su amo tras su experiencia: «Lo que mostraba por fuera era aborrecer a los que pecaban; interiormente aborrecía los pecados; sabía que rogaba a Dios por los viciosos y flacos».

Le seguían algunos auxiliares, modestos, pero fieles como animales. Su sacristán Francisco Fernández, sal vado de la muerte en el río desbordado de Vaipar.

Antonio de Miranda, milagrosamente curado de la mordedura de la serpiente.

Había dos intérpretes extraños: «Rodrigo y Antonio son mis intérpretes..., que ni ellos me entienden ni yo menos los entiendo».

Con especial predilección distinguía a Mateo, el pequeño intérprete de Mansillas. «Que sea buen hijo y que yo le seré buen padre; y mirad mucho por él, y decidle que los domingos hable alto lo que vos le dijereis, que lo oigan todos». Una broma para Mateo en Punicale: «Y que aun estando en Manapar lo oigan», es decir a 30 kilómetros de distancia. En Manapar estaba Javier, y quería oírle. «A Mateo diréis que no se canse, que no trabaja en balde, que yo haré con él mejor de lo que cree». Mateo no era esclavo. «A Mateo daréis todo lo necesario para su vestido y hacedle buena compañía por que no os deje, pues es liberto. Tratadlo con mucho amor, que así lo hacía yo cuando estaba conmigo, por amor que no me dejase». Ternura, muchísima ternura con él. «A Mateo diréis de mi parte que os sirva bien,

y si vos estuviereis contento de él, que en mí tiene padre y madre; y si no os fuere muy obediente, que no lo quiero ver, ni mirar por él. Dadle todo lo necesario para su vestido». Mateo le pedía dinero, «doce fanones para su padre y una hermana pobre que tiene».

Estos eran sus colaboradores, sin duda muy mediocres, tal vez vulgares, que ni daban la talla ni arrimaban mucho el hombro.

Llevaba Javier varios meses pisando por segunda vez la costa de la Pesquería, y poco a poco se le iban abriendo los ojos a la triste realidad. El Gran Rey, como se llamaba toda la región del cabo Comorín, comprendida entre el cabo y Punicale, era el ajedrez político de una importante jugada colocada entre sus dedos. Había muerto el año anterior el gran rey, y su sucesor fue hecho prisionero por el llamado rey de Travancor, arrebatándole sus tierras. Se llamaba este rey Iniquitriberín. Muchos de los nobles se le mostraron rebeldes. No había asegurado aún su posición el nuevo señor cuando, a fines de marzo, vino a Manapar un indio principal a conferenciar con Javier. Venía por iniciativa de la madre del príncipe prisionero y de sus nobles para obtener por su mediación el favor del gobernador Sousa y conseguir la libertad del príncipe cautivo y la devolución del territorio usurpado. Prometía cuantiosas sumas de oro del tesoro real, libertad completa para la propagación del cristianismo y aun el reconocimiento de la soberanía de Portugal. Javier escribió a Martín Alfonso de Sousa comunicando la negociación. El gran rey, el gran rey, todos hablaban del gran rey, y ahora, por mimetismo, comenzaban a llamarle a Javier el gran padre; el gran padre. Y cobrándose una superioridad indiscutida, nacida de las circunstancias, resultaba ser el verdadero árbitro del país, casi el gran rey. Su ascendiente le ponía en condiciones de invadir otros campos alejados, como la reforma de las costumbres públicas.

En primer lugar, como no bebía, se fijó en la embriaguez, plaga social, producida por el vino de palma, el «urack», que los paravas habían recibido del comercio con sus vecinos los «savars». «Allá os mando un alguacil que sirva hasta que yo vaya allá». En febrero había comenzado la temporada de la pesca en las aldeas del norte, ausentándose los hombres. Quedaban las mujeres, expuestas a la intoxicación. Mansillas se ocuparía de los niños, y el alguacil, de las mujeres. Javier, en Manapar y aldeas meridionales, donde se abstenían de la pesca. «Yo le doy por cada mujer que bebe 'uraca' un fanón; y más que esté presa tres días. Y así lo haréis publicar a todo el lugar; y diréis a los patangatinos que, si yo sé que de aquí en adelante se bebe más uraca en Punicale, que me lo han de pagar muy bien pagado». La tenía tramada con los «patangatinos», regidores de aldeas, realizando verdaderos actos de poder. «Hasta que yo vaya allá, haréis con estos patangatinos que muden de costumbres, porque de otro modo a todos los tengo de mandar a Cochín presos, y no vendrán más a Punicale, pues ellos son la causa de todos los males que ahí se hacen». No tenía por qué felicitarse de sus buenos oficios. «No espero ninguna virtud de ellos». Cualquier día, por cualquier fiesta, extraían de los fondos públicos, y «lo que gastan en bailarinas está mal gastado»; mejor sería emplearlo en otras cosas.

No le importaba castigar. Implacable con las acciones idolátricas, en alguna ocasión no dudó en prender fuego a la cabaña de un idólatra, una choza de paja, cuyo costo sólo suponía el trabajo de levantarla. La sanción del culpable y la lección del pueblo fiel parecían aconsejarlo. Se le suplicó y se apartó el mobiliario, pero la choza y los ídolos ardieron. El culpable pareció entender que otro fuego aún más terrible se reservaba a su infidelidad. La particular idiosincrasia del parava no veía del todo mal estos hechos y hasta gustaba morbosamente de tales pruebas convincentes. «Sabed que para hacernos buenos es preciso que los avisos entren en nuestras cabezas a medida que la sangre sale de nuestras

venas», confesarían hermosamente más tarde. Una puesta en escena con argumentos palpables agradaba visiblemente a su sensibilidad primitiva, al igual que los autos de fe horrorizaban y animaban las plazas del Renacimiento. Con el tiempo, estas ásperas medidas reportaron su fruto. Un día pudo escribir por fin: «Mucho holgué de saber que no beben urraca, ni hacen pagodas y que acuden todos los amigos a las oraciones. Si desde que éstos eran cristianos hubiera habido quien los enseñara como vos ahora los enseñáis, fueran mejores cristianos de lo que son». La savia del cristianismo sólo se transfundía en lenta acción, gota a gota, sin escatimar la dulzura y la paciencia, y hasta el empleo del rigor contra el gran infantilismo que amenaza a las razas inferiores.

Estos progresos le costaban muy caro. No eran obra de un genio idealista y ardoroso calentado a su propia temperatura, sino efecto laborioso de un hombre metódico, acostumbrado al detalle y a vivir encima de su empresa. « En Combuture me prometieron que harían una iglesia, y Manuel de Lima prometió que daría cien fanones para ayuda de costa. Iréis a Combuture y daréis orden como se haga esta iglesia». A los quince días insistía: «Ruégoos mucho que me escribáis largo si se hace la iglesia de Combuture y si Manuel de Lima dio cien fanones». La iglesia se hizo.

Pondría el alma hasta en la corrección de una palabra o una sílaba. En el credo, cuando decís «enaquvenum», en lugar de «venum», diréis «vichuam», porque «venum» quiere decir quiero, y « vichuam» quiere decir creo. Es mejor decir yo creo en Dios que no decir yo quiero en Dios. No diréis «vao pinale» porque quiere decir «por fuerza, y Cristo padeció por voluntad y no por fuerza». Nada era incompatible. Después de estas precisiones lingüísticas, le mandaba a Mansillas vigilara a los enfermos recién llegados de la campaña de la pesca. Por la penosa extracción del fondo del mar, la putrefacción de las conchas amontonadas al sol y la extraordinaria concentración humana en la costa, muchos caían enfermos. «Cuando vinieren de la pesca, visitaréis a los enfermos haciendo a algunos niños decir las oraciones, como está en el recuerdo que os di; al final diréis vos un evangelio». Más detalles. Os mando dos sombreros, tal vez quitasoles. Mandadme papel. Mirad mi cofrecillo.

A su rara preponderancia parecían escapar solamente algunos funcionarios y capitanes portugueses. Le llovían quejas de sus atropellos. En un mundo de oscuros intereses y rivalidades de reinos vecinos, estos malos funcionarios minaban la gloria de Portugal. En una carta escrita en una hoja de palmera, los patangatinos le notificaban que los portugueses habían robado las esclavas de Punicale. Puso el grito en el cielo y reclamó contra ellos solemnes excomuniones. Los badagas (1544)

Se hallaría flagelándose con pensamientos de portugueses y esclavas, esperando el apoyo oficial del gobernador al príncipe cautivo, cuando a mediados de junio estalló la disparatada guerra entre los reinos vecinos. Montados en caballos árabes, cayeron los terribles badagas como un ciclón sobre el sur, dejando un desierto de pueblos ardiendo y habitantes asesinados. Algunos cristianos de la Pesquería fueron hechos prisioneros, y otros muchos huyeron al mar, refugiándose de mala manera en los arrecifes del cabo, a flor de agua.

Lacónicamente, Javier anunció su plan. « Los cristianos, para salvarse, se metieron por aquellas piedras que están dentro en el mar. Esta noche parto para socorrerlos con veinte tones de Manapar. Rogad a Dios por ellos y por nosotros; y haréis que los niños especialmente rueguen a Dios por nosotros». Se había desen cadenado una furiosa tempestad típica de la monzón. «Fui con veinte tones a socorrer a los cristianos que están huidos de los badagas entre las piedras del cabo Comorín muriendo de hambre y sed. Fueron los vientos tan contrarios, que

ni a remo ni a sirga pudimos llegar al cabo». La tempestad no amainaba. «Ocho días estaba en la mar, y bien sabéis qué cosa es estar en tones, con vientos tan fuertes como fueron». Tuvieron que desistir. «Amansando estos vientos tornaré otra vez y haré lo que pudiere para ayudarlos. Es una pena, la mayor del mundo, ver cómo están aquellos cuitados cristianos en tantos trabajos».

Durante este tiempo, del 16 al 24 de junio que duró la tempestad y las semanas siguientes, el pánico cundía en el cabo. No pudiendo navegar, Javier emprendió el viaje por tierra bordeando la costa, y empleando dos días de camino llegó al cabo Comorín. Todo el mes de julio permaneció allí evacuando a los cristianos y socorriéndolos. «Era una pena, la mayor del mundo, verlos; unos no tenían qué comer, otros de viejos no podían venir; otros muertos, otros maridos y mujeres que parían en el camino, y otras muchas penas que, si vos los vieseis como yo los vi, tuvierais más compasión».

La caballería ligera de los badagas mantenía el imperio del terror. De noche, el cielo enrojecía con el resplandor de los pueblos ardiendo, entregando a la aurora el lote de cadáveres ferozmente mutilados. A los supervivientes los dirigía Javier a Manapar, pidiendo a los ricos que cubriesen las necesidades de los refugiados. Aislados en los arrecifes rocosos intentando su salvación y transportando víveres y agua, llegó Javier personalmente a salvarlos.

Una noche se había retirado a orar cuando un aterrorizado parava le comunicó que el enemigo se echaba encima. Se levantó y «sin ningún recelo ni miedo a la muerte, sino con grandísimo corazón y fervor, se fue hacia ellos a reprenderlos y a defender a los cristianos». Su aspecto fiero debió de ser muy convincente y persuadió a los saqueadores badagas, consiguiendo su retirada. Esta victoria diplomática, transmitida de boca en boca, fue adquiriendo con el tiempo proporciones sobrenaturales. Huyeron los badagas aterrorizados al advertir que les cortaba el paso un hombre vestido de negro de talla sobrehumana, lanzando fuego por los ojos, un héroe más propio del Ramayana que de la sencilla condición del gran padre.

Tras la retirada del enemigo, Javier, lleno de prestigio, regresó a Manapar, pero sin perderlos de vista. Amenazaban a Punicale, donde Mansillas, advertido por Javier, alertó a los cristianos. A comienzos de agosto tomaba la dirección de los acontecimientos y asumía el mando algo insólito de la resistencia. Un «canacar», inspector territorial, amigo de Iniquitriberín, el rey usurpador, le había avisado que los badagas preparaban nuevos ataques en su retirada hacia el norte. En consecuencia, envió al padre Francisco Coelho por los lugares de la costa «para que lanzasen los navíos en el mar y embarcasen cuando fuese tiempo», única manera de salvarse, saltando al agua.

Después envió un correo al confidente «canacar» con una carta para Iniquitriberín rogándole que no consintiera que los badagas volviesen a hostigar a los cristianos. Eran los badagas, en alguna manera, aliados y confederados del rey usurpador. Le recordaba su valimiento ante Sousa y la venganza en caso de suceder alguna desgracia a los cristianos. El «canacar» volvió a visitarle interesándose mucho, entre otros motivos, porque tenía algunos parientes cristianos, y quedó en informarle en caso de peligro, para saltar al mar al primer aviso.

Escribió también al capitán Cosme de Paiva para que enviara un «catur» por mar con orden de guardar a Punicale, que por su naturaleza de isla, situada en la desembocadura del río Tambrapani, ofrecía débil resistencia. A Mansillas le ordenaba tener grande vigilancia, poniendo centinelas en tierra firme, «porque estos badagas vienen de noche a caballo y nos toman, al tiempo que no tenemos tiempo para embarcarnos. Mirad mucho por esa gente, porque es para tan poco, que por no gastar dos fanones dejarán de mandar que se vigile. Haréis que todos

los navíos se lancen luego al mar, y metan su hato en ellos, y haréis que las mujeres y niños digan las oraciones, más ahora que nunca, pues no tenemos quien nos ayude sino Dios». En todo se conducía como un gran jefe avezado ala guerra. A Antonio Fernández, apodado el Gordo, «que mire mucho por ese pueblo si quiere ser amigo mío». Los badagas seleccionaban sus prisioneros haciendo cautivos únicamente a quienes pudieran pagar su rescate; Javier daba a entender que a los demás los matarían. El 3 de agosto era día de luna llena, alerta, por tanto. «Sobre todo haréis que de noche tengan mucha vigilancia y que en tierra firme tengan sus espías; porque tengo mucho miedo que de noche, con esta luna, vengan a esta playa y roben a estos cautivos; por eso mandaréis vigilar mucho de noche».

A los quince días nuevamente el pánico. A los badagas que amagaban por Punicale sucedió otra invasión, el ejército de Vettum Perumal, rey rival de Iniquitriberín, cuyos dominios al norte, en el límite de Tuticorín, le convertían en molesto vecino. Poco a poco entendía Javier que la región evangelizada se hallaba a caballo entre Iniquitriberín y Vettum Perumal. Este último, irritado por haber sospechado un posible acercamiento entre Iniquitriberín y Sousa tras la negociación con Javier, avanzaba hacia Tuticorín para vengarse de cristianos y portugueses.

El capitán Cosme de Paiva corrió a Tuticorín para proteger a los pescadores. No tenía nada que hacer más que seguir la farsa. La invasión que redondeaba su negocio se había preparado con la venta habitual de caballos árabes y persas a Vettum Perumal. Javier conocía esta traición cuando decía: Tengo miedo por «las caballerías» de Tuticorín. Los cristianos emprendieron la huida navegando a refugiarse en los tres islotes situados a una legua de la costa.

Entre tanto, Javier no daba descanso a la pluma. También recibía correos importantes. Iniquitriberín había reaccionado satisfactoriamente a su demanda y respondía enviando un brahmán de calidad a Manapar acompañado del intérprete del capitán para «asentar paces» con los badagas y Vettum Perumal. También había recibido una hoja de palmera escrita refiriéndole que los cristianos huidos en el bosque fueron robados por los badagas con dos heridos, un cristiano y un gentil. «De todas las partes tenemos malas noticias». Las bellaquerías del capitán Cosme de Paiva vendiendo caballos al enemigo le sacaban de quicio. «Por el dicho del Señor que dice: 'el que no está conmigo está contra mí', podéis ver cuántos amigos tenemos en estas partes que nos ayuden a hacer esta gente cristiana». El mensajero brahmán salía de Manapar después de entrevistarse con los badagas para negociar con Vettum Perumal, y Javier le encargaba a Mansillas le proporcionara una embarcación hasta Tuticorín. Metido en las conversaciones de paz, su inquietud se dirigía al capitán. «Por amor de Dios, que luego deis aviamiento a este brahmán, y hablad al capitán, para que al menos le haga honra». Estas negociaciones, llamadas a fracasar, le ilusionaban, y su mente combinaba nuevos proyectos. En medio de aquel ovillo de conflictos quena ir a los «makuas» de Travancor y también a los «careas» de Manar, en la punta de Ceilán.

A fines de agosto se trasladaba a Punicale y quería desplazar a Mansillas de Tuticorín, sustituyéndole con el padre Francisco Coelho, para que marchara a bautizar a los «careas» de Manar, operación condicionada a que pasara «esta furia de los badagas», que lentamente parecían retirarse de la costa al interior, desapareciendo del horizonte en el mes de septiembre.

El 29 de agosto por la noche salía a Talle, aldea de «gente pobre». Muy preocupado por la suerte de los cristianos de Tuticorín huidos a las islas, ordenó a Mansillas que organizara un flota de «tones» para evacuarlos a las poblaciones

más seguras de Combuture, Punicale y Trichendur. «No consintáis que muera de hambre y de sed aquella pobre gente, por amor de Betermal y sus caballos». Con ironía sangrante. «Mejor contado le fuera al capitán mirar por los cristianos que no por Betermal ni por sus caballos».

Su estancia en Talle le puso en contacto con el jefe de la aldea, sobrino de Iniquitriberín. Extremaba con él las buenas relaciones pensando en su tío para la evangelización del Travancor. Consiguió su favor para los cristianos de la aldea. En ese momento, las frágiles negociaciones conducidas por el brahmán quedaron rotas. Vettum Perumal desfogó sus iras contra los portugueses y cristianos de Tuticorín, alcanzando fatalmente al ambiguo capitán, que, por culpa de sus caballos, pagó cara su traición, pues «le quemaron su nao y casas», teniendo que refugiarse en las islas con los demás cristianos. Eran la isla de los Reyes, la isla de la Iglesia y la isla de las Liebres.

A Mansillas le mandaba por tal motivo que acudiera en socorro del capitán. Javier estaba dispuesto a acudir en persona, pero las relaciones muy tirantes no lo consentían. «Y si pensara que el capitán holgara con mi ida, yo fuera». Ahora se veía que estaban enfrentados. Cosme de Paiva favorecía a Vettum Perumal y la guerra; Javier, por el contrario, se inclinaba hacia Iniquitriberín y ansiaba la paz. Se había cruzado con antelación una correspondencia muy fuerte y en la confrontación epistolar se había derramado mucha tinta. «Mas porque él me escribió una carta, en la cual me decía que no podía escribir sin muy grande escándalo el mal que le tengo hecho, Dios y todo el mundo sabe que no me puede escribir sin escándalo, ni sé cómo holgara de verme; por eso y por otras cosas, dejo de ir donde está». La situación poco airosa del capitán no hubiera contribuido a arreglar la fundamental desavenencia, y Javier prefirió no humillarle más todavía con su presencia; procuró socorrerle con magnanimidad y urgencia. «Escribo a los patangatinos de Combuture y a los de Bembar que luego vayan con todos los tones, y, pasando donde está el capitán, le lleven agua y mantenimientos. Por amor de Dios, que hagáis mucha diligencia, pues veis está el capitán en tanta opresión y todos aquellos cristianos; por amor de Dios, que hagáis muy grande diligencia». Mansillas acudió con sus efectivos, y el capitán, sabiendo a quién tenía que agradecer la organización del socorro, se reconcilió con Javier.

El 7 de septiembre se hallaba en Trichendur, dispuesto a partir a Alantalai a visitar a los cristianos, cuando se produjo una insurrección popular de los súbditos de Perumal; «la tierra se alzaba» contra Iniquitriberín, porque los portugueses habían capturado a un cuñado suyo. En represalia querían «llevarse» a los cristianos del cabo Comorín refugiados en Manapar. Le llamaron de Manapar, y corrió allá para su seguridad. En este instante y en esta localidad se detenían a descansar tres o cuatro mensajeros de Iniquitriberín que le buscaban y le traían de su señor una hoja de palmera escrita rogándole que fuera a verlo a sus campamentos situados en el interior del Gran Rey. Deseaba mucho hablarle para interesar por su medio a Sousa, temeroso de que sus adversarios los «pandyas» le gasen por la mano con una oferta más generosa. Iniquitriberín le aseguraba que en sus dominios del Gran Rey hallarían toda clase de seguridades los cristianos del norte. Era éste uno de los temas que Javier deseaba desarrollar ante él, pues a caballo entre los dominios de Vettum Perumal y de Iniquitriberín, proyectaba la emigración de los cristianos del norte al sur del río Tramprabarni en los confines fronterizos de Tuticorín.

El 10 de septiembre, hallándose en Manapar, seguía acercándose cautelosamente al señor de Talle, el sobrino influyente, con objeto de pacificar la tierra y mejorar

siempre las relaciones con su poderoso tío. Envió a su presencia al padre Francisco Coelho para que ordenase a los «adigares» el abastecimiento de arroz y mantenimientos para los cristianos de Punicale. «Hízole mucho agasajo el príncipe, sobrino de Iniquitriberín». Cuando su actividad diplomática tenía a punto las voluntades de tío y sobrino, caminando de puntillas hacia ellos para obtener las mayores ventajas a favor de la predicación del Evangelio, un incidente desafortunado vino a desbaratar sus planes. El 11 de septiembre se le presentaron tres nobles indios con amargas quejas, porque un portugués había prendido un criado del influyente sobrino, príncipe de Talle, y le había llevado preso a Punicale, diciendo que lo conduciría hasta Tuticorín, precisamente a la jurisdicción de Vettum Perumal. Javier reaccionó con vehemencia dando órdenes al capitán para buscar al secuestrador y soltar al criado. «Si no, paréceme que dejaré de ir a ver al rey, según esta gente está irritada». En esas circunstancias, la entrevista cumbre con Iniquitriberín se venía abajo. La población indígena se hallaba, en efecto, muy sublevada. Un hecho de tal magnitud no había sucedido ni en el tiempo de los «pandyas», y la cólera del gran padre no tenía límites. «Que no levanten la tierra más de lo que está levantada: por causa de éstos, nosotros nunca hacemos más». Pedía justicia. Si aquel día que los portugueses robaron las esclavas de Punicale se hubiera hecho un castigo ejemplar, ahora no sucedería esto.

Todos los abusos de la colonización, las exacciones sobre los pescadores de perlas atribuyéndose la parte del león y la opresión del sistema comenzaban a hartarle. «Yo os certifico que fue tanta la aflicción que tuve, que no os lo sabré decir». La captura del criado del príncipe de Talle le hizo saltar. Con haber recomendado siempre tanta paciencia a los demás, parecía al borde de la desesperación. «Nuestro Señor nos dé paciencia para sufrir tantos atropellos».

En el colmo de la amargura, la evasión a nuevas tierras le asaltó, y consultando la extensión territorial de su breve pontificio, surgió en su mente el viaje a Etiopía. «Por no oír estas cosas, y también por ir adonde deseo, la tierra del Preste, donde tanto servicio se puede hacer a Dios nuestro Señor, sin tener quien nos persiga, no será mucho que tome aquí en Manapar un tone y me vaya a la India sin más tardar». Quería marcharse buscando anhelante el martirio.

Al día siguiente, la marea emocional cedía levemente. Su pluma seguía disparando proyectiles contra el autor o los autores de semejantes atropellos. Parecía que admitía la posibilidad de llegar a Iniquitriberín; se animaría. «Y si yo hubiera de ir a ver a este rey...» Y también, sospechando algunas fechorías, «por ninguna cosa iría adonde está Iniquitriberín». ¿Contribuiría a no aliviarle el mal humor una contrariedad doméstica insignificante? Su intérprete Antonio estaba enfermo y, además, no tenía cocinero; «mandarme heis luego a Manapar a Antonio Paravá, porque tengo necesidad de él para hacer la comida».

A los ocho días se hallaba en Tuticorín y se confirmaba con la idea del viaje a Iniquitriberín. Por fin, en el mes de octubre se realizó la gran entrevista, reunión suculenta para ambas partes. Toda una escena que reclama un pincel. El gran rey con turbante dorado, túnica, babuchas y anchos calzones rojos recamados de oro, miraba con mezcla de curiosidad y de afecto al gran padre, su escuálido visitante, vestido con la clásica «loba», negra en otro tiempo, y calzado con zapatos muy usados. Deseoso de comprar la protección portuguesa, escuchó el torpe tamil del intérprete con esa máscara feliz de suave cortesía que oculta tan tortuosa sutileza. Juan Vaz, que le acompañaba, agregó: «Era amado de todos y halló protección ante el rey».

Los «pandyas», madrugando más, meses atrás, habían prometido por mediación de Javier tres millones de monedas de oro, y estaban dispuestos a pagar de

inmediato dos mil pardaos de oro si Sousa les ayudaba contra Iniquitriberín. El gobernador, queriendo cerciorarse de la sinceridad de tan fabulosa propuesta, mandó a su pariente Alejo de Sousa, «veedor de hacienda» en Cochín, averiguase la verdad de todo. En este momento, la doble negociación, casi el doble juego, estaba pendiente en la balanza de las manos de Javier. Iniquitriberín tendría que ofrecer más para desbancar a sus rivales.

Regresó Javier con la propuesta que hubo de comunicar al gobernador, y a principios de noviembre, reclamado por Alejo de Sousa, se reunió con él urgentemente en Ovarí, recibiendo los despachos del gobernador para Iniquitriberín. Las averiguaciones de un comisionado de Alejo de Sousa acerca de la oferta de los «pandyas» no convencían ni se ajustaban a la realidad, y su decisión fue favorable a Iniquitriberín. Volvió el gran padre a doblarse ceremoniosamente ante el flamante reyezuelo, trayéndole los protocolos oficiales de la protección de Portugal. En el ir y venir y en todo el meneo de su graciosa persona, el gran padre se movía con la elegancia innata, genética, de las difíciles embajadas de su padre, el egregio doctor, en las cortes de Europa. Iniquitriberín se mostró agradecido, publicó un edicto permitiendo pasar al cristianismo a los pescadores «makuas» sometidos a su dominación en el supuesto Travancor, que habitaban una franja que corría desde el cabo Comorín, en una longitud de doce millas de costa, al poniente, hasta Villenján. Además le otorgó generosamente un donativo de 2.000 fanones para edificar iglesias en su región. Políticamente, la situación se normalizó poniendo en libertad al príncipe cautivo a cambio de una fuerte suma y se le restituyó la mitad septentrional de su reino.

De los campamentos de Iniquitriberín regresó a Manapar, y a mediados de noviembre partió para el cabo Comorín recorriendo los cien kilómetros, visitando las ocho aldeas situadas en el camino y bautizando las criaturas. El recorrido ofrecía peligros, y Javier, naturalmente, tenía sus enemigos. Naturalmente también seguía estando harto por lo de siempre. «No tengo miedo de los miedos que estos cristianos me meten diciendo que no vaya por tierra, porque todos los que quieren mal a estos cristianos me desean mucho mal. Estoy tan enfadado de vivir, que juzgo ser mejor morir, por favorecer a nuestra ley y fe, viendo tantas ofensas cuantas veo se hacen sin acudir a ellas. No me pesa sino que no fui más a la mano a los que sabéis que tan cruelmente ofenden a Dios». Con ansias de martirio, a la desesperada, hizo su expedición provocándole a la muerte. Los cristianos le guardaban especialmente durante la noche. Se refería que le dispararon una flecha en la oscuridad hiriéndole. Una noche de estas escapó a la persecución subido a la copa de un árbol hasta el amanecer. Y en otra ocasión prendieron fuego a su camastro de fibra de coco.

Los makuas (1544)

Concedor de los rápidos cambios de la mentalidad oriental, se precipitó Javier más rápido aún sobre el país llano comprendido entre el mar y los montes Ghates. Acompañado de cuatro sacerdotes indígenas, descalzo, la «loba» recogida sobre las piernas y la cabeza cubierta por un lamentable capuchón de tela negra, devoró la tierra. Según su acompañante Juan Vaz, el edicto real había publicado a tambor batiente la obediencia al gran padre. Una campaña relámpago, por sorpresa, era la fórmula que convenía aplicar. Zonas arenosas, pantanos, campos ondulantes y terrazas cubiertas de bosques cuyos perfumes y sombras pesan como una capa de plomo sobre los hombros.

Los makuas no eran ninguna población fácil y sumisa. Excelentes marineros y mejores ladrones, eran bárbaros. En estas condiciones y con el precario favor real encima, aceleró sus ritmos y pasó por las trece aldeas como un huracán, con la intención de volver más despacio.

Repitió sus pautas de siempre. Oraciones, invocaciones simétricas, preguntas y respuestas, aclamaciones rítmicas, memorizaciones y expresiones corporales. Finalmente, el bautismo, «dando a cada uno su nombre por escrito» en una hoja de palmera. Tras el bautismo, la destrucción sistemática de pagodas e ídolos, la aniquilación hilarante de «las imágenes de los ídolos en minutísimas partes». Un gozo digno del paraíso: «la mucha consolación que mi ánima lleva en ver destruir ídolos por las manos de los que fueron idólatras». La reacción de los makuas, prodigiosa y multitudinaria, rebasó todas las esperanzas, juntándose auditorios de dos, tres, cuatro y seis mil personas. Tenía que trepar a un árbol y predicar encaramado balanceándose sobre la multitud. Dócilmente pedían el bautismo. «Fue de manera que, en un mes, bauticé más de diez mil personas». Una prisa, un fuego, un pentecostés. No todos acababan bautizándose, pero quedaban impresionados por la novedad y elevación de la religión cristiana, pues la curiosidad los atraía como oyentes a las doctrinas públicas. Cuando los conversos confesaban en alta voz sus pecados, se espantaban y confundían noblemente escuchando la ley de Dios. Se alegraban de todo y honraban a Javier.

Al amparo de la fórmula de evangelización contemporánea e imperfecta, el apoyo de la corona, se facilitó la rápida conversión de los makuas. Javier se apresuraba a conquistar la costa por las razones poderosas que descubrió Valignano. Las castas inferiores de los pescadores, fijadas a la orilla del mar, eran más accesibles que las castas superiores brahmánicas, localizadas en el interior. Entendía también que la inestabilidad de las primeras etapas de una cristiandad niña requería para su progreso y consolidación la tutoría de «las armadas» portuguesas vigilantes en el mar. Convenía finalmente al bien de los makuas y su prosperidad material el intercambio comercial con los portugueses, y a éstos la seguridad de contar con pueblos amigos, «mayormente porque aquella costa en aquel tiempo eran unas cuevas de ladrones que por mar y por tierra hacían el mal que podían a los portugueses». Por ello procuró el gran padre «poner todas sus fuerzas» en la conversión de la costa, prometiéndoles el favor del capitán de Coulam, ventajosas condiciones de pesca, repartiendo halagos y aun amenazas, empujando, «compeliéndoles a entrar», según la palabra del Señor.

A una discreta coacción persuasiva contribuyeron sus «obras de caridad», y muy especialmente su taumaturgia, tal vez menos efectista que en la costa de los paravas, o, si no, menos documentada. En la población meridional de Mutam murió un niño de fiebre pestilencial. Avisaron al gran padre, y cuando lo llevaban a enterrar, compadecido del llanto de sus padres, oró de rodillas y luego le ordenó levantarse. Algunos testigos afirmaron que desgarró el sudario fúnebre tirando de él al resucitarlo.

Corriendo al norte, la iglesia de Coulam fue teatro de otro prodigio. El parava Diego Fernández lo vio con sus propios ojos. Predicaba el gran padre notando alguna dificultad en la conversión de los idólatras. Justamente la víspera había sido enterrado un muerto. Mandó abrir la sepultura y dijo que era del agrado de Dios que aquel muerto volviese a la vida para que se convirtieran a la fe. Al abrir la sepultura apareció el difunto, y rasgando el paño mortuorio, después de rogar a Dios, se levantó vivo. A la emoción de los asistentes siguió la conversión y el bautismo.

Gracias a la ausencia de portugueses, con excepción de Juan Vaz, pudo Javier amordazar la publicidad de estos prodigios. Por su parte, a Juan Vaz, muy circunspecto, se le suponía bajo el peso de una prohibición cuando refería misteriosamente a los padres de Portugal «cosas muy grandes». A los cuatro años, Baltasar Núñez, recorriendo estos pueblos, se expresaba con énfasis y grandilocuencia, pero sin análisis de más detalles. Cosas que no podía escribir ni

confiar al papel. Dios había obrado por su medio innumerables maravillas. A la divulgación y exageración se oponía el hermetismo de Javier, que borraba las huellas; jamás hablaría de tales cosas, ni siquiera en su correspondencia más íntima e inocente.

Sólo un doloroso acontecimiento pudo arrancarle de aquel ambiente pentecostal. Los «careas» bautizados en la isla de Manar, al norte de Ceilán, por orden de Javier, probablemente dos meses antes, fueron muertos por mandato del rey de Jaffna por haberse convertido a la fe cristiana. Eran seiscientos, y con sus aureolas martiriales pusieron alas a los pies de Javier. Sangre de mártires, semilla de cristianos, parecía decirle el hermano del rey de Jaffna, huido al continente indio, prometiendo hacer cristiano todo el reino de Jafnapatán si se le ascendía al trono. Interrumpió su labor y embarcó para Cochín, para tratar del nuevo proyecto de Ceilán.

Ceilán (1544-1545)

Esta tierra misteriosa y excitante, donde se decía que Adán y Eva se habían consolado de la pérdida del paraíso, debía de sugestionarle. Las peleas entre reyes le encantaban. Al llegar a Cochín tuvo la suerte de encontrarse con Miguel Vaz, que embarcaba para Lisboa con objeto de informar personalmente al rey sobre el estado de la Iglesia en la India. Al referirle la matanza de Manar, estimó Miguel Vaz que había que obrar con celeridad, y puso a disposición de Javier un velero que lo trasladara en busca del gobernador.

Embarcó el 20 de diciembre, y trabó amistad con un soldado calavera que no prestaba atención a sus insinuaciones piadosas y que soltó más de una carcajada al oírle hablar de confesión. Hicieron una escala corta en Cananor, y la extraña pareja descendió discutiendo hasta internarse en un bosque de palmeras. Javier se quitó la «loba», sacó una disciplina del bolsillo y se azotó cruelmente hasta sacarse sangre. « Esto es por vos. Haría todo lo posible por expiar vuestros pecados, pues habéis costado infinitamente más al dulce Jesús. ¡ Dios mío, por la sangre de vuestro Hijo, iluminad esta alma, y ayudadle para que no se pierda! » El soldado se arrojó a sus pies y le arrebató la disciplina. « Yo soy quien ha de hacer penitencia. Me habéis vencido ».

Para el 27 de diciembre se hallaba en Goa, donde pudo conversar con Sousa, que había regresado de Cambaya. Quedó tan impresionado, que ordenó montar una expedición de castigo, « de manera que me fue necesario aplacar su ira santa ». A sus capitanes les mandó que diesen muerte al rey de Jafnapatán Chekarasa Sekavan y elevase al trono a su hermano, en espera de la conversión prometida. Un sentimiento ardoroso de cruzada movía estas disposiciones, y la rara preponderancia de Javier asumía una autoridad insólita. En definitiva, Sousa mandaba a sus capitanes que actuasen bajo la dirección de Javier. « Hagan lo que yo de parte del gobernador les dijere ». Convertido en jefe de la expedición de castigo, abrigaba sentimientos de piadosa moderación. Esperaba de Dios que las oraciones de los mártires movieran a penitencia a su verdugo.

Durante esta estancia en Goa, entre las visitas obligadas, se recordaba una. Había partido la flota real empavesada para su viaje a Lisboa, y a este propósito le preguntó a Cosme Anes a ver qué tal habían realizado la carga.

-« Bastante bien -le respondió-, porque han salido siete navíos cargados con mucha pimienta y otras especias. Además envío al rey un diamante que compré por diez mil pardaos, que en Portugal valdrá veinte o treinta mil.

-¿ En qué navío y con quién va el diamante? -siguió preguntándole.

-En la nave Athoguía y con Juan de Noronha.

-No hubiera querido que fuera en esa nave », apostilló Javier.

Turbado por esta observación, le preguntó Anes:

-«¿Lo dice vuestra reverencia por una vía de agua que se le descubrió a esa nave?

-No por eso», concluyó Javier.

Cosme Anes, preocupado, le rogó que se acordase en sus oraciones y sacrificios de la nave en cuestión y aun de las otras, sobre todo porque había comprado el diamante sin comisión regia, por lo cual se exponía bastante. Quedó con algún miedo. Después de algunos meses, por carta de Juan de Noronha, se supo que la Athoquia se abrió en la parte inferior del palo mayor, recibiendo una gran vía de agua. Estuvieron a punto de arrastrarla a la costa o trasbordar a las otras naves. Determinaron al fin cortar el mástil, pudiendo taponar la abertura y achicar el agua. La Athoquia entró en el puerto de Lisboa con dos mástiles junto con el resto de la flota.

Siempre cogido a la rosa de los vientos embarcó rápidamente Javier. Una vez más la navegación, con sus horas en el puente, le deparaba una ocasión para ayudar al prójimo y también un rincón para orar. La costumbre de orar en cubierta desde medianoche hasta la salida del sol hacía decir a los marineros: «A estas horas, el barco va seguro: el padre Francisco lleva el timón».

Le presentaron un marinero, jugador y blasfemo. Un día, mientras rezaba el oficio, interrumpido por un torrente de blasfemias y obscenidades, preguntó qué pasaba. Le dijeron que el desgraciado había perdido en el juego todo lo que poseía. Javier tomó un puñado de «pardaos» y se los envió al jugador prometiéndole mejor suerte. En efecto, volvió la buena racha y recuperó todo su equipaje. Se levantó para darle las gracias y, cuando llegaron a Cochín, hacia el 20 de enero, se confesó en la ermita de San Juan extra muros, y mientras rezaba su breve penitencia, Javier se deslizó al bosque próximo para disciplinarse. El penitente le sorprendió y comenzó a porfiar. «Dejadme hacer penitencia, yo soy quien debe ser castigado». Terminó reformando su vida.

Días antes, como una incrustación, se referían a su paso por Cananor. Gregorio, un niño de siete años, en cuya casa paterna entró de visita, era reprendido constantemente por sus padres. Su madre, Margarita Ludovico, y su hermanita Isabel, que se apoyaba en el brazo del sillón en que descansaba el santo padre, vieron que ponía la mano sobre la cabeza de Gregorio asegurando que sería gran siervo de Dios. Con el tiempo ingresó en los franciscanos con el nombre de fray Lucas, alcanzando la gloria del martirio en Kandy.

La estancia en Cochín en espera de la misión de Ceilán se vio colmada de llamadas sugestivas, con nuevas tierras y proyectos. Acababa de llegar un príncipe cingalés llamado Juan que venía huyendo de Kotta, cerca de Colombo, residencia del rey de Ceilán. El príncipe le refirió el martirio que había sufrido su hermano Yugo, príncipe heredero de Ceilán. Estaba resuelto a recibir el bautismo, pero al enterarse su padre, el rey Bhuvaneka Bahu, lo hizo matar por un asesino y quemar su cadáver. Al cumplirse esta orden apareció en el cielo una cruz «de color de fuego», y la tierra en el lugar del martirio se abrió en forma de cruz. Muchos que presenciaron estos fenómenos se movieron a hacerse cristianos y recibieron el bautismo de manos de dos misioneros franciscanos, entre ellos el príncipe Juan. Al enterarse Bhuvaneka Bahu quería matarle también a él, y por eso huía a Goa pidiendo auxilio a Sousa para acceder al trono de Ceilán. Si lograba su objetivo, toda la isla se haría cristiana en poco tiempo. Javier quedó ilusionado. El reino de Jafnapatán y el reino de Ceilán, con sus mártires a la cabeza, venían a sus manos.

Para mayor aliciente, el 26 de enero había llegado Antonio de Paiva refiriéndole su extraordinario periplo. Había salido de Malaca para comprar sándalo en Macasar. Además de su mercancía había conseguido, en un ambiente de enorme tensión religiosa, la conversión al cristianismo de los reyes de Supa y Siao, que se

bautizaron junto con sus parientes y tomaron los nombres de don Juan y don Luis, respectivamente. De regreso, un embajador le acompañó a Malaca en demanda de un sacerdote que atendiera a la instrucción y conversión de sus súbditos. El 27 de enero, al día siguiente, atento a tales noticias, ampliaba sus planes y sacaba conclusiones haciendo números. Jafnapatán, Ceilán y Macasar. «En Jafnapatán y en las riberas de Ceilán, más de cien mil hombres espero se han de reducir a nuestra santa fe en este año en que estamos».

La inacción forzosa en Cochín y la partida inminente de la flota real le pusieron la pluma en las manos. Al rey le escribió con ira: «Bien deseo que vuestra alteza tenga presente, y le suplico lo medite consigo mismo, que Dios nuestro Señor, a vuestra alteza, prefiriendo a todos los príncipes cristianos, le ha concedido el imperio de estas Indias, para ver con qué fidelidad cumple el encargo que se le ha dado y con qué agradecimiento corresponde a los beneficios recibidos». Con esta introducción unía a retazos quejas y agravios. «No se trata de enriquecer el fisco real con los tesoros del Oriente, sino de mostrar vuestro celo ayudando a los misioneros. Miguel Vaz, el hombre de confianza, os informará de todo. Que vuelva el año que viene, es el único capaz de poner a raya a vuestros ministros. El obispo está viejo, con más fuerzas espirituales que corporales. Enviadle ayuda.

Reflexione bien vuestra alteza. Paréceme que estoy oyendo las voces que desde estas regiones se querellan, porque, sacando de su seno tantas riquezas con que llenar su erario, apenas dedica una pequeña parte a las necesidades espirituales. Existe el peligro, cuando Dios le llame a juicio, que tenga que oír: ¿Por qué no vigilaste a los que en la India recibían la autoridad de ti y eran súbditos tuyos y enemigos míos; cuando a esos mismos, si los hubieses hallado negligentes en la vigilancia y cuidado de los impuestos y del fisco, los hubieses castigado severamente?»

La corrupción le sublevaba, hasta el punto de escribir a Simón Rodríguez: «Ningún amigo vuestro consintáis que venga a la India con cargos y oficios del rey... Y estoy espantado cómo de los que allá vienen, hallan tantos modos, tiempos y participios a este verbo cuitado de robo, robas; y son de tan buena presa los que de allá vienen despachados con estos cargos, que nunca alargan nada de lo que toman».

Con el paso de los días se apresuraba la expedición militar a Jafnapatán, organizándose un plan de desembarco. Se calculaba para fines de marzo, coincidiendo con la terminación de la campaña de la pesca de perlas, la hora de la acción. La flota, doblando el cabo Comorín, se situaría al norte de Ceilán, en Negapatán, frente por frente de Jafnapatán, aguardando el momento del desembarco. Hallándose en esta expectativa, una nave portuguesa, procedente de Pegú, encalló con su riquísima carga quedando clavada fatalmente en las costas de Jafnapatán. Entonces Chekarasa Sekavan, según costumbre de la tierra, se apoderó del cargamento. El interés del rescate, por medio de reclamaciones pacíficas, aconsejaría dilatar la operación de castigo. Por la codicia de algunos funcionarios corrompidos, la expedición quedaría aplazada de día en día, con peligro de enfriarse el primer entusiasmo, cediendo a intereses particulares, y ganando tiempo hasta en tanto pasara la época propicia para el viaje y expirara en septiembre el mandato de Sousa, principal impulsor de la aventurada campaña. Además, el capitán de Negapatán, digno émulo de Cosme de Paiva, se entendía con Chekarasa Sekavan. Durarían varios meses las negociaciones, y entre tanto Javier debía buscar una salida airosa.

El domingo de Pasión, 22 de marzo, después de comer, embarcó en la nave de Miguel Ferreira con Jacobo Madeira, un criado y una niña de ocho años. Se dirigían a Santo Tomé de Meliapor. La noche siguiente sopló un viento contrario, y

la nave quedo detenida con las velas recogidas a doce leguas de Negapatán. El sábado 28, por la noche, sopló un viento favorable y desplegaron las velas. En todos estos días, Javier no probó nada, y Madeira se ofreció a matarle una gallina para tomar siquiera el caldo, pero no quiso, aunque pidió un caldo de cebolla, que tomó, sin comer otra cosa. Estaba enfermo o tenía algún presentimiento. Poco antes de desplegar velas y entrar en alta mar le preguntó a Madeira si la embarcación se hallaba en buen estado. Muy vieja y frágil, le respondió Madeira. Ante esto le rogó Javier que regresara al puerto. Después de una breve consulta con sus hombres, Madeira decidió no hacerle caso y navegar adelante, pero una fuerte tempestad formada de repente les obligó a volver al puerto de Negapatán. Madeira se quedó asombrado del aviso del padre.

Pasó la semana santa «sacando muchos de muchas ignorancias y pecados». Llegó el 7 de abril. Cumplía treinta y nueve años, y se hundió sentimentalmente en un estado de incertidumbre completa. Se desahogó ese día escribiéndole a Mansillas, confiándole su indecisión. «En las partes de Malaca hay mucha disposición para servir a Dios, y por falta de quien en esto trabaje, se dejan de hacer muchos cristianos y de acrecentarse nuestra santa fe. No sé lo que será de esto de Jafnapatán; por eso no decido si iré a Malaca o me quedaré aquí; por todo el mes de mayo decidiré si he de irme». Frases, cabos sueltos, lucha interior. «Porque no sé hasta ahora lo que será de mí... y para estar bien en esta vida hemos de ser peregrinos para ir a todas partes donde más podemos servir a Dios nuestro Señor».

También pensaba con detención en las Molucas, siendo Malaca la llave de todas las expediciones. «En el caso que yo me determine a ir allá por todo el mes de mayo, mandaré correo terrestre a Goa, al señor gobernador, haciéndole saber cómo me parto para aquellas partes, para que mande al capitán de Malaca que me dé la ayuda y favor que para servir a Dios nuestro Señor se necesita».

En ese día de su cumpleaños afloraban los posos del alma. La herida y decepción por los capitanes portugueses. El de Negapatán, que reducía a letra muerta la expedición de castigo, le devolvía fielmente la imagen de Cosme de Paiva, a quien dedicaba el peor de sus recuerdos. «A Cosme de Paiva ayudaréis a descargar su conciencia de los muchos robos que en esta costa tiene hechos, y de los males y muertes de hombres que por su mucha codicia se hicieron en Tuticorín; y más aconsejarle heis, como amigo de su honra, que devuelva el dinero que tomó de los que mataron a los portugueses; y no escribo, porque no espero ninguna enmienda en él. Y así le diréis de mi parte el aviso que tengo de escribir al rey sus maleficios; y al señor gobernador, para que lo castigue; y al infante don Enrique, que por medio de la Inquisición castigue a los que persiguen a los que se convierten a nuestra santa ley y fe, y por eso que se enmiende... Escribirme heis largamente de vos y de esos cristianos, y de Cosme de Paiva, si se enmienda y si restituye lo que llevó de estos cristianos».

Y mientras el capitán de Negapatán se hacía el muerto, Javier comenzó a gustar la amarga lección histórica, adelantándose varios siglos. No era conveniente que el apóstol y el soldado siguieran juntos demasiado cerca el uno del otro. Mal se pintaban las cosas. «No se tomó Jafnapatán ni se puso de asiento aquel rey que había de ser cristiano». Con este exabrupto puso fin al grandioso proyecto. Los vientos que en esas fechas soplaban del sur no le «dieron lugar para volver al cabo Comorín»; ya no tenía más remedio que seguir adelante, y cierto día, acompañado de un criado, emprendió viaje a pie por la costa de Coromandel, llegando después de ocho días de camino a Santo Tomé de Meliapor. Algo trágica y enigmática fue esta marcha. «Entonces fueme forzado venir a Santo Tomé».

II. EL ITINERARIO DE LA ESPERANZA

En la mitad de la vida, ante el sepulcro de Tomás, el discípulo infidente, despliega Javier su geografía espiritual de la confianza. Las grandes incertidumbres de porvenires contrapuestos, los miedos inmensos, y hasta el miedo de tener miedo, le lanzaron por reacción y vencimiento al valor y la confianza. El alto grado místico de confianza en Dios, como experiencia gozada en medio de las tormentas y peligros mortales, caracteriza este periodo de su vida. También están las Islas de la Muerte, o del Moro. El las llamará mejor: Islas de Esperar en Dios.

Santo Tomé de Meliapor (mayo-agosto 1545)

«Contempla un momento esta tierra que recibió los despojos mortales del apóstol cuya mano tocó las llagas de un Dios. Allí se elevaba otrora, a cierta distancia del mar, una ciudad floreciente. Cautivados por su belleza, los pueblos la llamaron Meliapor». Con estas palabras introducía Camoens al viajero en la tierra santa de la India portuguesa. Pero mucho antes Marco Polo revelaba a Europa la gloria del santuario y el encantador relato del martirio. «Un día que se hallaba fuera de su ermita, elevando sus súplicas en el bosque a su Señor Dios, rodeado de pavos reales, muy comunes en aquella región, un idólatra, sin ver al apóstol, envió una flecha con el propósito de alcanzar a uno de los animales, pero el proyectil mal dirigido penetró en el costado derecho de Santo Tomás: éste adoró muy dulcemente a su Creador y expiró». El santo, puesto en oración en medio de los pavos reales, la herida en el costado que recuerda la otra, «mete tu mano en mi costado», con la dulce y rápida agonía, tienen una belleza sólo compensada por la barbarie de la India.

Una frondosidad de tradiciones y leyendas se acumulaba sobre la tumba del apóstol, guardándose unos huesos, un vaso con tierra empapada en sangre y una punta de hierro. Allí fue Javier, antiguo peregrino de santuarios, pidiendo luz.

«Determinó de ir en romería a aquella casa del glorioso apóstol Santo Tomé». Se hospedó en casa del vicario Gaspar Coelho. Comía, dormía y trataba íntimamente confesándose con él. Su conversación sólo versaba sobre materias religiosas, «espiritualidades», con la encantadora familiaridad, socrática, del hombre que se mueve naturalmente entre ellas.

Redobló sus tiempos de oración, haciendo «vida contemplativa». Salía todas las noches de casa, muchas veces sin sentirlo el vicario, y atravesando la huerta pasaba a una casita contigua a la iglesia, donde se guardaba la cera del altar de Nuestra Señora, para orar y disciplinarse.

-«Maestro Francisco, no vayáis solo a aquella cerca» -le decía don Gaspar. Javier se reía, pero con todo llevaba consigo al malabar que le había seguido, que se quedaba fuera de la puerta dormido. Una noche se le oyó gritar allá dentro.

«Señora, ¿no me habéis de valer?» Hasta tanto que el mozo despertó y oyó que se daban golpes, pero no sabía sobre quién caían. Regresó Javier a acostarse, sin notarlo el vicario, pero al día siguiente no madrugó levantándose a rezar los maitines como de costumbre, arrodillado delante del altar del apóstol. Don Gaspar, después de maitines, fue derecho a verle, hallándole en la cama.

-«¿Está vuestra reverencia doliente?», le preguntó.

-«Padre mío, estoy muy mal», respondió.

Salió don Gaspar y, hallando al mozo malabar, se enteró de lo que había oído de noche.

-«Bien le decía yo que no fuera a Santo Tomé de noche» -le reprochaba don Gaspar. Javier se sonreía. Es tuvo durante dos días indispuerto y no revelaba nada de lo ocurrido. Después de comer don Gaspar le embromaba repitiendo: «Señora, ¿no me habéis de valer?» Con el estribillo se sonreía, se ruborizaba y, en su silencio, asentía. Don Gaspar, y más tarde el pueblo, se atuvieron a la

versión más directa. «Las peleas que tuvo con los demonios velando de noche en oración y de los azotes que le dieron en aquella santa casa».

La noche de un sábado, acabando de cenar, le dijo Javier: «¿Sabe vuestra reverencia lo que me ha acontecido esta noche? Fui a la cerca del apóstol esta noche, y andando paseando oí en el coro que rezaban maitines y oí rezar en alta voz a ciertos padres -nombrándolos personalmente-, y me espanté no habiendo oído tocar a maitines, y me fui a la puerta lateral del apóstol y la hallé cerrada con la llave de afuera; y fui a las otras y las hallé cerradas de dentro sin poderlas abrir. Me volví espantado y amedrentado a casa».

No volvió a hablar más de esto con el vicario, y sus confidencias retrocedieron al pasado. Le contó toda su vida, le habló de Navarra, de su castillo natal y de sus padres. Al hablar de sus estudios en París le oyó don Gaspar atento y boquiabierto la revelación íntima de la preservación de su castidad al lado de las aventuras nocturnas corridas por su maestro y compañeros. Don Gaspar se convenció de que su interlocutor era «puro, casto y virgen desde el vientre de su madre.

¿Navegaría a Malaca o regresaría a la India? Esta era la incógnita que buscaba desvelar en las vigiliias penitenciales, consumidas entre luchas interiores, terrores de la imaginación, la impresión de una acción directa diabólica y una finísima actividad espiritual de elevaciones y adhesiones a la voluntad de Dios. Se hizo la luz. «Quiso Dios, por su acostumbrada misericordia, acordarse de mí; y con mucha consolación interior sentí y conocí ser su voluntad fuera yo a aquellas partes de Malaca». El método ignaciano de discernimiento por la consolación espiritual le valió, y firme en su propósito se decidió a todo. «Si no fueren navíos de portugueses este año para Malaca, iré en algún navío de moros o gentiles». Cabía la posibilidad de que no partiera ningún navío, y entonces Javier, descubriendo en el «catamarán» toda la endeblez de la balsa de tres o cuatro planchas de madera, usada en la costa de Coromandel, anunció amenazador una de sus indómitas audacias: «Tengo tanta fe en Dios nuestro Señor, carísimos hermanos, por cuyo amor únicamente hago este viaje, que, aunque de esta costa no fuese este año navío ninguno, y partiese un catamarán, iría confiadamente en él, puesta toda mi esperanza en Dios».

Había transcurrido el mes de mayo en sus deliberaciones, tal como se lo había propuesto, y esperaba para agosto navegar a Malaca. Le quedaban tres meses para trabajar con las almas, obteniendo resonantes conversiones en aquel centenar de familias portuguesas, de soldados veteranos, celibatarios empedernidos que habían cambiado las armas por el comercio y vivían desordenadamente. Les atendía por las mañanas, reservando las tardes para los indígenas.

Un día de estos, un penitente, Juan de Eiro, se presentó pidiéndole confesión, recordándole que, viniendo a la altura de Ceilán, le había rogado lo mismo. Javier le había prometido escucharle en Santo Tomé, sin duda para probar su constancia. Javier estaba leyendo un libro, y sentándose junto a él le dijo: -«Padre, a la altura de Ceilán te pedí que oyeras en confesión mis pecados; tú diferiste este negocio para esta población».

A continuación le dio cuenta de toda su vida y persona, tiempo de su venida a la India, ocupaciones y un deseo de dedicarse al servicio de Dios. Se había retraído por no haber hallado quien le guiara, pero ahora la divina bondad le había presentado al que le podía enseñar el camino de salvación. Le pedía vehementemente que le admitiera en su compañía y le llevara consigo a cualquier parte como compañero. Javier le rechazaba negándose de muchas maneras. Cuando le ofreció todos sus bienes para distribuirlos entre los pobres y después de mucho insistir, Javier determinó que tomase un espacio de tres días para hacer la

confesión. Se siguieron muchas conversaciones y, con la ayuda de la gracia, convencido por los razonamientos de Javier, se determinó a obedecerle en todo. Mientras trataban en días sucesivos de cosas espirituales, el enemigo le tendió un nuevo ataque, y apartándolo de la obediencia al padre, lo arrastró a un pecado vergonzoso, pues faltando gravemente a la castidad y comprando un esclavo mahometano, preparaba con su ayuda todo lo necesario para navegar, y había mandado llevarlo todo a una nave. Entonces Javier, inspirado con instinto divino, llamó al mozo Antonio mandándole que le llamase a su presencia en el momento en que iba a abandonar el puerto. Se le acercó y le dijo:

-«El padre Francisco te llama.

-No soy yo el que manda llamar al padre Francisco -le respondió muy perturbado.

-¿No es tu nombre Juan de Eiro? Pues a ti te llama».

Se quedó perplejo, permaneciendo dudoso y agitado con diversos pensamientos hasta que decidió acudir a la llamada. Al llegar a la puerta del padre Francisco oyó que le decía desde dentro, increpándole por dos o tres veces:

-«Has pecado, has pecado.

-Es verdad, he pecado -contestó al oírle, bajando la cabeza.

-Acércate a confesarte, acércate a confesarte».

En un altozano llamado el «monte pequeño» había hecho su confesión general, en el lugar en que la tradición señalaba el martirio de Santo Tomás. Ahora, nuevamente arrepentido, marchó a su casa, y el mismo día vendió su nave y distribuyó sus bienes entre los pobres, juntándose con el padre Francisco.

Otra captura sonada de Javier: Juan Barbudo, un buen hombre que llevaba quince años sin acercarse a la eucaristía; durante catorce o quince días le manifestó su conciencia, se confesó y comulgó con gran admiración de todos.

Días de plenitud y alegría, tras las crisis nocturnas del mes de mayo, inundaron su alma. Solía decir que de todos los pueblos que había visitado hasta entonces, la mejor gente era la de Santo Tomé. Su devoción junto a la tumba del apóstol era patente. El noble indio Antonio Enríquez le vio celebrando misa en el altar del santo levitando un codo sobre el suelo. Y la constante atribución de prodigios producida en un medio oriental, religioso y místicoide, tampoco le abandonó esta vez. La curación de una moribunda y la entrega de un rosario, arrancado a fuerza de ruegos, a un mercader, acompañada de una garantía: «Guardadlo y no moriréis en el mar».

Don Gaspar sintió la despedida y le obsequió con una reliquia de Santo Tomás, que Javier encerró en su relicario al cuello junto a la firma de Ignacio y la fórmula de sus votos. A fines de agosto, acompañado de Juan de Eiro, embarcó para Malaca, empleando un mes en el viaje para cubrir los 2.700 kilómetros de distancia.

Malaca (septiembre-octubre 1545)

El capitán de la nave, Antonio Pereira, conocido de Javier desde Goa, condujo la embarcación en lentas singladuras por el golfo de Bengala, el extremo norte de Sumatra y el estrecho de Malaca, entre escollos y bajíos, sondeando continuamente el fondo durante el día y anclando por la noche. Cuando a fines de septiembre apareció sobre una colina la iglesia blanca de Nuestra Señora dominando Malaca, los viajeros respiraron tras la peligrosa navegación.

Javier entraba en el período menos brillante de su vida tal vez, pero sí el más pintoresco y el más grato. Le daban un barco portugués cuyos marineros juraban como diablos y los mercaderes jugaban a los naipes la suerte de sus esclavas. Le llevaban a una población que era un infierno para la gente decente y un edén para la menos decente, donde cada casa dejaba filtrar a todas horas por las ventanas entreabiertas sobre el camino risas, gritos femeninos, música de percusión,

perfumes y humo. O le acercaban a la naturaleza sombría, entre palmeras y cocoteros, a un corro de chozas primitivas dominadas por la mueca de un fetiche. Muy pronto los marineros entonaban cánticos, los mercaderes se confesaban, las casas se vaciaban por la puerta de atrás de huéspedes inútiles, llevándose sus instrumentos, mientras en la puerta principal sonreían saludando el dueño y la verdadera señora legítimamente unidos, y, en la selva casi impenetrable, los salvajes reían y danzaban sobre los fragmentos del fetiche destrozado.

Era verdad, pero la realidad era algo más lenta. La ciudad voluptuosa, de vida fácil y equívoca, se asemejaba a Goa. En lo espiritual, según Valignano, era «un bosque cerrado lleno de toda inmundicia y maldad». Javier se puso a trabajar como en Goa, con el mismo estilo abrumador. Se acomodó en el Hospital Real, en una casa adosada a él, y bajo la pupila observadora del vicario Alfonso Martínez se clavó en el confesonario. Según su testimonio, pasaba dos o tres días sin venir a comer porque las confesiones y otros negocios se lo impedían. «Soy tan importunado en confesiones, que no es posible poder cumplir con todos», escribía Javier. Acortaba las noches de Malaca a fuerza de oración. Sus amigos Antonio y Diego Pereira tenían curiosidad por saber lo que hacía cuando se retiraba, y le espionaron algunas veces a través de las rendijas de las ramas de palmeras y le vieron arrodillado ante una imagen de Cristo crucificado, hallando que empleaba toda la noche en oración y contemplación, y si descansaba algo lo hacía acostándose en el lecho de cuerdas de fibra de coco con una piedra por cabezal, y por corto tiempo». En la misma casa convivía el funcionario Rodrigo Sequeira. Javier ocupaba un cuarto aparte, y cuando iban a dormir se encerraba para orar. Vio la habitación y el mobiliario. Una mesa pequeña y, sobre ella, un crucifijo de madera de Santo Tomás, una cruz velada y un breviario. Al lado de la mesa, una piedra negra a modo de almohada, más bien algo mayor y alargada. Sequeira le veía vestido todavía con la «loba» de uso diario y arrodillado con las manos levantadas al cielo. Le estuvo observando durante cierto tiempo. Por dos o tres veces descansaba sobre la piedra con otras piedras situadas junto a la mesa. En Malaca encontró a su buen amigo el doctor Saraiva, médico del Hospital Real. En la capilla del mismo hospital celebraba Javier a diario, y Saraiva, dada su amistad y veneración, no se perdía ninguna de sus misas. Una mañana, después de las palabras de la consagración, le pareció verle elevado sobre el suelo, sin tocar el pavimento con los pies. Pero se quedó con miedo de sentirse engañado, víctima de su imaginación, a causa del amor y devoción que le profesaba. Repitió sus catequesis al aire libre. «Todos los días enseño a los niños las oraciones una hora o más». Pero antes de lanzarse a la calle agitando la campanilla y recitando sus pasos favoritos, le acometió la comezón por la lengua malaya. «La mayor ocupación que tengo es de sacar las oraciones de latín en lenguaje que en los macasares se pueda entender. Es cosa muy trabajosa no saber la lengua».

Para mover a los moros y gentiles, mandaba a los niños levantar «altarcicos» en las calles, delante de los cuales cantaba la doctrina, y al atardecer, retiñendo la campanilla, encomendaba las ánimas del purgatorio. Al pasar por delante de los altares se detenía rezando con los presentes un padrenuestro y un avemaría. Los musulmanes e idólatras acabaron muy adictos, considerando al padre y aun a sus niños como santos. De su penetración en otras confesiones religiosas, el doctor Saraiva recordaba a cierto rabino. Cuando el padre predicaba, acostumbraba escucharle un judío docto, de dura cerviz, legisperito, pero sólo con el ánimo de burlarse. Estaba tan endurecido y pertinaz en sus errores, que impedía la conversión de otros judíos. Logró Javier acercarse y comenzó a comer y tratar con

él, y no desistió hasta que abrazó nuestra fe. Perseveró hasta su muerte como «óptimo» cristiano. Su conversión fue tenida en Malaca como un milagro. Con el mayor fervor se dedicó a la población portuguesa, religiosamente empobrecida y aletargada. Buscaba, humanísimo, los ocios de los soldados presenciando sus juegos, y si alguna vez se retraían, les animaba a seguir jugando recordándoles que «eran soldados y no habían de vivir como frailes». No habiendo ofensa de Dios, decía, «mejor era holgar y jugar que murmurar y hacer otros pecados».

Seguía convidándose a comer con santa libertad y familiaridad, «alabando mucho los guisados y platos que le daban, mostraba holgar con ellos, y preguntaba quién había sido la cocinera de aquellos manjares, y después decía al huésped que la hiciese venir allí; y luego que ella aparecía le mostraba alegría y alababa la comida y los guisados que hacía; diciéndole que fuese santa, la mandaba tornar a su lugar y la despedía». Las cocineras de Malaca se esmeraban cada vez más. Otras veces pedía a su anfitrión que le mostrase su casa. Era una inspección «y no dejaba canto que no escudriñase». Rápidos cuestionarios: «Qué moza era la que allí estaba y de qué nación era la otra». Con gracia y picardía, como en Goa, triunfaba. «No solamente los portugueses, más aun sus mancebas y criados amaban mucho al padre y holgaban que fuese a comer a sus casas, porque los favorecía y mostraba amarlos a todos». Preparaba la delicada fase final, sanear la casa, vaciándola de personas superfluas. Esta vez, muy guasón, se negaba a comer sin la señora de la casa, que tal vez era una africana u oriental, de negra piel y facciones vulgares. Una alusión picante sin rodeos: «¿Quién es este monstruo? Estáis albergando al diablo. ¿Qué hijos esperáis tener? Dejadla y tomad una mujer digna de vos». Esta reacción frontal e inesperada, partiendo de un visitante tan amable, corregía la enfermedad con el filo del bisturí. Sus ojos leían lejos, y el matrimonio con tales mujeres sólo podía conducir al desastre. A veces se resistían, y solía decir ante el lote de hermosas esclavas: «Si necesitáis tantas sirvientas, a pesar de que no sirven más que para haceros perder la salud y atormentaros, que se quejan sin parar, turban la casa y aumentan los gastos, por lo menos, si no podéis despedirlas a todas juntas, despedid una o dos por mi amor». Días más tarde volvía a comer con la misma exigencia. «Vamos -le decía con buen humor-, que no necesitáis tantas para ir al infierno». Y le iba quitando una por cada visita. Al final terminaba casándolo con una. Iba saqueándoles las esclavas con habilidad, «y tal hubo a quien quitó de esta manera siete mancebas». Estas y otras audacias en una sociedad viscosa le llevaron a veces a situaciones fuertes, resueltas con dignidad, pero que, según Quadros, pudieran ser más extrañas que recomendables.

Malayos, javaneses y chinos, en una tierra afrodisíaca de promiscuidad y exhibicionismo, ejercitaban el travestismo en las calles. Tuvo mucho que sufrir el ángel de pureza Javier.

La crónica de Malaca no debía renunciar al buen efecto taumatúrgico de su huésped para tormento de sus biógrafos. Lucía Villanzán, una asistente china de sus catequesis que alcanzaría la edad de ciento veinte años, oyó referir a dos mercaderes, uno portugués y el otro malayo, que había visto cómo resucitó a una niña después de tres días de su defunción. Su madre le argüía con las palabras del Evangelio: «Si hubieses estado aquí, mi hija no hubiera muerto». Javier le respondía calcando las palabras de Jesús: «Tu hija no está muerta». «Hace tres días que está enterrada», respondía la madre. Y agotando el paralelismo con las hermanas de Lázaro, Javier le rogó que se apartara y fuera a abrir la sepultura de su hija, afirmando que la divina Providencia le devolvería la vida. Al abrir el sepulcro halló viva a su hija.

Con mayor confianza se aceptaba la siguiente relación, avalada por su compañero Juan de Eiro y por Antonio Méndez, natural de Malaca, testigo ocular y actor del suceso. Un hijo de Juan Fernández de Iglar y de madre javanesa, llamado Antonio, de edad entre quince y dieciocho años, recayó enfermo de una dolencia anteriormente padecida. Su madre, javanesa, tuvo la idea de llamar a una hechicera del país, dejándose llevar del ambiente saturado de filtros, hierbas y encantamientos. Llegó la hechicera, de nombre Nhay, oriunda de Maluco, conocida por sus artes, pocos días antes castigada y expuesta a la vergüenza pública a las puertas de la iglesia. Aparte de otros ritos, la hechicera le ató al brazo izquierdo un cordón mágico de seda. El joven empeoró, perdiendo el sentido y el uso de la palabra por tres días; presentaba extrañas convulsiones faciales y otras señales propias de un energúmeno, escupiendo a las imágenes. En esta situación, un domingo por la noche, Antonio Méndez mandó llamar al padre Francisco. Entró Javier preguntando por el tiempo que llevaba enfermo, admirándose de no habersele notificado antes. El enfermo, en estado de quietud hacía poco, comenzó a agitarse gesticulando, sin poderle sujetar en la cama. Fue necesario que Antonio Méndez presionara con sus brazos sobre él. Maestro Francisco se arrodilló ante el muchacho, mandó traer la estola, el crucifijo, el misal y agua bendita, rezando los exorcismos. Luego le aplicó el relicario que traía al cuello. Quedó tranquilo y «sedado» el enfermo. Prometió Javier que al día siguiente celebraría la misa por él, esperando en Dios que recuperaría la palabra. Efectivamente, celebrando en el altar de Nuestra Señora, al tiempo de proclamar el evangelio, habló el muchacho hallándose presente Antonio Méndez. No volvió a recaer en la enfermedad.

A Francisco de Chaves, medio muerto por una flecha envenenada, con leerle un evangelio y cogerle la mano lo devolvió a la vida. Lo refería años más tarde con lágrimas en los ojos.

El anecdotario abultaba con relativa facilidad y monotonía. Un hermano de Ruy Díaz Pereira estaba muriendo desahuciado del todo. Vino Javier a verle y, después de confesarle, prometió a su madre que sanaría. «No temas, no te angusties, tu hijo recobrará la salud». Y cuando desapareció, el enfermo se levantó pidiendo de comer, después de tres días que no había probado nada, recobrando la salud perdida. El escudero de casa real Francisco López de Almeida, hallándose sin sentido, se curó de repente al imponerle las manos, y afirmaba que a muchos enfermos de Malaca les curó con rezarles un evangelio. El enfermero del Hospital Real solía decir que el padre maestro Francisco tenía tal virtud en las manos, que le bastaba tocar para curar. Y en Malaca cundía la devoción a las manos del santo padre.

La fronda de curaciones y prodigios de imposible verificación clínica, a cuya sombra se movía Javier, nunca pareció entusiasmarle ni preocuparle demasiado. La tremenda naturalidad de lo sobrenatural y lo preternatural, bordeando los fenómenos parapsíquicos, o el magnetismo, gozaba de una actualidad debilitada a medida que se prolongaba con generosidad. Los «milagros», generalmente, se circunscribían a grupos limitados y formaban parte del «misterio Javier», quien se recluía cómodamente cubriéndose con las palabras del Evangelio: «No está muerto. Está vivo. Duerme». Por lo demás, en una tierra en que nunca escasearon los taumaturgos, los magos ilusionistas y los encantadores, no era ocupación del público pararse a discernir el milagro de sus contrafiguras. No existe el precedente de una comunidad humana reformada a golpe de milagros. Y además, bastante defraudado en sus esperanzas por la pasividad de los malayos, deseaba pasar cuanto antes a las islas, la Especiería, cuyos habitantes, ni musulmanes ni idólatras, se contentaban con adorar al sol cada mañana.

La estancia provisional en Malaca tocaba a su fin. Por una parte, se juzgaba suficiente el envío de un clérigo al Macasar en el mes de agosto, y por otra, los cristianos más abandonados de Amboino y las Molucas pedían a su vez se les socorriera. Desistió de su viaje al Macasar y resolvió marchar hasta Amboino y Ternate. El día de Año Nuevo de 1546 zarpaba de Malaca el navío de Banda; en él emprendió el viaje el santo padre acompañado de Eiro.

Amboino (enero junio 1546)

Una ruta de más de 3.500 kilómetros, y mes y medio de duración, por un laberinto de islas, islotes, estrechos y pasos forzados, navegando siempre con la sonda en la mano. Viaje peligroso, decían todos. «En muchos peligros me vi», decía Javier. Bordearon las costas bajas de Sumatra, verdaderas guaridas de piratas, que por esta vez renunciaron a su presa. Después se levantó una tempestad «con viento recio. El navío de Banda iba cargado con 400 toneladas y el sobrepeso lo hundía, arrastrándose por espacio de una legua tocando con la quilla el fondo de arena. «Si acertáramos en todo este tiempo con algunas piedras, la nao se deshiciera; o si halláramos menos agua en una parte que en otra, quedáramos en seco. Muchas lágrimas vi en tonces en la nao».

Casi todas las tempestades fueron ocasión de aumentar su confianza en Dios, sin mezcla alguna de temor o esperanza humana. Era el momento que Dios parecía preparar haciéndole entrar en el secreto de sus comunicaciones místicas. En medio de la confusión y el pánico ambiental, se ponía a orar, y de la oración subía al éxtasis.

Quiso Dios nuestro Señor en estos peligros probarnos y darnos a conocer para cuánto somos, si en nuestras fuerzas esperamos, o en cosas criadas confiamos, y para cuánto cuando de estas falsas esperanzas salimos, desconfiando de ellas, esperando en el Criador de todas las cosas, en cuya mano está hacernos fuertes, cuando los peligros por su amor son recibidos. Y tomándolos por solo su amor, creen sin dudar los que se hallan en ellos que todo lo criado está a obediencia del Criador, conociendo claramente que son mayores las consolaciones en tal tiempo que los temores de la muerte, dado que el hombre acabase sus días. Y fenecidos los trabajos y acabados de pasar los peligros, no sabe el hombre contar ni escribir lo que por él pasó al tiempo que estaba en ellos, quedando una memoria imprimida de lo pasado, para no cansar de servir a tan buen Señor, así en lo presente como en lo porvenir, esperando en el Señor, cuyas misericordias no tienen fin, que le dará fuerzas para lo servir.

Tras la tempestad, el navío avanzó con normalidad por la costa de Java. El capitán y los oficiales eran portugueses, el resto de la tripulación eran indígenas reclutados de diversas razas y religiones que hablaban la lengua malaya en un patois comercial. «Navegaba en la misma nave con Javier -decía Ruy Díaz Pereira-, y vi a muchos gentiles convertirse a la fe por su predicación, hablándoles en su lengua» .

Dejando a la izquierda Macasar y las Célebes, remontando al norte, bogaron hacia el centro de unas islas dispersas sobre el mar, como una bandada de aves posadas después de una tormenta, «las nobles hijas del océano». las Molucas. Soplaban un viento lento, y Amboino, en las Molucas del Sur, no aparecía. Los pilotos comenzaban a inquietarse, temiendo que por haber rebasado su objetivo y con el fuerte viento de popa les sería imposible virar. Adivinando su pensamiento, Javier les tranquilizó: «Mañana llegaremos al puerto de Amboino». Al día siguiente el viento disminuía su fuerza y se descubrían las costas. El capitán quería aprovechar la jornada y llegar cuanto antes a Banda; no echó el ancla, sino que soltó un bote en el que Javier, Juan de Eiro, Juan Araujo y algunos más hubieron de remar para ganar la costa. De pronto aparecieron dos barcas de piratas y los

portugueses volvieron la proa a alta mar. Viendo que no les atacaban, parecían decididos a pasar adelante, pero Javier les animó a acercarse al puerto. Se disiparon los temores, y desembarcaron en Amboino el 14 de febrero, siendo recibidos con benevolencia.

Javier traía la intención de reconocer el campo y buscar a los cristianos bautizados en una expedición de 1537, pero que ahora se hallaban sin sacerdote, por haber fallecido años atrás. Muchos de los isleños vivían en las inaccesibles y escarpadas montañas del interior. Fue recorriendo las playas y trepando las montañas, bautizando a los niños e instruyendo a los adultos. Era necesario abrirse paso entre helechos y bambúes, entre esbeltas palmeras y frondosos árboles del clavo. Mientras caminaba, zumbaban nubes de insectos venenosos y brillaban espléndidas mariposas esmeralda y zafiro, con alas como colas de golondrina. La verde penumbra, sonorizada con el parloteo de los papagayos y cargada con el aroma de los capullos de la flor del clavo, cedía al paso vacilante con los pies y tobillos lamidos de sanguijuelas.

Los isleños de Amboino, escondidos por miedo a los musulmanes, se recelaban refugiándose en sus chozas. Javier pasó por las siete aldeas de cristianos. Todas parecían desiertas; sus moradores habían olido a contraviento la presencia del extranjero. Entonces intentó hacerse oír y comenzó a cantar sus melodías y letras religiosas. Poco a poco se abrían las puertas, asomaban los rostros morenos, salían, los niños le rodeaban. La victoria era completa, y Javier pasaba a cenar y dormir en sus chozas comiendo el pan de fruta cocido en cenizas de madera. Se bebía aguardiente en calabazas secas y se dormía plácidamente a la sombra de un cráneo o de un ídolo de palo. Le precedía un niño portando una cruz; se llamaba Manuel, era hijo del cacique de Hatiwi y aprendió de Javier aquella sentencia que tanto gustaba de repetir y que no olvidaría jamás: «Qué hermoso es morir por Jesucristo».

Pasó rápido por las siete aldeas, dejando para sus futuros colaboradores la obra de consolidación. « En esta isla hallé siete lugares de cristianos». Hatiwi, Soya, Nussaniwi, Ema, Kilang, Halong y Urimesen. «Los niños que hallé por bautizar bauticé, de los cuales murieron muchos después de ser bautizados, y parece que Dios nuestro Señor los guardó hasta que estuviesen en camino de salvación». Hizo una exploración en la vecina isla de Ceram, acompañado de Fausto Rodríguez y Juan Raposo. Ocultos en el interior vivían los «alfures», salvajes cazadores de cabezas. Iban decididos a todo. Javier tenía en este tiempo, según su acompañante, «el cabello crecido y suelto, algo cano, pero la barba negra». Mientras navegaban se levantó una tempestad, y, según costumbre de marinería, sacó el crucifijo que llevaba al cuello y lo sumergió en el mar mientras invocaba a Dios les librara de aquel peligro. Sin saberse cómo, mientras rezaba, se rompió el cordón, y la cruz desapareció entre las espumas. Quedó muy triste, sin poder disimularlo. Al día siguiente desembarcaron en Ceram. Habían transcurrido veinticuatro horas de la desaparición del crucifijo en el mar, caminaban por la playa Javier y Fausto Rodríguez, habían avanzado unos quinientos pasos, cuando vieron salir del agua un cangrejo portando el crucifijo entre sus pinzas. El padre se arrodilló, tomó el crucifijo y permaneció en oración una media hora. Se dirigieron a la aldea de Tamilán, donde permaneció ocho días predicando a los musulmanes, que permanecieron recalcitrantes en su religión.

Al volver a Amboino hicieron escala en la isla de Nusalaut. Se contagiaban una especie de pavor antes de saltar a tierra en cualquier isla del archipiélago. «Hay islas en estas partes en las cuales se comen unos a otros; esto es cuando unos con otros tienen guerra y se matan en pelea, y no de otra manera. Cuando mueren por enfermedad dan por gran banquete las manos y calcaños a comer».

Al paladar más fino «dicen ser el calcañal y el empeine del pie el mejor bocado», según Rebello. «Es tan bárbara esta gente -prosigue Javier-, que hay islas donde demanda un vecino a otro (cuando quiere hacer una fiesta grande) su padre, si es muy viejo, prestado para comer, prometiéndole que le dará el suyo cuando fuere viejo y quisiere hacer algún banquete».

Entre estas gentes de Nusalaut perdió el tiempo, aunque logró ganar a un joven, al que bautizó llamándole Francisco. «Hijo mío, tú morirás pronunciando el nombre de Jesús», le dijo Javier. Desde entonces los transeúntes, cuando le encontraban, se daban un codazo y se decían: «Este tiene que morir pronunciando el nombre de Jesús».

La flota de Villalobos (marzo 1546)

El imperio español y el imperio portugués, partiendo en direcciones opuestas, venían siempre a enzarzarse en las Molucas, comprobándose así la redondez de la tierra. Así, el 9 de marzo de 1546, miércoles de ceniza, al regreso de la expedición a Ceram, encontró Javier en Amboino una animación extraordinaria con la presencia de nueve grandes navíos fondeados en la bahía. Era la flota de Fernán Sousa de Tavora, que traía a los supervivientes de la desgraciada expedición española de Ruy López de Villalobos. El almirante español había partido de Nueva España en 1542 para colonizar las Filipinas, pero hostigado por el hambre y las enfermedades, tras diversas peripecias, hubo de dirigirse a las Molucas y rendirse en la fortaleza de Maluco a las gentes de Tavora. Consta la flota de 300 hombres, de los cuales 130 eran españoles. Se contaban entre ellos cuatro agustinos y cuatro sacerdotes seculares. La bahía de Amboino, transparente, con sus aguas en calma, se convirtió en tumultuoso campamento y en improvisado hospital, por haberse declarado la peste, de la que morían muchos soldados. Una de las víctimas fue el propio Villalobos, que murió confortado en tan formidable encuentro con la presencia de Javier. Fue sepultado junto a la aldea cristiana de Nusaniwi, en la boca de la ensenada, al pie de una gran cruz de madera. Javier se deshizo. «Fueron tantas las ocupaciones espirituales con esta armada, así confesiones continuas como en predicarles los domingos y hacer paces, y visitar a los enfermos, confesándolos y ayudándolos a bien morir, que me faltaba tiempo para cumplir con todos».

La permanencia de la flota coincidía con el tiempo de cuaresma, intensificándose la actividad espiritual. Obtuvo algunas conversiones bien señaladas. Se hizo el camarada de tres portugueses que vivían mal sin haberse confesado hacía cinco o seis años. Comiendo con ellos y aun pernoctando en la misma vivienda logró atraerlos a los sacramentos. Uno de ellos pudo ser Cristóbal de Castro, escudero de casa real, a quien le separó de una esclava que traía consigo. «Y lo que hizo conmigo lo hizo con otros muchos», decía Cristóbal de Castro.

En la flota de Tavora había venido el caballero Odoacro de Soveral Fonseca, y confesaba que portugueses y castellanos se hallaban «acostumbrados y proclives a los vicios propios de la región». La acción de Javier los reformó, y los campamentos cambiaron. Aunque fuera sólo por respeto al Santo Padre, nadie se atrevía a volver a los vicios de costumbre. Era el tema de conversación constante entre los soldados, y mirándole coincidían que de «todos los personajes virtuosos que habían conocido u oído hablar en Portugal, Castilla o en la India, ninguno se le comparaba, ni se le acercaba de lejos». También se fijaron inquisitorialmente y decían que no le veían ninguna falta venial. Odoacro advirtió que ninguno de ellos murmuraba del padre.

El mercader Juan de Araujo andaba tan «ávido de ganancias», que el padre le reprendía muchas veces por su codicia desordenada, siendo inútiles sus ruegos. Tras sus fracasados intentos, le veían «prorrumpir en lágrimas» por no poder

reducir la avaricia del mercader. Esta batalla con su compañero Araujo la interpretaban como prueba inequívoca de «su fervor en el amor de Dios». Ciertamente que las dificultades con Araujo iban en aumento. Javier le pedía sólo «algunas veces» alimentos para los soldados enfermos, y especialmente algo de vino que tenía y conservaba para sí. También le pedía otras cosas, que al final daba de mala gana. Un día Javier le rogó al caballero Francisco Palea que le pidiese por su cuenta un poco de vino para un enfermo, sin nombrarle a él para nada. Araujo se lo concedió, pero avisándole que sólo por una vez y nunca más, y que no volviese a pedirle. Cuando se juntaron a comentar el resultado, el padre le respondió: «¿Qué se piensa Juan de Araujo? ¿Acaso piensa que se va a beber todo su vino? Que sepa que he de repartir aquí todos sus bienes, porque se va a morir». Luego, delante de Francisco Palea, avisó al interesado que diese de buen gusto a los enfermos, porque había de morir en Amboino.

El ejemplo de Javier cundió, y todos se volcaban humanitariamente al servicio de los enfermos. Seleccionó a dos capitanes para recomendarlos a la generosidad del rey. Eran Manuel de Mesquita y Lionel de Lima, que «gastaron de lo suyo y lo de sus amigos en dar de comer a los pobres lascarinos (mercenarios) y agasajando a los castellanos que de la Nueva España vinieron, proveyéndolos de vestidos y de comer más como a prójimos que como a enemigos». Enemigos eran, pero Javier, maestro «en hacer paces», los amistó. «Estos capitanes de vuestra alteza, como son más caballeros que chatis (mercaderes), y no son mercaderes, no se supieron aprovechar, para ayuda de sus gastos, del fruto del clavo que Dios en esta tierra da. Esperan el galardón de sus servicios, de Dios primeramente, y después de vuestra alteza».

Había llegado el mes de mayo, y con el primer soplo de la monzón se preparaba el regreso de la armada portuguesa a la India. No todos estaban curados, pero todos debían embarcar. Recomendó a los cuatro agustinos españoles para que los recibiesen en el colegio de Goa, por ser «personas tan religiosas y santas que merecen todo buen agasajo». En el muelle, entre los toneles de pimienta y clavo, retozaba la figura cariquebrada de un gracioso animal que Javier quería describir, para regocijo de sus hermanos y desesperación de sus futuros editores, que suprimieron este párrafo tan notable. «En esta isla de Ambueno tengo vista una cosa que jamás en mi vida vi, y es que vi un cabrón, el cual continuamente tiene leche y engendra mucho: no tiene más de una teta junto a los genitales, y da cada día más de una escudilla de leche, los cabritos le beben la leche. Por cosa nueva lo lleva un caballero portugués a la India, para lo enviar a Portugal. Yo por mis manos propias le saqué una vez leche, no creyendo que era verdad, pareciéndome ser cosa imposible». Jamás había visto cosa igual, ni en su infancia y juventud, junto a la cañada de Javier, en el paso trashumante de los rebaños precedidos de recios cabrones. El afortunado caballero era Francisco Palea, el mismo que pidió vino al mercader Araujo. Por otra parte, el famoso cabrón eliminado por los pusilánimes editores de Javier alcanzaría los honores de la imprenta en las obras de Rebello, Galvao y Nicolás Nuñez. Y tan malo era silenciar las fuentes históricas, pues entonces se negaban milagros o se tachaban cabrones, con igual injusticia.

Antes de despedirse de los capitanes captó nuevos detalles para trasladarlos al rey. «Acuérdese V. A. de Manuel de Mesquita, que va en una nao con muchos castellanos y portugueses a quienes da de comer a su costa, y así lleva la fusta que viene a su cargo, y a su gente da de comer. Lionel de Lima lleva también mucho gasto. Acuérdese V. A. de ellos, para hacerles merced, pues tan bien lo merecen». Lionel de Lima, tocado de ala por el trato con Javier, a su regreso a Portugal no necesitó de las mercedes reales e ingresó en la Compañía de Jesús, y

fue fundador y rector del colegio de Braganza. El sacerdote valenciano Cosme de Torres quedó también muy impresionado y pronto daría buena prueba. El 17 de mayo levaron anclas las nueve naves, y al ver las velas hinchadas y hundirse luego sus cascos en el horizonte, debió Javier de sentir una vez más el indefinido dolor de la despedida. Después de haber estado oyendo y hablando durante tres meses en castellano, «el idioma más hermoso del mundo», el portugués debió de parecerle menos dulce y más áspero, nasal y gutural que nunca.

Luego partiría él. Con la flota mandaba el esbozo de sus conquistas, colocando nuevos misioneros en las posiciones ganadas. Un año antes había destinado a Juan de Beira y Antonio Criminal al cabo Comorín, reforzando a Mansillas y Lizano. Ahora Juan de Beira y Mansillas pasarían a Amboino. Les enviaba las fechas y las referencias del largo viaje. Iba así cerrando la órbita de sus recorridos mientras seguía abriendo nuevas tierras. Agotado, cayó enfermo. Dejó a Juan de Eiro como catequista en Amboino, al frente de la pequeña cristiandad. En el puerto, dos «caracorás» salían al mismo tiempo. El portugués Juan Galvano embarcó en una, y Javier en la otra. Cuando llegó Juan de Araujo ya no había sitio para él; la embarcación era pequeña y hubo de permanecer en tierra, en capilla. La profecía comenzaba a cumplirse.

Ternate (julio-septiembre 1546)

El contacto con el océano y las islas animaba la exploración, siempre auscultando latidos, rumores y noticias exóticas. «Antes de un mes espero ir a una isla, en la cual se comen unos a otros cuando se matan en la guerra, en la cual isla también se emprestan unos a otros los padres cuando son viejos, para hacer banquetes. Los de esta isla quieren ser cristianos, y ésta es la causa por que voy allá. Hay abominables pecados de lujuria entre ellos, cuales no podríades creer, ni yo me atrevo a escribir». Siempre pareció tentarle el peligro. Hacia esa isla de la muerte, de caníbales, antropófagos y seres aberrantes navegaba ya a mediados de junio de 1546.

Son estas islas templadas y de grandes y espesos arbolados. Llueve muchas veces. Son tan altas estas islas de Maluco y trabajosas de andar por ellas, que en tiempo de guerra suben a ellas para su defensión, de manera que son sus fortalezas. No hay caballos, ni se puede andar a caballo por ellas. Tiembla muchas veces la tierra y el mar, tanto que los navíos que navegan cuando tiembla el mar, parece a los que van en ellos que tocan en algunas piedras. Es cosa para espantar ver temblar la tierra, y principalmente el mar. Muchas de estas islas echan fuego de sí, con un ruido tan grande, que no hay tiro de artillería, por más grande que sea, que haga tanto ruido, y por las partes por donde sale aquel fuego, con el ímpetu grande que viene, trae consigo piedras muy grandes. Por falta de quien predique en estas islas los tormentos del infierno, permite Dios que se abran los infiernos, para confusión de estos infieles y de sus abominables pecados.

Las dos «caracorás» quedaron separadas por las corrientes tras una tempestad. La de Galvano fue conducida más lejos; la de Javier no se apartó de la ruta y se aproximaba al puerto. Al peligro de la navegación sucedía ahora la emoción dulzona, muy parecida a la que suscitan todavía los versos de Camoens.

«No lejos de Tidor aparece Ternate, con sus volcanes que vomitan llamas. Mira esos árboles en flor cuyos brotes perfumados serán el precio de la sangre de tus hermanos. Sigue en su vertiginoso vuelo al pájaro de fuego que sólo toca la tierra cuando la vida le abandona.

Sigue en su vertiginoso vuelo al pájaro de fuego. Javier era ese pájaro de fuego, que sólo pararía cuando le abandonara la vida.

La fortaleza de Maluco, en Ternate, le recibió con su capitán, sus mercaderes portugueses cargados de esclavas y un vago recuerdo de cristianismo, en medio

de una corrupción moral mayor aún que la de Malaca. Esclavas sinuosas y ganancias sin tasa. La embarcación de Juan Galvano se hacía esperar, y todos creían que llegaría de un día a otro. Javier, desde el primer día, en su predicación, adornada con un golpe profético, captó la atención de la isla. Era el primer domingo y el primer sermón que predicaba. En la mitad de su peroración se paró: «Recemos todos un padrenuestro por el alma de Juan Galvano, que acaba de perecer». A los tres días el mar arrojaba a la playa los enseres y la carga del naufragio.

Arremetió con sus ocupaciones favoritas, predicar, bautizar, confesar y cantar. Los mismos métodos, las mismas didascalías. « Era para dar gracias a nuestro Señor el fruto que Dios hacía en imprimir en los corazones de sus criaturas cantares de loor y alabanza en gente nuevamente convertida a su fe. Era de manera en Maluco, que por las plazas los niños, y en las casas, de día y de noche, las niñas y mujeres, y en los campos los labradores, y en el mar los pescadores, en lugar de vanas canciones cantaban santos cantares, como el credo, el paternóster, avemaría, mandamientos, obras de misericordia y otras muchas oraciones, todas en lenguaje, de manera que todas las entendían, así los nuevamente convertidos a nuestra fe como los que no lo eran. Era verdad, pues Gaspar López había visto durante horas la fila de malayos cargando en el muelle al compás de una melodía lánguida, ahora convertida con la letra de la oración dominical y del avemaría. Fue casi su primera ocupación la redacción de una declaración del símbolo de la fe, bellísima obra didáctica, compuesta con ritmo y estilo poético, para enseñarla cantando. Se podía aprender toda en un año, «enseñando cada día un poco, veinte palabras. Un alarde pedagógico. «Después que van entendiendo la historia del advenimiento de Jesucristo, y repetidas muchas veces estas declaraciones sobre el credo, quedan más fijas en la memoria; y de esta manera vienen en conocimiento de la verdad y aborrecimiento de las vanas ficciones que los gentiles pasados y presentes escriben de sus ídolos y de sus hechicerías».

De la monotonía de la memorización se pasó al asombro cuando, celebrando la misa del domingo, se volvió a los fieles en el ofertorio para comunicarles: Juan de Araujo, que está en Amboino, ha muerto. Yo he celebrado una misa por el eterno descanso de su alma, y ésta también será por él. Rezad un padrenuestro y un avemaría por él en reverencia de la dolorosa pasión de nuestro Señor Jesucristo. A los doce días llegó de Amboino Rafael Carvalho trayendo una carta de Juan de Eiro con la noticia de que Juan Araujo había muerto en la aldea de Hatiwi.

La estancia en Ternate durante tres meses obtuvo otro resultado tangible. Con las numerosas restituciones se creó un fondo de asistencia concedido a la cofradía de la Misericordia con destino a los más pobres. Su facilidad en relacionarse con todas las personas le llevaba a desempeñar el oficio de casamentero, y, por cierto, con buenos resultados. Sólo una vez llegaron a fracasar sus esfuerzos. De la rivalidad permanente entre castellanos y portugueses nacían frecuentes y exaltadas alusiones a la superioridad de Portugal, compartiendo con las esclavas sus entusiasmos patrióticos y mortificando a algunos españoles supervivientes de la expedición de Villalobos. Javier se interesaba por el soldado español Alonso García con la intención de conseguirle por esposa a la esclava de un portugués. Javier ponderaba a la muchacha las cualidades de su novio. Todo inútil. Cuando ya no tuvo más negativas y calabazas que ofrecer, juró por la cruz diciendo: «Pues aunque el tal fuera rey de los castellanos, no le tomaría por marido».

Ocurrió que hizo reír al Santo Padre cuando la contaba a sus amigos.

La penetración entre los indígenas fue notable. Convertidos superficialmente al islamismo, pronto se vieron contagiados por la novedad religiosa y popular de las instrucciones del santo padre. Gaspar López, que había comprobado el cambio de

las canciones de los negros cargadores del muelle, oía por la noche cantar las oraciones en las casas de la fortaleza, lo que excitaba los ánimos a la devoción. Por fin, en una misteriosa mansión, la casa de Baltasar Veloso, vivía con raro prestigio la regente Niachile Pocaraga, hija del rey de Tidor Almansor y segunda mujer de Boleif, rey de Ternate. Era reverenciada en la isla por su virtud y profundo conocimiento de la religión mahometana. Javier la había conocido ocasionalmente en Goa, en compañía de su hijo don Manuel, ya difunto. Con todo, sólo tras largas disputas logró convencerla de la verdad de la religión cristiana. Javier la bautizó poniéndole el nombre de Isabel. Su ejemplo tuvo imitadores, y doña Isabel fue modelo de vida cristiana a los ojos de todos. Este acontecimiento, unido al mando de Jordán de Freitas, hizo concebir grandes esperanzas en el ánimo de Javier, que, siempre insaciable, planeó para fines de septiembre una nueva aventura.

La isla del Moro (septiembre 1546-enero 1547)

Meses atrás, en Amboino, bullía en su mente esta isla terrorífica. Algunas incursiones anteriores habían obtenido numerosas conversiones, quedando pronto desamparados los cristianos por haber sido sacrificados sus primeros pastores. En esta isla del Moro habrá muchos años que se hicieron grande número de cristianos, los cuales, por muerte de los clérigos que los bautizaron, quedaron desamparados y sin doctrina, y por ser la tierra de O Moro muy peligrosa, por cuanto la gente de ella es muy llena de traición, por la mucha ponzoña que dan en el comer y beber; por esta causa dejaron de ir a aquella tierra de O Moro personas que mirasen por los cristianos. Yo, por la necesidad que estos cristianos de la isla del Moro tienen de doctrina espiritual y de quien los bautice para salvación de sus ánimas, y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal, por socorrer a la vida espiritual del prójimo, determino de me ir al Moro, por socorrer en las cosas espirituales a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi esperanza y confianza en Dios N.S., deseando de me conformar, según mis pequeñas y flacas fuerzas, con el dicho de Cristo nuestro Redentor y Señor que dice: «Pues quien quisiera salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará». Y aunque sea fácil de entender el latín y la sentencia universal de este dicho del Señor, cuando el hombre viene a lo particularizar, para disponerse a determinar de perder la vida por Dios para hallarla en él, ofreciéndose casos peligrosos, en los cuales probablemente se presume perder la vida sobre lo que se quisiere determinar, hácese tan oscuro, que el latín, siendo tan claro, viene a oscurecerse; y en tal caso me parece que sólo aquel lo viene a entender, por más docto que sea, a quien Dios N.S., por su infinita misericordia, lo quiere en casos particulares declarar.

Con una ebullición espiritual, un estremecimiento a flor de piel y el valor del miedo, preparó el proyecto. HEn semejantes casos se conoce la condición de nuestra carne, cuán flaca y enferma es. Muchos de mis amigos y devotos procuraron conmigo que no fuese a tierra tan peligrosa; y viendo que no podían acabar conmigo, me daban muchas cosas contra ponzoña». Le ofrecían y le ponían en los bolsillos los célebres antidotos, como la piedra nefrítica, triaca, palo de cobra, palo de Malaca de contrahierba, esmeraldas, «terra sigillata», coco de las Maldivas y cuerno de rinoceronte. «Yo agradeciéndoles mucho su amor y buena voluntad, por no cargarme de miedo sin tenerlo, y más por haber puesto toda mi esperanza en Dios, por no perder nada de ella, dejé de tomar los defensivos que con tanto amor y lágrimas me daban, rogándoles que en sus oraciones tuviesen continua memoria de mí, que son los más ciertos remedios para contra ponzoña que se pueden hallar».

Probablemente sus amigos exageraban algo para retenerle, obteniendo el efecto contrario, aumentando más su obsesión. Inútilmente le hablaban de los «távaros» coleccionistas de cabezas humanas. Ensayarían otro juego más radical, moviéndole al capitán Jordán de Freitas para que le negara la embarcación. Esta resolución le entristeció y constituyó el asunto de su última predicación. Tronó diciendo que no temía los peligros, ni la crueldad de los enemigos, ni la muerte. Les dijo que no conocía otros enemigos fuera de los que procuraban estorbar su viaje. Finalmente, engallándose, les amenazó que, si no le daban embarcación, «se echaría a la mar y a nado iría». Una distancia de 20 kilómetros a nado no hubiera sido improbable, pero sí una prueba fuerte de natación. El ardor acabó por convencer, y algunos se ofrecieron a acompañarle. Seguían insistiendo con los contravenenos. Javier atajó diciendo que «no quería otra contraponzoña que su Dios».

Remando en la «caracora» y seguido de algunos amigos, cubrieron el trayecto. En el curso de este viaje, en un momento en que sus amigos aparentaban cierta alegría, se irguió airado y, rasgando la «loba», exclamó: «Jesús, aquellos hombres que matan a aquellos hombres». Al arribar a la costa del Moro pudieron verificar la muerte reciente de unos portugueses asesinados por los ladrones.

El recorrido por las aldeas de la isla cantando el catecismo malayo y bautizando se desarrolló sin mayores contratiempos. «Gente bestial, incapaz y brutal», la llamaba Valignano. Lanzas, arpones, flechas, arcos, dagas y escudos, con una exposición constante de cráneos, piernas y brazos, colgados como trofeos de las paredes. La primera reacción a la vista de Javier fue la huida; luego, amansados, fueron entrando en el redil, aunque temiéndose en cualquier instante una demostración de su barbarie.

Sacó partido de todas las circunstancias a su alcance. Domesticando los conos volcánicos y el cráter humeante a cuyo pie vivían, acertó con el signo escatológico más rudimentario de obligada contemplación. La erupción periódica de lavas y el acarreo de cenizas por el viento originaba la muerte de puercos monteses en la sierra y la aparición de peces muertos flotando en el mar. Cuando aturdidos por los temblores de tierra imaginaban oír las voces de las almas de sus antepasados bajo la tierra, las hacían callar golpeando el suelo con sus bastones. Y si le preguntaban a Javier por la causa de aquel fuego, con toda naturalidad les contestaba: «Es el infierno al que van todos los que adoran los ídolos».

La impresionante vulcanología de las islas se hallaba presidida por la atracción de imágenes infernales. El 29 de septiembre, día de San Miguel, fiesta de su castillo natal, celebrando la misa, fue tan violento el temblor, que temió se cayera el altar al suelo. «Tal vez San Miguel, por virtud divina, los demonios de aquellas partes que impedían el servicio de Dios los ponía y mandaba que se fuesen al infierno». De aldea en aldea, rascando costa en la «caracora», o a pie pisando ásperos arrecifes de coral, o atacando elevadas montañas, era la versión humana del pájaro de fuego. Sigue a Javier, sigue en su vertiginoso vuelo al pájaro de fuego, que sólo toca la tierra cuando la vida le abandona. ¿Moriría en una emboscada o sería tal vez el tóxico de una mala cena? Como siempre, coincidiendo dolor y gozo, pena y placer, se produjo el éxtasis de felicísima elevación.

Esta cuenta os doy para que sepáis cuán abundosas islas son éstas de consolaciones espirituales; porque todos estos peligros y trabajos voluntariamente tomados por solo amor y servicio de Dios nuestro Señor, son tesoros abundosos de grandes consolaciones espirituales, en tanta manera, que son islas muy dispuestas y aparejadas para un hombre en pocos años perder la vista de los ojos corporales con abundancia de lágrimas consolativas. Nunca me acuerdo haber tenido tantas y tan continuas consolaciones espirituales como en estas islas, con

tan poco sentimiento de trabajos corporales; andar continuamente en islas cercadas de enemigos y pobladas de amigos no muy fijos, y en tierras que de todos remedios para las enfermedades corporales carecen, y cuasi de todas ayudas de causas segundas para conservación de la vida. Mejor es llamarlas islas de esperar en Dios que no islas del Moro.

La oración, inevitablemente la oración, era el motivo melódico de su vida.

«Después de haber pasado casi tres meses en aquellas islas, conversando más con Dios nuestro Señor que con los hombres, tornó de nuevo a Maluco», concluye Valignano. Convencía a Dios antes que a los hombres, y parecía que quería convertir a Dios antes que a todos. A fines de diciembre había cumplido su programa. Su sucesor y continuador Juan de Beira llegaba, y en siete años conseguiría la espléndida mutación de la isla del Moro. Había recorrido todas las estaciones del dominio portugués; debía desandar y volver a Goa, a repartir los nuevos misioneros llegados de Europa.

Ternate (enero-abril 1547)

A fines de diciembre de 1546, o en los primeros días de 1547, volvía a Ternate con la intención de continuar a Amboino en la nave preparada para Malaca, pero le detuvieron prometiéndole una embarcación más ligera. Por una combinación del capricho político, tronos vacilantes, reyes vasallos, la situación había experimentado un cambio adverso. El capitán Jordán Freitas, llamado a disfrutar del opulento reino de Amboino, regalo en propiedad efectuado por el antiguo rey de Ternate don Manuel, había sido encadenado y sería pronto conducido a Goa a responder de una de sus hazañas, la prisión del rey Hairun. La reina doña Isabel, antes Niachile, madre de don Manuel, había sido depuesta, ocupando el trono el rey Hairun, libre y rehabilitado. El nuevo capitán Bernardino de Sousa, agente del cambio, había cumplido órdenes del nuevo gobernador Juan de Castro el día que se presentó el Bufara trayendo la sentencia y al rey Hairun, el 18 de octubre de 1546. La nueva situación resultó decepcionante. El porvenir prometedor del cristianismo en Amboino, amparado por su incondicional amigo Freitas, perdía su mejor valedor. En cuanto a la destronada doña Isabel, se vio Javier en la precisión de suplicar a Juan III de Portugal una pensión para su sostenimiento.

Con los días, Hairun no se presentaba del todo mal. Siempre que hablaba del rey de Portugal lo hacía con unción, diciendo «el rey de Portugal, mi señor». Además buscaba la amistad de Javier. «Este rey me mostraba muchas amistades». Los moros principales no veían con buenos ojos esta amistad cada día en aumento. Hairun no era un ferviente mahometano y hacía gala de un ecumenismo que, como tantas veces, sólo era indiferentismo religioso. «Deseaba que yo fuese su amigo, dándome esperanzas que en algún tiempo se haría cristiano: quería que lo amase con esta tacha de moro, diciéndome que cristianos y moros teníamos un Dios común y que en algún tiempo todos seríamos uno».

Javier buscaba anhelante su conversión. Examinándole de cerca, vio que de mahometano sólo tenía el «ser de pequeño circuncidado» y tener un harén de «cien mujeres principales y otras muchas menos principales». Disponiendo de más tiempo, Javier le hubiera aligerado el harén, pero la cuenta le salía muy larga. Le seguía de cerca. «Deja el rey de ser cristiano por no querer dejar los vicios carnales, y no por ser devoto de Mahoma». Multiplicaba las ocasiones y visitas. Hairun «holgaba mucho cuando lo visitaba». Javier salía derrotado.

«Nunca pude acabar con él que fuese cristiano». Estrechando el cerco, Hairun le prometió transigiendo algo: que uno de sus hijos se haría cristiano a condición de que en calidad de príncipe cristiano fuese nombrado rey de la isla del Moro por el rey de Portugal. Javier prometió alcanzarle esta gracia del gobernador en Goa. «De aquí a tres meses, Dios nuestro Señor queriendo, le mandará el gobernador

de la India todos los despachos que le manda pedir para que su hijo, después de cristiano, sea rey de las islas del Moro».

Pero Javier no era un jugador de tronos y fortunas; su especialidad era la oración, y, perdida la probabilidad de una evangelización rápida y vertical, de arriba abajo, se lanzó a la población intensificando la doctrina. A las mujeres, los miércoles y viernes; a los hombres, los don-ingos, y a diario, la doctrina pública. Se expresaba como podía en un lenguaje «medio portugués, medio negro, y ayudándose de algunos vocablos de la lengua malaya».

A mediados de febrero zarpaba el Bufara con su carga de clavo a invernar en Amboino. Viajaba como prisionero Freitas para justificarse en presencia del gobernador en Goa. Javier le aconsejaba que llevase consigo a su esposa, pero la dejó en la fortaleza, persuadido como estaba de que conseguiría la sentencia absolutoria, pensando regresar en la primera embarcación rehabilitado en su cargo de capitán de Ternate. Javier deseaba acompañarle, pero Bernardino de Sousa, los hermanos de la Misericordia y los portugueses le forzaron a quedarse con ellos durante la cuaresma.

Las comuniones pascuales revistieron especial novedad, pues fueron primeras comuniones de personas adultas, después de una intensa preparación cuaresmal. Consiguió para adelante que un sencillo clérigo asumiera el encargo de seguir enseñando su doctrina rítmica dos horas al día. Eligieron luego un hombre «vestido en hábitos de la Misericordia, que todas las noches, con una linterna en la mano y una campana en la otra, anduviese por las plazas, y de cuando en cuando se parase encomendando con grandes voces las ánimas de los fieles cristianos que están en el purgatorio, y después, por la misma orden, las ánimas de todos aquellos que perseveran en pecados mortales sin querer salir de ellos, de los cuales se puede bien decir: Sean borrados del libro de los vivientes y no sean inscritos entre los justos». Esta costumbre nocturna sería de gran efecto.

La despedida se preveía iba a ser más desgarrada y lacrimosa que nunca.

Determinó embarcarse de noche para no ser visto. «Cuando me partí de Maluco, por evitar lloros y plantos de mis devotos, amigos y amigas, en la despedida, me embarqué cuasi a media noche. Esto no me bastó para los poder evitar, porque no me podía esconder de ellos; de manera que la noche y el apartamiento de mis hijos y hijas espirituales me ayudaron a sentir alguna falta que, por ventura, mi ausencia les podría hacer para la salvación de sus ánimas». Fue abrazando a todos, «de manera que no le daban lugar de embarcarse». Lágrimas, sentimiento, tono patético en abundancia, llamando la atención los niños y los esclavos, que se «quedaron llorando en voz alta». Después de muchos días, cuando se ofrecía hablar de él hombres y mujeres, volvían a sus «lágrimas, con mucho amor que les causaba la dulce memoria del padre».

Escala en Amboino (abril-mayo 1547)

A mediados de abril retornaba a Amboino, encontrando a Juan de Eiro, quien después de nueve meses perseveraba en su oficio de catequista. Le refería el resultado de sus expediciones, muy particularmente su estancia en Ternate. Pudo decirle que de tantos que vivían amancebados sólo quedaron dos «por casar y salir de pecado», y no estaba indignado contra ellos. El tirón de Maluco era tan fuerte que escribió a un amigo para decirle que por causa de estos dos rebeldes estaría dispuesto a tornar a Ternate.

Javier no sabía si estuvo quince o veinte días esta segunda vez en Amboino, pocos días en total, pero no perdió el tiempo. Le esperaba muy atento el contador regio Gaspar López, quien vio que nada más llegar «armó una casa donde administraba los santos sacramentos». En el puerto estaban anclados el Bufara, con su amigo Freitas, y otros tres navíos; a todos los hizo pasar para confesar y comulgar. Uno

de los navíos era el de Banda, que había partido de Goa en septiembre de 1546. Así pudo conocer la muerte de los príncipes de Ceilán, así como la conversión del rey de Kandy. Pero la expedición a Jafnapatán había quedado sin efecto. La salud pública no había mejorado mucho, pues había enfermos, y los asistía sin apartarse. Al expirar uno de ellos, el contador don Gaspar le oyó decir casi llorando: «Bendito sea nuestro Señor; en buena hora llegué para el alma de este hombre». También bautizó a una mora, que casó con un criado de don Duarte de Miranda.

Tras los cuidados a los portugueses volvió a recorrer las siete aldeas, levantando otras tantas iglesias de tronco y ramaje. Se juntó con su joven guía Manuel, que en estos pocos días fue madurando su firme interioridad, presagiando un futuro prometedor, quemándole las palabras de Javier: «Qué hermoso, Manuel, es morir por Jesucristo».

A mediados de mayo, los oficiales del Bufara le invitaron a embarcarse con ellos. Sobre todo por la amistad con Freitas, alejado de Amboino, la isla de sus sueños, donde debiera reinar, parecía lo más conveniente; pero rehusó la invitación avisándole al maestro: «No quiero subir a esta nave, porque temo ha de suceder un gran peligro». En compañía de Juan de Eiro subió a otra nave. Cuando el Bufara navegaba por el estrecho de Sabán, junto a Sumatra, chocó contra unos escollos ocultos, salvándose la tripulación de una muerte segura. A la altura de Ceilán estuvo a punto de naufragar.

Hacia fines de junio o comienzos de julio llegó a Malaca, después de año y medio de ausencia. Nadie tal vez se lo haría notar, pero por una vez, durante su estancia en las Molucas, sus favores taumatúrgicos habían cedido, o al menos la adjudicación de los mismos había cesado, prefiriéndose registrar las predicciones, las intuiciones y la genialidad profética de su palabra.

Malaca (junio 1547)

Con el recibimiento de Malaca se juntó el mejor encuentro. Sus órdenes cursadas a Goa habían producido un efecto desigual. En lugar de dos misioneros encontraba cuatro. No estaba Mansillas, que por miedo a ser martirizado en las Molucas se había negado a obedecerle. Se hallaban presentes el padre Beira, español; el padre Ribeiro, portugués, y el hermano Nicolás Núñez. Eran los primeros miembros de la Compañía que abrazaba desde su salida de Lisboa. Y tras ellos, la luminosa cola de cometa, la Compañía histórica, que le seguía con los colegios y residencias de Padua, Colonia, París, Valencia, Alcalá, Valladolid, Gandía, Barcelona, Lisboa y, sobre todo, Coimbra, con la pléyade juvenil que aguardaba la orden de pasar a la India.

Una noticia fatal se mezclaba con esta alegría. Miguel Vaz, de vuelta de Lisboa, reforzado en su prestigio con nueva autoridad, en calidad de inquisidor, investido de plenos poderes contra los funcionarios desaprensivos en materia religiosa, así como contra los brahmanes y los secuaces de Mahoma, había muerto envenenado por sus enemigos. Goa hervía de agitación, y unos a otros se echaban en cara el terrible crimen. Incluso acusaban al anciano y angelical obispo Albuquerque, «incapaz de matar una pulga». Al saberse esta noticia, Diego de Borba lanzó un grito de dolor y cayó fulminado, muriendo a los pocos días.

Durante seis semanas pudo adiestrar a los nuevos misioneros, antes de distribuirlos por Amboino, Ternate y el Moro, y a mediados de agosto partieron en la nave real a seguir su obra. Volvió a quedar solo, transido de soledades, en compañía de Juan de Eiro, aumentando sus velas nocturnas. En medio de la conversación se levantaba sin ruido deslizándose hasta la iglesia. Durante la noche, arrodillado delante del tabernáculo, aguantaba hasta el amanecer. Cuando

le fallaban las rodillas, quedaba tendido en las gradas descabezando un sueño. A menudo se acostaba en la sacristía.

Malaca era ya tierra conquistada, y su presencia avivó las instrucciones religiosas. Los niños, colgándose de la «loba», revolvían a su favor la población. Tenía a Pablo, un niño que recitaba en alta voz las oraciones y la doctrina cubriendo la masa del auditorio. Conforme fue aumentando el público, hubo que trasladar la doctrina a la gran iglesia de Malaca. Pablo tuvo miedo. Pablo, ¿dónde estás? Pablo no aparecía. Fue directo a la pila bautismal y lo halló escondido. Pablo, ven a recitar la doctrina. Nadie le había visto ocultarse. Pablo abandonó el escondite y, afinando su voz de tiple, comenzó a cantar la doctrina.

Al fin, tras la pausa de las Molucas, se le devolvió la patente de sus milagros. A María Toscana, niña de cuatro años, la llevaban a enterrar. Corrió su madre al santo padre. Llegó Javier, se arrodilló delante del cuerpecito sin vida envuelto en el sudario, oró, y la niña se levantó llena de vida. Otra vez su fraternal amigo Diego Pereira le llevó a su casa y le presentó un niño de tres años epiléptico, pequeño monstruo que en sus crisis, gesticulaciones y gritos, parecía un demonio, desarrollando fuerzas muy superiores a su edad, aterrando a los circunstantes varias veces al día. Javier le puso los evangelios sobre la cabeza, recitó un evangelio, se quitó el relicario del cuello y se lo puso al niño, quedando sano para toda su vida.

Nunca se sabía por dónde podía salir el pintoresco Juan de Eiro, pero Javier lo sabía, y estando esta segunda vez en Malaca le predijo que ingresaría en la orden de San Francisco. Aún le sorprendió más en otra ocasión. Juan de Eiro se descuidó en aceptar una limosna que le ofrecieron para Javier, contraviniendo lo acordado. Al enterarse, Javier actuó rigurosamente y le mandó a hacer penitencia a la isla de las Naos, «que es una islica pequeña despoblada, que está en el puerto, muy cerca de Malaca». Al llegar la noche, Juan de Eiro, no sabía si durmiendo o despierto, creyó ver a la Virgen sentada en un trono, semejante a la imagen que se hallaba en el altar mayor de la iglesia de Malaca, que tenía la puerta al sur. Vio también al Niño Jesús que le cogía de la mano y le conducía a su Madre. Pero la Virgen le impedía el paso al Niño Jesús. Después la Virgen le dijo unas palabras y, levantándose del estrado, bajó al cuerpo de la iglesia.

Cuando Juan de Eiro fue a confesarse con el santo padre le calló su visión, pero Javier le preguntó «qué era lo que le había acontecido en aquella iglesia». Eiro seguía callado, e instando el padre dos y tres veces sin éxito, le sorprendió: ¿No os aconteció esto y esto? Y le describió la visión puntualmente, como si se hallara presente. Entonces Eiro, rendido ante la evidencia, asintió a todo.

Los atchines (octubre 1547)

Era a principios de octubre cuando, una noche, al grito de ¡los atchines!, despertaron sobresaltados los habitantes de Malaca. Alarma en la fortaleza, tocando a rebato. El capitán Simón de Mello envió a Francisco de Eza en busca de información, y halló a la población en armas. Amparados en las tinieblas, los feroces atchines acababan de atacar la colonia portuguesa. En la rada, un navío cargado con especias de Banda, embestido por la flotilla enemiga, respondió a cañonazos. La artillería de la fortaleza abrió fuego, y la noche se iluminó de pirotecnia, bengalas y antorchas, descubriendo a los piratas que intentaban incendiar otros navíos fondeados en el puerto. Amedrentados, se retiraron hacia el norte, llevándose unos patos por botín.

Javier instó a Simón de Mello para que rápidamente saliera la flota en persecución de los piratas, y animó a la población a emprender una guerra santa. Se juntaron dos barcos de Soárez, dos carabelas de Diego Pereira, seis fustas de Gómez Barreto y algunas embarcaciones ligeras, con 180 hombres, al mando de

Francisco de Eza, equipados con municiones y víveres para diez días. Cuando se hicieron a la vela, el capitán de Malaca decía que «el padre maestro Francisco despachó aquella armada», compuesta en gran parte por naves particulares que él no hubiera podido equipar. Por su parte, Javier se resarcía de la expedición de castigo a Jafnapatán y tenía las manos libres, pero, cediendo a los deseos del capitán y del pueblo, permaneció en tierra.

Pasaron los días previstos, una y varias semanas, y la armada no regresaba. La angustia se apoderó del pueblo y comenzaron a consultar a los hechiceros. «Han perecido todos», respondieron los brujos. El sultán de Bintang, un tigre agazapado, dejó el reino vecino al sur y se acercó con su flota, comprendiendo que había llegado el momento de asaltar Malaca, desguarnecida de sus mejores hombres y barcos. Para ello lanzó el mensaje de que los atchines, después de haber aniquilado a los portugueses, volvían victoriosos para caer sobre Malaca. Pérfido y astuto se ofreció a Simón de Mello para defenderle desinteresadamente la fortaleza. El portador del mensaje debía examinar los emplazamientos y las fuerzas portuguesas. Simón de Mello se portó, respondió que no le faltaban soldados, municiones y coraje. El sultán, apostado a las puertas de Malaca, se puso al acecho durante veintitrés días muy largos. Sin noticias de la flota y casi en estado de sitio, en Malaca ya no se dormía. Simón de Mello ponía centinelas, mandaba velar las murallas y filtraba espías en el campamento del sultán.

El santo padre predicaba confianza, pero ya no se le atendía. El era el culpable, por ser el causante de la aventura. Las mujeres, histéricas, con las que el senador Diego Abreu se topaba, se tenían ya por viudas. Al cumplirse los cuarenta días, todo estaba perdido. El domingo 4 de diciembre, en su predicación, Javier detuvo el hilo de su pensamiento y, con alegre semblante, exclamó:

« Hay aquí algunos que tienen muy poca fe y confianza en Dios, tanto que por vía de hechiceros procuran saber lo que pasa, y por eso hay tanta tristeza en la ciudad; pero yo quiero daros una buena nueva, y es que nuestra armada ha alcanzado una victoria muy señalada de los enemigos y tornará presto con los despojos. Rezad un padrenuestro y un avemaría dando gracias a nuestro Señor». Con la mirada perdida en el infinito parecía seguir los detalles de la batalla naval que se estaba librando en aquel momento. Eran las nueve de la mañana. En la desembocadura del Parles, ambas escuadras se bombardeaban. La Sana Cruz, de Diego Pereira, atravesó con un proyectil una galera enemiga. Saltaron al abordaje. El galeón de Soárez de Mello, con cincuenta bocas de fuego, acribilló otra galera. Hundieron cinco naves, y el resto se rindió.

Aquella tarde, en la iglesia de Nuestra Señora del Monte, predicando a las mujeres después de vísperas, confirmó la victoria. La admiración y la confianza volvieron a Malaca. A los tres días arribó una embarcación trayendo albricias. Poco después llegaba la flota vencedora. A su vista, el sultán de Bintang se retiró discretamente, y la población salió a recibir a los vencedores. Encabezando la manifestación popular iban Simón de Mello y el padre maestro Francisco, que llevaba el crucifijo en la mano bien alzado. Ambos subieron al navío en que se encontraba Francisco Pereira, abrazaron al capitán y soldados. Simón de Mello les refirió la predicción de Javier y se pusieron a verificar la sincronización de la victoria y el sermón, concordando el tiempo y los hechos.

Algunos días después, saboreando las mieles de la victoria, Javier celebraba una boda. Durante la ceremonia, dos hombres entraron en la iglesia y se situaron cerca del umbral. Eran un portugués y un hombre de tez más oscura que un malayo, ojos más rasgados, traje oscuro y un sable al cinto con vaina de laca. El portugués le decía al oído al tiempo que le indicaba al sacerdote: «Ahí tenéis al que tanto habéis buscado». Terminada la boda, iba Javier a retirarse cuando se le

acercaron: «¿Eres tú Jorge Alvarez? Alabado sea Dios. Y éste, ¿quién es?» «Es mi amigo, el señor Yagiro, un japonés que desesperaba de hallaros». Este, que se mantenía a distancia, se aproximaba ya inclinando por tres veces su cabeza hasta las rodillas. Javier se adelanta, le abraza y sonrío a esa alma que, sin saberlo, le trae un mundo.

Nuestra historia es muy larga, vino a decirle Jorge Alvarez. En efecto, cinco o seis años antes, los portugueses, llevados por un tifón, habían encontrado la famosa Cipango, cuyos palacios cubiertos de oro describiera Marco Polo. Acogidos con fina cortesía, entablaron rápidamente relaciones comerciales. Ahora bien: hallándose Jorge Alvarez en Cagoshima, próximo a partir, un japonés, acompañado de dos criados, aproximó su embarcación a la nave. Yagiro había dado un mal golpe, probablemente un crimen pasional, y suplicó a Alvarez, a quien conocía, le salvara. Quería huir. Levaron anclas y, durante la travesía, conversaron de temas religiosos, y Alvarez le habló de su amigo el padre maestro Francisco. Tenía ganas de conocerle. Así llegaron a Malaca, pero Javier se hallaba en las Molucas. A pesar de su decepción, Yagiro pidió el bautismo. El vicario de Malaca Alfonso Martínez le examinó y resolvió negarle el bautismo por la sencilla razón de que estaba casado con una mujer pagana. Extraña decisión de un clérigo ignorante, pero providencial también, porque Yagiro, una vez bautizado, pensaba volver al Japón y se hubiera perdido su paradero sin dar lugar al encuentro con Javier, retrasándose tal vez varios años el anuncio del Evangelio. Jorge Alvarez no se resignaba. «Es lamentable -decía- que el padre Francisco no esté aquí: él os habría bautizado. Después de varias peripecias, que Yagiro refería con detalle, seguía con mayores ansias de ser cristiano y recalaba por segunda vez en Malaca. Todo cuanto le habían hablado del padre Francisco era verdad, y su entusiasmo crecía. Estuvo ocho días junto a él y asistía a la doctrina pública, pues conocía el portugués. Javier no había encontrado un catecúmeno tan aventajado. Por primera vez aparecía un discípulo que tomaba apuntes, como cuando dictaba sus clases en la cátedra de París.

-«Yagiro, querido hijo, si yo fuera a vuestro país, ¿se convertirían vuestros compatriotas al cristianismo?

-No de inmediato, primero os harían muchas preguntas, y si vuestra vida les pareciera conforme con vuestras palabras sin hallar qué reprender, en medio año el rey, la nobleza y el pueblo se convertirían, porque nuestro pueblo sólo se rige por la razón».

Javier tampoco le bautizó, pretextando que reservaba el honor de esa primacía al buen obispo Alburquerque, pero en el fondo, delicadamente, no quiso dar a entender que censuraba al vicario por haberle rehusado el bautismo. Ordenó levantar un verdadero mapa del Japón con la redacción de un documento descriptivo y científico, el primero que llegó a Europa. Después, a fines de diciembre, inició sus preparativos para regresar a Goa. Quería resembrar en la Pesquería, no perder de vista a Ceilán y asegurar las Molucas; viajaba a la India, pero su alma volaba ya en dirección opuesta, al Japón.

Juan de Eiro había partido un mes antes a Goa en el Bufara. Javier no le retendría más tiempo a su lado; no servía. Antes de despedirse le advirtió que pasaría un gran peligro en el viaje. A Gonzalo Fernández le rogó que admitiera a bordo ciertas vituallas y la compañía de veinte niños que llevaba a Goa. Por tres veces le dijo: «Gonzalo Fernández, temo no os suceda alguna desgracia». Cuando llegaron a Ceilán, encallaron en una escollera, y Gonzalo Fernández vio la proa levantada sobre la roca, mientras todos pedían auxilio a la Virgen María. El piloto, que también se llamaba Gonzalo, llevaba el timón en el momento de encallar, y se desesperaba angustiado; pero Juan de Eiro trataba de tranquilizarle diciendo que

el padre maestro Francisco ya le había prevenido el accidente. Al embarcarse, Javier quiso delicadamente desentenderse de Yagiro, confiándolo a sus amigos portugueses, con quienes gozaría de mayor libertad en el viaje. Irían en naves distintas. Antes de partir, al igual que en las Molucas, dejó apalabrado un clérigo para seguir las instrucciones, y prometió la venida de dos padres.

De Malaca a Cochín (diciembre 1547-enero 1548)

Javier, que predecía con facilidad tormentas cuando se trataba de otros, no se libró esta vez de la mayor de todas. Sucedió a dos tercios de la ruta a Cochín y viajando en la nave de García de Sousa. «En este viaje de Malaca para la India pasamos muchos peligros de grandes tormentas, tres días con tres noches, mayores de los que nunca me vi en la mar. Muchos fueron los que lloraron en vida sus muertes, con prometimientos grandes de jamás navegar si Dios nuestro Señor de ésta los librase. Todo lo que pudimos echar en el mar echamos por salvar la vida». En la cáscara de nuez, mercancías al agua, todos se prepararon para morir. Francisco los confesó y animó, desapareciendo de la vista. Es la hora de la tormenta y será la hora del éxtasis. La primera noche, en el fragor de la tempestad, cuando era mayor el peligro, Francisco Pereira corrió al camarote de Javier a consolarse, y le encontró de rodillas ante su crucifijo, y al verlo orando no quiso interrumpirle.

Estando en la mayor fuerza de la tormenta, me encomendé a Dios nuestro Señor, comenzando de tomar primero por valedores en la tierra todos los de la bendita Compañía de Jesús con todos los devotos de ella; y con tanto favor y ayuda, entreguéme todo en las devotísimas oraciones de la esposa de Jesucristo, que es la santa madre Iglesia, la cual, delante de su esposo Jesucristo, estando en la tierra, es continuamente oída en el cielo. No me descuidé de tomar por valedores todos los santos de la gloria del paraíso, comenzando primero por aquellos que en esta vida fueron de la santa Compañía de Jesús, tomando primero por valedora la beata ánima del padre Fabro, con todas las demás que en vida fueron de la Compañía. Nunca podría acabar de escribir las consolaciones que recibo cuando por los de la Compañía, así de los que viven como de los que reinan en el cielo, me encomiendo a Dios nuestro Señor. Entreguéme, puesto en todo peligro, a todos los ángeles, procediendo por los nueve órdenes de ellos, y juntamente a todos los patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, mártires, confesores, vírgenes, con todos los santos del cielo; y para más firmeza de poder alcanzar perdón de mis infinitísimos pecados, tomé por valedora a la gloriosa Virgen nuestra Señora, pues en el cielo donde está, todo lo que a Dios nuestro Señor pide le otorga. Y finalmente, puesta toda mi esperanza en los infinitísimos merecimientos de la muerte y pasión de Jesucristo nuestro Redentor y Señor, con todos estos favores y ayudas, halléme tan consolado en esta tormenta, tal vez más de lo que fui después de ser libre de ella. Hallar un grandísimo pecador lágrimas de placer y consolación en tanta tribulación, para mí cuando me acuerdo, es una muy grande confusión; y así rogaba a Dios nuestro Señor en esta tormenta que, si de ésta me librase, no fuese sino para entrar en otras tan grandes o mayores que fuesen de mayor servicio suyo.

A la mañana siguiente, Francisco Pereira le recordaba la calamidad nocturna. Todos se hallaban agotados. Javier le respondía: «No es nada, no tiene importancia». Se le veía confiado en Dios que les había librado del peligro y les libraría en adelante.

Desembarcaron en Cochín el 13 de enero de 1548. Se dirigió al convento de franciscanos, donde encontró al obispo Alburquerque, más agobiado que nunca, tras la muerte de Miguel Vaz. Con él se hallaban los cuatro agustinos españoles de la flota de Villalobos. Luego fue a hospedarse a casa del vicario Pedro González, a

la que llamaba su «posada». Allí estaba Mansillas, con un joven portugués llamado Adán Francisco. Lo primero que hizo fue despedir a Mansillas. Su falta de obediencia en acudir a las Molucas por miedo a la muerte le hacía inepto para la Compañía. Javier era exigente. Decidió confiarlo como simple sacerdote secular al obispo. Mansillas no quedó herido; en el fondo se veía muy inferior para seguir las empresas de Javier, y le guardó siempre un apasionado afecto.

La relación oral del anciano obispo sobre los hechos acaecidos en su ausencia arrojaba un balance negativo. Don Juan de Castro tenía bastante con salir a guerrear y hacer frente a las invasiones musulmanas. En Ceilán, lejos de efectuarse la entronización de los príncipes cristianos, se había pactado vergonzosamente a precio de oro con los perseguidores de la fe cristiana.

También, en el cabo Comorín, el rey Iniquitiberín había sido desatendido, experimentándose un retroceso en el delicado entorno religioso-político. Javier le apretó a Juan III con una carta en la que proponía el remedio: una mayor exigencia bajo juramento de responsabilidades del gobernador.

«Si el gobernador tuviera para sí por muy cierto que vuestra alteza habla con verdad, y ha de cumplir el juramento, la isla de Ceilán será toda cristiana en un año, y muchos reyes en el Malabar y por el cabo de Comorín y otras muchas partes. En todo el tiempo que los gobernadores no vinieren con este miedo de ser deshonorados o castigados, no haga vuestra alteza ninguna cuenta de acrecentamiento de nuestra santa fe, ni de los cristianos que se han hecho, por muchas provisiones que vuestra alteza mande. No está en más que se hagan en la India todos cristianos, sino en castigar vuestra alteza muy bien a un gobernador».

A Simón Rodríguez le escribió con igual recado urgente para el rey. Únicamente le pediría una merced real:

«Que todos los días se ocupase un cuarto de hora en pedir a Dios nuestro Señor que le dé bien a entender y mejor sentir dentro en su ánimo aquello que dice Cristo: '¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?', y tomase por devoción que al fin de todas sus oraciones añadiese: '¿De qué le sirve?', etc. Tiempo es, carísimo hermano maestro Simón, de dar un desengaño al rey, pues la hora está más cerca de lo que piensa, en la cual Dios nuestro Señor lo ha de llamar a cuenta, diciéndole: 'Dame cuenta de tu administración'. Por tanto, haced que provea a la India de fundamentos espirituales».

El mismo día 20 de enero escribió al padre Ignacio y a los padres de Roma, y después de despedir a la armada, acompañado de Adán Francisco, se vino al cabo Comorín, a Manapar. Iba consolidando sus conquistas. Allí estaban Coelho, Manuel y Gaspar, sus primeros colaboradores. El padre Antonio Criminal, superior, cuidaba las catorce aldeas de los makuas. Las nueve aldeas situadas entre el cabo Comorín y Manapar eran del joven Manuel de Morales. De los cinco puestos próximos a Manapar se encargó el padre Cipriano, intrépido castellano sesentón. Más al norte, desde Punical hasta Tuticorín, se ocupaba el padre Enrique Enríquez, extendiéndose hasta Bembar y Veipar. Todos se reunieron y, por espacio de diez días, gozaron de la presencia de Javier. Un profundo intercambio de experiencias. Encargó a Coelho la traducción de su catecismo poético al tamil y confirmó a Criminal en el cargo de superior. Después se despidió, ya en el mes de febrero, dejándoles una instrucción que terminaba así: «Mucho os torno a encomendar que trabajéis en haceros amar en los lugares donde anduviereis y estuviereis, así haciendo buenas obras como con palabras de amor, para que de todos seamos amados antes que aborrecidos; porque de esta manera haréis más fruto, como ya dije. El Señor nos lo conceda y quede con todos. Amén».

Goa (marzo-septiembre 1548)

Volvió Javier a Goa a comienzos de marzo en olor de multitud. Llegó en el preciso momento en que el gobernador Juan de Castro se ausentaba a Bazain. Se dirigió al colegio de Santa Fe, donde hacía unos días habían llegado los tres japoneses, Yagiro y sus dos acompañantes. Aumentaba la plantilla. A todos fue abrazando. A Micer Paulo, que trabajaba calladamente sin apartarse de sus alumnos. Dormía con ellos en el mismo dormitorio, les acompañaba en sus paseos, escuchaba sus confesiones y atendía a los enfermos del nuevo hospital, construido por Cosme Anes junto al colegio. Le ayudaban dos padres venidos de Lisboa, el padre Lancilotti, un italiano enfermizo, y un castellano, el padre Pérez. Abrazó a tres jóvenes portugueses a quienes Javier admitió en la Compañía: el maestro de escuela Roque de Oliveira y dos cristianos nuevos: Alfonso de Castro y Gaspar Rodríguez. Castro había conocido al padre hacía siete años, en Lisboa, frecuentando desde entonces los sacramentos. Picado de indefinibles saudades, embarcó de polizón para la India con su amigo Gaspar, en busca de su ansiado padre maestro Francisco. Un cuarto candidato era el sacerdote valenciano Cosme de Torres, capellán de la flota de Villalobos. En Amboino se sentía movido a seguirle, pero desoyendo esa voz regresó a Goa, y regentaba una parroquia. Haciendo los ejercicios bajo la dirección de Lancilotti, se decidió a entrar en la Compañía. Javier lo recibió.

Tras las primeras impresiones se traslucía el deseo unánime de aprisionarle y no dejarle escapar. Lancilotti escupía sangre y sabía poner un poco de acritud. «Maestro Francisco -decía- puede proveer a nuestras necesidades desde donde ahora está (Ternate) como si estuviera en Roma. No sabe lo que pasa en el colegio, no ha podido nunca permanecer aquí». También un franciscano de Goa murmuraba: «El padre Francisco viaja demasiado». Corrió el padre Pérez a contárselo, y Javier le respondió: «Si no visitara personalmente esas tierras, no podría conocer sus necesidades. Carecería de la experiencia para dar normas de conducta a los padres, y uno de los requisitos capitales de la prudencia es la experiencia personal». También otros añadían: «Por no hallarse aquí maestro Francisco hay toda clase de desórdenes».

En consecuencia, sin atender a murmuraciones, a los nueve días de su llegada a Goa partió para Bazain a buscar al gobernador Juan de Castro. Quería obtener los despachos de Hairun y gestionar el envío de dos jesuitas a Macaca. El vencedor de Diu, con un porte firme y arrogante, que gustaba de hacerse representar ceñido con una corona de laurel, podía tener sus prejuicios contra Javier por su injerencia en el gobierno con sus cartas al rey. Nada más desembarcar le ordenó subir al púlpito a predicar. Era a fines de marzo, en la semana santa. Elocuencia apasionada como un volcán. Cosme Anes, que había pasado a desempeñar el oficio de secretario de Juan de Castro, redactó los documentos favorables a Hairun.

Regresó a Goa, y el 8 de abril salieron Pérez y Oliveira para Malaca en compañía del nuevo capitán don Pedro de Silva. En la misma nave viajaban los despachos del rey Hairun y una carta a su amigo Diego Pereira, prometiéndole viajar al Japón al año próximo. Javier proyectaba de momento volver a la Pesquería, pero don Juan de Castro, sintiéndose gravemente enfermo, deseaba tenerle a su lado. Había sido nombrado virrey de la India cuando sus fuerzas le abandonaban. Javier le ayudó a bien morir. Era el 6 de junio de 1548. El valeroso virrey dejaba, como únicos bienes que poseía, una disciplina gastada por el uso, un rizo de su barba, que en otro tiempo había enviado como garantía a los banqueros de Goa para un préstamo durante el sitio de Diu, y tres monedas de plata. Grandes cortinas de agua descargaron sobre el funeral y el sepelio. Había llegado la época de las

lluvias, y un mar embravecido impedía la navegación a Manapar, como había prometido a sus misioneros. Tuvo que recluirse en el colegio. Era el colegio una maravilla de variedades raciales, malabares, canareses, malayos, chinos, siameses, cafres y abisinios. Eran 60 alumnos con trece lenguas diferentes. Con imaginación y paciencia llegarían un día a formar el clero indígena. Habían ingresado en estado medio salvaje. Uno de ellos había estado a punto de alcanzar la palma del martirio, lo que le daba cierta aureola. Ahora iban en filas al refectorio o a las capillas del jardín y oraban por el rey y la reina, el príncipe heredero y el gobernador. De vez en cuando había que castigarlos. Reunidos en grupos por naciones, en el bosquecillo o en los pasillos de casa, repetían la lección del día. Los mayores ensayaban sus sermones. Un muchacho de trece años lo hizo en portugués, con citas de los Santos Padres, aducidas con tal gracia, que movió a lágrimas a los oyentes. El problema estaba en que, mientras Lancilotti era el rector, la verdadera dirección descansaba en Cosme Anes, percibiéndose una dualidad de mandos peligrosa. El remedio sería deshacerse del colegio o pasarlo enteramente a manos de la Compañía. Esto último parecía lo más conveniente, y Lancilotti había escrito al padre Ignacio urgiéndole a que enviase un profeso para rector y representante de maestro Francisco en sus ausencias de Goa. La mayor curiosidad la ofrecían Yagiro y sus dos compañeros. El domingo de Pentecostés fue bautizado por el obispo en la catedral. Le impusieron el nombre de Pablo de Santa Fe; su hermano recibió el nombre de Juan, y su criado se llamó Antonio. Nada faltó en la solemnidad. Pifanos, tambores, timbales, trompetas y címbalos. Un padre tenía el platillo, otro los santos óleos, otro el cirio. Los japoneses se sentían jubilosos, singularmente ascendidos a la categoría de ejemplares únicos en su especie. Eran admitidos a la mesa de los padres. Vestían el traje talar negro de los hermanos de la Compañía. Yagiro, en ocho meses, había aprendido a leer y escribir correctamente en portugués. Sabía de memoria el Evangelio de San Mateo y el comentario al mismo compuesto por Cosme de Torres.

A menudo Javier les preguntaba qué era lo que más les agradaba en el cristianismo. Le respondían invariablemente: la confesión y la comunión. Una vez que Pablo de Santa Fe escuchaba la declaración de la doctrina cristiana, dio un suspiro exclamando: «¡Oh gentes del Japón, qué infelices sois, pues adoráis por dioses a las criaturas hechas por Dios para servicio del hombre!» Javier le preguntó por qué decía eso. Respondió que lo decía «por la gente de su tierra, que adoraban al sol y a la luna, siendo el sol y la luna como mozos y criados de los que conocen a Jesucristo, que no sirven para más que para alumbrar el día y la noche, para los hombres con esta claridad servir a Dios, glorificando en la tierra a su Hijo Jesucristo». Javier seguía interrogando y escuchaba con avidez. Tenía ya el pelo cano. A veces quería morir, pero delante estaba Yagiro, convertido en Pablo de Santa Fe, y la sola idea del Japón le devolvía la juventud.

El 4 de septiembre llegó de Lisboa la nave San Pedro con cuatro nuevos misioneros: dos sacerdotes, el padre maestro Gaspar y el padre Melchor Gonsálvez, y otros dos aún sin órdenes, llamados Fernández y Gago. Anunciaban que venían otros cinco en la Gallega, y entre ellos un sacerdote, Antonio Gómez, nombrado rector del colegio de Goa. Era doctor en cánones, de opulenta familia, y había distribuido su hacienda entre los pobres antes de entrar en la Compañía. Era famoso predicador, y, por escucharle, las gentes dejaban desiertas las plazas de toros, abandonando la fiesta. Los recién llegados añadían que desde las Canarias no habían vuelto a ver la Gallega y no podían precisar la llegada. Por la alegría de recibirlos, Javier no dejó de experimentar una contrariedad. Eran portadores del correo de Roma y Lisboa. Ignacio escribía a Cipriano, Lancilotti y

Criminal, pero Javier no tenía carta. Después de dos años no tenía carta. Lancilotti lo notó, y trató de subsanar el yerro escribiéndole al padre Ignacio y excusándole que, por pensar se hallaba en las Molucas o en China, habría omitido el correo para Javier. Le pedía que en adelante le escribiese a Goa para remitirlo luego a su destino.

Javier se partió para el cabo Comorín, siendo recibido por sus paravas, a principios de octubre, con demostraciones apoteósicas. Tendían sus ropas sobre el camino y le transportaron en hombros a la iglesia. Después de profundizar en el trato con sus misioneros y condenar los atropellos del nuevo capitán de Tuticorín y encomendar al padre Enríquez la composición de una gramática de lengua tamil, destinó a Socotora, de cuyos cristianos jamás consiguió olvidarse, al anciano Cipriano y al hermano Morales.

El 22 de octubre se hallaba de vuelta en Cochín, llegando poco después Lancilotti con las primeras alarmas. Antonio Gómez se había presentado altivamente, actuando con la mayor falta de tacto. Imbuido en los métodos académicos de Coimbra, quería implantar los horarios y mecanismos occidentales, conminando a los súbditos rebeldes con cargarlos de cadenas y devolverlos a Portugal. Iguales reformas extendía a los alumnos ganados a la intemperie, que una noche optaron por saltar las tapias y correr a la jungla. Llegó a mediados de noviembre a Goa y pudo disfrutar del espectáculo triunfalista de las brillantes predicaciones de Antonio Gómez y Gaspar Barceo. Loku, el jefe de los brahmanes, recibía el bautismo de manos del obispo en la iglesia de San Pablo. En la ciudad, engalanada y rebotante de gentío, tres jóvenes nobles, Diego Lobo, Andrés Carvalho y Alvaro Ferreira, se contagiaron del entusiasmo colectivo y solicitaron el ingreso en la Compañía de Jesús. Pero Javier advirtió en Gómez una gran falta de humildad y chocaron. Frente a sus ideas preconcebidas de europeizar el colegio, destinándolo exclusivamente a jóvenes portugueses con rango de universidad, Javier mantuvo el espíritu de la fundación dirigido a los indígenas. Examinada la situación y removiéndolo mentalmente a Antonio Gómez, partió para Cochín a principios de diciembre. Dispuso una fundación en Quilón, adonde envió a Lancilotti acompañado de un hermano. A Melchor González destinó a Bazain, donde existía la petición de una escuela. Vuelta de Cochín a Goa para salir a Bazain y entrevistarse con el gobernador García de Sa, para enviar nuevos sujetos a las Molucas, abrir una escuela en Ternate e informarle de su viaje proyectado al Japón. La expedición a Socotora fue cancelada por la presencia del turco en los mares, y el viejo Cipriano dio con sus huesos en Santo Tomé.

Por fin se centró en Goa, intentando solucionar la fea situación creada por Gómez. Lo destinó muy lejos, a Ormuz, y a Gaspar Barceo le nombró rector del Colegio. No se arregló nada, pues mientras Gaspar Barceo, sumiso y abrumado por la dignidad del cargo, le suplicaba que prescindiese de él, haciendo notar su origen holandés, Antonio Gómez, herido de muerte en su amor propio, se retorció recogiendo adhesiones entre sus admiradores, formando una oposición de nevados caballeros: el obispo, el gobernador, Cosme Anes y el influyente senado. Javier se ladeó, destinando a su hijo predilecto Gaspar Barceo a Ormuz, y toleró a Gómez en Goa, pero separado del colegio, que confió a Micer Paulo.

Llegó el domingo de Ramos de 1549. Acompañaban a Javier el valenciano Cosme de Torres y Juan Fernández, cordobés. Junto a ellos, Pablo de Santa Fe, que había hecho el mes de ejercicios bajo la dirección de Cosme de Torres, y sus dos compañeros. Dos criados, el chino Manuel y el malabar Amador, completaban el grupo. La despedida en el colegio fue muy emotiva. Todos deseaban acompañarle y a todos les daba esperanzas para más adelante.

Dos barcos cabeceaban en el Mandovi. En uno de ellos volvía Freitas a Ternate, tras obtener la absolución, llevándose tres misioneros: Castro, Morales y Gonsálves. En el otro viajarían hasta Malaca Javier y sus compañeros. Antes de partir entregó una instrucción a Micer Paulo, con el encargo de escribirle e informarle, especialmente sobre sus relaciones con Antonio Gómez.

III. EL ITINERARIO DE LA CARIDAD

Aunque las tres potencias teologales, fe, esperanza y caridad, crecen armónicamente, al compás de la gracia, sus manifestaciones se suceden y cubren las tres etapas de Javier. Más fuerte que la muerte, el amor vence. La aventura del Japón, a cuerpo desnudo, sin el soporte de la Eucaristía, desprovisto y libre, le convierte en pura llama, fuego sobre la nieve, que corre hacia el ocaso. Sus efusiones en Goa sólo se viven una vez. El viaje a la China poniendo la vida para salvar a los portugueses cautivos en Cantón y, sobre todo, su hermosa agonía - «estas agonías salvan el mundo»- marcan el fin de etapa. Al entrar en la eternidad, la fe y la esperanza desaparecen. Triunfa en la etapa reina, la caridad. Al delicioso Japón (abril 1549)

El día de Pascua hicieron escala en Cochín, siendo recibidos por los franciscanos. El capitán y el pueblo le pidieron dejara allí a Castro para fundar una escuela. Les prometió hacerlo más adelante, cuando llegasen nuevos padres de Lisboa. El 24 de abril siguieron rumbo a Malaca. Emplearon treinta días excepcionales. «Trajimos muy buen tiempo, sin alguna tormenta que nos diera enojo y sin que los achenes nos molestasen». El 31 de mayo llegaron a Malaca, con gran recibimiento «del capitán como de toda la ciudad, grandes y pequeños, con muy grande alegría y contentamiento». Faltaba el vicario Alfonso Martínez, gravemente enfermo, presa de agudos remordimientos al considerar sus treinta años baldíos, estériles de buenas obras, en el ministerio sacerdotal. Se creía ya condenado. La desesperación no remitió hasta que se presentó Javier y le consoló, después de prometerle que ofrecería una misa si su pobre alma descansaba. Murió en paz. La idea de ir vertebrando las tierras recorridas se cumplía felizmente en Malaca. El padre Pérez trabajaba fervorosamente, y Javier estaba «maravillado y espantado». Oliveiras llevaba una escuela, y los niños se prestaban a todo. Iban en los entierros en procesión, «como frailes, cantando las letanías muy devotamente», llevando a hombros al difunto.

El 19 de junio, fiesta de la Trinidad, Alfonso Castro cantó su primera misa en medio de una gran solemnidad nunca vista, y predicó Javier. Despachó el correo a Roma, Goa, las Molucas y Lisboa.

El amicísimo capitán Pedro de Silva, noble hijo de Vasco de Gama, no encontrando un navío portugués, contrató el junco del pirata chino Aván, llamado Ladrón. Era pagano, y para obligarle más tuvo que firmar un documento comprometiéndose a navegar directamente al Japón, dejando como fianza su mujer y su hacienda. Les equipó decentemente y gastó doscientos cruzados en presentes para «el rey del Japón». Les regaló 120 quintales de pimienta fina para los gastos de viaje y permanencia en el Japón y la construcción de una iglesia.

La víspera de la partida comenzaron las luchas interiores. Nuevo rumor de confidencias. Mucho trabajó el enemigo para impedirme esta ida. Es el monólogo del surtidor. Muy confiados vamos de la misericordia de Dios nuestro Señor, que nos ha de dar victoria contra sus enemigos. No recelamos vernos con los letrados de aquellas partes, porque quien no conoce a Dios y a Jesucristo, ¿qué puede saber? Y los que no desean sino la gloria de Dios y la manifestación de Jesucristo, ¿qué pueden recelar ni temer? Ni los demonios no nos pueden hacer más mal ni enojo. Sólo un miedo y recelo llevamos, que es temor de ofender a Dios nuestro Señor. Dios sabe nuestras intenciones. Todas las criaturas dependen de la

voluntad de Dios. Hasta los demonios están a obediencia de Dios. Esto digo por los muchos trabajos y peligros de muerte corporal en que andamos metidos. Cuando de un puerto parten tres navíos y van los dos a salvamento, es grande acierto.

Casi siempre llevo delante de mis ojos y entendimiento lo que muchas veces oí decir a nuestro bienaventurado padre Ignacio, que los que habían de ser de nuestra Compañía habían de trabajar mucho para vencerse y lanzar de sí todos los temores que impiden a los hombres la fe, esperanza y confianza en Dios, tomando medios para eso; y aunque toda la fe, esperanza y confianza sea don de Dios, dala el Señor a quien le place, pero comúnmente a los que se esfuerzan venciendo a sí mismos, tomando medios para eso».

Gotean las últimas perlas del surtidor. No es lo mismo confiar en Dios teniendo lo necesario que careciendo de todo. No es lo mismo confiar en Dios fuera de los peligros de muerte que confiar viviendo entre evidentes peligros de muerte.

La noche del 23 de junio la pasó en Nuestra Señora del Monte, ocupado en instruir al novicio Juan Bravo. Al día siguiente, fiesta de San Juan Bautista, por la tarde, partieron en el junco de Aván, más conocido por Ladrón. Con Cosme de Torres y Juan Fernández le acompañaban los tres japoneses, el chino Manuel y el malabar Amador.

Comenzó la navegación con «muy buen tiempo y viento». Ladrón empezó por mostrar lo que era, muy in constante, deteniéndose sin necesidad en las islas que encontraban. A cien leguas de Malaca, en la isla de Pulo Timón, se proveyeron de madera para mástiles y timones en previsión de las tempestades del mar de la China. Luego comenzaron a festejar a un ídolo entronizado en la popa sacrificando aves en su honor y quemando perfumes de palo de águila. Echaban suertes arrojando al suelo palillos escritos con signos mágicos interrogándole sobre el viento. Salió la suerte favorable al buen tiempo, que fue interpretada como respuesta auténtica de la deidad, y levaron anclas con gran alegría. Aferrados a sus supersticiones, un poco más lejos, volvieron a consultar al ídolo, deseando saber si el navío regresaría del Japón a Malaca. Esta vez la suerte respondió que, efectivamente, llegarían al Japón, pero que no regresarían a Malaca. Con esta respuesta, la tripulación decidió invernar en China y aguardar un año. El tormento de Javier era grande. «Ved el trabajo que podíamos llevar en esta navegación, estando al parecer del demonio y de sus siervos si habíamos de venir a Japón o no, pues los que regían y mandaban el navío no hacían más de lo que el demonio por sus suertes les decía».

Navegaban despacio, y llegando a la Cochinchina, el 21 de julio, se alborotó el mar. El junco echó el ancla, pero se balanceaba peligrosamente, y el criado de Javier, Manuel China, al pasar junto a la bomba, perdió el equilibrio y cayó a su interior. Le creyeron muerto. La bomba estaba llena de agua, que amortiguó el golpe, y el infeliz quedó cabeza abajo, sumergido hasta medió cuerpo. Lo sacaron con mucho trabajo de la bomba. Javier tiraba con fuerza. Salió sin sentido y con una gran herida en la cabeza. Acababan de hacerle la cura cuando, impulsada por el balanceo, cayó al mar la hija del pirata. No pudieron salvarla y, cerca del junco, en presencia de su padre, desesperado, desapareció bajo las aguas. Pasaron toda la noche llorando, voces y lágrimas, hasta que recurrieron al ídolo, sacrificando aves y ofreciéndole de comer y beber. Echaron suertes preguntando por la causa de la muerte de la hija. Fatalmente «salió la suerte que no muriera ni cayera en la mar si nuestro Manuel, que cayó en la bomba, muriera». Los chinos volvieron sus feroces miradas sobre ellos. «Ved en qué estaban nuestras vidas, en suertes de demonios y en poder de sus siervos y ministros».

Estas hechicerías, la vista de la doncella tragada por las aguas, el ídolo horrible, que semejaba reír al estruendo de las olas, todo le pareció infernal en esta noche, la «noche triste» de su vida. El ídolo que los chinos adoraban era a sus ojos algo más que un pobre trozo de madera dorada. Era Satán, el príncipe de este mundo, que reinaba entre los elementos desencadenados como en medio de su imperio, que en cada homenaje que recibía sellaba un ultraje, «haciéndose adorar como Dios». Noche demoniolátrica, de oscuras sugerencias, hundida en el fondo depresivo del alma.

Mostrar muy grande ánimo contra el enemigo y «guardarse de mostrar cobardía, no dudando de ser vencedor», formulaba Javier en medio de la tentación. Era un cuerpo a cuerpo con Satán. Javier no se rendía, iría al Japón, a la muerte. Se oía una carcajada, o tal vez se iluminaba la mueca del ídolo con aire de venganza. «Porque muchas veces me ponía aquello delante, diciendo que en tiempo estábamos que se vengaría».

Restablecida la calma, levaron anclas y, sumidos en profunda tristeza, arribaron al puerto de Cantón. Ladrón y sus marineros decidieron invernar allí, pero Javier y los suyos, con ruegos y amenazas, le contradijeron. Fingió someterse y navegaron hasta el puerto de Changchow, donde nuevamente quiso entrar a invernar. Afortunadamente, una embarcación a vela les avisó de la presencia de ladrones en el puerto. Ya no podía volver a Cantón, pues el viento daba de popa, e irremediablemente llegaron a Kagoshima el 15 de agosto de 1549.

Kagoshima (agosto-noviembre 1549)

Era el pueblo natal de Pablo de Santa Fe, y fueron recibidos cálidamente por sus familiares y amigos. Su casa pronto se vio invadida por curiosos visitantes que deseaban ver a los extranjeros. Era la primera vez que veían sacerdotes europeos. No veían mal la conversión de Yagiuro, cuyos viajes y conocimientos le daban gran autoridad:

Interesaba visitar al señor de la tierra, el rey que decían los portugueses, y que Javier discretamente calificó de duque. Pablo de Santa Fe hizo bien en adelantarse y predisponerle. A cinco leguas residía en su fortaleza el daimío Shimatsu Takaisa. Le presentó una imagen de Nuestra Señora, que agradó al daimío, inclinándose ante ella al igual que todos los presentes. Llamó a su madre para contemplarla, quedando tan entusiasmada, que a los pocos días mandó a un noble pidiendo orientaciones para fabricar una réplica de la imagen. Por falta de materiales adecuados, la imagen se dejó de hacer. La buena madre del daimío pidió una explicación escrita de la fe de los cristianos. ¿Sería simple curiosidad de mujer o imperceptible movimiento de la gracia? Pablo de Santa Fe se ocupó de redactar ese escrito. El inefable Yagiuro era un prohombre, tenía prisa por evangelizar a sus familiares y amigos. Su madre, mujer e hija abrazaron el Evangelio. Predicaba de día y de noche, y muchos de sus parientes y amigos se hicieron cristianos. Javier y sus compañeros estaban contentos, pero tropezaban con la lengua. Estamos «como unas estatuas», decía Javier, aunque veía que hablaban de ellos. Y tenían que hacerse «como niños» para aprender la lengua. Como estatua y como niño estaba siendo ya el descubridor espiritual del Japón y su primer evangelizador, y midiendo la magnitud de la empresa se encomendó especialmente al arcángel San Miguel, poniéndolo como patrono de la nueva tierra descubierta.

Precisamente el 29 de septiembre, día de San Miguel, patrono de su castillo natal, visitaron al daimío en su fortaleza. Era un conjunto de diecinueve casas con cuarenta y siete puertas y otras tantas calles. Atravesaron la muralla exterior, de piedra seca, y las empalizadas de tapial y cañizo. La entrada en lo alto, muy estrecha, sólo les permitió pasar un caballo tras otro. El daimío, en cuclillas sobre

un estrado, con su capa floreada de oro y plata, le recibió con muchos honores. Curiosamente le aconsejó que guardase muy bien los libros en que estaba escrita la ley cristiana. Accediendo a sus deseos, el daimío, a primeros de octubre, concedió oficialmente a sus vasallos el permiso para abrazar la fe cristiana. Escalonando intérpretes se abría paso hasta el imaginado emperador del Japón. La visita a Shimatsu le tendía el puente de la recomendación para una entrevista en Kioto con el antojado emperador, quien, a su vez, era amigo del emperador de China y disponía del sello real. Así, saltando de emperador en emperador, imaginaba ganar el Oriente. Su salvoconducto le franquearía las puertas del Celeste Imperio. No hacía ni tres meses que estaba en Japón, y ya su imaginación andaba camino de Pekín. Se exaltaba por adelantado oyendo hablar de la grandeza y belleza de Kioto, la ciudad de las noventa mil casas, la universidad y los grandes colegios.

La llegada del invierno y la ausencia de viento favorable hacían diferir el viaje. Un invierno plácido al comienzo, que sorprendió a Javier con su ropa tropical, la ligera «loba» y la camisa, estimuló su organismo haciéndole tiritar. «Aquí morimos de frío», decía. Para aprovechar el permiso del daimío, Javier dedicó el invierno a traducir la doctrina cristiana al japonés con la ayuda de Pablo de Santa Fe. El mismo se entregó al duro aprendizaje, pero a los tres meses, el hermano Juan Fernández le aventajaba.

El daimío había puesto a su disposición una vivienda ligera, casi transparente, expuesta a las miradas de los transeúntes. Allí iban traduciendo la creación del mundo, la venida del Mesías, los mandamientos y el juicio final. La redacción salió bastante imperfecta y con el tiempo debió ser sustituida. Con su «libro» se aventuró a predicar leyendo en las calles y caminos. Solía sentarse en la terraza de una pagoda dos veces al día leyendo en voz alta el texto. No dejaba de ser un espectáculo divertido para muchos. La expresión imperfecta y la abundancia de gestos producían a veces en el auditorio risas extemporáneas y gestos de desprecio. No faltaban personas más razonables que apreciaban el mérito y el esfuerzo de los extranjeros venidos de tan lejos para comunicarles la doctrina salvadora. Decididamente, Javier, a los cuatro meses, estaba enamorado de sus oyentes, de sus almas y valores espirituales, desinteresándose de otros aspectos más exóticos y brillantes.

«Primeramente, la gente que hasta ahora tenemos conversado, es la mejor que hasta ahora está descubierta, y me parece que entre gente infiel no se hallará otra cosa que gane a los japoneses. Es gente de muy buena conversación, y generalmente buena y no maliciosa, gente de honra mucho a maravilla, estiman más la honra que ninguna otra cosa, es gente pobre en general, y la pobreza, entre hidalgos y los que no lo son, no la tienen por afrenta».

Insensiblemente, sin quererlo, al describir al pueblo japonés, iba seleccionando algunos rasgos tomados a su propio autorretrato navarro. La hidalguía sobre todo. «Por ningún precio casaría un hidalgo muy pobre con otra casta que no es hidalga, aunque le diesen muchas riquezas. Más estiman la honra que las riquezas». Las armas eran otra señal inequívoca de coincidencia. «Precian mucho las armas y confían mucho en ellas; siempre traen espada y puñales, y esto todas las gentes, así hidalgos como gente baja; de edad de catorce años traen ya espada y puñal». Así lo habían hecho en su familia y castillo. Hidalguía, pobreza, armas y, finalmente, la lealtad navarra jurada al rey. «La gente que no es hidalga tiene mucho acatamiento a los hidalgos, y todos los hidalgos se precian mucho de servir al señor de la tierra, y son muy sujetos a él; y esto me parece que hacen por les parecer que, haciendo el contrario, pierden de su honra, más que por el castigo que del señor recibirían si el contrario hiciesen».

No faltarían sombras en su magnífica pintura. Se dirigió a las pagodas de los bonzos, aparentemente honestos, sumidos en profundas meditaciones y en ejercicios de concentración, como flores de loto clavadas en el estanque, pero cuidado con remover las aguas del estanque. Fue lo primero que hizo Javier. Les reprendió sus pecados contra natura. Bonzos sodomitas y pederastas. «Tienen estos bonzos en sus monasterios muchos niños, hijos de hidalgos, a los cuales enseñan a leer y escribir, y con estos cometen sus maldades, y está este pecado tanto en costumbre, que, aunque a todos parezca mal, no lo extrañan». A la ley de su irrisorio celibato le buscaron la aberrante compensación, fomentando en el pueblo la costumbre nefanda para justificarse a sí mismos. Al pueblo sencillo le gustaba ver cómo reprendía a los bonzos, pero ellos se reían y no se avergonzaban de nada.

Conoció otros bonzos de testas rapadas y hábitos pardos que tenían su rama femenina, conviviendo con ellas. El pueblo veía mal esta comunicación. Cuando una de las mujeres quedaba preñada, abortaba, y la comunidad seguía en paz. Al penetrar en las boncerías trabó conversación con los más doctos, sobre todo con un anciano de ochenta años, muy venerado, llamado Ninxit, que quiere decir «corazón de verdad». Era el jefe espiritual, y en sus pláticas andaba incierto acerca de la inmortalidad. Se hicieron muy amigos. «Es este Ninxit tanto mi amigo que es maravilla». Unánimemente, bonzos y paisanos se hallaban muy contentos con él y le hacían fiesta, pero las conversiones, pocas, venían de una en una. En la India, se decía, Javier había echado la red, pero en el Japón pescaba a caña. El 5 de noviembre regresaba el junco del pirata. Aván, el Ladrón, murió antes de hacerse a la mar, murió como había vivido, mercantilizado, «en sus infidelidades». Javier no obtuvo nada de él a la hora de la muerte. «Su alma está en el infierno», decía. Su ídolo había dicho la verdad. No regresaría a Malaca. En el horrible junco envió el correo. A los padres de Goa, avisos ascéticos y recomendaciones con muchas noticias del Japón, adonde llegarían un día como premio inmerecido. A estas alturas, desde su cima mística, no había modificado su pensamiento inicial. «Acordaos siempre de aquel dicho del Señor que dice: Porque '¿de qué le sirve el ganar todo el mundo si pierde su alma?' »

Particularmente a los padres Gaspar Barceo, Baltasar Gago y Francisco Carvalho, les mandaba venir al Japón. A Micer Paulo le recomendaba seguir con la enseñanza de las oraciones, trabajo que se debiera encomendar a Antonio Gómez en la catedral. Saludos a los amigos y devotos de Goa, y a un clérigo francés algo pintoresco, capellán que fue del gobernador Sousa, le lanzaba una puya: «Pues es vicario de Nuestra Señora de la Luz, que tome mucha luz para sí, porque al tiempo que yo le conocí poca tenía». Otra carta para el difícil Antonio Gómez, casi corrigiéndole, previniéndole «que tengáis especial cuidado de vos mismo»; pero con delicado amor, «para mayores cosas os guardo», para el delicioso Japón. Haciendo confianza de él, le encargaba negociara con el gobernador la siguiente expedición con la compra de regalos y presentes para el rey del Japón, así como otras mercaderías, y el consejo de traer el navío con artillería montada contra los piratas y una carga moderada de pimienta para venderla bien. Al capitán don Pedro de Silva, en Malaca, le refería el éxito de la empresa del Japón, agradeciéndole su ayuda en la embarcación y regalos, y al hacerle partícipe del fruto espiritual le halagaba diciéndole que venía a suceder gloriosamente en la obra comenzada por su padre, «el señor conde almirante» Vasco de Gama. La curiosidad suscitada por las conversaciones de Pablo de Santa Fe movió a dos bonzos a viajar a Goa. Javier no hacía más que recomendar para que los agasajaran y ganaran del todo.

Después de despachar el correo volvió a sus bonzos y al perseverante estudio de la lengua. El número de conversiones había ascendido a cien. El Evangelio había penetrado en el castillo fronterizo de Ichiku, a siete horas de camino. La dueña del castillo, su hijo de cinco años, el administrador y otras personas, hasta quince en total, recibieron el santo bautismo, mientras que el señor se limitaba a mostrar gran interés por la religión de «Dainichi», creador de todas las cosas, como Javier llamaba a Dios por sugerencia de Pablo de Santa Fe.

En el monasterio de Fuknsochi, Javier entraba y salía como en su propia casa. Sus cien bonzos practicaban inmóviles la meditación del zen.

-«¿Qué hacen estos bonzos? -preguntó.

-Unos calculan lo que han sacado a sus fieles; otros piensan cómo se arreglarán en su trato y vestido; final mente, otros cómo se divertirán; ninguno piensa cosa de importancia -le respondió Ninjitsu.

-¿Qué edad os gustaría más si os dejaran escoger: la juventud o la vejez?

-La juventud, que es la edad del vigor y la alegría -respondió Ninjitsu.

-Y ¿qué tiempo es más grato al navegante: el tiempo de la travesía en alta mar o el de arribada al puerto?

-Ya os entiendo, pero esa comparación no va conmigo. Yo ignoro el puerto».

Ninxit vacilaba entre Buda y Jesucristo. Pronto entendió Javier que los bonzos serían con el tiempo sus enemigos irreconciliables. Marchaba rectilíneo con valentía espiritual y estaba dispuesto a no cejar y hasta sufrir la muerte. Con los meses, los recién convertidos retiraron sus limosnas y despreciaron abiertamente los ídolos. Los bonzos reaccionaron ante el temor de verse arruinados, impidiendo nuevas conversiones y, apartando a los oyentes, interrumpían la explicación de la doctrina con palabras soeces. Propalaban infundios afirmando que los misioneros se alimentaban de carne humana, y para mayor verismo arrojaban a sus puertas lienzos ensangrentados y excitaban a las turbas a insultar y afrentar a los misioneros. Recurrieron al daimío y le amenazaron con la ira de los dioses. El daimío, que no había obtenido ninguna noticia ni ventaja material, por no haber aparecido ningún navío portugués respaldando comercialmente la presencia de los extranjeros, prohibió bajo pena de muerte la conversión a la fe cristiana.

Pablo de Santa Fe quedaría al frente de la cristiandad. A cien leguas al noroeste había fondeado, en Hirado, un barco portugués. Javier marcharía allí a fines de septiembre de 1550. Pasaron por el acogedor castillo de Ichiku, hospedándose en sus muros solitarios. El fiel mayordomo Miguel presidiría aquella comunidad cristiana después de una instrucción más detenida de Javier acerca de la administración del bautismo. Le entregaron los salmos para recitarlos los viernes y la pasión de Cristo para los domingos. Unos saquitos de seda con los nombres de Jesús y María escritos de su puño y letra. Al despedirse, Miguel le pedía otro recuerdo personal. Javier se desprendió de una devota imagen de María. «Este es el remedio de las almas. Cuando deseéis alcanzar el perdón de vuestros pecados, obtenedlo por su medio de su santísimo Hijo». Luego le ofreció el utensilio corporal, la disciplina. «Este es el remedio de los cuerpos; cuando os consuma la fiebre o el contagio, golpeaos tres veces blandamente invocando los nombres de Jesús y de María, y obtendréis la salud». Miguel la tomó, y durante años reunió todas las semanas a los cristianos del castillo, y por turno se aplicaban los tres golpes y no más, para no gastarla.

Hirado-Yamaguchi (octubre-diciembre 1550)

Llegaron a Hirado andando, siendo recibidos con salvas del navío portugués, que despertaron la curiosidad de los habitantes, quedando muy impresionado el joven soberano de la isla, Matsura Takanobu. Juan Fernández, que hablaba con fluidez el japonés, aprovechó el momento, y en los primeros días atrajeron al

cristianismo un centenar de habitantes. En un par de días, los cien cristianos que costaron un año en Kagoshima. El primero en recibir el bautismo fue Kimura, en cuya casa paraba Javier. A las tres semanas ya no cabía en la isla, porque había oído decir que en Yamaguchi vivía, un príncipe poderoso. A fines de octubre partió con Juan Fernández y Bernardo. El padre Cosme de Torres quedó en Hirado. Se le confió guardara los objetos de valor y el cáliz, por miedo de los ladrones. Era temible la navegación bordeando el litoral. En cuanto aparecía un barco sospechoso, se ocultaban bajo cubierta. Parte del trayecto lo hicieron a pie. Llevábamos en dos alforjas una sobrepelliz, tres o cuatro camisas y una manta vieja, que nos cubría durante la noche, ya que en las posadas no nos daban cama, sino a lo más una estera de paja y una almohada de madera. Bernardo llevaba a la cintura un saquito de arroz tostado para los días en que no hallábamos hospedaje. Había llegado el invierno. Transidos de frío, no encontrábamos abrigo; no pocas veces, entumecidos por la nieve, caíamos postrados en los montes. Pobres, extranjeros y mal vestidos, los mesoneros nos despreciaban, los chiquillos se burlaban y nos perseguían a pedradas. Juan Fernández, a quien se deben estas descripciones, pintaba a Javier en este camino. «Nada había que le distrajera; los montes y los valles solitarios estaban cubiertos por la nieve, y, no obstante, sus ojos perseveraban modestos, su mirada recogida, las manos y brazos inmóviles, solamente sus pies caminaban con sosiego. Todo el exterior reflejaba la íntima presencia del Señor y su ferviente adoración y acatamiento». Si se piensa en la belleza patética de esa marcha sobre la nieve, se descubre una cima de heroísmo perdido en el extremo del mundo. Cada paso que avanza le descuenta una hora de vida.

«En los albergues, que más parecían caballerizas, fatigado como estaba, guardaba tanta templanza y reserva, que se diría un esclavo invitado a la mesa de su amo». Sopa de hierbas, arroz cocido y salazón de pescado era la comida del albergue. Tras la penosa andadura llegaron a la ciudad marítima de Hakata, y tras seis días de marcha alcanzaron el estrecho de Shimonoseki, pasando a la aristocrática ciudad de Yamaguchi. De nivel moral inferior a Kagoshima y de mayor población, mereció ganarla con mayor cantidad de movimientos. Ya no era una estatua, ni se estaba quieto evangelizando, como en la terraza del monasterio de Fuknsochi. Mañana y tarde, con su «libro», acompañado de Juan Fernández, recorría las calles, buscando las encrucijadas, donde era mayor la afluencia de transeúntes. Entonces, santiguándose devotamente, desarrollaba su tratado doctrinal, la creación, la redención, los mandamientos. Asaltaron todos los rincones de la ciudad, haciendo popular su estampa. Llovían las invitaciones a las casas nobles y les llamaban los «bonzos de Tendjiku», el país del cielo.

La continua exposición al público conseguía reacciones encontradas. Burlas, palabras airadas. Entonces Javier era nuevamente la estatua impasible. Pero cuando un día les interrumpió un elegante samurai dedicándoles un insulto, Javier se volvió arrogante y le ordenó al hermano Fernández en portugués: «Te ha tuteado, tutéale también, apéale el tratamiento y repícale en el mismo tono». Fernández, que veía al iracundo guerrero acariciar el pomo de la espada, vacilaba un poco sintiendo insegura la cabeza sobre sus hombros. Javier insistía: «Vence ese miedo a la muerte; su vencimiento nos levanta sobre la gente, humilla su soberbia, sus bonzos pierden autoridad y se persuaden de que este desprecio de la vida tiene que proceder del cielo».

En tales casos, Fernández pensaba que Javier buscaba provocativamente el martirio. En otra ocasión, al leer en casa de un noble el relato de la rebelión de los ángeles y la condenación de Lucifer, el noble interrumpió la lectura con desprecio del texto. Javier le replicó: «Por muy noble que seáis, sin el humilde

arrepentimiento seréis condenado igualmente al infierno». El noble, indignado, se abalanzó llenándole de injurias. Javier, sin miedo, echando fuego por los ojos, le repitió: «Haréis lo que os venga en gana, pero si no os humilláis, os condenaréis en el infierno», y diciendo esto le volvió la espalda. A la salida comentaba con Fernández: «Tengo compasión de estos nobles, cuanto más poderosos son más ingratos».

De su trato con los nobles obtuvo el valimiento de un samurai que le consiguió una audiencia con el daimío Yoshitaka. Sobre la «loba» se arregló una esclavina y penetró con Fernández en presencia del daimío. Hicieron ceremoniosamente la doble reverencia. Asistían únicamente el samurai introductor y un bonzo principal, pero desde las salas contiguas una concurrencia notable podía seguir el curso de la entrevista. El daimío, bondadoso, les preguntó quién les enviaba. «El Dios de cielo y tierra», respondió Javier. Después de pasar por una conversación anodina, los viajes, la India, Europa, se volvió al punto capital. Abrió sus folios. Leed, le ordenó a Fernández, la creación, la redención, los mandamientos. Por espacio de una hora escuchó con atención el daimío. Como novedad y remate de su larga exposición se leyó la destrucción de Sodoma, aludiendo a los vicios carnales de los japoneses. «Quien comete ese pecado -leía muy despacio, con énfasis- es más sucio que un cerdo, peor que un perro o cualquier animal». Yoshitaka cambió de color varias veces, y Fernández sintió más insegura que nunca su cabeza. No pasó nada. El daimío era demasiado japonés para ceder a un movimiento de ira, pero el introductor hizo una señal dando a entender que la audiencia había terminado. A la salida, el público estacionado los abucheó: «Paso a los que adoran al Dios Creador y Salvador del mundo, a los que prohíben la poligamia y las prácticas frecuentadas y aconsejadas por nuestros bonzos». Luego se pusieron a corear: «Deos, Deos, Deos», la palabra que Javier repetía constantemente, y que el público devolvía con fino eco burlón.

Con pocas perspectivas de éxito siguieron predicando durante dos meses, y «visto el poco fruto que se hacía», determinaron marchar a Meaco.

Meaco (diciembre 1550-febrero 1551)

Ocho días antes de Navidad partieron, eligiendo el camino por tierra, dejando la navegación, con el objeto de conocer más de cerca el país y anunciar el Evangelio sobre la marcha. «Pasamos muchos peligros en el camino, por causa de las muchas guerras que había por los lugares por donde íbamos. No hablo de los grandes fríos que en aquellas partes de Meaco hace, y de los muchos ladrones que hay por el camino». Aquel invierno fue particularmente duro. Nevaba con abundancia, y los habitantes del país, mientras silbaban las bolas de nieve, les gritaban: «Si sois del país de los dioses, decidles arriba que no echen tanta nieve a la tierra».

El camino largo, de 400 kilómetros, se puso imposible. Javier, con su vieja «loba» y los zapatos destrozados, terminó descalzo. Tenían las piernas hinchadas y desfallecían en el camino. Con el rumbo incierto, pasaron ríos helados; temerosos de los ladrones y soldados, vagaban de una parte a otra, o se agregaban a los caminantes. Hubo vez que, agarrado a la cola de un caballo, corrió Javier un buen trecho. Fernández decía que Bernardo no se quejaba. En realidad nadie se quejaba. Iba Javier extático, pies desnudos, ojos en el cielo, sin noción del entorno helador, insensible, tropezándose en las piedras y guijarros sin enterarse. Y cuando al acostarse veía sus plantas ensangrentadas, decía admirado: «Pero ¿qué es esto?; ¿cuándo me he herido así en el camino?» Tras este itinerario blanco llegaron a la costa y creyeron oportuno embarcarse para Sakay. Fue sólo un cambio de postura, avivando el sufrimiento. Día y noche permanecían amontonados entre los pasajeros, en cubierta. Una vez se acomodó en el asiento

que un viajero había abandonado, al parecer definitivamente, y a su regreso lo hartó de insultos. Javier cedió con mansedumbre. Un joven se ensañaba especialmente llamándole necio, animal. «¿Por qué me hablas así? Sabe que te amo mucho y quiero enseñarte el camino del cielo», le replicó Javier, abriendo sus ojos tristes. Un distinguido japonés, compadecido, les dio una carta de recomendación para un amigo de Sakay.

Cuando llegaron a este puerto, donde en noviembre de 1549 Javier había señalado la conveniencia de establecer una factoría portuguesa, fueron muy mal acogidos. Nadie les quería albergar, y, expulsados a insultos, probaron a esconderse y refugiarse en un pinar, en una cabaña de ramas. Aun allí fueron atacados a pedradas. Al fin encontraron a su recomendado, un pudiente comerciante llamado Hibia Riokei. Los recibió en su casa y los agregó a la comitiva de un noble que marchaba a Meaco, protegiéndose de esta forma de los ladrones. El noble japonés viajaba en litera con sus pajes. Detrás marchaban los mozos de espuelas; entre ellos, como un mozo de cuerda, corría Javier, cubriéndose la cabeza con un sombrero siamés. Hicieron las dos jornadas que mediaban entre Sakay y Meaco a paso de carga. «A galope», decía Juan Fernández, quien no recordaba haberle visto tan alegre como en esta ocasión, saltando de gozo y lanzando al aire una manzana para volverla a atrapar, como jugando a la pelota, con los ojos arrasados en lágrimas de felicidad.

Hacia el 13 de enero divisaron por fin la corte de Meaco, la moderna Kyoto, capital del Imperio nipón. Era un mar de tejados y pagodas piramidales de varios pisos, nadando sobre un fondo de calles de alegre urbanización simétrica. Hallaron amistosa acogida y hospedaje en la casa de un señor principal, para quien traían una carta de recomendación de Hibia Riokei. Al enterarse de que sus huéspedes deseaban visitar la Universidad de Hieisán, les envió allí al día siguiente, dirigiéndolos a casa de su yerno. Les dio un criado para acompañarles durante seis largas horas de camino. En el trayecto se vieron nuevamente obsequiados con burlas e insultos. Llegaron a Sakamoto, ciudad situada a las orillas de un gran lago, desde donde se acos tumbraba visitar la universidad o boncería del monte Hieisán. No obtuvieron acceso al monasterio y decidieron regresar de nuevo a Meaco, sintiéndose peloteados entre suegro y yerno, sin poder olvidar que su principal objetivo era la visita a Vo, el rey, el figurado emperador del Japón. Pero ¿qué emperador era éste? Arruinado y confinado en un viejo palacio, recibía limosnas y traficaba lastimosamente extendiendo títulos de nobleza. Cuando los tres extranjeros pobremente vestidos intentaron la visita, les preguntaron despectivamente si traían algún regalo. Javier respondió que los presentes habían quedado en Hirado, pero que los mandaría traer para entregarlos personalmente si se le concedía la audiencia real. No satisfizo la respuesta y, en medio de tanta desorientación, Javier sacó en conclusión que el señor más poderoso del Japón era hasta el momento el daimío de Yamaguchi. Después de once días de estancia decepcionada, montaron en una barca en el arrabal de Toba y, a favor de corriente, volvieron a Sakay. Mientras se deslizaban aguas abajo, el padre no podía retirar sus ojos de la ciudad y repetía emocionadamente las palabras del salmo 113: «Cuando Israel salió de Egipto, al partir la casa de Jacob de un pueblo extranjero...».

Cuando llegaron a Sakay encontraron un navío que les llevó a Hirado. En este viaje hizo algunos cristianos, sin desaprovechar un momento de su vertiginosa existencia. A principios de marzo llegaron a Hirado, con gran alegría de volver a encontrarse con el padre Cosme de Torres, quien en estos dos meses de ausencia había obtenido un gran número de conversiones, comenzando por la familia en cuya casa se hospedaba. Pocos días permaneció Javier en Hirado, y a comienzos

de primavera cargó en un bote sus enseres, su servicio de misa, los regalos destinados al siempre incierto emperador nipón, y adquirió unos vestidos preciosos, después de haberse persuadido de que su aspecto descuidado ofendía a los japoneses con desprestigio de su misión apostólica.

Yamaguchi (marzo-septiembre 1551)

Era primavera cuando llegaron a Yamaguchi. Le acompañaban Juan Fernández, Bernardo y un converso japonés, Mateo. Con la mente más despierta y las nociones políticas más claras, se dirigieron nuevamente a Ouchi Yoshitaka, que después de tanto rodeo resultó ser el señor más poderoso del Japón, dominando en veinte reinos. El prepotente Yoshitaka les recibió con gran afabilidad. Había olvidado la libertad de expresión de la audiencia pasada. Desplegando su mejor diplomacia, vestido de seda, presentó sus credenciales como embajador y nuncio pontificio, los artísticos pergaminos del gobernador García de Sa y el obispo de Goa fray Juan de Alburquerque, ofreciéndole juntamente con su saludo la amistad del rey de Portugal. Fue de gran efecto teatral la entrega de los presentes. Hasta trece clases de regalos, siendo los más preciosos un reloj de repetición, un «manicordio», o instrumento musical de setenta cuerdas, un arcabuz de tres caños, piezas de tela y brocado, tres frascos de cristal, tres tazas de té, lentes, espejos, imágenes, libros y vinos generosos de Portugal.

Aquel mendigo de la primera audiencia, convertido en alto dignatario, ostentando su poder ornamental, fascinó a la corte y comunicó a su palabra mayor peso que un año de predicación y austeridad. Yoshitaka no había visto un reloj, era el primero que llegaba al Japón, y las lentes le devolvían la vista de los veinte años. El príncipe, entusiasmado, lo quiso abrumar entregándole una gruesa cantidad de oro y plata, y «muchas cosas». Javier se lo agradeció, diciéndole que el mejor regalo que esperaba era la libertad de evangelización en sus tierras. El daimío mandó fijar el decreto en las calles públicas, y dos meses después donó a los extranjeros el solar del monasterio de Daidoji para construir una casa y una iglesia.

Sin perder un momento, Javier, que se alojaba en casa del pagano Uchikadono, salía dos veces al día con el hermano Fernández a la calle Tononocogi, la calle de los nobles. Sentado sobre el brocal de un pozo leía en voz alta la declaración doctrinal. Daba sus explicaciones a las numerosas cuestiones que le proponían, y de noche recibía consultas.

Iba cuajando una muchedumbre de oyentes que alababan la doctrina, pero que no se decidían por la conversión. Hasta que un día, en plena predicación, se acercó un oyente mal encarado al hermano Fernández y, después de interrumpirle con sus burlas, le escupió en la cara. Sin expresar la menor emoción, Fernández se secó el salivazo y prosiguió la instrucción. Entre los asistentes se hallaba un «hombre honrado», enemigo del padre Francisco, que siempre le contradecía. La conducta de Fernández le impresionó, y después de la instrucción le siguió a casa y le pidió a Javier el bautismo. Fue el primer cristiano de Yamaguchi. Después vinieron los dueños de la casa, Tomás y Marta, junto con sus parientes. Después, un juglar popular, medio ciego, que, acompañándose de una viola, entonaba viejas canciones por las calles de Yamaguchi. Embelesado por el trato de los extranjeros, con quienes compartía el espacio público, pidió el bautismo, y más tarde in gresó como hermano coadjutor, con el nombre de hermano Lorenzo. Por lo menos hizo Javier una segunda visita al daimío Yoshitaka, tan espectacular como la primera. Portaba en sus manos el regalo de una biblia ricamente iluminada y encuadernada, diciéndole que contenía la santa ley. Traía también un ornamento de brocado, y el daimío le rogó se lo pusiera. Javier lo vistió con

elegancia, y Yoshitaka, en el colmo de su entusiasmo, le contemplaba batiendo palmas y diciendo: «Es un dios vivo».

-«¿Qué color, qué figura tiene vuestro Dios? -interrumpió uno de los bonzos que se hallaban presentes.

-Dios no tiene color, figura, ni accidentes. Es sustancia purísima distinta de todas sus criaturas.

-¿De dónde procede vuestro Dios?

-De sí mismo, es el Principio de todas las cosas, que no tiene principio ni fin. Es el Poder, la Sabiduría, la Bondad Infinita».

El bonzo se dio por satisfecho y concluyó: «Nos diferenciamos en la lengua y en el vestido, pero, fundamentalmente, la ley que enseñáis y la nuestra son una misma cosa».

En el mes de mayo se contaban ya quinientos cristianos, entre ellos muchos pertenecían a la nobleza. La corriente de gran amistad fomentada en la joven cristiandad producía una gran comunicación de noticias y datos doctrinales procedentes de los bonzos, abriéndose el camino a la controversia pública. Javier no esperaba, tomaba la iniciativa e interrogaba a los bonzos. No sabían responder. Los cristianos se alegraban, los paganos se avergonzaban y los bonzos quedaban corridos. Sobre el origen del mundo, la creación y el Creador, la cosmogonía japonesa, muy infantil, quedaba al descubierto, y el profesor de la Sorbona exponía los conocimientos contemporáneos occidentales acerca de la redondez de la tierra, los cometas, los relámpagos, la lluvia y la nieve. Los misioneros alcanzaban fama de doctos.

Los bonzos de la secta Shingonshu le invitaron cordialmente a pasar a su monasterio. Pasmosas coincidencias le desorientaron en el interior de la boncería. Se referían constantemente a Dainichi, la divinidad suprema. A simple vista, otras pruebas sorprendentes, como el rosario, la señal de la cruz, los ornamentos, las ceremonias y el incienso despertaban nuevas afinidades. Para mayor desesperación, Dainichi aparecía representado en soberbia trifaz, recordándole el misterio de la Santísima Trinidad. ¿Serían tradiciones cristianas, remotas, del tiempo de Santo Tomás, borrosamente captadas en su imperfecto japonés? Entusiasmado con estos indicios, había adoptado la invocación a Dainichi como traducción de Dios, y recorría las calles voceando. «Dainichi no uogami are», Adorad a Dainichi. En una mayor profundización doctrinal con los bonzos, interrogándoles en lentas y pesadas conferencias acerca de las relaciones trinitarias, la encarnación de la segunda persona divina y la redención, terminó totalmente decepcionado. Los bonzos aceptaban los misterios de la religión cristiana sólo como fábulas, y tocando fondo en el inefable Dainichi de hermosa trifaz, advirtió que se trataba sólo del equivalente de la materia prima aristotélica, eterna, y con el añadido de una pésima significación. Aclarado el equívoco, ordenó a Juan Fernández salir a las calles gritando. «Dainichi no uogami nasu», No adoréis a Dainichi. Todo el esfuerzo de su predicación había resbalado en una palabra fundamental, y desdiciéndose, en adelante volvería a emplear la voz latina Deus, significando un Dios personal.

Equilibrio en todo y una discreta filosofía de cambio en su acomodación a la ideología japonesa le haría aconsejar al padre Torres: «Con tal de que una cosa no sea pecado, es mejor no cambiarla en nada, a no ser que el cambio contribuya a mayor gloria de Dios». Pero este último viraje y la sustitución de Dainichi por Dios no agradó a los bonzos, que le retiraron su amistad -«páreceme que tarde seremos amigos»- y pasaron al ataque cuando Javier, después de reunir numerosas pruebas, fue descubriendo sus errores y vicios.

Del trato con los neófitos extrajo un mayor conocimiento de las nuevas sectas de los bonzos. Otras divinidades, como Shaka y Anvda, que proporcionaban ridículas fábulas, como los ocho mil nacimientos de Shaka y los mil años de penitencia para salvar a los hombres, pronto quedaron desmitificadas. Desnudó en público sus vicios, las fornicaciones de los bonzos, las prácticas anticonceptivas y abortivas de las bonzas, la estafa de las famosas cédulas que, compradas a buen precio, podían liberrar a sus poseedores de las penas del infierno.

Los bonzos, viéndose acosados en sus propios dominios, enviaron a sus mejores teólogos a disputar públicamente con Javier. La facilidad aplastante con que los rebatió se convirtió en una predicación más ágil y agresiva, sembrando el pánico en los monasterios. Muchos bonzos y bonzas abandonaron sus santuarios y bajaron a la ciudad publicando sus vicios. Yamaguchi hervía de pasión. Las limosnas descendieron. Faltos de recursos, algunos monasterios florecientes, de los cien que había en Yamaguchi, cerraron estrepitosamente. El odio suelto de los bonzos más irreductibles llegó a términos de planear el asesinato de Javier, que, si no se llevó a efecto, entre otras maniobras y persecuciones, se debió al temor de verse castigados por Ouchi Yoshitaka. Como tantas veces, los bonzos, descalificados, apelaron al sentimiento patriótico, identificando la causa nacional con la propia. Con un mal juego de palabras amotinaron al pueblo. Deus(a) es Dayuso, que quiere decir la gran mentira. «Si Deusa llega a ser adorado en el Japón, el Japón está perdido». Dainichi, Deus, Deusa, Dayuso, un lío muy grande por culpa de cuatro palabras.

Pero cuanto más arreció la persecución, mayor fue el fruto en el pueblo japonés, de elevada calidad espiritual. Dos objeciones de corte moderno le ponían con gran sentimiento acerca de la bondad de Dios. ¿Cómo siendo Dios tan misericordioso no había manifestado antes a los japoneses su santa ley, sin compadecerse de sus antepasados, permitiendo que sus almas se condenaran? «Tomad un hombre criado en un monte -les decía Javier-, sin saber leer ni escribir, y preguntad a ese hombre criado en el bosque si matar, hurtar y hacer contra los diez mandamientos es pecado o no, si guardarlos es bien o no. Por la respuesta que os dará, siendo tan bárbaro, sin enseñársela otra gente, veréis cómo sabía la ley de Dios. Pues ¿quién enseñó a éste el bien y el mal sino Dios, que lo crió? Y si en los bárbaros hay este conocimiento, ¿qué será en la gente discreta? De manera que antes que hubiese ley escrita estaba la ley de Dios, escrita en los corazones de los hombres». Y que Dios no pedía imposibles ni responsabilidades de las verdades inculpablemente ignoradas, pero sí de la violación deliberada de la ley natural. «Cuadróles tanto esta razón a todos, que quedaron muy satisfechos. Sacarlos de esta duda fue grande ayuda para que se hicieran cristianos».

En el movimiento de conversiones causó sensación la del hombre «más sabio de Yamaguchi». Había estudiado en Bandu, la universidad más célebre de todas, y habiendo ingresado en una boncería la abandonó, reconociendo la falsedad de las sectas. Declaraba haber adorado siempre al Creador de todas las cosas. Sus informaciones fueron preciosas. Por la gran Universidad de Bandu pasaban los bonzos más capacitados, y en ella se observaba una gran admiración por la cultura de la China. En el horizonte siempre se le aparecía la China golpeando con sus nudillos las tierras y montañas del Japón. Entre tanto, Yamaguchi en el corazón, la cristiandad modélica que jamás se dejaría arrebatada por la fe de Javier. El duque de Bungo (octubre 1551)

Tras cinco meses a pleno rendimiento en Yamaguchi, en septiembre de 1551, un mensajero llamó a Javier al principado de Bungo, en la isla meridional de Kiushiu. La aparición de unas velas blancas en las aguas de Bungo había despertado el deseo de establecer relaciones con los portugueses. Por otra parte, el gran navío

portugués de Duarte de Gama traía en su correo malas noticias de Goa. La gloriosa muerte del padre Criminal, la propagación de la Compañía en Quilón, Cochín y Ormuz, el bautismo del rey de Tanor y la actuación del laberíntico padre Gómez, con la violenta expulsión de veintiocho seminaristas indígenas, sustituidos por otros tantos portugueses, y el anuncio de mayores expulsiones hasta el total exterminio del alumnado indio.

Javier se vio colocado en la precisión de acudir a Bungo para presentarse ante el soberano y precipitar el regreso a la India en la nave portuguesa, con intención de regresar al año siguiente. Hizo venir inmediatamente a Cosme de Torres y a sus dos compañeros de Hirado a Yamaguchi para suplirle. La despedida de sus incondicionales de Yamaguchi se concentró en estas palabras: «En esta vida no os faltarán penas, persecuciones y peligros, que son el camino más seguro para ir al cielo. Os dejo como buenos guardianes al padre Cosme de Torres y al hermano Juan Fernández, que os ayudarán e instruirán; pero sabed poner sólo en Dios vuestra confianza». Después se arrodilló junto con los cristianos y oró, encomendándolos a Dios con lágrimas y gemidos. Abrazos y adioses dieron un gran presentimiento. Se conducía como si nunca hubiera de volver a verlos. Con un gran llanto querían acompañarle en masa hasta el camino, pero no se lo permitió.

Partió para Bungo en compañía del recién convertido Mateo, con Bernardo y Juan, el hermano de Pablo de Santa Fe, en calidad de intérprete. Caminó a pie hacia la costa, llevando al hombro un bulto que a nadie soltaba. «Son cosas sagradas», decía. El ara, el cáliz y los ornamentos. Después de dos días de marcha, con los pies bastante hinchados, pues llevaba un año de quietud pedestre, llegaron al mar. Tras una breve navegación arribaron al puerto de Hichi, donde fue recibido con salvas de cañón y flamear de banderas. Un encuentro feliz en el extremo del mundo con los mejores amigos y navegantes, el aventurero y mendaz Méndez Pinto y el noble capitán Duarte de Gama, su gran admirador, empeñado en la dilatación del reino de Cristo. Era él quien había provocado la llamada del daimío, planeando una vistosa embajada que entrase por los ojos, convenciendo de la dignidad del legado pontificio.

En una falúa engalanada con gallardetes y sedas, Duarte de Gama y la comitiva portuguesa, rodeados de esclavos, se dirigieron acompañando al padre a la capital Funai, a cinco horas de distancia. Desembarcaron y recorrieron la ciudad a pie. Abría la marcha la marinería en doble fila, seguían los oficiales y el capitán, vestidos con sus mejores galas. Sombreros de plumas en la mano, la cabeza descubierta, puños duros de almidón, casacas de seda y calzones colorados sobre las botas altas. Marchaban al son de pífanos y tambores. Arrojaban sus mantos a los pies de Javier. Uno llevaba el misal, otro las sandalias, y un tercero portaba una bellísima Madona. El acompañante de Javier abría sobre su cabeza un quitasol con dibujos de pájaros y flores. Duarte de Gama, gran maestro de ceremonias, empuñaba una vara de plata y dirigía la escena. El nuncio había rechazado una litera barnizada de laca dorada, y vestía una «loba» de seda y sobrepelliz con estola de terciopelo verde hasta las rodillas y borde de brocado.

El daimío Otomo Yoshishigue, de veinte años, deslumbrado ante el poder ornamental de Javier, le recibió con una triple inclinación, de insólita dignación nipona. El daimío permitió libremente la evangelización de sus estados, y él mismo abrazó el cristianismo. Esta demostración de gran efecto estaba pidiendo el refuerzo de nuevos misioneros para la evangelización de Bungo, madurando la resolución de volver a la India. En un momento de éstos, sobre la marcha y por excepción, como un efluvio perdido, brotó la curación de un mercader ciego, haciendo recordar a los portugueses las campañas taumatúrgicas de la India.

Desde Hichi comunicó sus proyectos a Yamaguchi. Envió 300 cruzados que adelantaba el fantástico Méndez Pinto para la construcción de una iglesia en el solar que Ouchi Yoshitaka le había regalado poco antes de su partida. Finalizaba el mes de octubre cuando llegó Antonio, el antiguo criado de Pablo de Santa Fe, trayendo dos cartas de contestación del padre Torres y del hermano Fernández. En su ausencia habían seguido disputando públicamente con los bonzos, que, envalentonados con la desaparición de Javier, asaltaron su casa el mismo día de su partida. Burlas y palabras airadas abrieron las controversias durante ocho o diez días, de las que Juan Fernández redactó un extenso protocolo. En ese momento estallaba una revolución contra el daimío. El enemigo se acercó a la ciudad y conquistó Yamaguchi. El fuego y la espada dominaron durante ocho días la población. En medio del incendio político, Ouchi Yoshitaka tuvo que huir, y con la tradicional frialdad nipona, después de mandar matar a sus hijos, él mismo se abrió el vientre.

El 28 de septiembre, Cosme de Torres y Juan Fernández consiguieron poner a salvo su pobre mobiliario y refugiarse en la casa de Naito, distinguido protector. En el camino se cruzaron con algunas bandas armadas que pedían a gritos sus cabezas. «Matemos a estos extranjeros, por su culpa van las cosas tan mal». Naito los escondió en una boncería suya, y después en un escondrijo de su propio domicilio durante cinco días. «Todo el mundo nos busca para matarnos», escribía Torres. Luego, el temporal se apaciguó, y mientras Javier leía estas noticias, un hermano del daimío de Bungo era requerido a ocupar el trono vacante. Aceptó el ofrecimiento y accedió al poder, restaurando la paz y prometiendo a Javier su protección.

A mediados de noviembre de 1551 levó anclas la nave de Duarte de Gama. Otomo Yoshishigue le dio por acompañante un legado vestido de preciosa armadura y provisto de una carta para el rey de Portugal. Javier quería llevarse también algunos japoneses instruidos y algunos bonzos sabios que diesen en Europa pruebas de su espíritu filosófico. Pero a la hora de embarcar tuvo que conformarse con Bernardo y Mateo, que deseaban conocer la India y Portugal. Juan y Antonio viajarían como intérpretes y guías de las futuras expediciones, en 1552 y 1553. Javier abandonaba el Japón para siempre sin saberlo. Sus sentimientos, revolcándose como las olas que batían las innumerables islas del mar interior, le hacían decir: «Con esto acabo, sin poder acabar, escribiendo a mis padres y hermanos tan queridos y amados, y escribiendo de amigos tan grandes, como son los cristianos de Japón».

El regreso a la India (noviembre 1551-24 enero 1552)

La normalidad del viaje hacia las costas de Chincheu quedó rota por la negra tempestad. Avanzaba la nave a todo trapo, con la vela mesana izada a media asta, cuando se rompió el cable de amarre del bote de remolque, quedando éste a merced de las olas, desapareciendo entre montañas de agua con sus dos ocupantes. A pesar del huracán, se arrió la vela para intentar el salvamento de los naufragos. Pero cuando el bote desapareció de la vista de los marineros que vigilaban desde la cofa, Duarte de Gama mandó izar de nuevo la vela. No era posible arriesgar la vida del pasaje para salvar a dos infelices. Entonces intervino Javier y suplicó a Duarte y sus gentes un poco de paciencia, y él mismo agarraba fuerte de la verga impidiendo izar la vela. Les aseguraba que aparecerían pronto, y prometía ofrecer tres misas, una por el bote y dos por los ocupantes. Se puso a rezar con los brazos en cruz, y luego mandó a Antonio Díaz subir a la cofa y vigilar las aguas. Bote a la vista, gritó Díaz. Intentaron largar un cable al bote, pero Javier les dijo: «La hija volverá a la madre». Lentamente el bote se fue arrimando, y los dos etíopes subieron a bordo.

Con la bonanza llegaron a las islas de Cantón. En una de ellas, muy pronto famosa, llamada Sanción, se hallaba anclada la Santa Cruz, de su amigo Diego Pereira, aguardando viento favorable para navegar a Malaca. Transbordó Javier a la Santa Cruz, y, en el viaje, Diego Pereira le puso al corriente de la situación en Malaca, adonde nuevamente había corrido el sultán de Bintang, aliándose con los príncipes malayos y de Java, para sitiarla. El asedio había comenzado a principios de julio, y en aquellos instantes carecían de noticias sobre Malaca, adonde viajaban temerariamente.

Pero el tema favorito que traía absorto a Javier durante horas era la gran debilidad de Diego Pereira: la China. El insigne mercader había recibido cartas de varios prisioneros portugueses que se pudrían en las cárceles de Cantón. Uno de ellos, de igual apellido, Amaro Pereira, pedía auxilio y suscribía con el resto de los cautivos la petición de libertad, sugiriendo un plan de salvación. Suplicaba que el rey de Portugal enviase una embajada pactando la paz con China, con lo que se obtendría la liberación y se abriría una vía para la predicación del Evangelio. Desde el primer momento, Javier se aferró a la idea de la embajada. El oficio de embajador le venía de casta, y el fabuloso país presentaba inmensas perspectivas comerciales a juicio de Pereira y un mundo para Cristo, según la visión de Javier, que a través de China presionaría sobre el Japón. Proyectos, contraproyectos, conversaciones y apreciaciones hinchaban y calentaban la imaginación. Pereira financiaba la embajada y se encargaba de la liberación de los presos. Javier ponía sus credenciales de nuncio pontificio y esperaba conseguir en Goa el nombramiento de embajador. Al mejor optimismo sucedía el mal presentimiento. «Temo que Satanás nos ha de estorbar la empresa», comenzaba a decir. Pereira le corregía y familiarmente le tachaba de pusilánime. «El tiempo lo dirá y vos mismo lo veréis», concluía Javier.

Llevaban treinta y nueve días de viaje cuando penetraron en el estrecho de Singapur. Nuevamente cayeron en el vórtice de una tormenta, y ahora era Diego Pereira quien se afligía y desesperaba. Javier le consolaba: «Agradecemos a Dios que nos concede más de lo que merecemos. Quiera el cielo que el navío que ha salido de Sanción antes que nosotros haya sido tan afortunado como el nuestro; pronto veremos sus despojos». Así sucedió. «En cuanto a vuestra Santa Cruz, estad tranquilo, morirá de puro vieja en el astillero». Veía el pánico del piloto Francisco de Aguiar, que de un momento a otro le iba a tragar el mar: «Animo, que no morirás en el mar, sino en tu cama». Después de muchas tempestades, el viejo lobo de mar siguió navegando confiado, y cuando todos temblaban, cantaba alegre en medio de la tormenta. Naufragaría varias veces, siempre con suerte, y moriría tranquilamente en su lecho, después de escapar a un tifón.

Malaca se veía libre de sus enemigos cuando arribaron a su puerto. En la bahía se hallaba fondeada, dispuesta a zarpar, la Gallega, de su amigo Antonio Pereira. A sus ruegos aún aguardó dos días más. La ciudad había quedado destrozada, sus fuentes envenenadas y 200 portugueses, además de un buen número de indígenas, sucumbieron a la peste. La ira de Dios con que Javier había amenazado a la impenitente ciudad hacía seis años había descargado inexorablemente. En medio del desastre sobrevivía su obra, el colegio del padre Pérez y sus dos compañeros, con 400 alumnos, más la ayuda de su fino protector don Pedro de Gama. Junto a él, su hermano Alvaro de Ataide, compañero de navegación de Lisboa a la India, destinado a sucederle próximamente en el cargo de «capitán mayor en el mar de Malaca», ofreció su firme apoyo a la embajada a China. A los dos días zarpó la Gallega. El padre Pérez le había entregado un fajo de cartas, las augustas páginas de Ignacio, después de cuatro años, nombrándole provincial de las Indias. Las leía y releía. «Escribeme vuestra santa caridad

cuántos deseos tiene de me ver antes de acabar esta vida. Dios nuestro Señor sabe cuánta impresión hicieron estas palabras de tan grande amor en mi ánima, y cuántas lágrimas me cuestan las veces que de ellas me acuerdo; y en me parecer que puede ser me consuelo, pues a la santa obediencia no hay cosa imposible». Más emotivo y blando se ponía cada vez que leía la despedida. «Todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno Ignacio, las cuales así como con lágrimas leí, con lágrimas las escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y tiene, y también considerando cómo de los muchos trabajos y peligros del Japón me libró Dios nuestro Señor por la intercesión de las santas oraciones de vuestra caridad».

El resto de las cartas aumentaba la resaca emocional y abarcaba una visión panorámica de sus conquistas. En Ternate, el padre Castro educaba a los hijos de los caciques de las islas del Moro. En estas islas, los padres Beira y Núñez daban toda su valentía espiritual entre peligros de muerte, frente a las persecuciones del rey de Gilolo. En cambio, Morales y Gonsálvez habían cerdeado ante la muerte y fueron despedidos por cobardes. El rey Hairun no cumplió su promesa de enviar a su primogénito a Goa para ser educado cristianamente, por lo que los despachos negociados a su favor quedaban sin efecto. En Amboino, el padre Núñez Ribeiro había bautizado a 200 indígenas, naufragó dos veces, prendieron fuego a la choza donde dormía, llegó a convertir al asesino que los moros habían comprado para matarlo y, finalmente, en agosto de 1549, murió envenenado. En la Pesquería, los misioneros hablaban en tamil constantemente, aun cuando se hallaran solos. El padre Enríquez disputaba públicamente con éxito. Un «yogui», el primero, recibió el bautismo el día de Pentecostés, en 1549. Los badagas seguían amagando periódicamente, y en una ocasión en que hicieron prisionero al hermano Baltasar Núñez, los paravas, armados con espadas, dieron sobre ellos y le arrancaron de sus garras. Santo Tomé, Quilón y Basain prosperaban. El padre Melchor González había abierto una nueva estación misional en Tana, bautizando en un mes a 400 infieles. En Ormuz, su delfín, el padre Gaspar Barceo, triunfaba con rapidez y su fama corría por Constantinopla, Persia y Arabia. A raíz de una célebre disputa con un sabio persa, su mujer, su hija y la esposa del embajador persa, sobrina del cherif de la Meca, recibieron el santo bautismo. Poco faltó para que el rey de Ormuz siguiera su ejemplo.

Cerrando los ojos, veía a sus hijos, sus valientes cachorros, y soñaba con fuerza. Medía sus conquistas y quería abarcar el planeta. «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos». Pero el difícil padre Gómez se alzaba en la retaguardia. Había arrinconado del todo a Micer Paulo, se había autonombrado viceprovincial, contra el sentir de todos, prohibió en la Pesquería las dispensas matrimoniales y en Cochín, con reclamaciones y apropiaciones indebidas, exasperó a los fieles de la Hermandad, que una noche derribaron a hachazos las palmeras del colegio. El rey de Tanor, conquista de Gómez, al año de su conversión, había apostatado y proclamado la guerra contra los portugueses. Aprovechando la ausencia de Javier, expulsó de una vez a todos los alumnos indígenas del colegio de San Pablo. Sus relaciones domésticas eran tan tirantes, que todos suspiraban por la vuelta del padre maestro Francisco.

Y Javier volvía. El 24 de enero de 1552 entraba en Cochín, donde saludó al virrey Norohna y al joven rey de las Maldivas, bautizado por el padre Eredia el día de Año Nuevo. El virrey, después de escucharle, aprobó la idea de la embajada a China. Se encontraba también Lancilotti para referirle las últimas impertinencias de Gómez. A medida que se acercaba a Goa, todo le denunciaba su desequilibrado intervencionismo. Después de despachar su correo a Europa, quiso remediar el escándalo de Cochín. En presencia del párroco, clerecía y representantes de la

ciudad, y también de las palmeras taladas, pidió públicamente perdón y revocó la forzada donación de la iglesia. Este acto aplacó los ánimos, y ahora, sí, la Hermandad regaló voluntariamente la iglesia a la Compañía.

Primavera en Goa (febrero-mayo 1552)

Unos le daban por muerto, o simplemente desaparecido en el Japón, cuando se supo su llegada a Cochín. Era a mediados de febrero cuando se presentó en Goa. Ya en tierra, la primera visita fue para los enfermos del hospital; luego al anciano obispo, a los padres franciscanos y a los padres dominicos, llegados en 1548. Le seguía la multitud hasta el colegio de San Pablo, donde una comunidad de cincuenta padres y hermanos se impacientaba por verle. Abrazó a todos y preguntó si había enfermos. En la enfermería, un hermano desahuciado de los médicos esperaba su venida, pensando que, si llegaba a tiempo, sanaría. Javier le consoló, le leyó un evangelio y, a los pocos días, se hallaba restablecido.

Pocas veces la presencia de un jefe pudo despertar tanto entusiasmo y afecto en un grupo de hombres. Era doblemente primavera. Frois aludía al Cantar de los Cantares: «Las flores brotaron en nuestra tierra, llegó el tiempo de la poda, se escucha el arrullo de la tórtola, la higuera produjo renuevos y las viñas dieron su aroma». Ya en Portugal habían oído decir: «Es un santo, es él quien guarda la India». Y cuando el rey preguntaba cómo iban los negocios de Oriente, le respondían: «La India está en paz porque el padre Francisco está allí». Ahora le tenían delante, vivo y alegre, en su conversación y en sus brazos. La realidad superaba todo encarecimiento. Su aparición repentina, decía retóricamente Melchor Núñez, era más inspiración de Dios que providencia humana.

Precisamente Melchor Núñez había sido enviado por Simón Rodríguez como rector de Goa.

-«¿Qué conocimientos traéis para ocupar el cargo de rector?

-He estudiado seis años de teología y tres de filosofía.

-Pluguiera a Dios que tuvierais en su lugar tres años de teología y seis de experiencia», concluyó Javier, y le destinó a Basain para curtirse y cargarse de experiencia.

Melchor Núñez cedió su puesto al padre Gaspar Barceo y partió gustoso, cambiando su erudición por el fogueo de la vida apostólica. Se fue diciendo: «Imaginad, hermanos, lo que es ver a un hombre cuya conversación está en los cielos. ¡Oh hermanos, qué cosas he visto en estos breves días! ¡Qué corazón tan encendido en el amor de Dios! ¡Qué llamas tan abrasadas en el amor del prójimo! ¡Qué celo por los enfermos y por los difuntos! ¡Qué prontitud en convertir las almas! Bien mostraba ser ministro del Señor en la más noble empresa que existe sobre la tierra, la conversión de las almas. ¡Qué afabilidad!; sus labios risueños, su mirada alegre, la frente serena. Reía siempre sin reír, porque su alegría era toda espiritual. Así se alegró el Bautista en las entrañas de su madre».

Todos andaban contentos y joviales, todos menos Antonio Gómez. Javier tuvo que despedir a buen número de sus candidatos. Su espíritu complicado le persuadía vanamente de la prudencia y rectitud de sus acciones, y cegado por las alabanzas de sus amigos y aun del virrey, tuvo a mal las advertencias de Javier, procurando nuevamente impedir con sus influencias se le alejase de Goa. Pero Javier, inflexible esta vez, no se rindió ni ante el virrey, y se le oía quejarse con frecuencia: «¡Oh presunción, presunción; cuánto daño has hecho, haces y has de hacer todavía!» Antonio Gómez fue enviado muy pronto a la lejana fortaleza de Diu, y el padre Barceo recibió una cédula secreta con este encargo: «Cuando partan las naves para Portugal, sea despedido Antonio Gómez». La suerte estaba echada: el brillante orador, tardíamente arrepentido, apeló a Ignacio, quien le

llamó a Roma para escucharle, pero la nave San Benito en que viajaba naufragó, desapareciendo en el mar.

Días de felicidad y ensueño. Su predilección por los jóvenes novicios le colocaba candorosamente entre ellos. En tiempo de lectura espiritual solía hacerles contar en el refectorio su vida pasada, su vocación, sus luchas interiores, para ejercitarles en la humildad y deducir alguna enseñanza. El primero en subir al púlpito fue el pequeño Teixeira. Lo hizo bien, y el padre provincial, ladeándose a su compañero de mesa, comentó: «¿Veis qué bien predica mi hijo Teixeira?», y volvió insistiendo: «Sí, hermano Teixeira, lo que he dicho es, que habéis cumplido vuestro cometido».

Desde aquel día, Teixeira le amó mucho más, y de esta convivencia de primavera guardó en sus pupilas esta amorosa imagen: «Era el padre maestro Francisco de estatura antes grande que pequeña, el rostro bien proporcionado, blanco y colorado, alegre y de muy buena gracia, los ojos negros, la frente larga, el cabello y barba negra». Su afecto le engañaba. Tenía el pelo cano, pero a él le parecía negro. «Iba casi siempre con los ojos puestos en el cielo, con cuya vista dicen que hallaba particular consuelo y alegría, como de patria adonde pensaba ir».

Un trato exquisito de fruición acometía a los moradores del colegio de San Pablo haciéndole exclamar: «Compañía de Jesús, Compañía de Amor». Si alguno estaba triste, para consolarse iba a verle. «Era muy afable con los de fuera», y Teixeira espiaba sus menores acciones, notando el gran movimiento de visitas de estos días; «de manera que algunas veces dejó seis o siete veces de rezar una de las horas que había comenzado por ir a recibir y a hablar a los que le venían a buscar, y otras tantas veces la tornó a comenzar con tanta devoción como si hasta entonces hubiera estado en oración».

Había también otro hermano que por su inocencia le era particularmente querido. Se llamaba Francisco Durán.

-«Hermano, observad mis faltas y preguntad además a los otros sobre ellas, para venir luego a decírmelas».

-«Dicen, padre, que vuestra reverencia es un santo y dice la misa demasiado aprisa, y que en las abluciones da vuestra reverencia con el cáliz en la vinajera». Era verdad, celebraba con mayor rapidez hasta la consagración, para detenerse luego más tiempo ante Jesucristo presente en la sagrada forma.

-«Hermano Durán, no me habéis observado bien todavía. Id y atended mejor, y preguntad aún más, para venir a decírmelo».

Gozaba con estos juegos de afabilidad y sencillez. Llamó uno a uno a todos a su aposento, a fin de tratarlos íntimamente dirigiendo sus almas, pero, goloso de Dios más que nunca, intensificó sus tiempos de oración en esta etapa idílica de su vida. Había una tribuna abierta sobre el altar mayor de la iglesia, donde prácticamente pasaba la noche en oración hasta que el sueño le derribaba lentamente. En lugar de a la tribuna iba otras veces al pozo del jardín, donde un hermano le veía pasearse sumergido en Dios y en la contemplación del cielo.

Tenía las manos puestas sobre el pecho y se le oía exclamar como fuera de sí: «¡Basta, Señor, basta!» La noche, el pozo y Javier sediento de Dios recordaban al ciervo herido saciándose de agua.

Para resarcirse de la privación del santo sacrificio en sus largos viajes por mar y tierra, celebraba con primor, levitando suspendido en el aire. Antes de la comunión se detenía e intercalaba una oración al eterno Padre por la salvación de las almas.

Andaba traspuesto, y en ocasiones, hallándose en conversación, le venían unos ímpetus que le era forzoso disimular, y se levantaba a esconderse. Antonio Vaz era un muchacho que le acompañaba por la tarde en sus visitas por la ciudad,

cuando después de comer, hacia las dos de la tarde, se recogía junto a la iglesia. Un día que pensaba visitar al gobernador llegó el muchacho y encontró a Javier sentado, inmóvil, con los ojos abiertos. Antonio le llamaba y le tocaba para sacarle de su éxtasis. Optó por marcharse y volvió a las dos horas metiendo ruido. Como quien despierta de un sueño profundo le preguntó lánguidamente: «¿Qué ocurre? ¿Ya son las dos?» «Son las cuatro», respondió Antonio. Se levantó rápidamente y partieron. Caminaba por delante sin rumbo fijo, como sonámbulo, atravesando calles y plazas, con tal velocidad, que Antonio no le podía seguir. Dieron las cinco, dieron las seis. Seguían dando vueltas. Hasta que por simple casualidad se orientó y acertaron con la dirección del colegio. En el vestíbulo se despidió: «Antonio, mañana iremos a palacio, porque hoy se ha tomado Dios para sí todo el día». Cada día que pasaba, la admiración ponía nuevos susurros al oído. «Es muy mortificado; no bebe nunca vino; nada le importan las privaciones, pues tan olvidado está de sí mismo, cual valiente soldado de Jesucristo, que no piensa en otra cosa que en el servicio de su Rey. De él puede decirse aquello de San Bernardo: 'No cuida el fiel soldado de sus propias heridas, porque sólo piensa en el amor de su Rey'. Sí, hermanos carísimos; tenemos vivo entre nosotros a un verdadero mártir, y yo estoy persuadido de que ha de morir pronto como mártir, pues no es otra cosa lo que desea».

Un estilo rabiosamente abierto contagiaba a todos. Gaspar Barceo, su fiel sucesor, copiaba de él: «Con los que ríen, me esfuerzo por reír; con los que cantan, canto también a las veces; con los que juegan, juego asimismo en ocasiones; con los que lloran, procuro llorar... Si yo supiese que alguien había de sacar provecho de que yo bailase, bailarían. Hasta el presente, el Señor me ha ayudado mucho con estas y semejantes cosas. Pudiera ser que sean más propicias a la disipación que al recogimiento de espíritu. Pero yo me consuelo algunas veces con hallar también parte de estas cosas en el padre maestro Francisco, a quien ni siquiera soy digno de desatar la correa del zapato».

Transcurrieron dos meses y se acercaba el tiempo de la gran navegación. El Japón y la China eran el estímulo de la diaria convivencia en Goa. Quería cubrir las avanzadillas, y todos deseaban partir en su compañía. Fueron elegidos el padre Gago, el hermano Alvaro Ferreira, el catequista e intérprete Antonio de Santa Fe y el criado indio Cristóbal. Al acercarse la semana santa se renovó el fervor. Todas las noches pronunciaba una plática en el coro de la iglesia. El domingo de Ramos, al atardecer, después de haber expuesto solemnemente el Santísimo, abandonó con sus compañeros el colegio. Sólo a unos pocos se les concedió acompañarles hasta el barco; el resto permaneció orando ante Jesús Sacramentado. A todos les asaltaba el temor de que su amado padre marchaba esta vez directamente al martirio.

-«¿Cuándo nos volveremos a ver?» -le preguntó Cosme Anes.

-«En el valle de Josafat» -respondió Javier.

La China (abril-diciembre 1552)

El 17 de abril de 1552 sopló el viento empujando la nave. Llevaban ornamentos de brocado, sedas, terciopelo, muchas telas y tapices de gran precio para vestir la gran embajada. Después de parar en Cochín y atender al padre Enríquez, que le escribía de la Pesquería pidiéndole ayuda para la evangelización de la costa de Chavallacaras, con sus 200.000 almas cerca de Punicale, la navegación siguió rutinariamente, y también por rutina estalló la temida tempestad. Una de las embarcaciones de remo y vela que navegaba conjuntamente se fue a pique. El capitán daba la orden de echar por la borda el equipaje, y el precioso lastre de tapices, sedas y brocados traídos de Ormuz hubiera ido al agua si Javier no lo hubiera impedido. Le pidió la sonda al piloto Pedro Vaz y, atando fuertemente a

ella el relicario que llevaba colgado al cuello, descolgó desde popa sonda y relicario sobre las aguas. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, tened Señor, misericordia de mí y de esta gente». Luego se dirigió a su camarote a oír algunas confesiones. A las dos horas cesaba la tempestad, pero avisó al piloto que aún no se hallaban fuera de peligro, y por dos veces la nave corrió el peligro de estrellarse entre escollos.

Al acercarse a Malaca pareció entristecerse y apenarse con negros pensamientos: «Hijos, Malaca se halla oprimida por un gran mal». Y alguna vez asomó a sus labios esta confidencia: «Temo que el capitán se oponga a nuestro viaje». En el mes de mayo desembarcaban, encontrando la ciudad castigada por una gran epidemia.

Fueron muy bien recibidos por Pedro Silva de Gama y Alvaro de Ataide, el almirante de los mares de Oriente. Se hospedaron en Nuestra Señora del Monte, pero la epidemia les obligó a cuidar de los enfermos. El Hospital Real estaba lleno, y además de la casa de los padres hubo que habilitar los cascos de algunos barcos abandonados en la playa. Sólo del pasaje que había viajado con Javier murieron treinta y seis personas. Parecía cumplirse la primera de sus predicciones.

Una semana más tarde, a primeros de junio, partía un barco para China, pudiendo escribir a Diego Pereira que se hallaba en la isla de Sonda cargando la valiosa pimienta, con cuyo importe financiaría el viaje a China. Javier le comunicaba la grata noticia de su nombramiento de embajador. Mientras tanto, protegiéndose la cabeza con el sombrero de paja, expuesto al contagio, iba de una parte a otra tras los enfermos. Alvaro de Ataide cayó con fiebre, y Javier le visitaba a menudo, celebraba la misa en su casa y encargaba al padre Pérez hacer otro tanto. De su beneplácito podía depender en gran parte el éxito, ya que el puerto y sus embarcaciones pertenecían a su jurisdicción. Sin saberse por qué, seguía barruntando algo anormal y decía a sus hermanos: «Rogad por el feliz éxito del viaje a la China y por don Alvaro, para que no impida la embajada».

Llegó la Santa Cruz cargada de pimienta. La generosidad de Diego Pereira le había llevado a gastar 5.000 ducados en presentes para el rey de China. Veía cercano y tocaba el sueño de su vida. En un par de días pensaban hacerse nuevamente a la mar, y calculaban concertar la paz entre China y Portugal para fin de verano.

Apenas Javier había comenzado a llevar sus efectos personales a la Santa Cruz, cuando las gentes de don Alvaro rodearon la nave y arrancaron el timón, depositándolo delante de su casa: «Requisición de guerra», dijo por toda explicación el gran almirante. Se acerca una flota javanesa contra Malaca. «Los intereses de la Corona exigen que la nave permanezca en su puesto». Pura invención. Cuando inesperadamente entró en el puerto un navío portugués procedente de Java asegurando que no había ni asomo de guerra, don Alvaro quedó en evidencia y, arrojando la careta, declaró que no consentiría que Diego Pereira marchara como embajador. ¿Se sintió pisado en su orgullo el hijo menor de Vasco de Gama para no consentir que un simple mercader se convirtiera en gran embajador ante el rey de la China?

Javier trató de convencerle. Invocó la memoria de su padre. Todo inútil. Acudió a su excelente hermano Pedro de Silva, quien, despechado por la conducta de Alvaro, entregó las llaves de la fortaleza al licenciado Francisco Alvarez, administrador real. A él se dirigió Javier para rogarle la ejecución de las órdenes del virrey, que enviaba a Diego Pereira como embajador a China. Don Alvaro reaccionó poniendo centinelas junto al timón descuajado, y nadie se atrevió a cumplir las órdenes del licenciado Francisco Alvarez. Diego Pereira, acorralado, ofreció un donativo para los soldados de don Alvaro y alegó que la embajada financiada a su costa beneficiaba a la Corona.

Antes de que corriera la sangre, rogó Javier a Francisco Alvarez se contuviera y ensayó un nuevo camino. Afirmando su condición de nuncio apostólico y concediendo a su persona la inviolabilidad correspondiente, junto con el carácter sagrado de la embajada, que era una verdadera misión, apelaría a las penas canónicas. Don Alvaro ignoraba esta circunstancia. Pero descuidadamente, el breve pontificio de su nombramiento se guardaba en Goa, tal vez cubierto de polvo. Lo reclamaría en el primer correo, juzgando que entre tanto bastaría una declaración de su puño y letra acompañada de la carta del obispo Alburquerque al emperador de la China y el diploma con el nombramiento de Diego Pereira. Requirió a Juan Suárez, vicario de Malaca, para que intimara ante testigos a don Alvaro de Ataíde con la pena de excomunión reservada contra quienes impiden en su oficio a los nuncios pontificios por la decretal «extravagante» Super gentes. El vicario, el padre Pérez y el licenciado Francisco Alvarez fueron recibidos fríamente. Cuando se le informó de la condición del nuncio y de la excomunión, respondió secamente: «Será necesario que se muestre el breve pontificio».

Tuvieron que replegarse y presentar las provisiones del virrey. Escupió en el suelo frenéticamente y, pisando el escupitajo, exclamó furioso: «Esto se me da a mí de las órdenes del rey». Y reventó en un diluvio de maldiciones y palabrotas contra el «perverso, hipócrita y falsificador de cartas pontificias», gritando tan fuerte que sus palabras fueron oídas desde la calle por la ventana abierta. Los criados imitaron a su amo y, desde aquel día, le insultaban abiertamente en la calle. Se sumó la gente sencilla. La marea fue creciendo; ya no podía aparecer en público y se escondía en Nuestra Señora del Monte a orar de noche. Apoyado en las gradas, ahuecaba sus manos ocultando la cara, llorando de pena y rabia. No podía más. Al padre Pérez le repetía muchas veces: «Jamás un hombre me ha perseguido de este modo en toda mi vida, ni siquiera entre los gentiles y mahometanos». Al amanecer ofrecía la misa por don Alvaro. Era toda su venganza. A través de sus hermosas lágrimas veía mejor y más lejos: «Dios le ha de castigar en su hacienda, en su salud y en su honor», prometía a sus amigos. Pero algunos de ellos, que habían puesto dinero en la empresa de Diego Pereira, se veían arruinados por su culpa. Para su sensibilidad constituía un nuevo tormento la desgracia económica.

Era imposible seguir así. El 25 de junio decidió cambiar de escondite y encerrarse en la Santa Cruz con terquedad invencible, enviándole una carta a Diego Pereira: «Con mucha razón, señor, os podéis quejar de mí, que os destruí a vos y a todos los que venían en vuestro navío. Os destruí, señor, con gastos de cuatro o cinco mil pardaos que por ruegos míos gastasteis en piezas para el rey de la China, y ahora la nao y toda la hacienda. Pídoos, señor, os acordéis que mi intención fue siempre serviros, como Dios nuestro Señor lo sabe, y v. m. también; y si eso no fuese así, de pena moriría».

Don Alvaro había dulcificado frívolamente su actitud a ruegos de Bernardino de Sousa, que había llegado por los mismos días después de cesar en su capitanía de las Molucas. La nave podría zarpar, y permitió reponer el timón, quedando Diego Pereira en tierra y colocando a bordo 25 hombres de los suyos, poniendo al frente al capitán Alfonso de Rojas y como piloto a Luis de Almeida.

Para paliar el infortunio «y en descargo de su conciencia», Javier se obligó a escribir al rey de Portugal comprometiéndole a pagar «todos los daños y pérdidas». Aún tuvo valor para despedirse de don Alvaro en una situación tensa y dolorida: «Pésame que de Dios le ha de venir el castigo, mayor del que él cree». Se retrasó todavía algunos días la partida de la Santa Cruz. Sería a mediados de julio cuando desplegaron las velas, navegando apaciblemente a Singapur, adonde llegaron el 22 de julio. Aquí escribió varias cartas a sus amigos de Malaca. Escribió

al rey y al virrey, recomendándoles la fundación de una factoría en China como punto de penetración del Evangelio. Al señor obispo le suplicaba enviase a Malaca la confirmación oficial de su dignidad de nuncio apostólico, y mandase juntamente al vicario anunciar públicamente la excomunión, a fin de que el obcecado abriese sus ojos y no impidiese más a sus sucesores el viaje a la China. Al padre Gaspar Barceo le abrió el alma: «Yo voy a las islas de Cantón, desamparado de todo favor humano, con esperanza de que algún moro o gentil me llevará a la tierra firme de la China; porque la embarcación que tenía para ir a la tierra firme la impidió don Alvaro forzosamente».

Sancián (septiembre-diciembre 1552)

La navegación desde Singapur contó con nuevas calamidades. Enfermó gran parte del pasaje, faltó el agua y sus dos compañeros Ferreira y Antonio se agravaron hasta temerse por sus vidas. Javier volvió a su oficio de enfermero y nauta, prodigándose a favor de los enfermos. A Esteban Ventura le solía dar dinero para comprar algunas gallinas de la despensa del barco, pagando a dos escudos la pieza. Con estas compras socorría a los dolientes y apartaba de su plato el mejor bocado para repartirlo.

A fines de agosto divisaron las solitarias islas de Cantón. La Santa Cruz fondeó en la isla de Sancián, isla pequeña y quebrada, poblada de ciervos, jabalíes y algunos tigres, y ahora punto de reunión de los mercaderes chinos y portugueses. Sobre la playa y al pie de una colina, una hilera de chozas fabricadas de ramas y paja acogía a los mercaderes portugueses durante su estancia de algunos meses en la isla. Jorge Alvarez, el viejo amigo que le presentó a Yagiro, estaba allí. Le acogió en su choza lo mismo que a sus compañeros. Lo primero que hicieron fue levantar una capilla de ramaje a media ladera del monte. En dos días quedó terminada, y el domingo, 4 de septiembre, pudo celebrar el santo sacrificio y confesar a los portugueses, instruir a los esclavos y bautizar algún musulmán.

Entre los portugueses se encontraba Manuel de Chaves, que había logrado huir de las cárceles de Cantón. Cuando le refirió las torturas y penalidades de sus compañeros, vino a darle más prisa para entrar en China. Se abrió paso e indagaba entre los mercaderes chinos que venían a cambiar sus sedas, porcelanas y cacao por la pimienta, las especias, el aloe y las telas de los portugueses. Pronto pudo comprobar que su intérprete, el chino Antonio, no valía para nada, pues casi había olvidado su lengua nativa en sus años de estancia en Goa. Adquirió otro intérprete, Pedro López, antiguo esclavo, dispuesto a acompañarle a la China. Las primeras tentativas resultaron inútiles. Nadie se atrevía a llevarle arriesgando la vida. Cada día que pasaba buscaba una nueva rendija. Después de muchas averiguaciones, dieron con un «hombre honrado morador de Cantón», dispuesto al parecer a exponer su cabeza por veinte quintales de pimienta valorados en 200 cruzados.

Era el mismo que había intervenido en la salvación de Chaves, y ofrecía cierta confianza. Tenía una embarcación pequeña y no admitiría a otros marineros, sólo a sus hijos y criados, para obrar con el mayor secreto y llevarlo de contrabando. Era el plan perfecto. Durante tres o cuatro días le tendría escondido en su casa, y una noche, «antes de amanecer», le dejaría en la puerta de la ciudad con su hatillo y sus libros. De allí marcharía a casa del gobernador y, mostrándole la carta del obispo para el emperador, iniciaría su difícil viaje a la corte, para anunciar la religión del verdadero Dios.

No obstante, los chinos le ponderaban lo arriesgado de la empresa en dos aspectos. «El primero es que el hombre que nos lleva, después que le fueran entregados los doscientos cruzados, nos deje en alguna isla desierta o nos bote al mar, por que no lo sepa el gobernador de Cantón». El chino pedía el dinero por

adelantado, y aun cuando parecía honrado, no era de fiar. «El segundo es que, si nos llevare a Cantón y fuéremos ante el gobernador, que nos mandará atormentar o nos cautivaré». Prácticamente era imposible entrar sin salvoconducto real. En vísperas de acometer el gran proyecto, su vibración espiritual advertía otros peligros interiores más temibles: «Dejar de esperar y confiar en la misericordia de Dios». La constante vital de la confianza en la misericordia y poder de Dios. Los esquemas de siempre, los axiomas evangélicos exigidos en su exacta literalidad: «Quien ama su vida en este mundo, la perderá, y aquel que por Dios la perdiere, la hallará». Y para terminar copiaba la gran recriminación: «El que pone la mano en el arado y mira para atrás, no es apto para el reino de Dios».

Con estos pensamientos cayó enfermo con fiebre alta durante quince días, teniendo que dejar de celebrar. El 22 de octubre se hallaba restablecido y más decidido que nunca: «De manera que por cualquier vía estamos decididos a ir a China». Ese mismo día y los siguientes esperaba impaciente al chino, que no acababa de llegar. Con la tardanza, la imaginación le brindó otro proyecto. Caso de que el chino incumpliese su palabra, regresaría a Siam para incorporarse a la embajada que el rey de Siam hacía anualmente a la China. Nuevamente le interesaría a Diego Pereira, con quien se citaba alegremente en Kemoi o en Cantón. Buscando un poro de introducción, quería forzar las puertas del imperio prohibido. Otra vez se cruzaba mentalmente la sombra siniestra de Alvaro de Ataide: «Témome que Dios le dé mayor castigo de lo que él piensa, si ya no se lo tiene dado».

El 25 de octubre salió de Sanción para Malaca la nave de Gaspar Méndez, llevando el correo de Javier. A los pocos días apareció por fin el chino, comunicándole que una nueva expedición de portugueses había sido apresada y encarcelada en las mazmorras de Cantón. Entre ellos, Pereira de Miranda, que le había ayudado mucho en Hirado. Nueva razón y mayor impulso para pasar al continente y activar la libertad de los cautivos. Pero ante la terrorífica amenaza de las cárceles, sus tétricas galerías y los cepos de madera, perdían ánimo hasta los más valientes. Alvaro Ferreira, apenas convalecido, se desmoronó. Así no servía para la Compañía y debía regresar en la primera ocasión. El intérprete López, contagiado de miedo a la hora de la verdad, se echó para atrás. Quedaban sólo a su lado el indio Cristóbal y el chino Antonio.

Cuando tuvo todo a punto fue a despedirse del capitán mayor portugués, a notificarle su partida inmediata. El capitán le suplicó que retrasase algunos días la ida, hasta que rematasen sus transacciones comerciales y desapareciesen de Sanción. La aparición de Javier en Cantón podía comprometer a todos y lanzar a las autoridades celestes contra las naves portuguesas. Forzosamente debía abandonar el último la isla.

Para mediados de noviembre fueron evacuando la isla. La marcha de Jorge Alvarez, en cuya choza se hospedaba, debió de impresionarle mucho. Escaseaba el alimento, y varias veces rogó a Antonio que mendigase alguna cosa para comer. Le sostenía la invencible idea. En uno de los últimos barcos le escribió a Pereira: «Porque, si a China voy, en uno de dos lugares me parece que me ha de hallar: o estaré cautivo en el cepo de Cantón, o en Pequín, donde dicen que continuamente está el rey».

El 13 de noviembre, los portugueses pegaron fuego a sus chozas y abandonaron la isla. El 19 era esperado nuevamente el mercader chino, quien por su servicio había subido el precio a 350 cruzados. La isla quedaba cercada de soledades. Cabeceaban en el mar el junco de Diego Vaz de Aragón y la Santa Cruz. Horas anhelantes de terrible espera escrutando el horizonte. El chino no apareció el día fijado. Sería el 21, lunes, cuando, después de celebrar la misa por un difunto, se

desvaneció. Después de consultarle a Antonio, se hizo trasladar en un bote a la Santa Cruz, donde pensaba encontrar lo más imprescindible para su cuidado. Se sintió peor con el balanceo del buque, y la fiebre siguió subiendo. Después de un día en el mar, volvieron a la playa el miércoles, donde había quedado Antonio. Hacía mucho frío y venía hecho una brasa. Traía bajo el brazo unos calzones de paño que le habían dado para abrigarse y en las mangas unas pocas almendras. Cuando Diego Vaz de Aragón le vio tan acabado, le recogió en su choza y le ofreció el remedio infalible, pidiéndole que se sangrara. Javier le respondió que no estaba acostumbrado a sangrías, pero que se sometería a todo de buen gusto. A la primera sangría se desmayó, y echándole agua en la cara volvió en sí, quedando luego inapetente. Al día siguiente, jueves, volverían a sangrarle, y nuevamente se desmayó. Después le dieron una purga, pero la calentura no remitía. Comenzó a delirar diciendo «conceptos» ininteligibles a los presentes, con los ojos en el cielo y muy alegre. Predicaba y también hacía grandes coloquios en voz alta con nuestro Señor en «diversas lenguas que sabía». Antonio, descalificado como intérprete, entendió, porque repetía muchas veces, las palabras: «Jesu, fili David, miserere mei; tu autem peccatorum meorum miserere». Por espacio de cinco o seis horas, mezclando otras palabras de los salmos en lengua que Antonio no entendía, no dejaba de pronunciar el nombre de Jesús. ¿En qué idioma o idiomas se expresaba, para no entenderle Antonio? «Hablaba en su lengua natural», deducía Valignano.

Siguió un nuevo día con sus coloquios, mostrándose tan paciente y benigno que no daba ningún trabajo a Antonio. Se contaron tres días sin comer nada desde la inapetencia de la primera sangría, y comenzó a perder el habla. A los ocho días de enfermedad, perdió del todo el habla y estuvo así los tres días siguientes, sin reconocer a nadie ni probar nada. El día siguiente, al mediodía, volvería a hablar y a reconocer a las personas. Se le oía invocar a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. «Jesús, Hijo de David, tened compasión de mí. ¡Oh! Virgen, Madre de Dios, acordaos de mí».

El 1 de diciembre, jueves, repetía las mismas palabras. En un momento de estos, recogióse interiormente y mirando con pena al indio Cristóbal, le dijo por tres veces: «¡Ay triste de ti, ay triste de ti, ay triste de ti!» ¿Pudo conocer que se apartaba del buen camino y moría de repente en Malaca de un tiro de arcabuz viviendo amancebado? El 2, viernes, al llegar la noche, comenzó a desfallecer. Antonio, viendo que llegaba el último momento, se preparó para velarle toda la noche y le puso una candela encendida en la mano. La noche del 2 al 3, a la «media noche» o «un poco antes que amaneciese» el 3 de diciembre, con los ojos puestos en el crucifijo y el nombre de Jesús en los labios, hizo un extremo y expiró suavemente. Sin una contracción, sin un estertor, su cuerpo cayó abatido. Tal como el pájaro de fuego de las Molucas, que no toca la tierra sino en el momento en que le abandona la vida.

En el magnífico abandono de su muerte se pronuncian las palabras de Claudel: « Francisco, capitán de Dios, ha terminado sus cruceros. Ya no le queda suela a sus plantas y tiene más gastado el cuerpo que la sotana. Ha llevado adelante lo que le indicaron que hiciera; no todo, pero sí lo que pudo. Se acuesta sobre la tierra, porque no puede más. Y es verdad que ahí cerca tiene a China, y es verdad que aún no la ha pisado. Pero ya no puede adentrarse, muere ante ella; se tiende, pone a su vera el breviario. Dice: 'Jesús'. Perdona a sus enemigos, hace su plegaria y, tranquilo, como un soldado, pies juntos, cuerpo erguido, cierra austeramente los ojos y se cubre con la señal de la cruz».

Ese mismo día, sin dar tiempo a la infinita distancia, se supo la noticia. Un grito se oyó en el castillo de Xavier:

«¡ Madre! ¡El Cristo de la capilla está sudando sangre! ¡Mira mis manos... rojas!
¿Qué le pasa a Francisco en sus tierras lejanas de Oriente?».

Epílogo

El 17 de febrero de 1553, la Santa Cruz regresó transportando el cuerpo incorrupto de Javier. Malaca entera le recibió con extraordinarias solemnidades. Al pasar la procesión fúnebre junto a la casa de Alvaro de Ataide, éste se hallaba jugando a las damas con el oidor, e interrumpió la partida para asomarse a la ventana y mofarse del espectáculo. Pero con los días bien contados, se encontraba cada vez más cerca del castigo. Leproso y acusado de cargos graves, fue preso y, cargado de cadenas, transportado a Portugal, donde murió cubierto de lepra.

El cuerpo de Javier pasó de Malaca a Goa. El pueblo le aclamó durante siglos llamándole Goencho Saib, o Señor de Goa. Fue canonizado el 12 de marzo de 1622. El mismo año, el reino de Navarra le juró en Cortes como Patrono. Benedicto XIV le declaró en 1748 Patrono de Oriente. En 1904, San Pío X le nombró Patrono de la Obra Misional Pontificia de la Propagación de la Fe. Y el Patrono Universal de las Misiones fue modernamente nombrado Patrono del Turismo por Pío XII. Juan Pablo II le ha llamado «Príncipe de los Misioneros».

* * *